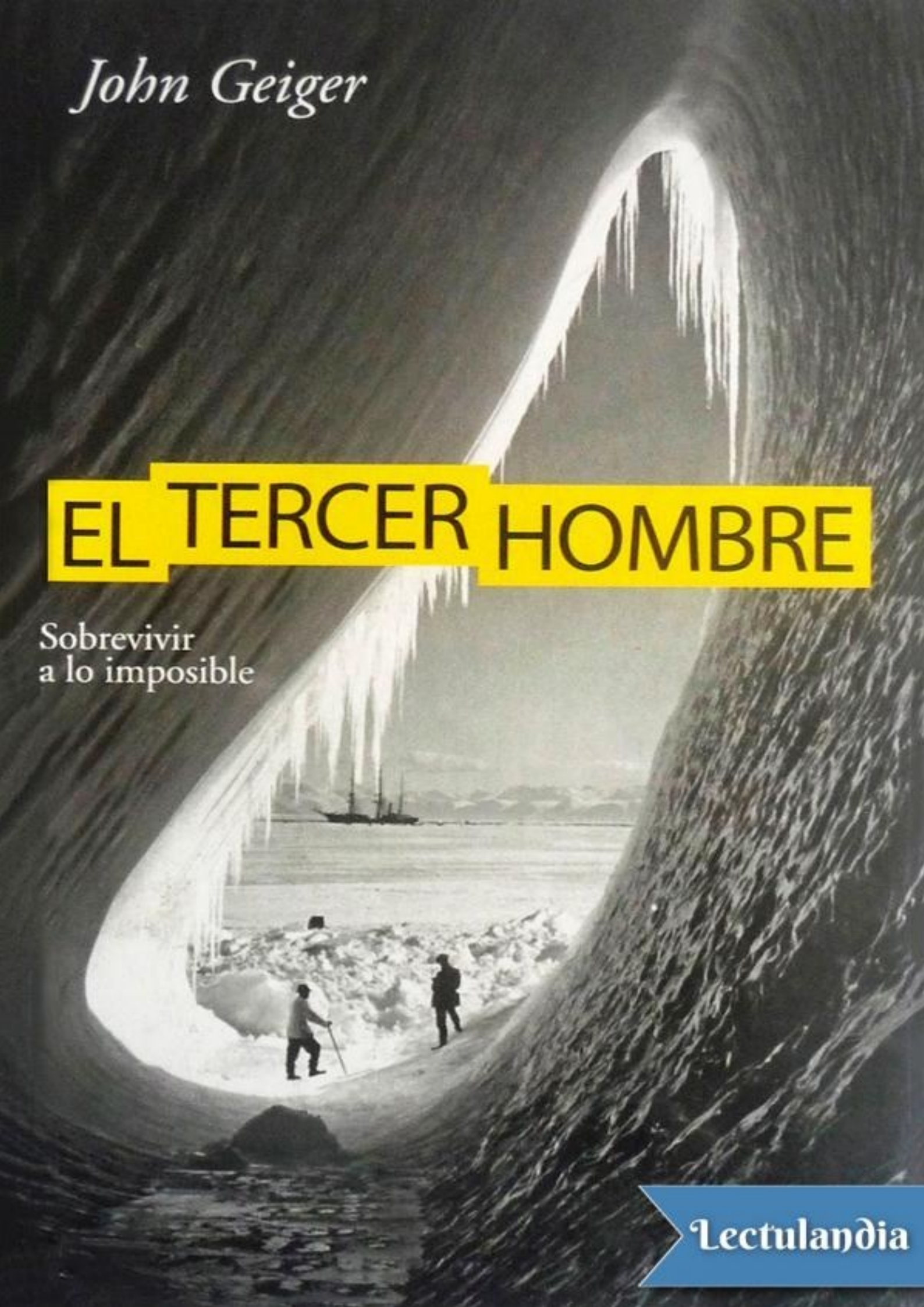
John Geiger

EL TERCER HOMBRE

Sobrevivir
a lo imposible



Lectulandia

En 1916, tras meses de penurias varados en el hielo en pleno invierno polar, el legendario explorador Ernest Shakelton, empeñado en salvar a su tripulación, decidió buscar ayuda en un puerto ballenero situado en una isla cercana. Tras una agónica travesía en una precaria barca, tuvo que atravesar un glaciar, acompañado de dos de sus hombres menos enfermos. Shakelton explicó después que al límite de sus fuerzas y rodeados por el hielo, tuvo la sensación de que «alguien», una presencia sobrehumana, los acompañaba, velaba por ellos y les daba aliento para seguir adelante. Esta experiencia mística, en la frontera entre la vida y la muerte, inspiró a T. S. Eliot el famoso verso de «La tierra baldía»: «¿Quién es ese tercero que camina siempre a tu lado?».

Partiendo de la épica aventura de supervivencia de Shakelton, John Geiger rastrea otros casos similares a lo largo de la historia: Charles Lindbergh en su agotadora travesía solitaria a través del Atlántico, un montañero perdido en el Everest, un submarinista al borde de la muerte en una fosa marina, un ejecutivo atrapado en el World Trade Center el 11-S…

¿Cuál es la explicación de esta presencia sobrehumana de la que hablan personas muy diversas que han vivido situaciones extremas? ¿Alucinación? ¿Protección angélica? ¿Mecanismo de defensa del cerebro ante una experiencia límite?… Este fascinante libro indaga en este enigma espiritual y en las posibles respuestas científicas a la aparición protectora de este «tercer hombre» que, en palabras del mítico alpinista Reinhold Messner, «te empuja hacia lo imposible».

Lectulandia

John Geiger

El Tercer Hombre

Sobrevivir a lo imposible

ePub r1.0
Titivillus 01.01.2019

Título original: *The Third Man Factor. The Secret to Survival in Extreme Environments*
John Geiger, 2009
Traducción: Marta Albiñana Domingo
Retoque de cubierta: Diseñador

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Para James Sutherland Angus Geiger,
15 a 21 de junio de 2007

¿Quién es ese tercero que camina siempre a tu lado?
Si cuento, sólo estamos tú y yo juntos
pero si miro hacia delante por el camino blanco
siempre hay otro caminando junto a ti
un encapuchado que se desliza envuelto en oscuro manto,
no sé si hombre o mujer, pero…
¿quién es aquél al otro lado de ti?

T. S. Eliot,
La tierra baldía[1]

Prólogo

John Geiger y yo nos conocimos y viajamos juntos por el Ártico, el paisaje de los exploradores, inmenso, glacial y bello. Es uno de los lugares que hombres y mujeres han buscado para emprender largas y aisladas travesías con el fin de descubrir tanto el territorio como a sí mismos. En tales condiciones ha aparecido con frecuencia el Tercer Hombre para ayudar y aliviar a los viajeros solitarios. Cuando John me habló por primera vez del fenómeno del Tercer Hombre, y me dijo que estaba escribiendo un libro acerca de ese asunto, supe de inmediato a qué se refería. Yo mismo lo había experimentado.

Mi encuentro con el Tercer Hombre ocurrió mientras cursaba estudios para ingresar en la Facultad de Medicina. Ese invierno, durante unas semanas, me enfrenté a una serie de abrumadores exámenes que abarcaban infinidad de temarios. Sabía que si no rendía al máximo echaría por tierra mis posibilidades de admisión. A lo largo de esas semanas, no hice sino estudiar, comer, dormir y examinarme. Fuera nevaba sin cesar. Incluso cuando dormía, soñaba con biología molecular y bioquímica y, así, nunca me despertaba despejado, sólo ansiaba abrir los libros de nuevo. En cierto modo, estaba tan concentrado en mis estudios que era incapaz de ver otra cosa, pues de esos exámenes dependían mis notas finales, con las que me jugaba la posibilidad de ingresar en la facultad, y en ello descansaba gran parte de mi autoestima y de mis esperanzas de futuro.

Una noche, tras un largo día de estudio intenso, me hallaba completamente agotado, tanto por la complejidad de la información abstracta como por los detalles concretos que intentaba absorber. Decidí pegarme una ducha. Y, en la ducha, advertí una presencia. No me inquietó ni me asustó porque, como muchas otras personas en este libro, supe al instante que la presencia, o Tercer Hombre, me quería ayudar. Sentí que Dios me había enviado un ángel guardián para orientarme en un momento difícil. El ángel me habló y me aconsejó. Me proporcionó indicaciones prácticas sobre cómo conducir mi vida diaria, cómo aprender, y cómo controlar mis emociones. No me prometió que me admitirían en la Facultad de Medicina, pero me aseguró que las cosas se resolverían como debía ser y me pidió que tuviera fe.

Decidí anotar algunos de sus valiosos consejos. Salí de la ducha, me senté ante el ordenador, y escribí unas páginas de orientación que me fueron dictadas directamente por la voz del ángel. Grabé esas palabras tanto en el disco duro como en el disquete, me fui a la cama y disfruté del que fue el primer sueño reparador en muchas semanas.

Misteriosamente, cuando fui a buscar aquellas páginas de consejos, para repasar lo que se me había dictado, no las pude encontrar. Recuerdo con claridad haber guardado el archivo en dos ubicaciones diferentes precisamente por su relevancia.

Mi ordenador no se había bloqueado. Sin embargo, no pude encontrar huella alguna de lo que me había dictado el ángel. Como ocurrió a otras personas que aparecen en este libro, mi ángel desapareció cuando mi vida volvió a encarrilarse. El resto de los exámenes discurrió sin problemas. Continué estudiando de manera intensiva, y el hacerlo me tranquilizó. Obtuve muy buenas calificaciones e ingresé en la Facultad de Medicina.

Los humanos tienden a relacionarse entre sí. Buscamos la compañía de familia y amigos, nos congregamos en pueblos y ciudades, y los grupos a los que pertenecemos —nuestras comunidades religiosas, nuestros colegas de trabajo y nuestros vecinos— influyen en la percepción de nosotros mismos y de nuestro entorno. Pese a estas inclinaciones sociales, sin embargo, existen viajes difíciles que los humanos emprenden, y que asumen gustosos en solitario o en pequeños grupos. Algunos de estos retos son voluntarios, como sucede con los largos y extenuantes viajes a lugares remotos del mundo, o con las travesías espirituales tradicionales. Otros de esos viajes acaecen de forma inesperada, provocados por expediciones y otro tipo de actividades al aire libre, o por cataclismos como el ataque al World Trade Center el 11 de septiembre de 2001. ¿Qué sucede con aquellas personas que, cansadas, asustadas, o solas, no tienen más alternativa que afrontar una situación amenazadora? Este fascinante libro explora los modos mediante los cuales ciertas personas son ayudadas por una grata presencia.

La visita de mi Tercer Hombre, mi ángel de la guarda, ocurrió durante un periodo de crisis personal, no más extremo que las penosas circunstancias físicas que describen muchos de los personajes de este libro. Esto encaja con los argumentos de John, quien defiende que el Tercer Hombre aparece probablemente más a menudo de lo que admitimos, y no sólo en exploraciones y viajes extremos.

En calidad de físico, soy capaz de comprender y trabajar con una realidad empírica y biológica particular. En cierto modo, somos un conjunto de músculos, huesos, neuronas, y otras cosas mesurables y observables. Pero, en muchos aspectos, el conocer los mecanismos del cuerpo humano me recuerda la realidad de que la suma de las partes no conforma el todo. Nuestra experiencia como personas puede producirse literalmente bajo la superficie de nuestra piel, pero un simple conocimiento de anatomía no basta para explicar los fenómenos cotidianos de la conciencia o del pensamiento.

Como escritor y como persona, sé que la experiencia humana es muy real, y sin embargo cualquiera se vería en apuros para sopesar o medir la dimensión del amor, la ira, el miedo, o el orgullo, al igual que puede medirse la masa de un órgano. Ciertas experiencias complejas —el silencioso placer de observar la espectacular inmensidad del cielo, el entusiasmo y la satisfacción de leer un libro maravilloso, la intensidad de la fe religiosa— son a la vez concretas y totalmente efímeras. Forman parte de la incógnita de ser humano, ese sutil territorio donde existimos en algún lugar entre nuestra ambiciosa ciencia y nuestras fragilidades. En el misterioso vacío

entre nuestro conocimiento sobre mecanismos biológicos y nuestra experiencia cotidiana como personas, nos encontramos con cosas que ocurren y que no son fáciles de explicar, pero que no resultan por ello menos reales.

El Tercer Hombre es uno de estos fenómenos. Se presenta cuando los hombres se ven acorralados por circunstancias difíciles, a menudo cuando su propia supervivencia está en juego. Sorprendentemente, a pesar de las situaciones angustiosas que surgen con frecuencia, la mayoría de la gente juzga esa experiencia útil y positiva. Para muchos constituye una fuerza reafirmante. El Tercer Hombre *es un relato de increíbles viajes pero también de descubrimientos personales a través del punto más extremo de la experiencia humana. El Tercer Hombre se identifica tanto con los factores por los que nos encontramos fundamentalmente solos cuanto con los que, como humanos, nos proporcionan siempre la posibilidad de relacionarnos con los demás. Nos asegura que, en el peor de los casos, la ayuda puede llegar.*

Vincent Lam

Capítulo 1
El Tercer Hombre

Ron DiFrancesco se encontraba ante su escritorio de Euro Brokers, una compañía de comercio financiero situada en el piso 84 de la torre sur del World Trade Center de Nueva York, cuando el avión se estrelló contra la torre norte, que se hallaba frente a él. Eran las 8.46 del 11 de septiembre de 2001. Se oyó un inmenso estruendo, y las luces de la torre sur parpadearon. La torre norte despidió un espeso humo gris. En el momento del impacto, todas las escaleras a partir del piso 92 se hicieron intransitables, y 1356 personas quedaron atrapadas. Algunas agitaron las manos pidiendo ayuda desesperadamente. La mayoría de los que trabajaban en Euro Brokers empezaron a evacuar el edificio, pero DiFrancesco no lo abandonó. Minutos después, a través del sistema de megafonía, un lacónico aviso se difundió por todo el bloque de oficinas. Se había producido un incidente en el otro edificio: «La Torre 2 está a salvo. No hay necesidad de evacuar la Torre 2. Si están ustedes evacuando el inmueble, pueden volver a sus oficinas por las puertas de entrada alternativas de cada piso y después tomar los ascensores. Repetimos, la Torre 2 está a salvo…».[2] DiFrancesco, un intermediario financiero natural de Hamilton (Ontario), telefoneó a su mujer Mary para decirle que un avión se había estrellado contra la otra torre, pero que él se encontraba bien y tenía la intención de seguir trabajando. «El impacto se ha producido en la Torre 1, y yo estoy en la Torre 2»,[3] insistió. Intentó centrar la atención en los datos financieros que tenía en las pantallas de su escritorio. En ese momento recibió una llamada de un amigo suyo de Toronto. «¡Sal de ahí de una puñetera vez!»,[4] exclamó. Después hablaron brevemente, y DiFrancesco accedió a salir. Llamó a algunos de sus clientes más importantes y de nuevo a su mujer Mary para informarles de su cambio de planes. Acto seguido se encaminó hacia los ascensores.

A las 9.03, 17 minutos después del primer impacto, se produjo el choque del segundo avión. La aeronave 175 de United Airlines, que volaba a 950 kilómetros por hora, se estrelló contra la segunda torre, provocando un intenso fuego alimentado por 90 000 litros de combustible. El Boeing 767, en el que viajaban 56 pasajeros, dos pilotos y siete auxiliares de vuelo, había sido secuestrado por terroristas de Al Qaeda tras despegar del aeropuerto Internacional Logan de Boston con destino a Los Angeles, y chocó contra la cara sur del edificio entre los pisos 77 y 85. El aparato se ladeó justo antes del violento impacto. El ala más elevada atravesó las oficinas de Euro Brokers, y el fuselaje golpeó las de Fuji Bank, entre los pisos 79 y 82.

DiFrancesco salió despedido contra la pared. Le cayeron encima paneles del techo y otros escombros. Repisas, tubos de ventilación y cables se desprendieron del techo. El edificio se balanceó. La sala de operaciones comerciales por la que acababa

de pasar ya no existía. DiFrancesco entró en la escalera A. La torre sur tenía tres escaleras de emergencia. Por fortuna, se había topado con la única que podía permitir escapar a la gente que se encontraba por encima de la zona del impacto. La escalera estaba protegida por la enorme sala de máquinas del ascensor, situada en el piso 81, donde chocó la parte delantera del 767. La maquinaria del ascensor ocupaba más de la mitad de la planta, lo que había obligado a los arquitectos de la torre a situar el arranque de las escaleras A en el centro del edificio y terminarlas en la esquina noroeste, el punto más alejado del núcleo de la colisión.[5] Otras personas se sumaron a DiFrancesco en las escaleras y empezaron a bajar. El humo lo invadía todo y sólo la luz de la linterna de Brian Clark, vicepresidente ejecutivo de Euro Brokers y auxiliar de incendios voluntario en la planta 84, iluminaba sus pasos. Tres pisos más abajo se tropezaron con una mujer robusta y un acompañante que se encaminaban hacia arriba. «Tenéis que subir. No podéis bajar», insistió ella. «Abajo hay demasiado humo y fuego»[6].

Discutieron sobre la posibilidad de subir —y esperar a que llegaran los bomberos o a ser rescatados por helicóptero en la azotea— o seguir bajando, enfrentándose al humo y a las llamas. Clark iluminó cada una de las caras de sus compañeros con la linterna, y preguntó: «¿Arriba o abajo?». Oyeron a alguien que pedía auxilio. Brian Clark agarró a DiFrancesco por la manga. «Vamos, Ron. ¡Ayudémosle!»[7] Los dos hombres abandonaron la escalera y se abrieron camino entre los escombros de la planta 81 para dar con esa persona. Pero la densa humareda no tardó en vencer a DiFrancesco. Llevaba una mochila, y se cubrió la cara con ella para filtrar el aire. Pero fue inútil, y se vio forzado a volver sobre sus pasos. Respirando con dificultad, decidió subir para escapar del humo. Ascendió varios pisos, pero en cada rellano, al intentar abrir las puertas de emergencia, comprobó que todas estaban cerradas. Un mecanismo diseñado para evitar que el humo se extendiera por el edificio falló tras el impacto, lo que impidió que se abrieran las puertas, incluso aquellas que servían para volver a entrar en el edificio. Continuó subiendo, y finalmente alcanzó a un grupo de compañeros de Euro Brokers, algunos de los cuales estaban ayudando a la mujer robusta. Ésta los había convencido a todos de que la mejor vía de escape era subir por la torre sur. Pero a medida que DiFrancesco continuaba trepando, las escaleras estaban más colapsadas de gente. Todas las puertas que impedían el fuego estaban cerradas. Supuso que había alcanzado la planta 91 del edificio, que tenía 110. Ron DiFrancesco es habitualmente imperturbable. Trabaja de agente de bolsa en un negocio de alto riesgo que requiere poseer nervios de acero. Pero es un poco claustrofóbico y, como el humo era cada vez más intenso, se dejó llevar por el pánico. Pensó en su familia, necesitaba volver a ver a su esposa y a sus hijos a toda costa. Su obsesión era «salir de allí».[8] DiFrancesco decidió dar la vuelta y volver a bajar. Pero la situación era ya mucho peor. Un humo denso subía por la estrecha escalera.

Empezó a bajar a tientas, incapaz de ver más allá de un paso. Se detuvo en un rellano que se hallaba en medio de la zona del impacto, el piso 79 o el 80. Invadido

por la humareda, se unió a un grupo de unas doce personas. Unos se tumbaban boca abajo contra el suelo de hormigón, otros se agazapaban en las esquinas, todos respirando con dificultad. Una pared desmoronada les impidió seguir descendiendo. DiFrancesco leyó el pánico en sus ojos, y el miedo. Algunos lloraban. Otros comenzaban a desfallecer. Y, en ese momento, ocurrió algo extraordinario: «Alguien me ha dicho que me levante».[9] «Alguien —dijo él— me ha llamado.»[10] La voz —que era masculina pero no pertenecía a ninguna de las personas que se hallaban en la escalera— era apremiante: «¡Levántate!». Quien hablaba se dirigió a DiFrancesco por su nombre de pila, animándole: «Fue como "¡Eh! Tú puedes hacerlo"».[11] Pero era más que una simple voz; era también la percepción vivida de una presencia física.

Ese día muchas personas tomaron decisiones en fracciones de segundo que determinaron si habían de vivir o morir. Lo extraordinario del caso de Ron DiFrancesco es que, en un momento crítico, recibió ayuda de una aparente fuerza externa. Tuvo la sensación de que «alguien lo levantaba».[12] Sintió que algo lo guiaba: «Fui conducido hacia las escaleras. No creo que algo me tomara de la mano, pero sin duda alguna me dirigía».[13] Continuó bajando, y poco después vio un punto de luz. Lo siguió, abriéndose paso entre las paredes de mampostería, que se habían desplomado, y otros escombros, que obstruían las escaleras. De pronto se topó con el fuego. Retrocedió. Pero volvió a ayudarle alguien. «Un ángel» le instó a avanzar. «La situación seguía siendo peligrosa, así que me llevó hacia las escaleras, animándome a vencer la situación y atravesar el fuego. No cabía duda de que alguien me alentaba. "No vayas por allí, no vayas hacia el fuego, etc."»[14] Se cubrió la cabeza con los antebrazos y continuó bajando, ahora ya corriendo. El fuego lo alcanzó varias veces. Creyó que había descendido por lo menos tres pisos en llamas. Finalmente alcanzó un tramo de escaleras despejado e iluminado bajo el fuego, en la planta 76. Sólo entonces esa alma benevolente, que había permanecido junto a él durante cinco minutos, desapareció. DiFrancesco dijo: «Creo que me dejó ir en ese momento».

Mientras corría escaleras abajo, se cruzó con tres bomberos que subían. «Me cuesta respirar», les dijo.[15] Le contestaron que encontraría auxilio al final de las escaleras. DiFrancesco siguió bajando lo más aprisa posible, hasta que por fin llegó a la planta baja. Al dirigirse hacia una salida, un guardia de seguridad lo detuvo y le advirtió de que era demasiado peligroso. Miró afuera, horrorizado, al ver los escombros y las víctimas que caían del edificio. Lo dirigieron hacia otra salida. Volvió sobre sus pasos y atravesó el vestíbulo hacia la salida noreste, cerca de la calle Church. La situación seguía siendo de extremo peligro. Habían transcurrido 56 minutos desde que se estrellara el avión. El impacto había roto muchos de los elementos verticales de soporte de la torre sur. El calor de la explosión y del fuego habían debilitado las cerchas metálicas. Las plantas de la destrozada torre empezaron a «caer aplastadas» unas sobre otras hasta que el edificio quedó totalmente destruido. Mientras se aproximaba a la salida de la calle Church, DiFrancesco oyó un «tremendo rugido». Vio una gran bola de fuego mientras el edificio se encogía. No

sabe lo que ocurrió después, y quedó inconsciente durante un tiempo tras haberse salvado por los pelos; despertó mucho más tarde en el hospital Saint Vincent de Manhattan.

Ron DiFrancesco fue la última persona en abandonar la torre sur del World Trade Center antes de que se viniera abajo, a las 9.59 de la mañana. La torre sur se derrumbó en diez segundos, provocando una tremenda tormenta de viento y una enorme nube de escombros. Según el informe oficial de la Comisión del 11-S, DiFrancesco fue una de las cuatro únicas personas que lograron escapar del edificio desde las plantas superiores a la 81, el centro del impacto del avión 175 de United Airlines.[16] Momentos antes del desplome de la torre, unos agentes del Departamento de Policía de Nueva York que se hallaban dentro del edificio comunicaron por radio que se habían encontrado con una multitud de personas bajando las escaleras entre los pisos 20 y 30. Ninguna de esas personas sobrevivió, pero se cree que estaban descendiendo desde encima de la zona de la colisión, en cuyo caso habían seguido la iniciativa de DiFrancesco, pero no de forma inmediata: llegaron tarde por cuestión de segundos. A día de hoy, DiFrancesco no puede entender por qué motivo él sobrevivió cuando tantos otros no lo consiguieron. Sin embargo, no alberga la menor duda sobre la razón de su escapatoria. Como hombre de profundas creencias religiosas, la atribuye a una intervención divina.

Las primeras horas de la mañana transcurrieron apacible y silenciosamente. James Sevigny, un estudiante universitario de veintiocho años y natural de Hanover (Nueva Hampshire) y su amigo Richard Whitemire salieron a escalar el Deltaform, una cumbre de las montañas Rocosas de Canadá, que se hallaba cerca del lago Louise, en Alberta. A la luz de la brillante claridad de finales de invierno, subieron un desfiladero helado, el 1 de abril de 1983, atados el uno al otro y utilizando tornillos de hielo en la escalada. Whitemire, de treinta y tres años y oriundo de Bellingham (Washington), iba al frente y en un momento dado provocó que se desprendiera accidentalmente un trozo de hielo. «¡Cae hielo!», gritó a Sevigny, que estaba debajo. El hielo cayó sin rozar a Sevigny, pero al instante le siguió el desplome de un gran fragmento de hielo que se hallaba encima del desfiladero de la cara norte de la montaña. Un inmenso fragor rompió el silencio, y la luz radiante fue súbitamente devorada por la oscuridad. La avalancha arrastró a los dos hombres más de seiscientos metros hacia la base del Deltaform. Sevigny quedó inconsciente casi desde el momento en que se le vino encima el alud. De no haber estado atados el uno al otro Whitemire podría haber escapado.

Sevigny recobró la conciencia una hora más tarde, según sus cálculos. Había sufrido graves heridas. Tenía la espalda rota en dos sitios. Se había fracturado un brazo. El otro colgaba fláccido con el omóplato destrozado y varios nervios rotos. Tenía fisuras en algunas costillas, ligamentos desgarrados en ambas rodillas, sufría

una hemorragia interna y su cara —nariz y dientes rotos, y heridas abiertas— estaba desfigurada. No tenía la menor idea de dónde estaba ni de lo que le había sucedido. En un principio pensó que se hallaba en Nepal, donde había hecho un viaje de seis meses unos años antes. En el momento del accidente, Sevigny había acabado de cursar un máster y se dedicaba a haraganear y a escalar. Vivía en su furgoneta. Tardó un tiempo en reconocer la montaña, pero de forma gradual fue recordando la escalada y se puso en pie con dificultad para salir en busca de su amigo. Whitemire yacía no lejos de allí y no cabía duda de que estaba muerto: su cuerpo estaba totalmente distorsionado. Sevigny se tumbó junto a él, convencido de que no tardaría en seguirle. «Pensé que el modo más fácil de morir era quedarme dormido». Permaneció allí tendido durante unos veinte minutos. Los escalofríos dieron paso progresivamente a la sensación de calor generada por la conmoción y la hipotermia, y comenzó a adormecerse. Comprendió que lo que separaba la vida y la muerte no era un abismo inmenso, sino una línea sutil y, en ese momento, Sevigny pensó que sería más fácil cruzar esa línea que seguir luchando.

De pronto le invadió la extraña sensación de que había un ser invisible al alcance de su mano. «No podía verlo, pero era una presencia física». Esa presencia se comunicaba mentalmente con él, y su mensaje era claro: «No puedes rendirte, debes intentarlo».

> Me dijo lo que debía hacer. La única decisión que yo había tomado hasta ese momento fue tumbarme junto a Rick, caer dormido y aceptar la muerte. Ésta fue mi única decisión. Todas las medidas posteriores las adoptó la presencia. Yo me limitaba a obedecer instrucciones… Comprendí lo que quería que hiciera. Quería que viviera.[17]

La presencia instó a Sevigny a ponerse en pie. Le dio consejos prácticos. Le dijo, por ejemplo, que siguiera las gotas de sangre que caían de la punta de su nariz como si se trataran de guías del camino a seguir. Mientras avanzaba, continuaba abriéndose paso entre la profundidad de la nieve, y era prácticamente incapaz de levantar los pies debido a sus heridas. A ratos se arrastraba. La presencia, situada detrás de su hombro derecho, le exhortó a continuar aunque la batalla por sobrevivir pareciera insostenible. Cuando ésta enmudecía, Sevigny seguía teniendo la certeza de que su compañero estaba muy cerca. La enorme empatía que existía entre ambos le inclinaba a pensar que la presencia era femenina. Ella acompañó a Sevigny a través del valle de los Diez Picos hacia el campamento desde el cual los dos hombres iniciaron el viaje, un lugar donde él esperaba encontrar comida y calor, y quizá también auxilio. Sus heridas eran tales que tardó todo un día en recorrer un kilómetro y medio, y su compañero permaneció junto a él en cada paso del camino.

Cuando llegó al campamento, Sevigny no podía arrastrarse hasta su saco de dormir pues sus lesiones eran demasiado graves, y los dientes rotos y la cara hinchada le impedían comer. Ni siquiera era capaz de encender el hornillo. Se sentó, y, por la posición del sol, calculó que la tarde tocaba a su fin. A fin de cuentas, creyó que en unas horas estaría muerto. «Recuerdo estar convencido de que iba a morir tirado en la

nieve, de forma patética, en posición fetal».[18] Siempre había tenido la sensación de que podía fenecer escalando, de modo que la situación no le pilló desprevenido, pero pensó en lo destrozada que quedaría su madre. De pronto le pareció oír voces, y pidió ayuda. No recibió respuesta. En ese preciso instante sintió que la presencia había desaparecido. «Se había ido, la presencia ya no estaba allí. No había nadie que me dijera lo que debía hacer. Puedo asegurar que se había marchado». Por primera vez desde la avalancha, le sobrecogió una sensación de soledad:

> En ese momento pensé que sufría alucinaciones. La presencia sabía que estaba muerto, y había claudicado. Pero resultó que esas voces eran personas, y acudieron en mi ayuda. Uno de ellos me llevó a cuestas con sus esquís. Después me evacuaron de allí esa misma noche en helicóptero. En realidad, la presencia se fue porque sabía que yo estaba a salvo.[19]

Allan Derbyshire, que se encontraba en un grupo con otros dos esquiadores de fondo, oyó un leve grito: «¡Auxilio! He sido víctima de una avalancha». Si Derbyshire no lo hubiera oído, Sevigny habría quedado abandonado toda la noche, y casi con toda certeza habría muerto, pues no había más esquiadores o escaladores en la zona. Derbyshire lo encontró «tambaleándose en condiciones deplorables… Me dio la impresión de que se hallaba en estado crítico». Sin embargo, Sevigny estaba «bastante lúcido cuando le pregunté lo que había sucedido, aunque indudablemente débil, empapado en sangre, y en estado de conmoción».[20] Con todo, Sevigny no mencionó a su compañero invisible. En una entrevista a un periódico, el especialista en salvamento del parque nacional de Banff Park Tim Auger dijo más adelante que Sevigny «fue doblemente afortunado al sobrevivir a la caída y, después, ser descubierto por unos esquiadores que casualmente se encontraban en la zona».[21] Sevigny asumió que algo había intervenido al margen del azar.

La entrada de la cueva submarina apenas era más ancha que sus hombros. Cuando se introdujo en ella, Stephanie Schwabe penetró en un mundo que sólo muy pocos habían visto, un mundo de total oscuridad ahora intensamente iluminado por su linterna. Las cristalinas paredes de la cueva brillaban como joyas. Estalactitas y estalagmitas de color hueso parecían querer alcanzarla mientras buceaba hasta lo más hondo del Mermaid’s Lair, situada en el lado sur de la isla de Gran Bahama, hacia su meta, a unos trescientos metros de distancia y a treinta metros de profundidad. Pese a tales peculiaridades, no era más que una inmersión rutinaria para esta exploradora submarina de cuarenta años considerada por la revista *Divers International* como una de las mejores buceadoras del mundo. La única salvedad era que en esta ocasión estaba sola.

Habitualmente, Schwabe practicaba el submarinismo con su marido, el explorador de grutas británico Rob Palmer. Éste era un experto en los agujeros azules de las Bahamas, un entramado espectacular de cuevas submarinas que incluye el

agujero azul más profundo del mundo conocido hasta la actualidad. Los agujeros azules son cavidades verticales que recibieron ese nombre porque sus aguas son bastante más oscuras que las de la superficie submarina que las rodea. Es un mundo de esqueléticos apéndices de calcita y de inmensas catedrales ocultas, únicamente habitado por pequeñas especies marinas incoloras, muchas de ellas desconocidas por la ciencia.[22] Aun a día de hoy, muchas de las cuevas de la zona permanecen inexploradas. Mermaid's Lair, una extensa cavidad horizontal, constituía una excepción. Palmer y Schwabe la habían explorado previamente. Palmer había muerto. No logró volver a la superficie tras una inmersión en el mar Rojo a principios de aquel año. Schwabe tuvo que continuar sola la peligrosa y exigente tarea que habían emprendido ambos: investigar la trama de grutas submarinas de las Bahamas.

Corrían los últimos días de agosto de 1997, y Schwabe, una geomicrobióloga, se hallaba allí con la misión de recoger muestras de sedimento para otro científico. Éste estudiaba el polvo del desierto del Sahara que, siglos atrás, habían transportado los vientos a través del océano Atlántico y depositado en el fondo de Mermaid's Lair. El día ya había sido un cúmulo de acontecimientos inesperados. Mientras se dirigía hacia el lugar donde iba a realizarse la inmersión, Schwabe se vio obligada a detenerse ante un papayo que se había desplomado la víspera a causa de una tormenta, bloqueando la carretera. Hubo de emplear todas sus fuerzas para empujarlo hacia un lado y, en el proceso, sufrió graves irritaciones en la piel debido a los alcaloides que contenía la savia. Sin embargo, decidió seguir adelante y, una vez hubo alcanzado la meta, se enfundó el traje de submarinismo y comenzó la inmersión, concentrada en recoger las muestras y salir cuanto antes de allí.

Una vez llegó al fondo de la gruta, tardó media hora en reunir las muestras de polvo rojo. Al concluir, Schwabe empaquetó sus herramientas y por primera vez desde que tocara el fondo alzó la mirada. De pronto advirtió que no podía ver su cabo de guía (o carrete de cuerda). Lo buscó, al principio con calma, y luego con una ansiedad creciente, pero no daba con él. La exploración de grutas marinas es técnicamente dificultosa. A diferencia de otros tipos de submarinismo, en caso de emergencia, no se puede ascender directamente a la superficie, sino que a menudo se debe nadar en horizontal, en ocasiones a través de laberintos de estrechos pasajes. El cabo de guía es vital para salir ileso de estos complejos sistemas de grutas submarinas. Es, literalmente, un salvavidas. Sin él, un submarinista puede perder muy pronto la orientación, quedarse sin aire y, finalmente, asfixiarse.

Schwabe sintió un pánico creciente. De forma inmediata, se percató de su error. Cuando buceaba con Palmer, a menudo contaba con él para que le sirviera de guía. En esta ocasión, había caído involuntariamente en la misma vieja costumbre, y perdido de vista el carrete de cuerda. «Sin darme cuenta, había dado por supuesto que él estaba allí». Pero no estaba, ni había estado allí desde hacía meses; se hallaba sola. Comprobó el indicador del tanque y vio que sólo le quedaban veinte minutos de oxígeno. La angustia de Schwabe se transformó en ira. Le reprochaba a Palmer el que

hubiera muerto. Su sentimiento de pérdida era tan intenso como el terror que sentía. Se reprochaba también a sí misma «el ser tan estúpida» por haber cometido un error tan elemental en el submarinismo que ahora amenazaba con arrebatarle la vida. «Por más que no cejara en mi empeño, en aquel momento perdí la esperanza de vivir. Estaba preparada para abandonar este mundo. Me sentía muy deprimida y echaba mucho de menos a Rob. Ya había sufrido bastante».[23]

En pleno acceso de furia y tristeza, dijo: «De pronto me sentí enardecida, parecía que mi campo de visión se había vuelto más luminoso». Notó vívidamente la presencia de otro ser junto a ella. La embargaba el sentimiento de que alguien estaba con ella en la gruta. Estaba convencida de que se trataba de su difunto marido. Oyó su voz comunicándose mentalmente con ella. «Basta, Steffi, cálmate. Recuerda, puedes pensar que puedes o que no puedes, y cualquiera de las opciones es correcta. ¿Te acuerdas?». Era algo que Palmer solía decirle siempre, como si invocara a su fuerza interior. La aturdía esa intervención, pero a ella le ayudaba, y la apaciguó. Se sentó al fondo de la cueva «intentando entender qué le pasaba». Habían transcurrido unos quince minutos desde que descubrió que había perdido el carrete de cuerda. Se acababa el tiempo.

Cuando volvió a alzar la vista, lo hizo con una calma y una determinación renovadas. Examinó la gruta meticulosamente. Creyó ver el destello de una cuerda blanca. Al mismo tiempo, sintió que la presencia había desaparecido. De nuevo, se encontraba sola en la cueva. Volvió a mirar hacia donde había alcanzado a distinguir su cabo de guía, y lo vio de nuevo. Inmediatamente, Schwabe nadó para alcanzarlo y lo siguió hacia afuera. Al fin localizó la entrada azul, por donde se filtraba la luz en la gruta. Se dijo a sí misma: «Hoy no era un buen día para morir». Sintió como si una presencia la hubiera salvado. Y estaba segura de que esa presencia era la de su difunto marido.

Las experiencias de Ron DiFrancesco, en la torre sur del World Trade Center; de James Sevigny, al pie del Deltaform, y de Stephanie Schwabe, en el Mermaid’s Lair de la isla Gran Bahama, pueden sonar como una rareza, una ilusión fuera de lo común compartida por unas pocas mentes sometidas a mucha presión. Pero lo más increíble del asunto es lo siguiente: a lo largo de los años, estos episodios han ocurrido más de una vez, no sólo a los supervivientes del 11-S, a alpinistas o a submarinistas, sino también a exploradores polares, prisioneros de guerra, marineros solitarios, aviadores, astronautas y sobrevivientes de naufragios. Todos ellos han escapado de situaciones traumáticas, sólo para narrar historias increíblemente similares con respecto a haber vivido la cercana presencia de un compañero y protector, e incluso de «una especie de ser majestuoso». Dicha presencia les proporcionó una sensación de protección, de alivio, de orientación y de esperanza, y los convenció de que no estaban solos, de que

tenían a alguien a su lado, cuando ateniéndose a las percepciones habituales no había nadie.

Al parecer, existe una experiencia común entre las personas que se enfrentan a las situaciones más extremas de la vida, y por extraño que pueda resultar, dadas las crueles penurias que han tenido que soportar hasta llegar a ese punto, resulta maravillosa. Este concepto radical —el hecho de que una presencia oculta haya jugado un papel en el éxito o la supervivencia de personas que han alcanzado los límites humanos de resistencia— se basa en el testimonio extraordinario de muchas personas que han salido con vida de situaciones extremas. Tanto hombres como mujeres cuentan que, en momentos críticos, estuvieron acompañados de un amigo adicional e inexplicable que les infundió el poder para superar las circunstancias más desesperadas. Existe un término para este fenómeno, y es el de Tercer Hombre.

Las mentes sometidas a excesiva presión son capaces de provocar situaciones curiosas. Cuando yo tenía siete años, viví algo que siempre he querido volver a experimentar. Acompañaba a mi padre, K. W. Geiger, un geólogo que trabajaba para el Instituto de Investigación de Alberta, en un viaje para analizar la topografía de los sedimentos del sur de Alberta. Era un día sofocante de verano y caminábamos a lo largo del límite entre una extensa pradera y la orilla superior del río Oldman. Subíamos un terraplén escarpado y seco. Podía olerse un sutil perfume de rosas silvestres en el aire tranquilo. Seguía a mi padre cuando me detuvo de súbito una serpiente de cascabel, enroscada y lista para atacar.[24] El sonido del reptil, lejos de serenar, como el de los sonajeros de los bebés, suscitaba una sensación de urgencia. La serpiente se hallaba bajo una roca saliente que quizá albergaba una guarida. Lo más alarmante era que se erguía entre mi padre y yo. Mi padre había pasado a su lado sin percatarse y me precedía en la pendiente.

Todavía hoy no estoy completamente seguro de lo que sucedió después. Tampoco sé qué parte de mis recuerdos es real y qué parte pertenece a la imaginación hiperactiva de un niño. Pero sí lo recuerdo todo con gran claridad. Hubo un momento de terror absoluto. Luego, de repente, un cambio psicológico de perspectiva. Me sentí disociado de mi situación inmediata y la escena se me apareció desde un ángulo imposible. Yo era dos personas en dos lugares a la vez. Vi a mi padre y vi a un niño, un niño que sólo podía haber sido yo. Si no era yo, ¿quién era entonces? Pero estaba viendo el desarrollo de los hechos desde la distancia, como un observador. El tiempo parecía transcurrir más lentamente y, sin embargo, todo acabó en un instante. Mi padre asió al chico con una mano, con una fuerza que parecía sobrehumana, y se lo cargó sobre los hombros. Fuera de peligro. Fue una experiencia inolvidable, algo que no podía haber ocurrido tal y como yo lo recordaba. ¿O sí? Todo lo que sé es que cuando recuerdo el incidente y cuento las personas allí presentes, no son dos, sino tres.

Años después, mientras leía la obra narrativa *South*, de sir Ernest Shackleton, di con su extraña crónica sobre una presencia invisible que lo acompañó durante su

huida de la Antártida después de que el barco de la expedición, el *Endurance*, fuera aplastado por el hielo. Éste es el más notorio de todos estos encuentros. Fue la experiencia de Shackleton la que otorgó al fenómeno su nombre: el Tercer Hombre. Cuando empecé a interesarme en aquellos sucesos, no tardé en encontrar otros relatos muy similares. Eran diferentes de lo que yo había experimentado. Wilfrid Noyce explicó esta diferencia en su libro *They Survived: A Study of the Will to Live*. Noyce, un intrépido y brillante escalador, describió cómo luchó a través del espolón de Ginebra en el Everest sin oxígeno cuando experimentó una «sensación de dualidad». «Yo era dos personas: mi yo superior, que permanecía tranquilo y bastante indiferente a los esfuerzos de mi jadeante yo inferior». Mi propia experiencia infantil, sin duda desencadenada por un detonante más leve, fue muy similar a aquella sensación de dualidad. Sin embargo, en casos más espectaculares, explicó Noyce, el fenómeno se intensifica y «el segundo yo, a veces, adopta la forma de otro ser humano».[25] Dicho fenómeno ha ocurrido en numerosas ocasiones en lo alto de las montañas, en mar abierto, o en los helados páramos polares. Noyce lo consideró un «segundo yo». Pero existen otras muchas teorías. Unos dicen que el Tercer Hombre es la prueba de la existencia de los ángeles de la guarda. Otros opinan que se trata de una alucinación. Y, finalmente, hay personas que aseguran que es real. ¿Qué explicación tiene?

Me sorprendió que estas historias nunca se hubieran recopilado, y decidí compilarlas. A lo largo de cinco años contacté con supervivientes, leí detenidamente antiguos diarios personales escritos a mano, y rastreé narraciones publicadas sobre exploraciones e historias de supervivencia. A veces, todas las condiciones parecían apropiadas para una experiencia como ésta, pero no se hacía mención de ella en ninguna versión publicada. Tiempo después, cuando me puse en contacto con algún superviviente —como el escalador británico Tony Streather, que estuvo a punto de morir en la montaña de Haramosh, en el Himalaya— descubrí que había vuelto a suceder: un ser invisible había acudido en su ayuda.

Los relatos eran cada vez más asombrosos, y comencé a darme cuenta de que lo que estaba haciendo era una especie de historia natural de la aventura, un registro de todos los desastres que pueden suceder a los hombres en el hielo, la montaña, el mar, el aire, el espacio y en tierra, todos ellos vinculados por la misteriosa aparición de un Tercer Hombre. Llegué a descubrir no sólo que poseía este inventario de las reacciones humanas ante los peligros extremos, sino también un catálogo de lo necesario para sobrevivir. Lo que sigue, pues, es una selección de las historias de supervivencia más extraordinarias jamás contadas. Los humanos compartimos una fascinación común con los relatos de aquellos que burlaron la muerte, pero en este caso todas las historias van más lejos. Sólo reviviendo tales hazañas nos será posible responder a la cuestión de quién, o qué, es el Tercer Hombre.

He procurado organizar las historias según se trate de exploradores polares, montañeros, navegantes solitarios, supervivientes de naufragios, aviadores y astronautas. Debo también insistir en que sólo he recogido los mejores relatos. Como

tenía recopilados muchos más, opté por colgar el resto en Internet. La página *web* www.thirdmanfactor.com no es sólo el almacén de todas estas historias. También sirve como lugar donde cualquier persona puede exponer tanto sus experiencias personales como los relatos que haya oído o leído.

De todos estos ejemplos surgieron claves de vital importancia: las cinco normas básicas que determinan la aparición del Tercer Hombre y que revisten la experiencia de significado. Estas normas constituyen la patología del aburrimiento, el principio de las causas múltiples, el efecto de la pérdida, el factor musa y el poder del salvador. Juntas ayudan a explicar la aparición del Tercer Hombre. Pero son de naturaleza accidental; no revelan sus orígenes ni de dónde proviene ese poder. A lo largo de los años, se han propuesto varias teorías para explicar el fenómeno del Tercer Hombre; paralelamente a éstas, intercalados entre los capítulos de este libro, aparecen expuestos algunos relatos sobre la búsqueda de una explicación. Tales intentos de comprender conforman por sí mismos un registro de la cambiante concepción que tiene el hombre de sí mismo. Comienzan con el ángel de la guarda, seguido de la presencia percibida y de la persona en la sombra. Como teorizaron sobre el fenómeno clérigos, psicólogos y, finalmente neurólogos, la tendencia ha consistido en una reducción gradual del exterior al interior, de Dios a la mente, al cerebro.

Si algunas de estas aclaraciones son suficientes para dar cuentas del misterio del Tercer Hombre, tendrán ustedes que esperar y valorarlo por sí mismos. Pero cuando compilé estas historias, vi algo con claridad. El Tercer Hombre constituye una fuerza real y potente para sobrevivir, y la capacidad de acceder a este poder es quizá el factor más importante para determinar quién superará peligros al parecer insalvables, y quién no.

Los biólogos utilizan un término para designar la frontera que el mundo físico impone a los seres humanos: «fisiología límite».[26] En situaciones concretas, conforme las condiciones cambian, los hombres ya no son capaces de salir adelante y, en otras más críticas, ni siquiera pueden sobrevivir. Se trata de una fórmula basada en una serie de mediciones científicas. Por ejemplo, un aumento de sólo 5 °C sobre la temperatura del cuerpo causa una insolación fatal. Y a cincuenta grados bajo cero la piel desnuda se hiela en un minuto. «Para exponerlo claramente, rara vez una persona sobrevive a situaciones extremas mientras que otra muere simplemente porque la superviviente tiene mayores ansias de vivir», escribió Claude Piantadosi en su estudio *The Biology of Human Survival*.

Y sin embargo, en estos relatos —en momentos en que el éxito parece ser imposible o la muerte inminente— sucede algo. En medio de la ansiedad, el miedo, la sangre, la tristeza, el agotamiento, el tormento, el aislamiento y la fatiga, hay una mano extendida, otra existencia que ofrece una «transfusión de energía, de ánimo y de una sabiduría instintiva de procedencia aparentemente externa».[27] Aparece una presencia, un Tercer Hombre que, en palabras del legendario escalador italiano Reinhold Messner, «nos conduce más allá de lo imposible».[28]

Capítulo 2
El ángel de Shackleton

Cuatro miembros de la expedición Transglobe, bajo el mando de sir Ranulph Fiennes, montaron su campamento al pie de la montaña de Ryvingen en el casquete polar del sur y se dispusieron a vivir la desolación de un invierno en la Antártida. Levantaron sus cabañas prefabricadas, únicamente aisladas con cartón. Situaron la caseta de la radio cincuenta metros más allá de la del generador, instalada a veinticinco metros de distancia de la barraca principal, que serviría de hogar de invierno a la expedición. Protegieron las antenas de radio de las ráfagas de viento y al mes siguiente, febrero de 1980, estaban listos para la llegada del invierno antártico, con sus noches de veinticuatro horas y temperaturas que se desploman hasta alcanzar los 45 °C bajo cero. Allí, en el linde de la meseta antártica, unos 480 kilómetros tierra adentro, tendrían que resistir las agresiones del invierno durante ocho meses hasta que Fiennes pudiera intentar lo que ya había logrado una sola vez tiempo atrás el explorador polar británico sir Vivian Fuchs en 1957-1958, y cruzar el continente antártico. Ello constituía una parte de un viaje más largo alrededor del mundo en su eje polar utilizando únicamente transporte terrestre.

Como responsable del campamento base y operadora de radio, la esposa de Fiennes, Virginia, lady Fiennes —llamada «Ginnie»— era el contacto de la expedición con el mundo exterior. Era una mujer algo esmirriada, vivaracha y persona de recursos, amén de tener la habilidad de «hacer que los hombretones temblaran con un destello de sus luminosos ojos azules».[29] El hielo acumulado en las antenas y el furioso viento arrancaron los tornillos metálicos —de sesenta centímetros de largo— del suelo, provocando que aquéllas oscilaran al quedar sueltas. Ginnie Fiennes era la responsable de la reparación. Luchó infatigablemente y sin quejarse contra la ventisca, desenredando cables con una linterna en la boca. Los trabajos de reparación la dejaron exhausta, y las horas que pasó sola, fuera en la oscuridad y acuclillada en la torre de la radio, contribuyeron a que creciera en su fuero interno una sensación total de inquietud. Durante las frecuentes ventiscas, tuvo que arrastrar en repetidas ocasiones, amarrada a una cuerda de seguridad, un trineo lleno de pilas recargadas hasta la barraca de la antena desde el cuartel del campamento. El frío y el viento implacables, junto a la ininterrumpida noche polar, tan pronto totalmente oscura como débilmente iluminada por la aurora o la luz de la luna, a lo largo de muchos meses, acrecentaron su desasosiego e introversión, sumados al profundo aislamiento geográfico de la expedición.

En mayo, otro miembro del equipo, Oliver Shepard, mencionó a Ginnie como quien no quiere la cosa que había oído pasos que le seguían desde la cabaña del generador. Lo atribuyó a su imaginación, pero no fue el único que tuvo la sensación

de estar acompañado de una presencia oculta. En algún momento la propia Ginnie entró en la cabaña principal y le dijo a su marido: «Aquí hay algo». Él protestó, pero ella insistió: «No me refiero a un peligro… sino a una presencia *intensa*».[30] La sensación disminuyó y todo volvió a la normalidad, pero durante una tormenta en junio ella sintió de nuevo que había algo a su lado: «*Eso* llegó desde detrás de la casucha de la radio y me siguió a través del túnel». El ente no era amenazador, pero sí inquietante. Ranulph Fiennes creyó que a su mujer le «asustaba el verlo».[31] Decidió acompañarla, tirar del trineo y quedarse en la casucha de la radio con ella. Él nunca encontró nada y ella no volvió a sentir la presencia mientras se hallaba con su marido. No obstante, las tensiones no hacían sino agravarse a medida que transcurría el invierno. En octubre, Fiennes dijo que Ginnie estaba «extenuada y sufría alucinaciones… De vez en cuando oía llantos en la oscuridad y a alguien que susurraba palabras confusas detrás de ella».

Hacia el 29 de octubre, el tiempo había mejorado sensiblemente y los tres hombres del equipo de Ranulph Fiennes partieron con las motos de nieve para proseguir su travesía antártica. Ginnie Fiennes y Simon Grimes, quienes habían viajado en avión hasta el campamento de Ryvingen, se quedaron atrás provisionalmente para mantener la vital conexión de las comunicaciones hasta planificar el traslado. El campamento también servía como base desde la cual los refuerzos aéreos pudiesen transportar combustible para las motos de nieve conforme la expedición se acercaba al Polo Sur. En un momento dado, Grimes se fue solo a inspeccionar la caseta de la radio, que se estaba cerrando a la sazón. Escribió en su diario: «Ninguna señal del fantasma de Ginnie, una presencia que ella… sintió durante el invierno… Un jovenzuelo, supongo… Para nada malévolo, se limitaba a estar. Las largas y solitarias noches en la cabaña habrán aumentado su percepción». Posteriormente, Grimes describió la cabaña como «una casucha vacía con un aura. La cerré a cal y canto, pues sabía que no iba a subir allí otra vez». Antes de irse, se fijó en algunos grafiti que Ginnie había escrito en la pared, utilizando tres rotuladores diferentes —en momentos distintos, imaginó—. Le pareció que las palabras eran «en cierto modo, bastante espeluznantes»:

> Mientras los gritos de silbadores y gibones
> rechinan en los oídos
> el fantasma de Ryvingen
> rompe en llanto.
> «¿Por qué has venido a molestarme
> después de todos estos años?
> Te perseguiré y me burlaré de ti.
> Y te ahuyentaré»[32].

Ginnie Fiennes experimentó un fenómeno no poco frecuente en la región antártica. Los primeros exploradores polares describieron casos de marineros que,

«trabajando en la oscuridad habían arrojado de pronto sus picos y palas, y se habían negado a abandonar solos el barco», escribió Raymond Priestly en su pionera investigación sobre la psicología de la exploración. Los estudios han mostrado que el frío extremo de las regiones polares tiene por sí mismo un impacto limitado en el estado psicológico de aquellos que pasan allí el invierno. En cambio, esta investigación muestra que, junto con el aislamiento y la soledad, lo que explica en gran parte la tensión que se experimenta en las bases de la Antártida es la monotonía. El hecho tiene su explicación. Los seres humanos son una especie social; tan social que el confinamiento solitario se considera el más cruel de los castigos; tan social también que, incluso en la soledad, «dirigimos nuestros actos y pensamientos hacia algunos *socius* (“compañeros”) infinitos, quienes los comprenderán y aprobarán».[33]

Los inviernos del Polo Sur transcurren en condiciones de solitaria camaradería, es decir, en pequeños grupos sometidos a un aislamiento social excesivo. Los estudios han revelado la existencia del «fenómeno del tercer cuarto» experimentado por personas que han trabajado en ese tipo de entorno. Existe un descenso cuantificable del ánimo y de la moral después de traspasar la mitad del camino de una estancia prolongada en lugares aislados, como los avanzados observatorios del tiempo en el Ártico y los científicos del Antártico.[34] Este estado de desmoralización sobreviene durante el tercer cuarto del periodo de la estancia, sin importar que ésta sea de cinco meses, un año, o cualquier otro espacio de tiempo. Mientras que en general no es lo suficientemente grave como para causar trastornos mentales, algunas personas sí que han desarrollado síntomas de lo que se denomina «síndrome antártico». Es normal que al final de éste se sufran depresiones leves o agudas, evasión, apatía, irritabilidad que a veces desembocan en ira, insomnio crónico, dificultad de concentración y, en ocasiones, el «síndrome del eutiroideo enfermo», un estado de disociación no muy distinto al que han padecido víctimas de catástrofes o de guerras,[35] en el que «los pensamientos gravitan desde la realidad hasta entrar en una suerte de ausencia nebulosa que incluso el individuo no es siempre capaz de recordar».[36] Estas condiciones también contribuyen a experiencias como la de Virginia Fiennes.

En mayo de 1986, una joven psicóloga, Jane Mocellin, entrevistó a hombres que vivían en Esperanza, la base argentina de la región antártica, como parte de una investigación sobre las reacciones humanas a la vida en entornos polares y otros lugares extremos. Su estudio dio un giro inusual cuando, a través de charlas informales, Mocellin se enteró de que algunos de los hombres se encontraron con una presencia en la base, lo que fue confirmado posteriormente por el oficial médico residente.[37] Tales hechos habían ocurrido durante los cuatro meses previos a las entrevistas. Uno tras otro, los hombres revelaron que acabaron convenciéndose de la presencia de un ser invisible en la base. El fenómeno siempre se producía en el edificio que albergaba la central eléctrica, cuyo personal la vigilaba de forma rotativa en turnos de veinticuatro horas. El edificio era el más aislado de todas las demás estructuras de la base. Las apariciones de la presencia sucedían por lo común durante

la noche. Un soldado declaró estar abrumado por una «intensa sensación de ser observado por alguien», a pesar de hallarse solo en el edificio. Otro hombre, un técnico de mecánica de veintisiete años, notó claramente que algo lo miraba a través de una ventana. «Estaba solo y la percepción fue tan fuerte que salí del edificio para comprobar si había alguien fuera». No había nadie. En otra ocasión, no obstante, sí que vio algo, fugazmente, una «forma humana que era la de un varón».[38] Otro de aquellos trabajadores tuvo también una experiencia similar. «Vi a alguien mirándome… Cuando me levanté para ir adonde estaba la imagen, ésta se movió y desapareció de mi campo de visión». Ninguno de ellos dijo estar asustado, sólo fueron conscientes de que tenían compañía.

Mocellin reunió versiones similares de «alucinaciones sobre presencias» experimentadas por miembros de una expedición chilena a la Antártida, así como por el personal meteorológico brasileño destinado en una remota isla tropical. Tiempo después, en colaboración con Peter Suedfeld, un profesor de psicología de la Universidad de Columbia Británica, la joven redactó un trascendental estudio sobre el fenómeno del Tercer Hombre en la publicación académica *Environment and Behavior*. En su investigación, *The «Sensed Presence» in Unusual Environments*, Suedfeld y Mocellin observaron una notoria diferencia entre las versiones como las de Ginnie Fiennes, sobre una presencia distante experimentada en las bases antárticas, y aquellos relatos narrados por personas que se encontraron en situaciones de vida o muerte: «En ningún caso hubo allí comunicación alguna entre el observador y el ente, ninguna sensación de estar recibiendo ayuda».[39]

De hecho, lo que sucedió en las bases del Polo Sur no es tan inusual. La sensación de encontrarse con una presencia oculta es mucho más común de lo que la mayoría de la gente es capaz de admitir. Graham Reed, un profesor de psicología de la Universidad de Yale, en Toronto, escribió que la detección de una presencia invisible «la experimentan con frecuencia personas normales y saludables, bajo determinadas condiciones».[40] Casi todas las personas han tenido la sensación de tener a alguien cerca cuando se encuentran solas. Reed observó que este hecho es más común en entornos poco corrientes. Pero también puede producirse en situaciones cotidianas donde existe una ausencia de estímulos significativos. Al caminar en solitario por la noche, la gente experimenta a menudo la sensación de que alguien puede estar siguiéndoles. Intentan tranquilizarse a sí mismos y quitarse la idea de la cabeza, para llegar a la conclusión de que su imaginación les ha engañado; pero la sensación es suficientemente vivida como para que, a pesar de todo, casi siempre miren a su alrededor, siquiera para asegurarse. En un relato publicado, una mujer cuyo trabajo requería volver a casa a últimas horas de la tarde subía su tranquila calle cuando «de pronto tuvo la sensación de que iba a atacarla alguien. Le pareció que una persona caminaba detrás de ella. Apretó el paso y no se volvió por temor a que la alcanzara su perseguidor».[41] Todo esto a pesar de que, en todo momento, la mujer «estaba convencida de que no había nadie detrás de ella». El silencio y la oscuridad

desempeñan con frecuencia un papel importante. Ambos ofrecen un «campo desestructurado que es capaz de actuar como una pantalla» sobre la cual un individuo puede proyectar su estado mental. Por tanto, la mente, en este tipo de entornos, puede conferir un significado especial a fenómenos naturales como corrientes de aire, niebla, nubes, sombras o ecos.

Esto sucede incluso en ausencia total de estímulos. Los científicos han introducido a individuos en tanques de agua a temperatura corporal eliminando toda estimulación sensorial. Transcurridos tres cuartos de hora, «personas normales, despojadas de todo estímulo sensorial, se comportan de un modo extraño. Con la pantalla de la conciencia vaciada de imágenes sensitivas del entorno, el individuo comienza a proyectar en ella sus fantasías íntimas más espontáneas».[42] Las investigaciones acerca de la privación sensorial han revelado con frecuencia ejemplos de gente convencida de que «se hallaba presente otra persona».[43]

Existen pocas dudas de que, como dijo un escritor, «extraños invitados que se presentan inesperadamente son proclives a inmiscuirse en largos periodos de soledad humana».[44] En consecuencia, a menudo se produce un compañerismo, sin importar la forma que revista. Los niños se resisten a irse a la cama cuando no pueden oír la voz de los padres, o los sonidos del televisor o del equipo de música. En general, piden a sus progenitores que dejen una luz encendida o una puerta entreabierta. Si éstos no acceden a sus peticiones, las consecuencias pueden ser sorprendentes, tal y como una niña recordó:

> … en algún momento después de la cena la mandaron a la cama sola mientras los adultos permanecían en el comedor. Para llegar a su habitación, tuvo que atravesar un oscuro pasillo. Se quedó sobrecogida y le dio la impresión de que había alguien detrás a punto de alargar la mano y tocarle el hombro.[45]

Los adultos conservan parte de este comportamiento en determinadas situaciones, como cuando uno de los esposos se ausenta por un viaje de trabajo. De pronto, a los perros —habitualmente desterrados al lavadero— se les acepta en el dormitorio principal. Las personas que están solas por la noche buscan colmar el silencio canturreando, silbando, hablando en voz alta, mirando la televisión o poniendo música. Tales acciones «enmascaran estímulos leves que, de lo contrario, podrían interpretarse como señales de que alguien más se halla presente».[46]

Lejos de lugares habitados, estos efectos pueden acentuarse, «especialmente en lugares donde los estímulos del entorno no cambian relativamente y son homogéneos: montañas, junglas, desiertos, extensiones de hielo y océanos».[47] Si bien, en algunos casos, viajeros como alpinistas, senderistas y exploradores no están realmente solos, se encuentran, como aquellos trabajadores en la Antártida, «solos en pequeños grupos» en un lugar remoto, separados por grandes distancias de otras personas.[48] En estos entornos, como en los puestos avanzados de los polos, la aparición de una presencia no implica ningún tipo de comunicación o amparo. Se trata tan sólo de una

sensación sutil, y en ocasiones vagamente inquietante, de que alguien está cerca. Todas estas situaciones tienen en común un nivel bajo de estimulación: monotonía, aislamiento y, por lo general, algo que Graham Reed denominó «soledad frente a la Naturaleza». De los lugares naturales de la Tierra, las regiones polares se cuentan entre las más solitarias.

Lo que encontraron exactamente sir Ernest Shackleton y sus hombres en su angustiosa travesía por la isla polar austral de Georgia del Sur es una cuestión que ha confundido a ciertos historiadores y ha inspirado desde entonces muchos sermones dominicales. En opinión de Shackleton, la aparición fue algo sobrenatural, una manifestación de algún poder superior. La extraña presencia apareció al finalizar la exploración solemnemente denominada Expedición Transantártica Imperial, de 1914 a 1916, en el preciso momento en que Shackleton podía asegurar su propia supervivencia y la de sus hombres, o perderlo todo en el intento.

En agosto de 1914, sólo cuatro días antes de que se desatara en Europa la primera guerra mundial, Shackleton viajó en barco hasta el continente antártico para cruzarlo a pie y reclamar para el Reino Unido un premio por la hazaña polar. La expedición estuvo a punto de acabar en una catástrofe masiva; el hecho de que no fuera así se debe a los fundamentos de la leyenda de Shackleton. Era el hombre adecuado para ese trabajo. Shackleton, explorador que se había hecho a sí mismo, estaba dotado de resistencia, voluntad y buen humor. Era también un romántico empedernido y, según sus palabras, no había pensado en convertirse en explorador hasta que, siendo un muchacho de veintidós años alistado en la marina mercante, la idea le sobrevino en un sueño: «Me pareció que me juraba a mí mismo que algún día iría a la región del hielo y de la nieve y no cejaría hasta alcanzar alguno de los polos de la Tierra». Pero su tercer intento de llegar al Polo Sur acabó de forma prematura. El barco de la expedición, el *Endurance*, se abrió camino entre el helado mar de Weddell y quedó atrapado en el hielo aun antes de que Shackleton pudiera desembarcar en su afán de atravesar el continente antártico.

El barco fue abandonado el 27 de octubre de 1915, después de que el hielo lo arrastrara durante unos diez meses. Shackleton escribió: «El *Endurance* estaba perdido: ningún barco construido por manos humanas hubiera podido resistir semejante presión. Ordené que toda la tripulación saltara al témpano». El sonido que ejercía el hielo contra el casco se asemejaba a «los gritos de un ser vivo». Con el tiempo, el barco quedó reducido a una ruina. Los veintiocho hombres de la tripulación se hallaban a cien metros, con provisiones y suministros amontonados a su alrededor, y el hielo agrietándose bajo sus pies. Se encontraban a 1600 kilómetros —y con un inmenso océano de por medio— del asentamiento humano más cercano. Shackleton reunió a sus hombres y les dijo, serenamente y sin mostrar emoción: «No tenemos barco y las reservas se han acabado, así que ahora nos iremos todos a casa». La situación era desesperada. El grupo emprendió un camino de cinco meses a través del hielo medio derretido, arrastrando las pequeñas barcas del *Endurance*, y algunos

marineros no podían soportar la penosa situación en que se encontraban: «Los hombres parecían haber perdido el juicio; unos querían suicidarse y [Shackleton] tenía que obligarlos a mantenerse con vida».[49]

El 9 de abril de 1916, 15 meses después de que el barco quedara atrapado, los hombres se libraron del hielo lanzando las pequeñas embarcaciones al mar. Su salud y estado de ánimo estaban ya gravemente deteriorados. Apiñados en los botes, se veían expuestos al oleaje del océano. La sal de la espuma del mar les enrojecía los ojos, les secaba los labios que sangraban y cubría sus caras con la palidez de la muerte. Algunos sufrían de disentería por el consumo de *pemmican* —comida concentrada, consistente en una masa de carne seca pulverizada, bayas desecadas y grasas— de perro cruda. Por la noche, las temperaturas descendían en picado. Se enfrentaban a lluvias constantes y a ráfagas de nieve. Tras pasar tres noches en las barcas, Shackleton dudaba de que todos sus hombres pudieran sobrevivir a una cuarta. En ésas, vieron los escarpados acantilados de la isla del Elefante, un desolado arrecife a escasa distancia de la península Antártica. Desembarcaron, tambaleándose hacia la orilla como una pandilla de borrachos. Pero sus rostros tenían un aspecto hosco y transtornado. Frank Hurley, el fotógrafo de la expedición, escribió: «Muchos sufrían de locura temporal y caminaban sin rumbo fijo; otros temblaban, como si hubieran sufrido una parálisis cerebral».

Shackleton era consciente de que las probabilidades de que los encontrara una expedición de rescate eran nulas. Decidió dejar a la mayoría de sus hombres en la isla del Elefante y llevarse a cinco consigo en uno de los botes, un ballenero al que llamó *James Caird*, donde se verían expuestos a los extremos rigores del océano al sur del cabo de Hornos, «el área marina más tempestuosa del mundo». Su meta era una planta ballenera situada en el territorio británico de Georgia del Sur, a más de 1100 kilómetros de distancia, pero aún en la convergencia antártica; un lugar sometido a las profundas depresiones atmosféricas que llegaban a través del Pasaje de Drake, donde reina un tiempo extremo e imprevisible. Anunció su decisión el 19 de abril. Shackleton apuntó: «La idea de que una travesía en bote en busca de auxilio era necesaria me vino impuesta… Los riesgos… eran obvios».

Los seis hombres soportaron vendavales, ráfagas de nieve y olas tempestuosas durante diecisiete días. Llevaban una existencia miserable. Muchos sufrían mareos, calados hasta los huesos y helados hasta la médula. Transcurrido el tercer día, mostraban ya síntomas de congelación; sus pies y piernas mostraban el «color blanco pálido de los cadáveres y habían perdido sensibilidad». No lograron escapar del frío hasta que se apretaron en el compartimento-dormitorio, similar a la «celda de una mazmorra» de unos dos metros de longitud por metro y medio de ancho, en el cual sólo podían introducirse de tres en tres, embutidos en húmedos sacos de dormir confeccionados con piel de reno. Se colocaron encima cajas de víveres y bolsas de guijarros usados como lastre, durmiendo irregularmente, mientras sus «desventurados cuerpos se balanceaban y se golpeaban contra las paredes en medio de las

encrespadas olas». El comandante Frank Worsley, quien había capitaneado el *Endurance*, se despertó una vez en el compartimento jadeando de miedo tras soñar que había sido enterrado vivo.

Para colmo de desgracias se perdió un barril de agua potable, y la falta de bebida los dejó gravemente deshidratados. Cada uno vio reducida su ingestión de líquido a una pequeña cantidad de agua salobre al día. El sexto día Worsley anotó: «Nuestros pobres compañeros encienden las pipas —su único consuelo— debido a la sed atroz que nos impide comer». Shackleton escribía: «La sed se ha apoderado de nosotros… La falta de agua es la privación más grave a la que se ven sometidos los hombres». Tenía razón; mientras algunas personas pueden sobrevivir durante semanas sin comida, se estima que nadie puede pasar más de cuatro días sin beber. «Todos estaban muy sedientos y desesperadamente necesitados de sueño», apuntó Worsley en su cuaderno de bitácora. «Algunos de nuestros hombres, de hecho, están a punto de caer agotados».

Fuera, las condiciones eran incluso peores: el hielo se acumulaba a tal punto en el barco que los hombres corrían peligro de volcar, y tuvieron que hacer turnos para machacarlo con una azuela de carpintero. En una ocasión, cuando parecía que el tiempo les daba un descanso, Shackleton gritó: «¡Se está despejando el cielo, muchachos!». Pero inmediatamente después volvió a vociferar: «¡Por todos los santos, agarraos! ¡Nos ha alcanzado!». Lo que Shackleton tomó por una franja de cielo despejado era, en realidad, la espumosa cresta de una enorme ola, probablemente causada por el desprendimiento de un iceberg. El barco estuvo a punto de inundarse y los hombres tuvieron que extraer el agua de la embarcación para salvar la vida.

No sólo superaron esa crisis, sino que también, en una increíble hazaña náutica de Worsley, consiguieron alcanzar Georgia del Sur en medio de un huracán que amenazaba con estrellarlos contra las rocas. Lucharon contra la tormenta durante nueve horas antes de recalar. «Estábamos prácticamente acabados», dijo Henry McNeish, el carpintero. Privados de sueño, con las bocas secas y las lenguas hinchadas por la sed, los hombres se hallaban en un estado próximo a la inanición. Tan pronto llegaron a la orilla, se dejaron caer en unos charcos de agua fresca y bebieron a lengüetazos como animales salvajes. Tuvieron que descargar los sacos de dormir y apenas pudieron hacerlo, pues habían perdido el control de sus extremidades, entumecidas al haber estado empapadas en el agua fría del mar durante más de dos semanas.

Pero el viaje no había terminado todavía. Los hombres se encontraban en el extremo opuesto de su meta, la planta ballenera de Stromness. No obstante, el tiempo inclemente y el litoral traicionero hacían imposible otra travesía por mar. De modo que Shackleton decidió cruzar la isla por tierra, lo cual suponía un recorrido de 38 kilómetros en línea recta. La hazaña le convertiría, además, en la primera persona en penetrar en el montañoso interior de Georgia del Sur. Forman la columna vertebral de

la isla dos cordilleras con más de una docena de picos que rebasan los 2000 metros de altitud, rodeados todos ellos de extensiones de hielo e inmensos glaciares. Con todo, los marineros no pudieron emprender el camino durante varios días, pues las inclemencias del tiempo los obligaron a sentarse y esperar. Ese descanso les sirvió para recuperarse de la travesía. Bebieron agua dulce y comieron carne tierna de polluelo de albatros.

Finalmente, a las tres de la mañana del 19 de mayo de 1919, Shackleton, Worsley y Tom Crean, segundo oficial, dejaron a McNeish a cargo del resto de la tripulación y del bote, y emprendieron su arduo recorrido a través de las sierras y los glaciares de la isla. Duncan Carse, un explorador que realizó el mismo trayecto que aquellos hombres en los años cincuenta, quedó sobrecogido por su coraje: «Viajaron precipitadamente bajo presión, extenuados por largas privaciones y periodos de agotadora inanición, privados de todo menos de sus ropas raídas». Carecían prácticamente del equipo necesario para escalar, excepto quince metros de cuerda y la azuela de carpintero convertida, por necesidad, en un hacha de hielo. Carse dijo: «Su única salvación residió en la velocidad y en el atajo que tomaron, a pesar del peligro que ello suponía; no podían fracasar porque veintidós hombres se hallaban esperando el auxilio que sólo ellos podían proporcionarles».[50]

Caminaban a la luz de la luna y rodeados de una espesa niebla. Ascendían con precaución, atados entre sí, salvando brechas y cruzando extensiones de nieve. Recibían escasas raciones de alimento y viajaban sin pararse apenas a dormir. Emprendieron el descenso por el Tridente, una cresta gigante, y fracasaron en dos ocasiones hasta que advirtieron que bajar por ella era imposible. Finalmente, se detuvieron en la cumbre de una montaña de hielo, sin acabar de saber lo que había al otro lado debido a una brusca pendiente situada ante ellos que les impedía ver más allá. Cuando vieron que un denso banco de bruma se les echaba encima, optaron por saltar a lo desconocido. Como escribió Shackleton, «no había vuelta atrás». Worsley diría después: «Nunca había sentido tanto miedo en mi vida como durante esos primeros treinta segundos. La velocidad era terrorífica. Creo que todos nosotros lanzamos un grito sofocado ante aquel espeluznante salto hacia la oscuridad». En aquel momento, sólo ellos sabían el paradero de los demás miembros de la expedición. De haber sucumbido a la muerte, la expedición entera habría perecido. En cambio, probaron su suerte y sobrevivieron, arrastrándose desde una altura de 275 metros en pocos minutos. Finalmente, se sacudieron la nieve y se estrecharon las manos. Entonces, al mirar atrás, vieron como grises dedos de niebla que asomaban en la cresta «como si quisieran atrapar a los intrusos y conducirlos a lugares salvajes. Pero habíamos logrado escapar».

Caminaron todo el día y durante la noche, a ratos casi en medio de una oscuridad total, hasta que apareció la luna llena y surgió un camino plateado ante ellos. Alcanzaron la bahía de Fortuna, a la que al principio confundieron con su meta, la planta de Stromness, pero no tardaron en percatarse de su error. A las cinco en punto

de la mañana del 20 de mayo, exhaustos y helados —uno de los hombres sufría ya de congelación—, se detuvieron a descansar. Carecían de tiendas de campaña y sus ropas estaban hechas jirones. Se rodearon con los brazos para entrar en calor. Worsley y Crean tardaron muy poco en dormirse. Shackleton anotó: «Comprendí cuán desastroso sería que todos nosotros cayéramos dormidos, pues el sueño bajo estas condiciones se apareja con la muerte». Transcurridos cinco minutos, los zarandeó para despertarlos, diciéndoles que habían dormido media hora. Ordenó reemprender la marcha. Mientras avanzaban, «caminábamos los tres muy juntos, la mayor parte del tiempo en silencio»,[51] observó Shackleton tiempo después.

A las 6.30 Shackleton creyó oír el sonido de un silbido similar al de las máquinas de vapor y, al cabo de media hora, lo oyeron todos. «Ninguno de nosotros había oído nunca una música tan dulce», escribe Shackleton. Continuaron caminando hasta alcanzar una última cima desde la que pudieron divisar parte de la bahía de Stromness. Apareció un barco ballenero a lo lejos, y minúsculas figuras que se movían alrededor de las dependencias. Se detuvieron y se dieron un apretón de manos. Por fin llegaron a la planta ballenera arrastrando los pies, prácticamente irreconocibles para ser los hombres civilizados que eran. Llevaban largas barbas y el pelo enmarañado. Sus caras estaban ennegrecidas y sus ropas eran sucios harapos. Las primeras tres personas con las que se toparon retrocedieron asustadas. Un capataz los llevó a la casa del jefe, a quien Shackleton conocía: «¿Y bien?», dijo el jefe. «¿No me conoces?», preguntó Shackleton. El jefe contestó sin convicción que reconocía la voz, pero no dio con la identidad del velludo y maloliente visitante que se erguía de pie en el umbral de la puerta. «Soy Shackleton», dijo el extraño.

Se envió a varios rescatadores a recoger al resto de los hombres de Shackleton al otro lado del islote y a la isla del Elefante. Toda la tripulación del *Endurance* sobrevivió al terrible calvario. Uno de los hombres que se quedaron en la isla del Elefante, Thomas Hans Orde-Lees, un experimentado escalador, escribió más adelante: «Shackleton admitió en más de una ocasión que no era montañero. Para mí siempre será un misterio cómo él, Worsley y Crean lograron atravesar Georgia del Sur». La experiencia no les dejó indemnes. Shackleton, parafraseando un pasaje de un poema de Robert Service,[52] redactó en su obra narrativa *South*, publicada en 1919: «Atravesamos el barniz de las cosas exteriores. Habíamos “sufrido, pasado hambre y triunfado, arrastrándonos, si bien aferrados a la gloria, y nos hicimos más grandes en la grandeza del todo”. Vimos a Dios en Su esplendor, oímos el lenguaje de la Naturaleza. Habíamos alcanzado el alma desnuda del hombre».

Shackleton siempre consideró la desesperada travesía desde la isla del Elefante hasta la planta ballenera de Georgia del Sur como el acontecimiento supremo de su vida, superando incluso su máximo logro geográfico, el récord de 1909 por haber alcanzado el punto más lejano del sur. En aquella expedición, se adentró 156 kilómetros en el Polo Sur y obtuvo por su esfuerzo el título de *sir*. En el caso de la Expedición Imperial Transantártica, Shackleton no recibió premio alguno, pero había

logrado algo más grande: ayudar a otros hombres a vencer obstáculos aparentemente insalvables para sobrevivir. La travesía de Georgia del Sur fue la salvación de la expedición.

Shackleton puso sumo esmero en escribir su versión del viaje, advirtiendo de forma constante: «Hay muchas cosas que jamás podrán contarse».[53] En la preparación de su narración, luchó contra algo no mencionado hasta entonces. En casa de Leonard Tripp, un amigo y confidente, en Heretaunga, cerca de Wellington, en Nueva Zelanda, el explorador intentó aceptarlo. Tripp escuchaba mientras Shackleton dictaba su historia a Edward Saunders, un periodista que actuaba de escribiente y a quien asombraba lo que estaba oyendo. Shackleton se paseaba por la habitación mientras hablaba. Rara vez vacilaba, pero de vez en cuando le decía a Saunders que pusiera una señal en el texto porque no daba con la palabra adecuada. «Yo lo estaba observando», contó Tripp. «Toda su cara parecía hincharse, y ya saben ustedes lo grande que la tenía». Con lágrimas en los ojos, Shackleton exclamó: «Tripp, no sabes lo que pasé, y ahora estoy pasando lo mismo, y no me veo capaz». Abandonó la estancia como si fuera a marcharse y encendió un cigarrillo. Pero luego volvió. Esto ocurrió en varias ocasiones. «Era evidente», recordó Tripp, «que el hombre estaba sufriendo, hasta que mencionó al cuarto hombre».[54]

Recitando a Keats,[55] Shackleton explicó su conflicto en *South*:

> Uno siente «la escasez de palabras humanas, la aspereza del discurso mortal», al intentar describir cosas intangibles, pero un relato de nuestros viajes quedaría incompleto sin la referencia a un sujeto muy próximo a nuestros corazones.[56]

En su narración revela que, durante esa lucha, la peor y la última de su vida, le asaltó la penetrante sensación de que algo fuera de lo común los acompañaba:

> Cuando rememoro esos días no me cabe la menor duda de que nos guió la Providencia, no sólo a través de aquellas extensiones de nieve, sino también en medio del blanco y encrespado mar que separaba la isla del Elefante de nuestra meta en Georgia del Sur. Sé que durante esa larga y atroz marcha de treinta y seis horas a lo largo de aquellos glaciares y montañas desconocidas tuve la impresión de que no éramos tres, sino cuatro.[57]

No contó nada a sus dos compañeros, pero tres semanas después, Worsley comentó sin venir a cuento: «Jefe, durante la marcha tuve la curiosa sensación de que allí había otra persona con nosotros». Más tarde Crean también reveló que había notado la misma extraña presencia. Cada uno de los tres hombres había llegado a la misma conclusión de manera independiente: los había acompañado otro ser.

Al principio, Shackleton no mencionó la cuarta presencia a nadie más, y el pasaje que aludía a ella, y que Tripp le oyó dictar a Saunders, fue omitido en el borrador original de *South*, escrito en 1917. Debido a ello y al hecho de que no se mencionara en ningún documento original, creció la posibilidad de que ese encuentro con la presencia fuese una «invención para añadir a la historia una pizca de espiritualidad antes de que llegara a imprimirse».[58] En efecto, una biografía de Shackleton sugería

que la presencia representaba tan sólo «un intento por su parte de ganar la publicidad en un momento de emoción nacional, produciendo su propio "ángel de Mons"».[59]

Esto último es una referencia a un relato de la primera guerra mundial donde se narraba que unos ángeles habían aparecido para proteger al ejército británico durante su retirada de Mons, Bélgica, en agosto de 1914. El historiador A. J. P. Taylor contó que Mons había sido el único campo de batalla donde «se pudo observar una intervención sobrenatural, más o menos fidedigna, en el lado británico».[60] El soldado A. Johnstone, que sirvió con los Royal Engineers, escribió al diario londinense *Evening News*, el 11 de agosto de 1915, asegurando que unos jinetes angelicales se habían aparecido a las tropas en retirada:

> Recuerdo haberme vuelto hacia mis compañeros de filas y haber dicho: «¡Gracias a Dios! Ya no estamos lejos de París. Mirad la caballería francesa». Ellos también los vieron con bastante claridad pero, al acercarnos y para nuestra sorpresa, los jinetes se habían esfumado y sólo quedaron unos bancos de niebla blanca, con árboles y matas de arbustos asomando débilmente entre la bruma.

Johnstone dijo que él y sus soldados marcharon día y noche con sólo un descanso de media hora. Se hallaban en serio peligro, expuestos al enemigo y al hambre feroz, a la privación de sueño y al agotamiento. Tal y como anotó Johnstone, todos estaban «totalmente rendidos de cansancio, tanto física como mentalmente, avanzando casi de forma mecánica y balbuceando todo tipo de incoherencias en pleno delirio». En base a este relato, muchas personas han sostenido que aquellos hombres eran «víctimas de una ilusión sensorial provocada por una fatiga extrema».[61] El peso de la tensión y el agotamiento que sufrieron los soldados británicos en Mons guardan una gran similitud con lo que soportó la tripulación de Shackleton, sugiriendo que, lejos de constituir un adorno novelesco, *South* se limita a documentar una reacción similar en situaciones extremas.

De hecho, el compañero oculto aparece en una hoja de papel aparte etiquetada como «nota» en otro texto mecanografiado del manuscrito original de Shackleton. Aparentemente, en un principio él ocultó el pasaje antes de decidirse a incluirlo en la versión final.[62] «No se puede escribir este tipo de cosas… sobre el misterio de aquel cuarto hombre en nuestra travesía; sin embargo fue el centro de ella»,[63] dijo Shackleton. Lamentó a veces el haber hecho público un sentimiento tan profundamente personal: «En ocasiones solía hablar de ello en voz baja, o con vergüenza».[64] Sin embargo, tiempo después, en algunas de sus conferencias públicas aludió a esa experiencia, y la narración del encuentro con la presencia oculta siempre suscitaba un terrible efecto. Un invitado a un banquete en honor de Shackleton recordó: «Podía oírse el vuelo de una mosca cuando sir Ernest hablaba de la conciencia de que un compañero divino estuviera presente en sus viajes».[65] Ello causó sensación en los púlpitos de aquellos tiempos. Frank W. Boreham, un pastor baptista y escritor popular, fue uno de los muchos clérigos que relacionaron la cuarta presencia de Shackleton con un pasaje de la Biblia, Daniel, 3, 24-25:

> El rey Nabucodonosor se quedó atónito, se levantó rápidamente y preguntó a sus consejeros: «¿No hemos arrojado al fuego a tres hombres atados?». Ellos le respondieron: «Así es, majestad». El rey repuso: «Pues yo estoy viendo cuatro hombres desatados que caminan entre el fuego sin sufrir daño, y el cuarto parece un ser divino».

Las opiniones de Boreham no resultan sorprendentes. «Llama o escarcha; no hay diferencia alguna. Una verdad que, en una época podía sostenerse en una caldera ardiente, igualmente puede reivindicarse entre extensiones de hielo y nieve», escribió Boreham,[66] añadiendo: «¡La forma del cuarto hombre es como la del Hijo de Dios!».

¿Era aquella presencia en Georgia del Sur la mano guiadora y protectora del Divino Compañero o, como declarara Boreham, «el Hijo de Dios»? ¿Intervino el Todopoderoso para conducir al harapiento trío de exploradores polares hacia su salvación? ¿O fue otra cosa? Algunos historiadores, en sus relatos sobre la expedición de Shackleton, conjeturaron que aquello fue una forma de alucinación compartida. En palabras de uno de ellos, el «duro esfuerzo [fue] suficiente para nublar sus conciencias».[67] O, según otro, «fue probablemente una alucinación debida a la deshidratación».[68] El biógrafo de Shackleton Roland Huntford escribió: «Sufrían de deshidratación y eso les llevó a caer en ese semimundo donde confluyen los fenómenos físicos y mentales… Falsas ilusiones planeaban en el aire. Las sombras semejaban fantasmas. Imaginaban compañeros invisibles».[69]

Un escritor, Harold Begbie, publicó una conversación con Shackleton en el rotativo londinense *The Daily Telegraph*:

> —En su libro, habla usted de una cuarta presencia.
>
> Shackleton asintió.
>
> —¿Le molesta hablar de ello?
>
> Enseguida se mostró inquieto e incómodo.
>
> —No —dijo—. A ninguno nos importa hablar sobre aquello. Existen cosas de las que jamás se podrá hablar. Sólo con insinuarlas se acerca uno al sacrilegio. Aquella experiencia fue claramente algo similar.[70]

El 4 de enero de 1922 Shackleton regresó a Georgia del Sur en el *Quest*, un barco antes destinado a la caza de focas. La meta de la nueva expedición no estaba del todo definida pero su objetivo general era circunnavegar la región antártica en busca de islas vírgenes. Su tripulación contaba con ocho de los hombres del *Endurance*, Worsley entre ellos. Mientras el *Quest* navegaba a lo largo de la costa de Georgia del Sur, Shackleton y Worsley, «como un par de niños excitados», señalaban con los dedos las peligrosas montañas que antes atravesaran. Finalmente, el *Quest* ancló a poca distancia de King Edward Point, al este de Stromness. «Es un lugar extraño y curioso», anota Shackleton esa noche en su diario, añadiendo: «En el oscuro crepúsculo vi una estrella solitaria suspendida en el cielo, como una gema que se alzaba sobre la bahía». En las primeras horas del 5 de enero, Shackleton, que acababa de cumplir cuarenta y siete años, sufrió un ataque cardíaco mortal. Fue enterrado en

el cementerio de los balleneros de Grytviken, en Georgia del Sur, el lugar donde le acariciara la Providencia.

Curiosamente, la historia recuerda al visitante de Shackleton en Georgia del Sur no como el cuarto —Shackleton, Worsley, Crean y otro misterioso ser— sino como «el Tercer Hombre».[71] Esto se debe a que T. S. Eliot alude al fenómeno en *La tierra baldía* —obra escrita en 1922 y de la que podría decirse que es el libro inglés de poemas más famoso del siglo XX—, si bien Eliot utiliza licencias poéticas para modificar el número de personajes. Escribe en el poema:

> ¿Quién es el tercero que camina siempre a tu lado?
> Si cuento, sólo estamos tú y yo juntos
> pero si miro hacia delante por el blanco camino
> siempre hay otro caminando junto a ti.

En sus notas sobre *La tierra baldía*, Eliot dice que esas líneas estaban inspiradas en un relato acerca de una expedición a la región antártica. «No recuerdo con seguridad cuál de ellas, pero creo que fue una de las de Shackleton.»[72] El poeta angloamericano quedó impresionado por la idea de que «un grupo de exploradores, al límite de sus fuerzas, tuviera la falsa ilusión de que entre ellos pudiera contarse un miembro más». Tal es, pues, el nombre que se ha asociado al ser invisible, el núcleo de este libro: el Tercer Hombre. Algunos investigadores y científicos también lo denominan de otra manera: la «presencia percibida», una «vivida conciencia física» o la «persona ilusoria en la sombra». Pero este benevolente y misterioso ser pasó a ser conocido como el Tercer Hombre. En 1975, el alpinista Doug Scout, quien en compañía de Dougal Haston realizó la primera escalada de la pared suroeste del Everest, describió la experiencia del siguiente modo: «Es el síndrome del Tercer Hombre: el imaginar que hay alguien caminando junto a nosotros, una presencia reconfortante diciéndonos lo que debemos hacer a continuación, y esa presencia puede ser tan poderosa como una voz en el interior de nuestro pecho».[73]

Sir Ernest Shackleton tuvo la sensación real y vivida de que esa persona era de carne y hueso. Y no era precisamente cualquier persona. Shackleton y sus dos compañeros, en un momento de sus vidas, cuando necesitaron imperiosamente la ayuda y el aliento de un amigo, fueron capaces de convocarlo aparentemente de la nada. En eso estriba el misterio del Tercer Hombre: cómo ellos, y otras tantas personas antes y después, experimentaron esa sensación.

¿Qué era pues lo que transformó la sensación de una presencia, como la relatada en las bases de la región antártica, en una forma de esperanza encarnada en el Tercer Hombre? ¿Por qué otros encuentros con presencias en territorios polares, como los de Ginnie Fiennes y los argentinos, no generaron ninguna sensación de ayuda o de orientación mientras que en el caso de Shackleton sí? Las condiciones básicas —aislamientos extremos y monótonos entornos polares— eran similares, pero la

situación de Shackleton era más complicada. En su caso, esos factores se juntaron con un estado agudo de tensión. Shackleton se hallaba en un momento desesperado, en el que el riesgo de morir era evidente. Tal factor adicional alteró drásticamente la naturaleza de la experiencia, intensificando el efecto.

Shackleton sintió que su encuentro con la presencia revestía un significado espiritual, que se trataba de una manifestación de la Divina Providencia. Cuando se refería a ello, lo hacía con solemnidad. Lo que él experimenta es mucho más profundo que la vaga sensación de una presencia común en muchos de nosotros, como la provocada por la ansiedad fugaz que sentimos al caminar por una calle desierta en plena noche. El Tercer Hombre parece incrementar su poder en proporción directa a la intensidad del estado emocional del individuo que lo experimenta. ¿Por qué halló Shackleton un gran y benévolo compañero mientras que otros no? Porque, a diferencia de Ginnie Fiennes y los argentinos, él necesitaba uno desesperadamente.

Capítulo 3
Los fantasmas caminan entre nosotros

En las décadas inmediatamente anteriores y posteriores a la experiencia mística de Shackleton en Georgia del Sur, apareció un sinnúmero de relatos acerca del Tercer Hombre. Se produjeron a lo largo y ancho del mundo, bajo condiciones extremas, si bien también radicalmente diferentes. Algunos de los casos descritos en este capítulo fueron en su día tan notorios y populares como el de Shackleton. La oferta de Frank Smythe de compartir su pastel de menta Kendal con su «compañero» en el Everest es, por ejemplo, el más célebre caso sobre el fenómeno del Tercer Hombre en el que se vio implicado un escalador. El encuentro de Joshua Slocum con un marinero fantasma durante el intento de culminar su primera circunnavegación del mundo en solitario se publicó en la prensa en su momento y, a día de hoy, la historia sigue resultando familiar a muchos navegantes. Henry Hugh Gordon Dacre Stoker, un capitán de submarino de la Royal Australian Navy, publicó un popular libro sobre sus aventuras en tiempos de guerra, en cuyo núcleo aparecía una escurridiza e invisible presencia. Con todo, otros casos resultaban desconocidos para el gran público: la misteriosa figura que guió a A. F. R. «Sandy» Wollaston para sacarlo de la jungla de Nueva Guinea y conducirlo a terrenos seguros; o la presencia sobrenatural que se apareció a William Laird McKinley en los hielos árticos, por ejemplo, fueron relatos tan sólo conocidos por el círculo cerrado de exploradores que habían experimentado dicho fenómeno.

Aunque la exploración propiamente dicha ha existido siempre durante siglos, de repente empezaron a surgir por todas partes narraciones acerca del Tercer Hombre. Algo había cambiado. Tal vez fue el propio esquema de exploración. En lugar de grandes barcos provistos de toda una tripulación, o de un gran número de soldados, los exploradores empezaron a viajar en solitario o «solos en pequeños grupos». O quizá todo lo que cambió fue la voluntad de los aventureros de confesar públicamente sus extrañas experiencias, algo inimaginable incluso pocas décadas atrás. Los detallados relatos descritos por exploradores británicos del siglo XIX, por ejemplo, constituían narraciones cuya intención era impresionar al Almirantazgo con el preclaro buen juicio de sus autores. Lo último que hubieran querido revelar a sus reverenciados superiores era la visita de un compañero fantasma. Cualquiera que fuera la causa, algo había cambiado. A finales del siglo XIX y en las primeras décadas del XX los fantasmas empezaron a caminar entre nosotros.

El 1 de junio de 1933, Frank Smythe y Eric Shipton salieron al fin de sus tiendas de lona situadas a 8351 metros de altitud en el Everest hacia la conquista de la cima. Tin

cegadora ventisca les había obligado a permanecer dos noches en el Campo VI, en la denominada «zona de muerte» por su gran altura. Una altitud por encima de 8000 metros resulta peligrosa incluso para quienes están aclimatados, y los alpinistas han aprendido desde entonces a limitar la exposición a condiciones climáticas extremas acampando en alturas inferiores antes de intentar alcanzar la cumbre. Pero en 1933 los tiempos de escalar grandes alturas todavía se hallaban en pañales. El deterioro físico de Smythe y Shipton debido a la altitud, la falta de oxígeno, la privación de sueño y la comida insuficiente, cobró rápidas y graves proporciones. Empezaron a preocuparse del tiempo de que disponían para sobrevivir. Sin embargo, transcurrida la segunda noche, el tiempo se calmó y decidieron alcanzar la cima. Se hallaban tan debilitados que Smythe tenía el convencimiento de que cualquiera que los hubiera visto abandonar el campo habría concluido que «debieran estar en el hospital».

Avanzaban lentamente, con frecuentes paradas, en diagonal hacia el Gran Couloir en una pendiente gradual que a Shipton le recordaba un tejado. Aun así, se encontraba «débil como un cachorro» y cuando alcanzaron una formación rocosa en el Everest llamada Primer Escalón a 8500 metros, Smythe oyó una exclamación tras él. Al volverse, vio a Shipton que se apoyaba pesadamente en el piolet. Al poco, Shipton se desplomó y declaró que no podía seguir. La cuarta expedición británica al Everest, que comenzó como un gran asalto meticulosamente planeado al estilo militar, se vio reducida a un solo hombre. Frank Smythe no parecía el candidato idóneo para la tarea. La Royal Air Force le había concedido una invalidez en 1927, sufrió un soplo en el corazón y obviamente no se hallaba en condiciones. Pero era un escalador diestro y resuelto, y de pronto se encontraba solo.

Poco después de dejar atrás a Shipton, Smythe se topó con una capa profunda de nieve recién caída. Ésta no aguantaba su peso y Smythe se hundía en ella a cada paso, lo cual agravaba enormemente la dificultad de la escalada. Pero no cejó en su empeño y alcanzó el Gran Couloir. La cumbre del Everest se encontraba tan sólo 300 metros más arriba, pero a él se le antojaban 1000 kilómetros. Smythe declaró «sentirse invadido por una sensación de desesperanza y desánimo». Sus extremidades temblaban por el esfuerzo. Jadeaba en busca de aire. El corazón le latía con fuerza contra el tórax. En tales condiciones, el desafío técnico de la escalada empezó a parecerle insalvable. Smythe tuvo la sensación de ser «un prisionero que lucha en vano para escapar de una hondonada rodeada de paredes como una mazmorra». «Dondequiera que miraba, veía rocas hostiles que observaban con el ceño fruncido mi lucha impotente»,[74] contó.

En un momento dado resbaló y perdió el equilibrio tan rápidamente que su «lento cerebro no fue capaz de registrar ni un estremecimiento de miedo». Smythe se salvó gracias a que el piolet se trabó en una grieta, soportando su peso. Sólo tiempo después comprendió el extremo peligro que corrió en ese momento. Escalaba, según sus palabras, «con un estado de ánimo curiosamente ajeno, indiferente». «Era como si una parte de mí estuviera a un lado, mirándome, y la otra luchando para seguir

adelante. La falta de oxígeno, principalmente, y el cansancio son los responsables de este embotamiento de las facultades mentales»,[75] narró. Comparó su estado con el de un conductor borracho. Smythe trató de avanzar, apartando a su paso la harinosa nieve con los guantes a fin de aprovechar cada punto de apoyo. Era una ardua tarea, y resultó ser su perdición. «He llegado al límite», se dijo Smythe. Por algún tiempo permaneció de pie, solo, en la «misma frontera entre la vida y la muerte», a una altitud que ningún hombre había alcanzado hasta entonces. Como declaró más adelante, «los últimos mil pies del Everest no están hechos para meras personas de carne y hueso».

Al poco, Smythe descendió hasta un amplio saliente y se detuvo a descansar:

> Cuando alcancé el saliente pensé que debía comer algo para mantener las fuerzas. Cuanto llevaba conmigo era un pedazo de pastel de menta Kendal. Lo saqué del bolsillo. Lo partí con cuidado en dos mitades y me volví sosteniendo uno de los trozos para ofrecérselo a mi «compañero».[76]

Tras dejar a Shipton y durante todos los aprietos por los que pasó después, Smythe tuvo la «extraña sensación… de que le acompañaba otra persona». La idea le avergonzaba, y confesó que mencionó el fenómeno en el informe oficial de la escalada «con una gran desconfianza en mí mismo» y sólo porque se lo pidió Hugh Ruttledge, el líder de la expedición:

> Durante todo el tiempo que escalé en solitario me embargó la intensa sensación de estar acompañado de una segunda persona. Ese sentimiento era tan poderoso que colmó la soledad en la que, de otro modo, podría haber caído. Parecía incluso que me hallaba atado a mi «compañero» por una cuerda, y que si hubiera resbalado «él» me habría sostenido. Recuerdo que estuve mirando con el rabillo del ojo constantemente.[77]

En su narración, subrayó la fuerza y la sensación de seguridad que le procuraba su compañero oculto: «A su lado no podía sentirme solo, ni tampoco sufrir daño alguno. Siempre estaba allí para sostenerme en esa solitaria escalada a través de los bloques rocosos cubiertos de nieve». Cuando alargó la mano con el trozo de pastel de menta, Smythe refirió más adelante que la presencia «estaba tan cerca y era tan intensa» que casi se asustó «al no encontrar a nadie a quien podérselo ofrecer». Le pareció comprender las intenciones de su compañero:

> Me dio la impresión de que esa «presencia» era firme, servicial y amable, y no fue hasta avistar el Campo VI cuando el vínculo que me conectaba con él, como me pareció en el momento y más adelante, se rompía y, aunque Shipton y el campo estaban a pocos metros de distancia, de repente me sentí muy solo.[78]

Smythe escribió posteriormente: «No fui el único, ni mucho menos, en encontrarme con una presencia. Ésta ha sido experimentada en el pasado por solitarios trotamundos, no sólo en las montañas sino también en las inmensidades del desierto y en las regiones polares». Hizo referencia también al Tercer Hombre que acompañó a Shackleton y a sus compañeros a través de Georgia del Sur. Tal como

apunta Smythe, «allí había alguien más en el grupo». También podría haber nombrado a Howard Somervell, que intentó alcanzar la cumbre del Everest durante la expedición británica de 1924. «A menudo he sentido la presencia de un compañero en la ladera del monte que no estaba entre nuestro grupo de alpinistas», escribió Somervell, un cirujano.[79] La mejor ilustración sobre la frecuencia con que se producía este fenómeno esperaba a Smythe en la tienda de campaña del Campo VI: en 1930 —tres años antes de la primera experiencia de Smythe en el Everest— al propio Eric Shipton se le apareció una presencia oculta en el monte Kenya, la segunda cima más alta de África. Shipton se encontraba con el escalador H. W. «Hill» Tilman y, durante el descenso, experimentó «esa curiosa sensación… de que había un miembro adicional en el equipo, tres en lugar de dos».[80] Tiempo después admitió que vivía «esa experiencia de forma regular en el transcurso de las escaladas más duras».[81] Shipton no se extendió sobre la procedencia de su invisible compañero. Tampoco lo hizo Frank Smythe, que se limitó a decir: «Algunos hombres en situaciones de presión física y mental han sentido cosas sorprendentes en las montañas».

No sólo en las montañas. Joshua Slocum se encontraba navegando hacia Gibraltar tras una breve escala en las Azores, en la etapa inicial de su intento de convertirse en la primera persona en navegar alrededor del mundo en solitario, cuando su velero *Spray*, de doce metros de eslora, fue golpeado por un violento turbión. Los objetos que se hallaban en la cubierta volaron a causa de vientos violentos «como fragmentos de espuma de mar». Para empeorar las cosas, Slocum cayó gravemente enfermo, al parecer por una intoxicación alimentaria. Se arrojó al suelo de la cabina no lejos del timón. En ese instante, a Slocum se le apareció un «desconocido visitante», y pensó que éste le ayudaría a tripular el *Spray* durante cuarenta y ocho horas a través de la peligrosa tormenta, mientras él seguía tendido, incapacitado:

> Comencé a delirar. Cuando me recuperé del desvanecimiento —o eso fue lo que pensé en ese momento— me percaté de que el barco surcaba aguas muy gruesas. Miré hacia la escalerilla y, para mi asombro, vi a un hombre alto al timón. Sus manos eran rígidas. Agarraba el timón, sujetándolo con fuerza como lo haría con un tornillo de banco.[82]

Antes de caer enfermo, Slocum, capitán de marina mercante de cincuenta y un años y naturalizado estadounidense (había nacido en Nueva Escocia), se hundió en una soledad absoluta, una «sensación de estar solo, de la que no me podía desprender». Tomó la costumbre de hablar alto y claro consigo mismo, al tiempo que daba órdenes como si hubiera tripulación a bordo. En una ocasión, gritó desde su cabina a un hombre imaginario que supuestamente conducía el timón: «¡Eh, allí! ¿Cómo se está portando el velero?». Y, de nuevo: «¿Sigue el rumbo?». «Cuando no recibía respuesta, recordaba la realidad de mi situación. Mi voz sonaba apagada en el

aire vacío, y dejé de hablar en voz alta», contó. Slocum pasaba el tiempo leyendo la obra de Washington Irving *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*.

Pero en medio de una fuerte tormenta, gravemente enfermo, Slocum acabó convenciéndose de que, en efecto, había alguien más a bordo. Describió al supuesto marinero como si «su rostro se hubiera forjado en un vetusto molde», y pensó que podría ser el capitán de la *Pinta* de Colón. El miedo que sintió Slocum cuando se le apareció el inesperado visitante por primera vez lo disipó ese mismo hombre, quien le dijo: «No he venido a causarte daño». En realidad, dijo, había acudido para ayudarle: «Echate tranquilo… y yo guiaré tu barco esta noche». Enormes olas rompían contra el *Spray*, azotando la cabina de la embarcación, pero Slocum ya no estaba intranquilo.

Cuando se recuperó y aplacó la tormenta, Slocum encontró al *Spray* «con el mismo rumbo en que lo dejé, y… navegando a la velocidad de un caballo de carreras». El velero había recorrido 145 kilómetros durante la noche a través del mar bravío, y surcaba las aguas siguiendo su rumbo planificado hacia Gibraltar. Slocum ofreció un relato acerca de su increíble encuentro al diario *The Boston Globe*. Se publicó el 14 de octubre de 1895 con el titular «Espectro en el *Spray*». Escribía Slocum: «Nunca he conocido a un hombre que manejara el timón con tanta maestría como aquel que condujo el *Spray* durante aquella noche perpetua. Si algo tengo claro es eso». Acerca del marinero fantasma, Slocum dijo que «notó la presencia de un amigo y de un navegante con una amplia experiencia». Se sintió, tal como añadió en el artículo, «sumamente agradecido al extraño marinero nocturno».[83]

Slocum advirtió la presencia del «timonel invisible» en varias ocasiones durante el resto del viaje. En un momento dado, una advertencia anónima lo despertó a gritos, lo cual le permitió esquivar por los pelos un seguro desastre durante una tempestad a escasa distancia del cabo de Hornos. Incluso durante la última etapa de su histórico viaje, mientras navegaba a lo largo de la costa este de Estados Unidos hacia su puerto de origen, la presencia regresó. Sería la última vez. Ocurrió durante una tormenta eléctrica, en la que «el granizo azotaba el *Spray*, y los relámpagos brotaban de las nubes, no sólo como rayos aislados, sino como corrientes casi continuas». Slocum se hallaba entonces «cansado, cansadísimo», pero logró dirigir el velero hacia la costa, escapando de lo peor de la tempestad. «Tras esa tormenta no volví a ver al capitán de la *Pinta*», anotó. El 27 de junio de 1898 alcanzó Newport (Rhode Island), con lo que puso punto final a su extraordinaria travesía.

En 1913, William Laird McKinlay experimentó la presencia de un ser invisible a bordo de un barco de investigación en el océano Ártico. McKinlay describe el acontecimiento en su narración del desastre que consumió al *Karluk*, el velero que se hallaba al frente de la expedición canadiense al Ártico de 1913 a 1918, encabezada por el explorador y etnógrafo Vilhjalmur Steffanson. Steffanson era un veterano del

Ártico que vivió durante muchos años entre los esquimales, adoptó su modo de vida y sobrevivió a una dieta a base de carne cruda. Trataba de encontrar la región norte de Alaska y la zona continental oeste de Canadá, cuando el barco quedó atrapado en el hielo del mar de Beaufort, frente a la costa norte de Alaska. El comportamiento de Steffanson desde ese momento mancilló permanentemente su reputación. Abandonó el barco para cazar renos salvajes en las tierras continentales y comunicó a la tripulación que volvería al cabo de diez días. El hielo arrastraba la embarcación a la deriva y, en lugar de buscar ayuda, Steffanson simplemente se embarcó en su exploración en trineo, abandonando el *Karluk* y su tripulación a su suerte. Tal vez fue ésa su intención desde un principio.

McKinlay, un profesor de escuela de Glasgow de veinticinco años que se había alistado en la expedición como experto en magnetismo y en meteorología, no tenía experiencia alguna en el Ártico, y nadie lo habría considerado tampoco un explorador polar. Había sido un niño enfermizo y, de adulto, era menudo, y de una tez pálida y opaca. Era también un ratón de biblioteca. Medía —su altura estaba calculada con generosidad— 1,62 metros, por lo que se ganó el apodo de «Wee Mac».[84] Pero las apariencias engañan y algo le infundió una inmensa fuerza que le ayudó.

Su primer encuentro con una presencia se produjo cuando la tripulación del *Karluk*, compuesta por veinticinco personas, asumió la peligrosa realidad de su situación. Un fortísimo vendaval había deteriorado el barco, y el casco había quedado atrapado por el hielo. Soportaron cegadoras tormentas de nieve y viento, y la oscuridad del invierno extendía sus garras sobre ellos. El frío era intensísimo. «La sensación de inseguridad —escribió McKinlay— se intensificaba por la tormenta y por la sobrecogedora oscuridad». Con todo, el 5 de octubre de 1913, las condiciones meteorológicas se mitigaron por poco tiempo y McKinlay pudo abandonar el interior del barco. Se sentó solo, mirando el espectacular despliegue de la aurora boreal:

> De repente, percibí algo nuevo y extraño, la conciencia de una «aparición», la sensación de que no estaba solo. «Sensación» no es la palabra que lo describe; no era en absoluto algo relacionado con los sentidos, era sólo una conciencia. H. G. Wells escribió que, a veces, durante la noche o en insólitos momentos de soledad, experimentaba una suerte de comunión entre sí mismo y un ser superior. Quizá yo estaba teniendo una experiencia similar. No lo sé; la «aparición» se esfumó.[85]

McKinlay recibió otra visita en diciembre. Para entonces la situación a bordo del *Karluk* era ya más que crítica. El barco permanecía atrapado y la evidencia de que no iban a escapar del hielo era cada vez mayor. Éste acrecentaba la presión contra el casco, desprendiendo sonidos como de rugidos, chillidos o chirridos. La tensión de la situación abrumaba a la tripulación y algunos de sus miembros comenzaron a conspirar contra el capitán del barco, Robert Bartlett. Uno de los hombres se comportaba de modo extraño, negándose a contestar cuando le hablaban. Aunque era supuestamente sordomudo, cantaba a viva voz y hablaba consigo mismo y con los perros del trineo cuando estaba solo. Las raciones de comida se redujeron de forma

drástica. Los hombres construyeron habitáculos de nieve sobre témpanos de hielo y empezaron a coser frenéticamente pieles a sus ropas para protegerse del frío, antes de que ocurriera lo inevitable y se vieran forzados a abandonar el barco y ser arrastrados al hielo.

Fue mientras se hallaban en estas condiciones de presión extrema cuando McKinlay, bajo la luna llena, salió a pasear sobre el hielo. Tras recorrer unos cien metros, se detuvo:

> De nuevo percibí lo que únicamente podía describir como una presencia, que me llenó de una exaltación superior a cualquier sensación terrenal. Mientras desaparecía y yo volvía al barco, me convencí totalmente de que ningún agnóstico, escéptico, ateo, humanista o desconfiado podría arrebatarme nunca la certeza de la existencia de Dios. Cualesquiera que fueran las penurias que el futuro me deparara, cualquiera que fuera el destino que el Norte me tuviera reservado, me sentía sumamente contento de estar en aquel lugar.

Su encuentro con la aparición preparó a McKinlay para el terrible calvario que empezó en la mañana del 10 de enero de 1914, cuando el barco sufrió una tremenda sacudida. Comenzó a entrar agua a través de una profunda brecha que se abrió a babor. La tripulación se vio forzada a abandonar el barco. Fue un momento aterrador, agravado por las severas condiciones meteorológicas y por la noche polar, en la que la nieve era barrida por un viento de 80 kilómetros por hora. Cuando el barco empezó a hundirse, Bartlett, que había permanecido dentro del *Karluk* durante las últimas horas, puso la *Marcha fúnebre* de Chopin en el gramófono.

Después de que el triste barco insignia canadiense desapareciera entre las aguas, los hombres se reunieron en sus viviendas de hielo y planificaron la retirada. Cuatro de ellos emprendieron el camino hacia la isla de Wrangel para establecer un campamento en la costa. No volverían a ser vistos. El resto de la castigada tripulación se puso también en marcha, arrastrándose entre los movedizos témpanos de hielo con el fin de llegar a la isla de Wrangel. Desde allí, Bartlett, acompañado de otro hombre, realizó una heroica travesía de 1100 kilómetros con un trineo arrastrado por perros, primero en dirección sur hacia Siberia y luego al este hacia Alaska a través del estrecho de Bering en busca de auxilio. La situación de los hombres que se quedaron atrás no hacía sino empeorar: el hambre era cada vez más atroz, las enfermedades se propagaban con rapidez, y les invadía una creciente desesperación. Cuando por fin llegaron los auxilios, habían muerto once miembros de la expedición: ocho en los traicioneros témpanos de hielo, dos por enfermedad e inanición, y uno que se suicidó. McKinlay, sin embargo, contaba con una gran ayuda, y se enfrentó al desastre con valentía, «firme e inflexible».

En 1912-1913, una expedición se internó 80 kilómetros río arriba en el Utakwa, en Nueva Guinea y, a continuación, se abrió paso entre la jungla para explorar las distintas islas desconocidas de Nassau. Al frente del grupo, que contaba con

cazadores de cabezas de la tribu de los dayak traídos de Borneo, se encontraba A. F. R. «Sandy» Wollaston, un físico formado en Cambridge, también naturalista y explorador itinerante. Éste había viajado previamente a remotos rincones de Sudán, Java, y a las montañas Ruwenzori de Uganda, y participado en una expedición previa a lo largo del río Mimika, en Nueva Guinea. Los descubrimientos de Wollaston fueron numerosos y fundamentales. Recibieron su nombre una montaña de África, un conejo tibetano, un murciélago de Nueva Guinea y más de cuarenta especies de plantas. Los relatos de sus expediciones, como *From Ruwenzori to the Congo*, muestran una sensibilidad fuera de lo común respecto a las maravillas de la naturaleza y las culturas primitivas. Se le atribuyen un sinnúmero de exóticos hallazgos a lo largo de la frontera entre Uganda y el Congo, así como el descubrimiento de una zona prácticamente inexplorada. Pero quizá lo más extraño de cuanto encontró fue un par de pantalones bombachos masculinos, «ingleses, sin lugar a dudas», en las proximidades de la cima del Ruwenzori, una región de la que no se sabía que hubiera sido visitada por ningún inglés, o incluso por ningún europeo.

Durante su primera expedición a Nueva Guinea, en 1910-1911, al mando de C. G. Rawling, Wollaston descubrió las aldeas de los pigmeos tapiro, una tribu desconocida hasta entonces, pero el viaje no llegó a alcanzar la meta final: las montañas de Nassau. La expedición se vino abajo a causa de las lluvias torrenciales, la espesa maleza, las precarias provisiones y las enfermedades tropicales, como la disentería y el beriberi. En total, murieron veinte miembros del grupo de Rawling. Pero Wollaston había avistado a lo lejos las montañas nevadas de Nassau y optó por regresar.

En 1912, Wollaston se encontraba de nuevo en lo más profundo del territorio inexplorado de Nueva Guinea, y tornó a tropezar con las terribles penurias por las que atravesara en la expedición anterior. Columnas de hombres, cargados de suministros, avanzaban lentamente hacia su meta, el pico más alto de Oceanía: el monte Carstensz, hoy conocido como Puncak Java, de 4884 metros de altitud. Lucharon contra el lodo y los torrentes del crecido río Utakwa. Sufrieron ataques de los papúes y también de las sanguijuelas. Se toparon con hombres de una tribu desconocida que alargaban las manos para tocarles y tenderles con brusquedad curiosas ofrendas. Desde las pantanosas tierras bajas ascendieron gradualmente hasta las faldas de la montaña, y alcanzaron el abrupto terreno donde nacía el río Utakwa. Desde allí, Wollaston caminó a tientas en la niebla a través de bosques musgosos hacia el prominente Carstensz. Prosiguió la andadura con un pequeño grupo de hombres y a los 4300 metros alcanzaron la linde de las nieves perpetuas. Entonces, a sólo 150 metros de la cumbre, un muro de hielo obligó a Wollaston a detenerse. Decidió que acometer la recta final del ascenso en medio de la niebla y la lluvia helada suponía exponerse al desastre. Anota Wollaston: «No necesito describir los obsesivos sentimientos de decepción que nos asaltaban mientras descendíamos dando tumbos de vuelta al campamento… El no poder alcanzar la meta prometida cuando la

teníamos al alcance de nuestras manos es poco más de lo que la paciencia cristiana sería capaz de soportar».[86]

La retirada a la costa estuvo plagada de contratiempos. Wollaston estuvo a punto de ahogarse cuando su canoa volcó a causa de los torrentes. Perdió sus notas, sus cuadernos, sus mapas y otros objetos fundamentales. De pronto, quedó horrorizado al toparse con dos cuerpos en el camino. Al poco aparecieron muchos más, todos ellos miembros de una tribu que habían visitado en su ascenso. Luego sobrevinieron, en palabras de Wollaston, «dos días de los más terribles que he experimentado nunca. Dejamos atrás entre treinta y cuarenta cadáveres. Todos ellos se hallaban en nuestro camino o muy cerca de él; antes de morir, algunos de ellos habían construido refugios con ramas y hojas, y otros habían trepado, en grupos de cuatro o cinco, hasta alcanzar el cobijo de las rocas, donde murieron en medio de las cenizas del fuego que habían encendido». En un principio, creyó que quizá habían muerto víctimas de una epidemia repentina, pero no había señales de enfermedad, por ello Wollaston creyó que podían haber fallecido de inanición: «Cada día más débiles, esos hombres sencillamente se rindieron y murieron, actitud sólo propia de los nativos».

Wollaston dio una charla sobre su viaje en una reunión de la Royal Geographical Society en Londres, el 26 de enero de 1914, pocos días después del discurso que sir Ernest Shackleton pronunció a fin de obtener el apoyo de dicho organismo a la expedición del *Endurance*. Uno de los asistentes mostró su admiración ante la idea de que un explorador «vestido con un inmaculado traje con aspecto de no haberse movido nunca de Piccadilly», pudiera narrar de forma tan nítida un relato sobre «un río lleno de peligrosos rápidos y de insalvables cuevas subterráneas; sobre unos hombres rodeados de abruptos acantilados y de impenetrables junglas plagadas de mosquitos, moscas, sanguijuelas y espinas; sobre noches heladas transcurridas con la ropa empapada y escasos alimentos; sobre unos hombres deprimidos por una niebla que lo arrasaba todo; sobre naufragios, unidos a la pérdida total de documentos irreemplazables en tan ardua aventura». Era, en efecto, una historia extraordinaria, pero lo era todavía más por lo que Wollaston, un hombre de ciencia, optó por ocultar: un extraño encuentro con un compañero desconocido, una experiencia acerca de la cual Wollaston nunca llegó a escribir, pero que por otra parte sí confió a un amigo de Cambridge, el crítico literario I. A. Richards.[87]

Tras sus exploraciones en Nueva Guinea, Wollaston fue elegido para dirigir la primera expedición al Everest, un reconocimiento a George Mallory. Tiempo después lo eligieron miembro del King’s College, en Cambridge, donde en 1930, mientras ejercía de profesor, recibió un disparo mortal junto a un policía por parte de un trastornado estudiante universitario de diecinueve años. A continuación, el asesino se disparó a sí mismo. Cincuenta años después, Richards conoció al hijo de Wollaston, Nicholas —que contaba cuatro años cuando su padre fue asesinado—, en una recepción en Londres. Richards le refirió la fantástica historia acerca de aquella

segunda expedición a las montañas de Nueva Guinea, un relato posteriormente publicado por Nicholas Wollaston. Al parecer, Sandy había recibido ayuda:

> Por fortuna, a través de las nieblas tropicales, calinas y temporales de lluvia, Sandy fue conducido por otro hombre blanco que caminaba muy por delante de él, la visión de un extraño que viajaba en la misma dirección hacia la costa. Cada vez que Sandy alcanzaba la cima de una montaña, ese extraño ya había llegado a la siguiente. Cada vez que Sandy doblaba la curva de un camino o de un río, el hombre desaparecía a la vuelta de la siguiente.
>
> ¿Pero era realmente un extraño?[88]

Aunque nunca fue capaz de reconocer a aquel hombre, Wollaston siempre pensó que le resultaba familiar. Se hallaba lo suficientemente cerca del extraño para que éste pudiera oírlo, pero sus gritos nunca obtuvieron respuesta. Cuando la expedición alcanzó finalmente la costa, ese compañero desapareció. Wollaston intentó esclarecer la identidad del extraño, pero nadie sabía nada sobre él. Se esfumó tan repentina y misteriosamente como había aparecido. «Cuanto Sandy sabía era que otro explorador, que avanzaba delante, le permitió continuar y rescatar la expedición».[89]

En abril de 1916, Henry Hugh Gordon Dacre «Harry» Stoker y dos compañeros prisioneros de guerra se fugaron de las cárceles turcas intentando alcanzar la libertad. Nacido en Dublín y primo de Bram Stoker, el autor de *Drácula*, Stoker se había alistado en la Royal Navy a los quince años. A los veinticinco se le encomendó el mando del AE2, un submarino construido por la Royal Australian Navy. Ocho meses después de estallar la primera guerra mundial, Stoker zarpó desde Sydney rumbo al Mediterráneo. Había recibido la orden de forzar la travesía por los Dardanelos adentrándose en el mar de Mármara para «causar todo tipo de estragos». Logró hostigar a algunos buques de guerra turcos hasta que el submarino fue tocado y hundido, y Stoker y su tripulación capturados. Stoker fue trasladado a la fortaleza de Afion Kara Izar, donde quedó retenido como prisionero de guerra. Esa experiencia fue, como escribiría posteriormente, «una muerte en vida». El cautivo no estaba dispuesto a soportar tal situación, y el 23 de marzo de 1916, junto con otros dos hombres, llevó a cabo una audaz fuga mientras un cómplice mantenía distraídos a los centinelas turcos. Cuando se les echó en falta, el jefe del campo no se molestó en mandar guardias en su persecución, pues las posibilidades del trío de alcanzar la costa eran prácticamente nulas: tenían que recorrer 480 kilómetros a través de los escarpados montes Tauro desprovistos de brújula, de mapas y de la ropa adecuada.

Los hombres viajaron sumidos en la oscuridad, obligados a caminar 24 kilómetros por noche para poder disfrutar de sus raciones de comida, a base de pasas y cacao en polvo. Stoker anotó: «Cuando nos hallábamos por encima o al límite de las nieves perpetuas, sufriendo un frío intenso y sin poder dormir, no podíamos avanzar. Esa espantosa sensación de que los perseguían estaba siempre presente; y el hambre, la sed, los pies doloridos y la tensión física se apoderaban de nosotros». Se

escondían y descansaban durante las horas de luz. En la decimoprimera noche, hambrientos y abatidos, emprendieron una durísima marcha a través de un desfiladero, azotados por fuertes vientos. Los nervios agravaban el agotamiento que los embargaba. En un momento dado creyeron ver destellos de luz y advirtieron que sus perseguidores los habían encontrado. Éstos entonces dieron la señal a los soldados para que marcharan hacia ellos. Escribe Stoker:

> En medio de la noche, sentí —no repentinamente o por sorpresa— que no éramos tres hombres avanzando con dificultad en hilera, sino cuatro. Allí había un cuarto hombre, que nos seguía al final de la hilera, en la posición correcta que hubiera debido ocupar un cuarto hombre. Cuando nos deteníamos unos minutos a descansar, él no se unía a nosotros, sino que permanecía en la oscuridad, fuera del alcance de nuestra vista; sin embargo, no bien nos levantábamos y proseguíamos la marcha volvía a su puesto de inmediato. No hablaba nunca ni tampoco tomaba las riendas de la expedición para dirigirnos; su actitud era la propia de un leal y verdadero amigo que dice: «No puedo ayudaros, pero cuando acecha el peligro recordad siempre que estoy yo aquí, para triunfar —o caer— con vosotros».[90]

Caminaron a través de la noche y lograron atravesar la montaña antes del amanecer. Stoker se volvió y vio que la figura ya no los acompañaba. No mencionó al extraño a sus dos compañeros. Sólo después de alcanzar un lugar seguro para descansar el resto del día, encender un fuego y tomar un poco de cacao caliente, surgió el tema. Uno de los compañeros de Stoker preguntó: «¿Alguno de vosotros ha visto algo?». Como nadie contestaba, él añadió: «Yo he visto… Me ha parecido haber visto un hombre». El otro dijo entonces: «Yo también lo he visto».[91] Más adelante, Stoker describió el intercambio de impresiones.

> Todos lo habíamos visto. Nosotros tres habíamos percibido esa presencia durante los momentos más duros de la noche; todos estuvimos de acuerdo en que nos abandonó cuando sentimos que nos habíamos librado del peligro.
>
> Insisto, no exagero cuando digo cuán real era esa presencia, el gran contento que nos producía —pese al misterio que la rodeaba— el sentir que estaba allí, la fuerza y el consuelo que parecía desprender. Fue una extraña experiencia. Estábamos convencidos de que su presencia nos trajo muchísima suerte.

Stoker explicó al detalle en una entrevista de los años treinta, que él y sus compañeros convinieron respecto a los «movimientos de la presencia, la sensación de amabilidad y consuelo que ésta les procuró».[92] Al poco tiempo de la desaparición de ese ser, terminó su suerte. Escribió Stoker: «Nuestras botas estaban hechas jirones, se había terminado la comida, las fuerzas decaían por momentos. Debemos obtener alimento cueste lo que cueste, si no caeremos exhaustos y moriremos». Se tropezaron con un cabrero y se rindieron a su compasión. Éste les proporcionó comida, pero después de que se marcharan los denunció a las autoridades turcas. Alcanzaron el Mediterráneo, como describió Stoker: «Para tres exhaustos marineros, el mar constituye una vista asombrosa, que inspira al alma y anima el cuerpo gozosamente». Pero en el decimoctavo día de la huida oyeron un crujido entre los arbustos que rodeaban su escondite y se vieron cercados por soldados turcos en actitud violenta,

apuntándolos con sus rifles. Volvían a ser prisioneros de guerra. Stoker no fue liberado hasta febrero de 1917.

Tras el fin de la contienda, Stoker escribió a sir Arthur Conan Doyle, el autor de las historias sobre Sherlock Holmes, con motivo de su encuentro con la cuarta presencia. Doyle, quien sentía un profundo interés por lo sobrenatural, contestó: «Se trata de la misma experiencia que vivió la expedición de Shackleton, que contaba con un hombre más. Uno de vosotros era probablemente un médium (sin saberlo). Muchos lo son. Un amigo se aprovechó de esta peculiaridad».[93]

Un mundo poblado de seres ocultos que pueden ser convocados cuando es necesario en tiempos de extrema necesidad guarda muy poca semejanza con el mundo racional en el que supuestamente habitamos. Es como una vuelta a épocas pretéritas, cuando los monjes desaparecían en el desierto durante años para regresar con relatos de epifanías religiosas y encuentros con seres divinos; o cuando se aceptaba comúnmente que unos ángeles guardianes velaban por cada uno de nosotros y acudían, si era necesario, en nuestra ayuda tanto física como espiritual. La primera y la más obvia explicación sobre el factor del Tercer Hombre es, por lo tanto, que se trata sencillamente de una versión contemporánea acerca de una creencia muy antigua, la del ángel de la guarda. Las situaciones con las que se encontraron los exploradores no son, en suma, muy distintas a las del aislamiento y las penurias que, en el pasado, suscitaron las intervenciones de ángeles de la guarda, o de Dios.

Capítulo 4
El ángel de la guarda

Mientras servía en la Royal Navy durante la segunda guerra mundial, el neurólogo británico Macdonald Critchley estudió los casos de 279 marineros y aviadores que, tras sufrir un accidente, fueron arrastrados por el mar a la deriva. En su estudio *Shipwreck-Survivors*, de 1943, Critchley describió las traumáticas experiencias que padecieron esos hombres, incluidas espantosas dolencias físicas como «el pie de inmersión», pero también trastornos psicológicos desgarradores como las «revisiones vitales», en las que las imágenes del pasado de la vida de las personas desfilan ante ellas a una increíble velocidad. En el transcurso de una entrevista para su estudio, Critchley se topó con el relato de una experiencia muy diferente: la de haber sentido la presencia de un «ángel de la guarda».

Esa experiencia la vivió un piloto de la Royal Navy Fleet Army quien, junto a su observador, se vio obligado a realizar un amerizaje forzoso en el Atlántico norte el 25 de mayo de 1941. Los dos hombres tenían la misión de localizar el buque de guerra alemán *Bismarck*. Volaban en mitad de la noche, con un tiempo atroz y sin contar con radar. Se habían perdido, el avión agotó el combustible y los pilotos tuvieron que amerizar. Saltaron a un bote neumático y las aguas los arrastraron a la deriva. La situación de los dos hombres era crítica, tal como relató Critchley: «Nuestros cuerpos se deterioraban gravemente… nos veíamos abocados al colapso total. Nos hallábamos expuestos a un gélido frío, lluvias heladas e intensa sed. No teníamos comida… Las perspectivas de rescate eran muy remotas y, aunque de vez en cuando las esperanzas aumentaran de manera extraña e injustificada, pronto volvíamos a asumir, desesperados, nuestra trágica y apremiante situación». Durante todo ese tiempo, tanto el piloto como el observador «tuvieron la sensación de que los acompañaba una tercera persona».[94]

Los dos hombres no dudaron nunca de la identidad de su visitante. Explicaron que un ángel les ayudó a ver la luz en medio de ese terrible calvario. Critchley dijo que la experiencia no fue «nada insólita… ocurre especialmente entre exhaustos y angustiados náufragos. La cuestión del "ángel de la guarda" es irrefutable para quienes abrigan sólidas creencias». Él era consciente de la importante tradición teológica del concepto: «La noción del *angelo custode* es una figura común y se representa en el arte religioso como un ángel de gran envergadura situado, a modo de protector oculto, tras un niño». No todos los que se han encontrado con una presencia etérea le atribuyen un origen divino. No obstante, en el caso de aquellas personas con creencias profundas, como Ron DiFrancesco en el World Trade Center o el piloto de la Royal Navy Fleet Army y su compañero, el auxilio llegó en forma de ángel. A otros hombres de fe, el Tercer Hombre se les apareció de un modo diferente, aunque

también revestido de significado religioso, como sería el caso del «Compañero Divino» de Shackleton o del encuentro espiritual de McKinlay con una presencia. Por lo tanto, Critchley no fue a buscar otros relatos sobre el Tercer Hombre en los cuadernos científicos. Por el contrario, «las referencias más explícitas sobre él las encontramos en la literatura teológica», escribe. Critchley examinó relatos de carácter puramente religioso y se topó con casos que se le antojaron claros ejemplos de presencias percibidas más que de visiones religiosas. Encontró una de esas presencias en la autobiografía de santa Teresa de Jesús (1515-1582):

> Estando… en oración, vi cabe mí o sentí, por mejor decir; que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, más me parecía estaba junto cabe mí Cristo… Me parecía andar siempre a mi lado Jesucristo, y como no era visión imaginaria, no veía en qué forma; mas estar siempre al lado derecho, lo sentía muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía… lo veía claro y sentía… con los ojos del cuerpo y del alma no lo veo… parece que es como una persona que está a oscuras, que no ve a otra que está cabe ella, o si es ciega… Alguna semejanza tiene, mas no mucha, porque siente con los sentidos, o la oye hablar, o menear, o la toca. Acá no hay nada de esto, ni se ve oscuridad.[95]

Se ha calculado que, durante los primeros años del cristianismo, hasta cinco mil ermitaños se retiraron al desierto, donde trataron de encontrar la renovación espiritual y la comunión con Dios a través de la soledad, el ayuno, el dolor autoinfligido, la meditación y la oración continuada.[96] Los monjes de Tebaida, del siglo IV, sintieron la cercanía de Dios en los desiertos de Egipto, donde vivían en un entorno aislado de escasa recepción sensorial. El novelista y crítico social Aldous Huxley escribió sobre la importancia de la privación sensorial en las tradiciones religiosas: «Si usted lee sobre la vida de Milarepa, el gran eremita tibetano, o sobre las de san Antonio y de san Pablo, ermitaños cristianos, podrá ver que el aislamiento suscitó, de hecho, experiencias visionarias».[97] Milarepa, después de vivir durante muchos meses en una cueva, recibió la visita de su hermana, quien quedó aterrada ante la apariencia del eremita. Le pareció hallarse frente a un fantasma. No era de extrañar. En la *Vida de Milarepa* se describe su aspecto:

> El ascetismo me había exprimido el cuerpo. Tenía los ojos hundidos en las órbitas. Sobresalían todos mis huesos. Mi carne estaba seca y verdosa. La escasa piel que cubría mis huesos parecía una fina capa de cera. El vello del cuerpo se había tornado áspero y gris. El cabello crecía como un espantoso torrente. Mis extremidades estaban a punto de desmembrarse.[98]

No obstante, se atribuye a Milarepa el haber alcanzado un estado de iluminación total, y un monasterio budista tibetano se encuentra hoy en la que fue supuestamente la entrada de su cueva.

De forma similar, en ciertas tribus africanas y asiáticas, y también en poblaciones aborígenes de Norteamérica, los periodos de soledad en tierras salvajes, acompañados de penurias y privaciones controladas, marcan un rito de paso de la infancia a la adolescencia que culmina con la aparición de un espíritu guardián. La búsqueda de la

visión o del espíritu entre los indios norteamericanos «se basa particularmente en el hambre, la sed, los purgativos y la autolaceración».[99] Por ejemplo, se envía a un joven a un lugar aislado para rezar y ayunar con la finalidad «de ser visitado por algo que al muchacho le parece un ser sobrenatural».[100] Un ritual similar practican los inuit, cuyos miembros se entregan a la monotonía mediante largas caminatas en la tundra, o confinándose en un iglú, para invocar a los espíritus.

Un relato jesuíta de 1642 describió la búsqueda de los espíritus por parte de los indios norteamericanos. Un muchacho, «de entre los quince y dieciséis años se retiró a los bosques con el fin de prepararse a través del ayuno para la aparición de algún tipo de espíritu». Tras vivir aislado y sin comida durante dieciséis días, «vio a un anciano de una belleza excepcional que descendió del Cielo, se le acercó y, mirándolo con simpatía, le dijo: "Ten valor. Cuidaré de ti durante toda tu vida"». En otro caso documentado, un indio de las llanuras llamado Medicine Crow «ayunó durante cuatro días, se cortó un dedo y se lo ofreció al Sol… La sangre brotaba a chorros». Se desmayó, pero hacia el amanecer «vio a un muchacho y a una muchacha que llegaban del oeste». Los benevolentes seres «hablaron con él [y] le curaron».[101] Las pocas e insólitas historias de aborígenes que han llegado hasta nosotros son sorprendentemente parecidas a las narradas por exploradores y alpinistas occidentales, así como por los supervivientes de catástrofes provocadas por el hombre.

El devoto siempre encuentra a Dios, o a los ángeles, en situaciones límite. John Brown, un minero de sesenta y cinco años, atrapado en 1835 durante veintitrés días en una mina de carbón británica sin comida, se hallaba al borde de la muerte cuando por fin fue rescatado: «Difícilmente podría uno imaginarse una figura tan espantosa. No cubría su rostro la palidez del desvanecimiento o de la muerte, sino un extraño tono cetrino similar al de las momias. Parecía que a su cuerpo ya no le quedara carne, sólo huesos, cubiertos de una fina envoltura de piel como de cuero». Además, unos hongos blancos que habitualmente aparecen en los troncos podridos de las minas habían invadido todo su cuerpo mientras estaba tendido e inmóvil, pues se hallaba demasiado débil para moverse. Un periódico citó las palabras de Brown tras el accidente: «No estaba solo en la oscuridad; gozaba de una compañía de la que la tierra no podía apartarme; era Dios, y estaba conmigo». Más adelante, un comentarista observó: «Es probable… que él tuviera la sensación, común entre otros individuos que se han enfrentado a situaciones extremas, de estar acompañado de otra persona, y al ser Brown un devoto presbiteriano, ese compañero no podía ser sino Dios».[102]

Una crónica de agosto de 1967, publicada en el *American Journal of Psychiatry*, relató un accidente sucedido en una mina de Pennsylvania al que dos hombres sobrevivieron sepultados catorce días a más de noventa metros bajo tierra. Durante los primeros seis días no mantuvieron contacto alguno con el mundo exterior, sin luz y sin comida. El séptimo día, un equipo de rescate pudo bajarles linternas,

micrófonos y víveres. Cuando por fin los sacaron de la mina, «ambos mineros aseguraron haber visto cosas mientras permanecieron sepultados».[103] Durante dos días, varios psiquiatras los examinaron cuando finalizó su calvario. Los mineros aseguraron haber mantenido claros encuentros religiosos con una presencia, experiencias que tuvieron lugar durante los primeros seis días de su calvario, cuando se hallaban fuera de contacto con el mundo exterior. Fueron entrevistados juntos y también de forma individual y, en varios casos, ambos «afirmaron haber visto las mismas cosas al mismo tiempo». En particular, los dos mineros —uno, luterano de veintiocho años, y el otro, católico romano de cincuenta y ocho— describieron haber «visto» al papa Juan XXIII vestido con los ropajes vaticanos. Después de la aparición del Papa, el minero más joven dijo: «Sabía que nos íbamos a salvar». Añadió que él no era especialmente religioso, pero tuvo la sensación de que «el Señor estuvo junto a él en todo momento». El segundo hombre sostuvo que habían visto al Papa en innumerables ocasiones, «cerca de unas cinco mil veces». El más joven aseguró también que había visto a una mujer de cabellos largos arrodillarse para rezar, y que su presencia duró varios días, incluso después de que los rescatadores establecieran contacto con ellos.

Los desplomes de edificios pueden suscitar relatos similares. Park Seungyung, una joven administrativa de diecinueve años que trabajaba en la sección de ropa de niños de los almacenes Sampoong en Seúl, quedó atrapada después de que el inmueble de la compañía se viniera abajo en julio de 1995, acabando con la vida de más de trescientas personas. Park subsistió sin comida y con muy poca agua durante dieciséis días, sobreviviendo junto a una tronera bajo el hueco de un ascensor aplastado, un espacio demasiado pequeño incluso para sentarse. A su alrededor yacían los cuerpos en descomposición de otras víctimas. La joven, que sufría de grave deshidratación cuando la extrajeron de entre los escombros, dijo que un monje se le había aparecido en numerosas ocasiones durante su traumática experiencia. «Me dio una manzana y mantuvo vivas mis esperanzas», explicó ella.[104] Su madre vio un milagro en la visita del monje.

Will Jimeno, un agente policial de la Autoridad Portuaria de Nueva York que se dirigió corriendo hacia el World Trade Center el 11-S proporciona otro relato acerca de una clara experiencia religiosa. La historia de Jimeno se hizo famosa por la película de Oliver Stone de 2006, *World Trade Center*. Esa mañana, el sargento John McLoughlin solicitó policías voluntarios para organizar el rescate de las personas que se encontraban en la torre norte. Necesitaba hombres entrenados para utilizar respiradores, y Jimeno, que se había graduado en la academia de policía en enero de ese año, se ofreció voluntario. El equipo, formado por cinco hombres, se hallaba en la explanada que conectaba las torres norte y sur, empujando carretillas con pesados paquetes de respiración asistida, cuando se oyó un estruendo terrible y se notó una tremenda sacudida. De repente, el equipo de Jimeno vio que se les echaba encima «un gigantesco muro». McLoughlin gritó: «¡Corred hacia el montacargas!».[105]

Dominick Pezzulo encabezaba el grupo, le seguía Jimeno, McLoughlin iba en tercer lugar y otros dos oficiales corrían detrás cuando quedaron sepultados por los escombros del derrumbamiento de la torre sur. Tan pronto remitió el ruido, McLoughlin gritó: «¡Decid algo!». De los cuatro, sólo contestaron Pezzulo y Jimeno.

Jimeno se hallaba forzadamente sentado, inmovilizado por un bloque de hormigón que le había caído sobre las rodillas. Pezzulo, que se encontraba cerca de él, pudo liberarse de los escombros e hizo lo que pudo para liberar a Jimeno, pero la masa de hormigón era demasiado pesada para poderla mover. McLoughlin había quedado atrapado en una diminuta bolsa de aire a unos seis metros de donde se encontraban los demás. En un momento dado, Pezzulo sacó su pistola y disparó hacia arriba, hacia un agujero por donde se filtraba la luz. Quería llamar la atención de los equipos de rescate, pero al poco el suelo empezó a temblar por segunda vez y estalló un tremendo y violento ruido. Tras quedar atrapados durante veintinueve minutos, la torre norte empezó a desmoronarse. «¡Dominick, está ocurriendo algo espantoso!», exclamó Jimeno. El hormigón comprimió el espacio abierto hasta reducirlo a algo del tamaño de una pequeñísima tienda de campaña. Pezzulo recibió un golpe terrible. Gritó con todas sus fuerzas, y a los pocos segundos exhaló un suspiro: «Estoy herido. Estoy gravemente herido». Los dos hombres intercambiaron algunas palabras durante unos pocos minutos. Poco después Pezzulo murió frente a la pálida luz natural que todavía se filtraba en su prisión.

La salud de Jimeno se iba deteriorando. Sufría un dolor agudo debido a las heridas en las piernas y estaba desesperadamente sediento. El tiempo transcurría lentamente. Jimeno sentía que no había esperanza de salir de allí. Se hallaba en un espacio pequeño, sepultado bajo bloques de hormigón, tuberías rotas y vigas de acero. El polvo y el humo se mezclaban con el aire. Habían transcurrido unas diez horas desde que McLoughlin y él quedaran sepultados, y todavía no había señal alguna de que fueran a rescatarlos. McLoughlin gemía. Jimeno cerró los ojos. De pronto, éste sintió que una poderosa presencia se hallaba junto a él: «Vi a Jesús caminando hacia mí. Yo tenía una sed espantosa. Cuando vi a Jesús, me di cuenta».[106] No vio ningún rostro, pero Jimeno supo que era Cristo. «Recuerdo haber preguntado a Jesús, “Si voy al Cielo, ¿podré beber allí un poco de agua?”».[107] La aparición no permaneció con él por mucho tiempo, pero le llenó de esperanza. Sintió que la presencia le decía: «Saldremos de aquí». De las 2800 personas que quedaron sepultadas tras la caída del World Trade Center, sólo veinte salieron con vida del «montón», tal y como los equipos de rescate denominaron a la enorme pila de escombros: 1360 toneladas de vigas de acero, hormigón y otras ruinas. Entre los supervivientes estaban Will Jimeno y John McLoughlin.

La palabra *ángel* aparece en cientos de ocasiones en la Biblia, donde se describe a estos seres como poderosos mensajeros o soldados con temibles poderes, albaceas de

la voluntad de Dios, como en el Génesis, donde vigilan las puertas del este del Edén armados con centelleantes espadas, o en el Apocalipsis, cuando luchan contra un dragón. Pero también actúan como guardianes, como el ángel que liberó a san Pedro de la prisión. En el Antiguo Testamento, Dios le dice a Moisés: «Mi ángel irá delante de ti». El Salmo 90, XI, nos dice: «Él [Yahvé] ordenará a sus ángeles que te guarden en todos sus caminos». En el Nuevo Testamento aparece la misma noción en la epístola de san Pablo a los hebreos, 1, XIV: «¿Acaso no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?». La Iglesia Católica Romana mantiene la fiesta de los ángeles de la guarda, que durante siglos se ha celebrado el 2 de octubre. En su *Meditación sobre la fiesta de los ángeles custodios*, el papa Juan XXIII escribe: «Debemos recordar cuán admirable fue la intención de la divina Providencia de encomendar a los ángeles la misión de velar por toda la humanidad, y por cada uno de los seres humanos, para que éstos no caigan ante los peligros a los que se enfrentan».**[108]** En ningún lugar se desarrolla mejor este concepto que en el relato de la aparición del arcángel Rafael, en el Libro de Tobit.

El Libro de Tobit fue escrito en el siglo II d. C., e ilustra una época en torno a unos 600 años antes del nacimiento de Cristo. La narración transcurre en Nínive (actualmente Mosul, en Irak), una gran ciudad de Asiria situada en la ribera del río Tigris. Tobit y otros judíos vivían allí como exiliados, tras la deportación de las tribus del norte de Israel a Asiria en 721 a. C.; Tobit, un hombre acaudalado, era ejemplar por su fe, su práctica de la oración, su caridad, y también por «consagrar a Dios y alabar siempre su majestad». No obstante, su devoción le creó problemas, al desobedecer una ley asiria según la cual los cadáveres de los hombres ejecutados por crímenes contra el Estado debían ser arrojados extramuros, donde quedaban a merced de los animales carroñeros. Cuando un judío era ejecutado, Tobit lo recogía y se llevaba el cuerpo en secreto para darle sepultura. Un día lo descubrieron y confiscaron sus propiedades. Se vio obligado a vivir escondido. A consecuencia de la cadena de desgracias que se le había venido encima, Tobit sufrió una repentina ceguera. A partir de entonces, cayó en un profundo abatimiento y rogaba a Dios «que le despojara del aliento vital». Al mismo tiempo, en Ecbatana, en el reino de Media (Irán en la actualidad), una joven llamada Sara también rezaba para morir. Ésta, pariente lejana de Tobit, había intentado casarse siete veces pero, en cada ocasión, durante su noche de bodas, el demonio Asmodeo asesinaba a su marido. Según el Libro de Tobit, Dios atendió a las plegarias de Tobit y de Sara, y mandó al arcángel Rafael en su ayuda.

El relato central del libro lo protagoniza el hijo de Tobit, Tobías, a quien su padre había enviado a Media para recoger algún dinero que Tobit depositó allí antes de que comenzaran sus contratiempos. En el transcurso de un viaje lleno de aventuras, Tobías contó con la compañía constante de un viajero que aseguraba llamarse «Azarías», un primo de la familia, pero que en realidad era el propio arcángel disfrazado. Rafael protegió y guió a Tobías en su arduo viaje. Al ser atacado Tobías

por un pez enorme (un símbolo de la muerte), mientras se bañaba en el río Tigris, Rafael intervino. Ordenó a Tobías que cogiese el pez y le sacase la vesícula, el corazón y el hígado, pues con ellos podían elaborarse «útiles medicinas». Más adelante, a sugerencia de Rafael, Tobías se desposó con Sara y utilizó el corazón y el hígado del pez para expulsar a Asmodeo de la cámara nupcial. El demonio huyó «al lugar más remoto de Egipto. Pero el arcángel lo siguió hasta allí, y enseguida lo ató de pies y manos» para que no pudiera causar más daño.

Lo más sorprendente de esta historia es que Rafael, en el Libro de Tobit, amén de ser el guardián de Tobías, es fundamentalmente el compañero de viaje y el guía de una persona que emprende una travesía por tierras desconocidas.

Dios envió a Rafael a la Tierra en respuesta a las plegarias individuales de Tobit y de Sara. Ni Tobit ni Sara pidieron específicamente un guía para que los condujera a través de los caminos de Oriente Medio, pero Tobit insta a Tobías a encontrar un compañero para su viaje y Rafael aparece, de forma providencial, en el preciso momento en que Tobías sale a buscar a tal acompañante. Rafael dice conocer bien la región. Cuando el arcángel se presenta ante Tobit cuenta, de manera divertida, una no tan angelical mentira al asegurar ser Azarías. Insiste en que conoce todos los caminos de la zona, lo cual parece ser cierto. Tobit dice entonces algo que ratifica la creencia preexistente acerca de ciertos ángeles cuya labor es tanto la de guardianes como la de compañeros de viaje. Él espera, o quizá reza, para que un ángel acompañe a Tobías (y a Azarías) en la travesía. Cuando su esposa expresa su temor por el viaje, Tobit afirma convencido de que un ángel bondadoso custodiará a Tobías, lo que resulta ser cierto, más de lo que él pensaba.

Cuando Tobías y Rafael regresan con éxito a Nínive, el primero sigue las instrucciones del segundo y frota los ojos de su padre con las vísceras del pez, lo cual le devuelve la vista. El ángel dice a Tobit: «Cuando no vacilaste… en amortajar a los muertos yo era consciente de tus buenos actos, y estaba junto a ti. Ahora Dios me ha enviado para curarte a ti y a velar por tu nuera Sara». A continuación, Rafael revela su verdadera identidad: su aparente cuerpo humano era una visión, una clara manipulación angélica de los sentidos de los hombres: «Soy Rafael, uno de los siete ángeles que presentan las oraciones de los santos y participan de la gloria de Dios». Menciona que nunca tomó alimentos durante el viaje, como hubiera hecho en el caso de ser un humano real: «Durante todos estos días me he aparecido a ti y no he comido ni bebido, pues lo que tú veías era una ilusión».**[109]** Entonces, transido por el miedo y empequeñecido por la intervención de un emisario de Dios, Tobit se desplomó mientras Rafael ascendía a los cielos.

Santo Tomás de Aquino, fraile dominico del siglo XIII, filósofo y «Doctor Angélico», mostró sumo interés en el estudio de los ángeles y basó la mayor parte de su discurso en referencias bíblicas y en las palabras de algunas autoridades religiosas reconocidas

en aquellos tiempos, como san Jerónimo. En particular, buscó evidencias en el Libro de Tobit.

En su gran tratado teológico, *Summa Theologica*, Aquino especula sobre la naturaleza de los ángeles. Considera de forma inequívoca que éstos son incorpóreos, están compuestos de luz, o de aire, o de otra materia más sutil que la carne y el hueso. Más bien opina que son espíritus. Sin embargo, pueden asumir, o adquirir, la apariencia de cuerpos humanos y tienen el poder de mover la materia siendo ellos mismos inmateriales. Al analizar si los ángeles en cuerpos asumidos ejercitan «trabajos de la vida», Aquino cita directamente una conversación entre Rafael y Tobías. En ella, Tobías pregunta a Rafael si conoce los caminos de Media y el ángel responde que ha viajado a menudo por ellos. Cuando se plantea la cuestión de si viajar es uno de los «trabajos de la vida», el propio Aquino asegura que el cuerpo asumido se mueve, pero que se trata de algo adicional a la naturaleza incorpórea de los ángeles.

Los ángeles, cuenta, no pueden alterar la voluntad del ser humano; es decir, no pueden transformar nuestras inclinaciones y deseos básicos, pues sólo Dios tiene poder para hacerlo. Ellos son capaces, con todo, de persuadirnos o influenciarnos, presentándonos imágenes u objetos deseables que nos pueden ayudar a seguir la llamada de Dios y de la virtud, y a resistir a las sugerencias contrarias de los ángeles caídos, o demonios.[110] Por consiguiente —argumenta Aquino—, los ángeles pueden influir en la imaginación y en los sentidos de varias maneras, exterior e interiormente (como en las imágenes mentales y en los sueños). Son capaces asimismo de incidir en el temperamento mediante el control de nuestra química, que consiste en el equilibrio y la actividad de los «humores». Exteriormente se nos pueden aparecer a través de cuerpos ficticios (que no constituyen su sustancia fundamental, al igual que nuestras ropas tampoco son la nuestra).

Cuando Aquino plantea de nuevo la cuestión de la asistencia que los ángeles nos proporcionan como «pastores» (pastor en este sentido connota la ayuda material), y en particular como guardianes (en su papel de auxiliadores), llega a la conclusión de que, en efecto, los ángeles de la guarda existen y cada uno de nosotros (no sólo los cristianos) cuenta con uno.

En su mayor parte, esta custodia reside en guiarnos o «instigarnos» hacia la bondad y hacia Dios, más que en liberarnos de dificultades físicas o psíquicas concretas. Ello explica por qué estaba tan interesado Aquino en la persuasión y la sabiduría («iluminación») más que en el auxilio. Los ángeles no son guardias de seguridad ni expertos en protección.

«A veces, sin embargo —dice Aquino—, se aparecen a los seres humanos procurándoles favores excepcionales, la conocida “gracia” de Dios, de modo parecido a los milagros que desafían el orden natural». Podemos especular acerca de por qué se producen tales excepciones. Los retos físicos y morales pueden coincidir a menudo; quizá los ángeles quieran tanto salvar a los hombres de la muerte antes de

que hayan podido cumplir su misión en la vida, como rescatarlos de la desesperación o de la muerte cuando padecen trastornos mentales graves. En situaciones de emergencia, los ángeles de la guarda querrían aparecer visibles, tangibles, a fin de proporcionar indicaciones claras e inequívocas, más allá de avisos íntimos o de sueños.

La conocida expresión «¿Cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler?» está asociada a la teología medieval y a Aquino en particular. Habitualmente, la frase se utiliza con sentido peyorativo para subrayar las numerosas abstracciones irreales o exageradas sutilezas de que se sirve la literatura religiosa, por las cuales, en efecto, se critica a Aquino con frecuencia. La expresión parece volver a las bromas simpáticas entre los estudiantes universitarios de tiempos medievales, pero Aquino realmente casi llegó a contar ángeles bailando en cabezas de alfileres. Él sostuvo que los ángeles, si bien incorpóreos, pueden actuar físicamente sobre el mundo material, pero planteó la cuestión de que más de un ángel pueda actuar en un mismo lugar, y la cabeza del alfiler es ciertamente un lugar. Aquino concluyó que un ángel sólo podía actuar en un lugar y en un tiempo concreto, pues el ángel no es Dios infinito.

Así pues, Aquino sugiere una respuesta posible a la pregunta sobre cuántos ángeles pueden danzar en la cabeza de un alfiler: uno. Sea como fuere, la teoría del ángel en un lugar y en un tiempo concreto concuerda con muchas de las experiencias narradas en este libro. Las presencias —llámense ángeles— no aparecen como equipos de rescate, sino como individuos solitarios. Al parecer, un solo ángel se basta para resolver una tarea.

Han transcurrido más de setecientos años desde que Aquino se ocupara de la cuestión de los ángeles. Lo que resulta sorprendente es que las encuestas muestran que la mayoría de la gente cree en su existencia. Un sondeo, realizado en 1993 para la revista *Time*, reveló que el 69 por 100 de los estadounidenses consideraba a los ángeles como una realidad y que el 46 por 100 aseguró tener su propio ángel de la guarda.**[111]** Estas creencias no surgen de haber leído textos antiguos como el Libro de Tobit. A lo sumo, muchas personas sólo son conscientes de ellos en la actualidad por las figuras de querubines que decoran los jardines, o por los angelitos que aparecen por doquier, desde las tarjetas de felicitación hasta las mochilas escolares. También existen las listas de ángeles de la nueva espiritualidad de la Nueva Era.

Michael Murphy, en su libro de 1992 *El futuro del cuerpo*, considerado como la Biblia de los seguidores de esta corriente, asegura que algunas visiones de ángeles pueden ser fácilmente tachadas de «imaginaciones del pueblo supersticioso». Pero otras, dice, «tienen una difícil explicación. Por ejemplo, corredores de largas distancias, marineros, exploradores y aventureros, nada dados a ocultar sus aventuras, han asegurado ver apariciones de figuras fantasmales». Murphy argumenta que estos

casos son evidencias de que «los humanos pueden, en efecto, percibir entes incorpóreos». Sostiene que estos entes proporcionan orientación en momentos de graves penurias, y que «en ocasiones prestan consuelo, cuestionan cómodas suposiciones, transmiten información, sugieren que la vida tiene otras dimensiones que trascienden el ámbito de los simples sentidos, o conducen a los más clarividentes al éxtasis».[112] Más adelante, Murphy sugiere que la presencia se manifiesta cuando un individuo lucha hasta quedar exhausto pero se esfuerza en mantenerse alerta: «Posiblemente, el hombre agudiza su percepción de forma extraordinaria a la vez que su nivel sensitivo normal desciende a causa de la tensión y el agotamiento, lo cual le hace abrirse a visitas psíquicas».[113]

Sin embargo, los ángeles contemporáneos se han visto desposeídos con frecuencia de sus grandes poderes, aun de aquellos que «cuestionan suposiciones cómodas» y, en su lugar, se les representa como adorables y regordetes bebés en pañales o como bellos jóvenes de cabellos dorados, sin mayor trascendencia. Mientras que el asunto de los ángeles todavía interesa a los devotos, la creencia también prolifera entre la gente que sólo tiene una idea generalizada de la espiritualidad. «Una de las razones por las cuales Dios creó a los ángeles fue para que fueran nuestros amigos», dijo Eileen Elias Freeman, autora del *best seller Touched by Angels*. Pero para muchas personas, quizá no fue tal la finalidad de Dios y, además, el concepto de amistad es puramente egoísta. Las personas tienden a considerar a los ángeles como trabajadores domésticos, disponibles para ayudar en tareas de ínfima importancia, como asistirlas en la búsqueda de cómodos huecos donde aparcar en la calle o perder peso. Harold Bloom, en su libro *Omens of Millennium*, compara a los ángeles con «mascotas domésticas» cuya labor es proporcionar compañía y amor incondicional: «Cualquiera que fuese el propósito original de Dios al crear a los ángeles, al parecer su tarea principal actualmente consiste en tranquilizar a los estadounidenses», escribe.[114]

El ángel que se apareció a Ron DiFrancesco en el World Trade Center era diferente. También lo era aquel que ayudó a los dos militares de la Fleet Air Arm. Todos esos seres semejaban una revelación angélica verdadera, y parecían venir, como el ángel que ató al demonio Asmodeo en Egipto o como el que protegió a Daniel en la guarida del león, de más allá del mundo terrenal.

William James, en su influyente estudio de 1902 *Las variedades de la experiencia religiosa*, describe el fenómeno del siguiente modo: «Es como si en la conciencia humana coexistieran un sentido de la realidad, una sensación de la presencia objetiva, y una percepción de lo que podríamos llamar “allí hay algo”, todo ello más profundo y más general que cualquiera de los “sentidos” más especiales y particulares».[115] Al elaborar su estudio, James no se basó en las presencias que se aparecieron a ciertos

hombres en situaciones de vida o muerte, sino en las experiencias cotidianas en entornos habituales.

James, filósofo, psicólogo y profesor en la Universidad de Harvard, era hermano del novelista Henry James. Consideraba que su estudio sobre la religión era, en esencia, «un estudio de la naturaleza humana», pero su propósito era desarrollar una defensa del impulso religioso. James escribió el libro cuando se encontraba en Europa, convaleciente de una grave dolencia del corazón que lo había dejado muy debilitado. Todavía no había cumplido los sesenta años, pero se enfrentaba ya con la muerte. La obra es un estudio descriptivo que analiza los mecanismos de la naturaleza humana que pueden provocar experiencias religiosas. A James no le interesaban tanto las instituciones religiosas o las doctrinas de la fe como el funcionamiento de «los sentimientos, los actos y las experiencias de los hombres en la soledad, cuando ellos mismos alcanzan a comprender cómo mantener la relación con aquello que consideran lo divino». Se resistió a hacer proselitismo, pero aseguró que a través de la experiencia religiosa es posible acceder a una realidad superior, alternativa: «Los límites de nuestro ser se funden, en mi opinión, con otra dimensión de la existencia que trasciende el mero mundo razonable y "comprensible"». Entre las experiencias religiosas cognitivas que documentó figuraban relatos sobre una presencia oculta. Escribe James:

> El desarrollo imperfecto de una alucinación es frecuente: la persona afectada sentirá una «presencia» en la habitación, perfectamente localizada, dispuesta de un modo particular, real en el sentido más enfático de la palabra, una presencia que habitualmente aparece de forma tan repentina como luego desaparece; y, sin embargo, no ha sido vista, oída o percibida en ninguna de las formas «sensitivas» habituales.[116]

James cita a un amigo que se encontró con una presencia, una percepción «indescriptiblemente más intensa que la certeza de hallarnos en compañía de gente corriente. Ese ser parecía estar muy cerca de mí y era mucho más real que cualquier impresión habitual». En otra ocasión el amigo describió tener la abrupta sensación, que se desarrollaba con una intensidad apremiante, de notar una presencia, pero esa vez fue más allá

> de la simple aprehensión de que algo estaba allí. La sensación llegó acompañada de una explosión de felicidad, de una extraordinaria conciencia de que se trataba de algún bien inefable. No era una sensación vaga, como el efecto emocional de un poema, una escena, una flor, o una pieza musical, sino un conocimiento certero de que una persona sobrecogedora se hallaba junto a mí. Tras su marcha, ese recuerdo quedó marcado en mi vida como la única percepción real que he experimentado.

James alude también a un relato publicado en 1895: «De súbito, sin advertencia alguna, me pareció ser conducido a un estado máximo de tensión o de vigor, y noté, con una gran intensidad, que las personas sin experiencia en esta clase de fenómenos difícilmente podrían imaginar, que otro ser o presencia se hallaba… muy cerca de mí». En *Las variedades de la experiencia religiosa*, William James relacionó estas

situaciones directamente con la experiencia religiosa, aunque no con la específicamente angélica.

La misma intensidad y sensación de vigor se menciona en ciertos casos narrados por exploradores. John Muir, pionero naturalista estadounidense, quedó aislado, en octubre de 1872, a medio camino en la escalada de un precipicio del monte Ritter, en Sierra Nevada. Extendía los brazos y era incapaz de ascender o descender: «Mi suerte estaba echada. Iba a caer. Al principio sufriré un momento de aturdimiento, y después caeré, ya exánime, por el precipicio hasta el glaciar de abajo». De repente le invadió una fuerza extraña. Fuera lo que fuese, «se presentó allí y asumió el control… Mi salvación no podría haber sido más real aun si hubiera ascendido sobre un par de alas». Ese día Muir, quien más adelante ayudó a fundar el Sierra Club, se convirtió en la primera persona en alcanzar la cumbre del monte Ritter. No tenía la menor idea de lo que le había ocurrido, pero atribuyó su salvación a la posible existencia de un ángel de la guarda.

Para la gente de fe, esta es la interpretación más clara del fenómeno del Tercer Hombre. Llama la atención, sin embargo, que muchos de los individuos que han percibido una presencia, sobre todo en tiempos más recientes, no la han considerado una intervención de una potestad externa, sobrenatural, sino de algo interior, fruto de mecanismos fisiológicos o psicológicos. De ningún modo ha constituido, para ellos, una experiencia religiosa.

Capítulo 5
La patología del aburrimiento

Los encuentros con el Tercer Hombre son en la actualidad más frecuentes que en ningún otro momento de la historia, por la sencilla razón de que mucha más gente participa en viajes de resistencia en entornos extremos e insólitos (*extreme and unusual environments*, EUE, en sus siglas en inglés) como nunca se había hecho hasta ahora. Los psicólogos acuñaron la expresión EUE para describir entornos extremos, en el sentido de que acarrean algún peligro o de que no son cómodos, e insólitos, porque representan una novedad. Un gran número de factores determinan si un lugar alcanza el parámetro de los EUE. Los EUE se han clasificado generalmente en tres amplias categorías: entornos en los cuales la supervivencia depende de la tecnología avanzada (el espacio, o las profundidades del océano); aquellos que requieren equipos y técnicas especiales pero pueden ser el hábitat natural para algunas poblaciones humanas (el Ártico, las montañas, o los desiertos); y los que sufren transformaciones debido a catástrofes (terremotos, huracanes, guerras, ataques terroristas).[117] Otros EUE conllevan situaciones traumáticas, como las vividas por los supervivientes de naufragios arrastrados a la deriva por los mares. La región antártica, el cielo y el espacio entran sin lugar a dudas en esos parámetros. Otra característica frecuente de los EUE es la monotonía.

El aviador Charles Lindbergh sintió que no estaba solo durante el intento de realizar su primer vuelo transatlántico en solitario y sin escalas desde Nueva York hasta París: el joven de veinticinco años se puso a prueba hasta el punto de sentir que estaba «cruzando el puente que sólo se ve en los últimos momentos, los momentos previos a abandonar la vida». Lindbergh despegó temprano del campo de Roosevelt, cerca de Nueva York, el 20 de mayo de 1927. Con la única ayuda de una brújula magnética y un anemómetro, pilotó su monoplano, el *Spirit of St. Louis*, en dirección noreste a lo largo de la costa, y fue visto sobre Nueva Escocia y Terranova antes de girar sobre el océano Atlántico hacia Irlanda. Fue un vuelo durísimo. El hielo prendido en las alas al atravesar un cumulo-nimbo, y una tormenta magnética alteraron la orientación. Lindbergh volaba a ciegas entre bancos de niebla. Transcurridas diecisiete horas tras el despegue, sintió que no podía continuar sin dormir. Pero el sueño significaba la muerte segura, y Lindbergh atribuyó su salvación a la inestabilidad estructural del *Spirit of St. Louis*. El aparato, al deslizarse Lindbergh en los dominios del sueño, dio un viraje que lo mantuvo despierto con sus constantes sacudidas. En otras ocasiones, se reanimaba echándose agua de lluvia helada. De forma gradual empezó a notar que, mientras su cuerpo reclamaba sueño y su mente tomaba decisiones a las que sus

sentidos no lograban prestar atención, había cedido el control a una «mente ajena», una fuerza que él reconoció como algo perteneciente a sí mismo, aunque no del todo.

Tras diecinueve horas de vuelo, Lindbergh alcanzó la primera mitad del trayecto. Había planeado celebrar su logro, pero, singularmente, cuando llegó el momento consideró que no tenía tanta importancia. No tenía ya hambre ni sed. Dejó de escribir en su diario. El avión seguía volando de forma monótona. Fue durante la vigesimosegunda hora de la travesía cuando Lindbergh se encontró súbitamente con una presencia en el fuselaje del *Spirit of St. Louis*. Mientras luchaba por mantenerse despierto y controlar el monoplano, volando en ocasiones tan bajo para evitar los cumulonimbos que incluso podía tocar la espuma de las olas del Atlántico, Lindbergh advirtió que tenía compañía. En realidad, pensó que más de un ser viajaba con él. Recordó haber mirado fijamente el cuadro de mandos y, a continuación,

> tras de mí, el fuselaje comienza a llenarse de presencias fantasmales, figuras de contornos imprecisos, transparentes, móviles, paseándose ingrávidas conmigo en el avión. No me ha sorprendido su llegada. No hay nada repentino en su aparición. Sin necesidad de volverme, puedo verlas tan nítidamente como el campo de visión habitual que tengo delante.[118]

Lindbergh sintió que los «fantasmas» le hablaban, y le parecieron amables. No estaba nada asustado. Tuvo la sensación de que conocía a esas presencias, incluso le resultaban familiares. Supo que estaban allí para ayudarle, «conversando y advirtiéndome sobre el vuelo, hablando sobre los problemas de la navegación aérea, tranquilizándome, proporcionándome importantes consejos, inaccesibles en la vida normal».

Posteriormente, ese mismo día, Lindbergh avistó una mancha en el océano. Mientras volaba hacia ella vio que se trataba de una barca pesquera y, al poco, aparecieron muchas más. No tardó en alcanzar un cabo lleno de vegetación, y creyó que se trataba de la costa suroeste de Irlanda. Descendió en espiral hacia una aldea y vio que la gente abandonaba sus casas y salía corriendo a la calle, observándolo y saludándolo. Lindbergh pensó: «El deseo de dormir ha desaparecido, y con él las presencias fantasmagóricas que viajaban conmigo esta mañana».[119]

Creyó que se había desviado unos ochenta kilómetros, pese a disfrutar de un tiempo perfecto para volar, pero luego calculó que en realidad se hallaba sólo a unos cinco kilómetros de la ruta prevista. Los telegramas celebrando su éxito corrieron alrededor del mundo. Lindbergh siguió volando sobre Plymouth, en Inglaterra, con intención de alcanzar París para rematar el histórico vuelo directo entre los dos continentes. Cuando se acercaba al litoral francés, el motor del *Spirit of St. Louis* empezó a dar violentas sacudidas. Lindbergh pensó en realizar un aterrizaje de emergencia, pero entonces se percató de que uno de los depósitos de combustible se hallaba vacío, y tan sólo con hacer girar una válvula volvió a sonar el reconfortante zumbido del motor. Lindbergh había superado ya el récord mundial de distancia recorrida en un vuelo aéreo sin escalas. Se preparaba para hacer historia. Realizó un

círculo triunfal alrededor de la torre Eiffel y luego se dirigió al aeropuerto de Le Bourget. Una multitud de 150 000 personas presenció su llegada, que puso fin a un viaje de treinta y tres horas y media. Lindbergh fue arropado por la gente al abandonar, temblando, la cabina de mandos. Mientras volaban las noticias sobre su llegada a París, Lindbergh se convirtió en un héroe en Estados Unidos y consiguió hacerse mundialmente famoso.

En un libro publicado poco después de su histórico vuelo, Lindbergh no hizo mención alguna de su encuentro con las figuras fantasmales. La narración era un mero relato fáctico que intentaba preservar la privacidad a que aspiraba el tímido joven. Pero con el tiempo, desveló gradualmente el secreto. Primero mencionó a los «seres incorpóreos»[120] en unas fragmentarias e inéditas memorias escritas en 1939. Más adelante, añadió detalles a lo que fue verdaderamente una experiencia muy íntima y personal, pero habrían de pasar años, casi tres décadas después de aquel vuelo, para que al fin hiciera público su insólito encuentro. Fue la revelación más comentada de su libro, *The Spirit of St. Louis*, que se convirtió en un *best seller* y le granjeó un premio Pulitzer. Sin embargo, las menciones sobre las presencias se publicaron antes en el *Saturday Evening Post*, el 6 de junio de 1953. Escribe Lindbergh:

> Nunca he creído en apariciones, pero ¿cómo puedo explicar las figuras que permanecieron conmigo durante las largas horas de aquel día? Unas figuras transparentes con contornos humanos, con voces que hablaban clara y autoritariamente, me dijeron… pero ¿qué fue lo que me dijeron? No recuerdo una sola palabra.

Lindbergh nunca descartó que las presencias fueran alucinaciones, pero las interpretó más bien como «secuelas de las experiencias de tiempos pasados almacenadas en el subconsciente». Tuvo la sensación de haber palpado, durante su largo vuelo, una realidad superior. Pese a ser incapaz de recordar los detalles de la conversación con sus compañeros fantasmales, sí recordaba lo suficiente de ellos como para calificarlos de «amables asesores» y seres alentadores.

El psicólogo Woodburn Heron asegura que el encuentro de Charles Lindbergh con las figuras fantasmagóricas no fue producto de la falta de sueño —la explicación más evidente— sino de la monotonía, y argumenta: «No es improbable que algunos accidentes aéreos y ferroviarios inexplicables hayan sido ocasionados por los efectos de un periodo prolongado de tedio».[121] Subraya que la actividad cerebral depende de la continua excitación por parte de los bombardeos sensoriales, y que «un entorno sensorial cambiante parece ser esencial para los seres humanos». Dice Heron: «El hastío es un problema humano importante y perenne». Es imprescindible una descarga constante de señales recibidas por los órganos sensoriales para que los estados de alerta y de vigilia se mantengan activos. Las personas han evolucionado

merced a una serie muy amplia de estímulos vivificantes y se han habituado a ellos. De ahí que estén poco preparadas cuando éstos desaparecen.

La monotonía no se da sólo en los lugares salvajes de la Tierra. El hastío y el aislamiento también pueden aparecer en «entornos encapsulados». Estos entornos artificiales posibilitan la supervivencia de los seres humanos en lugares donde sería difícil mantenerse con vida, si no imposible, como el cielo o las profundidades de los océanos. O más aún, el espacio.[122] Los entornos encapsulados están modificando paulatinamente la existencia humana, pues ahora, más que nunca, un mayor número de personas se introducen en espacios cerrados para trabajar o para jugar. La monotonía ocupó un espacio en el pasado de la humanidad, y sin duda seguirá ocupándolo en su futuro.

Resulta curioso que los exploradores se desplacen a entornos de extrema monotonía en un esfuerzo de escapar de… la monotonía. En su estudio sobre la psicología del hombre en los viajes al espacio, el neurólogo británico W. Grey Walter sostuvo: «El impulso de explorar constituye una parte de nuestro mecanismo nervioso… La especie humana es inestable en entornos estables».[123] Walter estudió las sociedades que vivieron durante aquellos periodos de la historia en que tuvieron lugar explosiones de aventura y exploración geográfica. Le pareció falsa en gran parte la teoría de varios historiadores según la cual la exploración era una respuesta a necesidades económicas y militares. En realidad, Walter observó que los países de origen de los exploradores durante esos periodos eran en general «acogedores, prósperos y sólo se veían afectados por dramas familiares». Él afirma que una «interacción de fuerzas mentales» es un factor más poderoso y persistente. Esto es más cierto ahora que nunca. Un número creciente de personas participan en deportes de riesgo y en viajes de aventura, desplazándose por gusto a entornos remotos y extremos, como ilustran los primeros turistas del espacio. Walter explica este hecho como un intento de escapar del tedio. Cierta indiferencia hacia la comodidad, y la necesidad de recibir estímulos derivados de las actividades de riesgo son propios de la idiosincrasia de los hombres.

En una investigación publicada en la revista *Neuron*, varios científicos logran identificar una parte primitiva del cerebro —el estriado ventral— que despierta las ansias de aventura y novedad en los individuos. Mediante resonancias magnéticas de flujos sanguíneos, ciertos investigadores británicos han hallado «estímulos novedosos» que hacen que el estriado ventral sea más activo en las personas. Sugieren que al explorar lo desconocido se obtiene una ventaja evolutiva. El cerebro asigna una suerte de «recompensa», mediante la liberación de neurotransmisores como la dopamina, a las opciones que percibe como novedosas, de manera que tendemos preferentemente a explorarlas. (Más adelante han sostenido que esta característica humana es explotada por compañías que sacan al mercado «productos idénticos o casi idénticos», pero con un nuevo envoltorio).[124] La tendencia a la aventura no es sólo una característica de los seres humanos. Incluso las ratas de

laboratorio introducidas en un laberinto toman diferentes rutas hacia la comida, cuando existe la opción, y evitan las áreas que les son familiares. En otras palabras, las ratas también quieren «explorar».

Resulta irónico que para escapar del hastío, la gente escoja lugares monótonos, y no hay lugares tan monótonos como los que se encuentran en entornos artificiales, tales como la cabina de mandos de un avión o, sobre todo, la de una nave espacial. Heron acuña un término para definir las consecuencias de la ausencia de estímulos sensoriales: «la patología del aburrimiento». Como ejemplo de los efectos de la monotonía, cita a los camioneros que recorren largas distancias, que en ocasiones mencionan haber visto extrañísimas alucinaciones. Pero resulta particularmente interesante la referencia de Heron al fenómeno de la «disociación» experimentado por pilotos solitarios durante vuelos de gran altura, cuando el avión viaja en línea recta, no hay nada en las proximidades y el horizonte deja de ser visible. El piloto está bien sujeto al asiento, vestido en general con ropa pesada, tiene una visión limitada y está sometido al estruendo de fondo de los motores. De este modo, se ve expuesto a la reducción de los estímulos sensoriales habituales, mientras que al mismo tiempo se enfrenta a «tensiones mayores que las normales» por la propia naturaleza del oficio. En tales circunstancias, los pilotos rompen el vuelo y descienden. Cuentan que, previamente a este movimiento, han sido «muy conscientes de hallarse en medio de una soledad y un aislamiento intensos, y de tener la sensación de "hallarse fuera del alcance de todo"».[125] En uno de estos casos, a un piloto que realizaba una prueba rutinaria a gran altura «le dio la impresión de estar separado del avión, de verse a sí mismo y al aparato desde fuera».[126] Muchos evitan narrar la experiencia pues «creen que es producto de un trastorno mental».[127] Estos relatos no provienen, en suma, «de hombres místicos, sino de hombres prácticos, que los han confesado con reticencias». Otros pilotos han afirmado haber experimentado una sensación de «cercanía a Dios». Es tradición de muchas religiones el utilizar el aislamiento, la monotonía y el aburrimiento para «alcanzar intuiciones religiosas, revelaciones divinas o renacimientos espirituales. Estas experiencias van a menudo acompañadas de visiones de figuras divinas».[128] Pilotar una aeronave parece «radicalmente diferente a meditar en una cueva», si bien el piloto se encuentra también en un entorno aislado y monótono.

Heron, cuando trabajó con el psicólogo Donald O. Hebb, utilizó fondos del Defense Research Board de Canadá para realizar un estudio sistemático de «los efectos de la exposición durante periodos prolongados a un entorno extremadamente monótono». Heron llevó a cabo experimentos de privación sensorial aislando a personas en habitaciones donde, en la medida de lo posible, no existiera ninguna estimulación preceptiva o estructural. Los individuos, por ejemplo, llevaban visores translúcidos, y tenían las manos y los antebrazos aislados para evitar cualquier sensación táctil. Tras largos periodos de aislamiento, muchos de ellos experimentaron «avidez de estímulos». «Hablaban consigo mismos, silbaban, cantaban o recitaban

poesía». La necesidad de estimulación se tornaba tan intensa que incluso el acariciar un dedo con otro podía provocar un intenso placer. «Algunos explicaron que sintieron como si otro cuerpo yaciera junto a ellos en la habitación; en un caso el cuerpo real y el irreal se hallaban yuxtapuestos, ocupando en parte el mismo espacio».[129]

Hebb relacionó este fenómeno con una «alteración de la imagen del cuerpo». La imagen corporal es fruto, como describió, de una «construcción mental», que puede no afectar a personas normales pues depende de ciertos estímulos: «La conciencia que tenemos de nosotros mismos en este instante es una alucinación que se produce para encajar con la realidad». Sin embargo, la sensación de notar una extremidad inexistente experimentada por las personas que han sufrido una amputación muestra que nuestra conciencia corporal «no es una percepción directa». Visto lo cual, ¿fue la experiencia de Lindbergh consecuencia de una distorsión de la imagen corporal? Hebb suscribía la sugerencia de Heron según la cual los pasajeros fantasmas de Lindbergh fueron producto de la monotonía. En su *Essay on Mind*, Hebb sostiene que a grandes alturas «la Tierra puede adoptar una semblanza monótona. Ocurre lo mismo en el océano desde alturas inferiores y Charles Lindbergh, en su vuelo solitario a través del Atlántico, creyó ver "presencias fantasmales"».[130] A otros les ha sucedido lo mismo.

Edith Foltz Stearns perteneció a la generación pionera de mujeres aviadoras, de la que Amelia Earhart es la más famosa. Stearns obtuvo la licencia de piloto en 1928 y comenzó a ofrecer espectáculos de acrobacias aéreas en el noroeste de Estados Unidos. En 1929 voló en la primera competición aérea femenina apodada la Powder Duff Derby (la carrera de la borla de polvos), que arrancaba de Santa Mónica (California), y acababa ocho días después en Cleveland (Ohio), tras recorrer 4300 kilómetros. Las participantes debían volar utilizando únicamente la navegación a la estima y cartas de rutas. Una cuarta parte de las competidoras no logró completar la carrera, y una piloto murió. Stearns acabó en segundo lugar en la categoría de aeronaves ligeras.

En otra competición celebrada en 1932, Stearns había perdido el rumbo y le quedaba poco combustible. Pensó que intentar aterrizar en una vía férrea que había estado siguiendo era la única posibilidad para evitar estrellarse. Comenzó a descender y mientras se preparaba para el arriesgado aterrizaje una voz gritó: «¡No! ¡No, Edie, no lo hagas!». Reconoció esa voz como la de una antigua compañera de clase, una niña que murió en un accidente de tráfico cuando era adolescente. Sobresaltada, ascendió rápidamente, niveló el aparato y continuó su rumbo. En pocos minutos, avistó la pista de Phoenix y pudo aterrizar sin incidentes. Stearns dijo: «Nunca vuelo sola. Algún tipo de "presencia" se sienta junto a mí, es como si fuera mi "copiloto", ahora que lo pienso. En momentos de grave peligro, una mano invisible se hace con los mandos y me salva».[131]

El fenómeno de la intervención de un «espíritu guiador» volvió a sucederle, y de manera dramática, durante la segunda guerra mundial, cuando Stearns servía en la Air Transport Auxiliary pilotando aeronaves nuevas o restauradas desde las fábricas hasta las bases de las fuerzas aéreas. En una ocasión se le ordenó pilotar un bombardero tipo Mosquito desde Hamble hasta Hawarden, una base de la Royal Air Force en Escocia, a pesar de la escasa visibilidad. Se mostraba reacia a despegar, y se sentó durante un rato en la cabina de mandos hasta que un oficial le preguntó qué hacía allí. Ella no quería confesar que estaba esperando a su copiloto invisible. De modo que Stearns despegó sin incidentes, pero al acercarse a lo que calculaba que era su destino, se desorientó a causa de una espesa niebla que la rodeó. Volaba en círculos alrededor de la zona y descendía varias veces, pero las terribles condiciones meteorológicas la obligaban a ascender, una situación que se repetía sin cesar. Se acercaba la noche y si las posibilidades de aterrizar parecían escasas a la luz del día, más lo serían en medio de la oscuridad nocturna. «Alguna que otra vez a lo largo de mi carrera —cuenta Stearns— me había visto al borde de situaciones comprometidas como aquella, pero nunca me había sentido tan perdida y tan sola, tan totalmente condenada». Se puso a rezar para recibir orientación.

De pronto, una voz le espetó: «¡Edie! ¡Mira afuera!». En esta ocasión sintió que esa voz era la de su padre, que había fallecido recientemente. Sin vacilar, ascendió como una hala, esquivando un monte por los pelos. «A partir de ese momento dejé de estar sola». Advirtió que se había desviado bastante de la ruta, pero se sentía extrañamente tranquila. Con el tiempo y a pesar de la oscuridad, avistó una autopista y la siguió hasta que dio con una pista de aterrizaje, comenzó a bajar en picado sin incidentes hasta tocar suelo y avanzó hasta la torre de control. Un irritado oficial corrió hacia ella y le preguntó por qué había aterrizado, desobedeciendo las órdenes: «Esta pista está cerrada», dijo el hombre. Ella contestó que carecía de radio y que se había visto obligada a realizar un aterrizaje de emergencia. En un relato acerca de sus hazañas publicado una década después, Stearns aseguró: «Nunca dudé de que lo conseguiría… con la ayuda de mi copiloto».

Brian H. Shoemaker es uno de esos pilotos cuya habilidad para volar en condiciones difíciles, a veces extremadamente arriesgadas, hizo posible el verdadero «descubrimiento» científico de la Antártida. Apostado en la base naval de Estados Unidos en Quonset Point (Rhode Island), su escuadrón, un VX-6, fue asignado a la base McMurdo durante cuatro meses del verano antártico, cuando el frío extremo amaina y permite a los científicos instalar campamentos temporales en el continente. El glaciar Shoemaker, que forma parte de las montañas transantárticas, en la Tierra de Victoria, recibió su nombre. Tras su contribución a lo que fue técnicamente denominado Naval Support Force Antarctica, pero que la mayor parte de la gente conoce como operación Deep Freeze fue ascendido a comandante durante los años

ochenta. Pero en 1967, el teniente (más adelante capitán) Shoemaker se hallaba en primera línea de la investigación del continente blanco como piloto de un helicóptero H-34.

En diciembre de aquel año Shoemaker abandonó McMurdo —situada en el extremo sur de la isla de Ross en la Antártida, a 3500 kilómetros en dirección sur de Nueva Zelanda—, acompañado por un copiloto y de otro tripulante, para conducir a un grupo de investigación a un campamento situado en la meseta antártica, las tierras altas que rodean el Polo Sur en cientos de kilómetros. La altitud de la meseta, de una media cercana a los 3000 metros, y su latitud, la convierten en uno de los lugares más inhóspitos de la Tierra, una zona barrida por constantes vientos y que ha alcanzado algunas de las temperaturas más frías registradas hasta la actualidad. Shoemaker pilotó el helicóptero en dirección al oeste, cruzando el estrecho de McMurdo, después ascendió y voló a través de las Montañas Transatlánticas hasta alcanzar la meseta y el emplazamiento donde el equipo formado por cuatro glaciólogos se proponía levantar su campamento. Las normas obligaron al H-34, cuyo motor se había detenido a causa del frío, a permanecer con el grupo de científicos hasta que éstos hubieran montado las tiendas y comprobado que funcionaba la radio. El proceso tardó más de lo esperado. Los investigadores no lograban hacer funcionar la radiobaliza. Sin embargo, la radio sí operaba, y Shoemaker decidió que el equipo estaba a salvo y que el helicóptero podía regresar.

El aparato emprendió el viaje de vuelta, pero media hora después, la base de McMurdo perdió el contacto por radio con Shoemaker y su copiloto, quizá debido a una tormenta magnética. El helicóptero perdió también la comunicación con el campamento. No llevaban ningún sistema de navegación a bordo. Con veinticuatro horas de luz diurna y un inmenso campo de nieve y hielo debajo, no podían determinar su posición. Shoemaker temió haberse desviado. Ni él ni su copiloto podían avistar las montañas, y no había modo de mantener la ruta. Shoemaker preguntó: «¿Nos estamos perdiendo? ¿Volamos en círculos?». Ese terrible momento de angustia terminó cuando, de pronto, Shoemaker notó que una «presencia guiadora» se había unido a ellos en la cabina de mandos. El ser habló, asegurándole: «Lo estáis haciendo bien». Shoemaker se preguntó a sí mismo: «¿Quién era ése? ¿Qué era eso?».[132] Sin embargo, no se asustó, y no le contó al copiloto lo que había experimentado. El ser oculto le aconsejó «cambiar el rumbo unos veinte grados a la derecha». El copiloto no notó nada extraño, pero Shoemaker sintió con fuerza la presencia de un Tercer Hombre, que se hallaba tras él. Giró el H-34 veinte grados a la derecha como se le había ordenado. «No tenía otra cosa que me guiara… La presencia era inquietante, pero no aterradora. Me infundió un gran consuelo. La decisión que tenía que tomar era: o bien obedecía a ese ser o seguía mi instinto, y no tenía la menor idea de qué hacer».[133]

Nunca habló de la experiencia con su copiloto, pensando quizá que «éste podría haber cuestionado mi decisión de cambiar el rumbo». La sensación de la presencia

duró por lo menos media hora, y persistió incluso cuando el helicóptero alcanzó las montañas que marcaban la dirección correcta de la ruta. Pero finalmente Shoemaker se vio capaz de «olvidarse de aquel ente». Consiguieron regresar a la base con el margen de seguridad suficiente en cuanto al combustible.

Shoemaker tampoco explicó lo ocurrido a nadie en la sala de pilotos; le preocupaba lo que pudieran pensar. Sin embargo, más adelante se lo mencionó al padre Gerry Creagh, un neozelandés que sirvió como capellán honorario de la U. S. Navy a lo largo de unos veinticinco veranos en la Capilla de las nieves, en la base de McMurdo, y acabó siendo conocido —extraoficialmente— como el «Capellán de la Antártida». Creagh le dijo que «lo que le había ocurrido no era tan inusual como cabía suponer». También le aseguró que constituía «uno de esos misterios inexplicables en términos prácticos, pero identificable según los principios de la fe». **[134]**

Tras el despegue nocturno del transbordador espacial *Atlantic*, el 12 de enero de 1997, éste se acopló a la estación rusa *Mir*. Junto a un montón de provisiones, abandonó la nave el astronauta de la NASA Jerry M. Linenger, médico y doctor en epidemiología, quien había servido en la U. S. Navy antes de incorporarse a la NASA en 1992. Anteriormente, en 1994, Linenger había volado al espacio con el trasbordador *Discovery*, en una misión de once días, pero en esta ocasión iba a quedarse en la *Mir* para cumplir una misión histórica de 132 días, con un recorrido de 80 millones de kilómetros y más de 2000 órbitas terrestres. Los efectos psicológicos del prolongado aislamiento, del distanciamiento familiar, de la limitada actividad sensorial y de la monotonía —unidos a la necesidad de permanecer en un agudo estado de alerta— pueden causar serias presiones. Junto a otras penurias, incluidos los cambios físicos como el debilitamiento de los huesos o lo que se denomina «síndrome de adaptación espacial» (una serie de extraños trastornos psicológicos provocados por la ingravidez y el viaje espacial), estos factores suponían de por sí suficiente tensión para la tripulación. Pero además, la *Mir* se mantenía operativa aun tras rebasar su fecha de caducidad y, en consecuencia, sufría «un progresivo efecto dominó» de averías mecánicas. La misión padecía disfunciones crónicas, que formaban parte de una deprimente rutina tan sólo interrumpida por peligrosas emergencias.

Se producían con frecuencia numerosos fallos básicos en el sistema de oxígeno y, durante varios meses, los tres miembros de la tripulación —dos cosmonautas rusos y Linenger— hubieron de inhalar gases de etilenglicol y soportar temperaturas de 32 °C, provocadas por escapes en los corroídos conductos de refrigeración. Pero este tipo de incidentes era lo que menos les preocupaba. Durante los primeros días de la misión de Linenger, mientras se realizaba un cambio en la tripulación —momento en que en la *Mir* había seis astronautas en vez de tres— se produjo un incendio en la

estación espacial. Al sonar la alarma general, la tripulación reaccionó con relativa indiferencia, pues estaban acostumbrados a ello. Linenger se desplazaba por la estación cuando estuvo a punto de chocar con Vasily Tsibliev, el comandante entrante, quien se trasladaba flotando frenéticamente en la ingravidez desde el módulo al que Linenger se dirigía. Linenger preguntó a Tsibliev si el incidente era serio, pero antes de que el ruso pudiera contestar, el primero vio «unos tentáculos de humo que avanzaban serpenteantes por detrás de Vasily». En ese momento divisó el foco del incidente: un fuego crepitante, con unas llamas de 30 centímetros de diámetro que saltaban, escupiendo chispas, por encima de un metro de altura. El fuego era tan abrasador que empezó a derretir el metal. Amenazaba con extenderse rápidamente a través del casco de aluminio, lo cual podría originar una descompresión y la posterior asfixia de la tripulación.

Era tan densa la humareda que llenaba los módulos que Linenger dijo: «Durante casi una hora no pudimos contar los dedos de las manos aunque los pegásemos a nuestras caras». Los astronautas parecían espectros a través de la bruma, mientras trabajaban enérgicamente para sofocar el fuego. Uno de ellos, que sostenía un trapo sucio pegado al rostro, pasó cerca de Linenger. El aire caliente y el humo no ascienden en el espacio, así que no podían escapar del humo que les quemaba los ojos y les invadía los pulmones. Linenger se esforzó en colocarse una máscara de oxígeno, aguantando la respiración mientras intentaba deshacer las cintas que la ajustaban a la cabeza. Una vez se la colocó, intentó respirar, pero el aparato falló. Pensó que iba a morir. Con todo, no se dejó llevar por el pánico: ello no se avenía con su experiencia y su carácter. Afrontó la situación con serenidad. Se puso a buscar a tientas otra máscara de oxígeno. Le dolía la cabeza, se hallaba sumergido en la oscuridad, el tiempo transcurría y cada milésima de segundo se le antojaba una eternidad. En ese instante encontró otra máscara. Y entonces funcionó.

Sin respiradores de oxígeno, «nos habríamos asfixiado todos. De haber sido el incidente un poco más grave, habría acabado con seis astronautas muertos», refirió Linenger.[135] Tres de los miembros rusos de la tripulación fueron enviados a acondicionar las dos cápsulas espaciales *Soyuz* con las que contaba la *Mir* en caso de evacuaciones de emergencia. A una de ellas, no obstante, no se podía acceder a causa de las llamas. La única nave espacial disponible sólo podía transportar a tres hombres, lo cual significaba que los otros tres morirían a no ser que lograran apagar el fuego. Para intentar sofocar las llamas se utilizaron tres extintores, que no parecían surtir efecto. Al cabo de catorce minutos, el fuego se extinguió solo y todos quedaron a salvo. Poco después, tres de los rusos se marcharon y los que permanecieron en la *Mir* ni siquiera se pararon a recapacitar sobre lo ocurrido, pues se hallaban demasiado ocupados atendiendo las numerosas reparaciones rutinarias. Aun así quedaron afectados por ello. Linenger escribió: «Todos reflexionamos sobre la fragilidad de nuestra existencia allí, en la frontera, sobre cómo nuestras vidas podían apagarse en un instante».

Más adelante, la *Mir* escapó por los pelos de una colisión «casi mortal» con la nave de carga *Progress*, que no transportaba tripulación. La *Progress* había descargado numerosos suministros en la estación y luego fue cargada con material desechable y basura. La nave —de hecho una barcaza llena de desperdicios— partió, y habitualmente habría sido dirigida a la atmósfera superior, donde se hubiera desintegrado completando su misión. Sin embargo, para sorpresa de la tripulación de la *Mir*, una semana después del despegue de la *Progress*, el control de tierra ruso informó a los astronautas de que la nave no había sido enviada a la Tierra, sino que volvería a acoplarse a la *Mir*. La razón esgrimida fue que se trataba de ensayar un nuevo procedimiento de acoplo que requería el uso de un sistema adicional manualmente controlado en la *Mir*.

A Linenger no le parecía muy buena idea: «El sistema adicional estaba diseñado para ser utilizado como sistema de proximidad, sólo cuando la *Progress* se hallara cerca de la estación, pero nunca para dirigirla desde largas distancias». Además, no existía un sistema adicional del sistema de control manual, ya que ése *era* el sistema adicional. Si fallaba algo en ese sistema, hubieran sufrido graves complicaciones y, al tratarse de la *Mir*, las averías eran muy probables, y no tardarían en toparse con serios problemas. Una pantalla de video que les proporcionaba cruciales indicaciones se cargó de electricidad estática, imposibilitando dirigir la *Progress*, que iba acercándose a ellos. La barcaza de basura se había convertido en un verdadero misil amenazador.

El comandante ruso Vasily Tsibliev se vio forzado a desplazarse rápidamente de un lado a otro desde el panel de control hasta la ventana más cercana, con el fin de calcular la trayectoria del aparato. En un momento dado, el otro astronauta, Sasha Lazutkin, gritó: «¡Parece que la nave viene directa hacia nosotros! ¡Y se acerca a gran velocidad!». Tsibliev sudaba a mares mientras intentaba activar a ciegas el sistema de frenado de la *Progress*. La situación era tan peligrosa que, de pronto, Tsibliev chilló: «¡Preparaos para abandonar la estación y subir a la *Soyuz*!». Los tres hombres se temían que la *Progress* chocara contra la estación, pero ésta, de algún modo, se libró del impacto. Todos dieron gracias a Dios por haber sobrevivido.

Pero no terminaron ahí los problemas. En otra ocasión, el fallo de un ordenador que controlaba la altitud provocó que la *Mir* cayera fuera de control. En consecuencia, los paneles solares de la estación espacial quedaron fuera del alcance del sol, y la *Mir* perdió energía y se quedó a oscuras, provocando un «silencio desconcertante». De nuevo, la tripulación se enfrentaba a la posibilidad de tener que abandonar la estación sin suministro en las naves *Soyuz*. Apagaron todos los sistemas operativos y esperaron en la oscuridad hasta que su órbita los transportó de nuevo hacia el lado iluminado de la Tierra, donde los paneles solares captaron suficiente luz para recargar parcialmente las baterías. Aunque tuvieron que esperar a que la órbita siguiente los condujera de nuevo hacia la luz. Les llevó dos días obtener energía suficiente para enderezar la *Mir*.

Este tipo de emergencias y las frecuentes averías en los sistemas fundamentales provocaban que la alarma general sonara casi a diario, y el tremendo peso de la misión espacial comenzó a hacer mella en la tripulación. En su calidad de doctor en medicina, Linenger observó ciertas patologías en el comportamiento de sus compañeros, provocadas por la combinación del aislamiento y la casi constante tensión de la vida a bordo de la envejecida *Mir*. Le sorprendió que aquellos hombres, muy entrenados psicológicamente para soportar tales condiciones, pudieran verse impelidos, según sus palabras, «hacia la frontera de la locura». Incluso a Linenger, quien ya había experimentado el aislamiento mientras servía en la U. S. Navy, y estudiado el impacto psicológico del aislamiento prolongado, le confundía «haber subestimado la presión de la vida aislada en un entorno que está fuera de este mundo. El aislamiento era extremo en todos los sentidos».

Curiosamente, lo que provocó en ellos el impacto más profundo no fueron los terribles acontecimientos sucedidos en la *Mir*, ni los numerosos accidentes en los que los astronautas vieron la muerte frente a frente, sino el aislamiento y la monotonía. Linenger tomó medidas para no llegar al mismo punto de vulnerabilidad de algunos de sus compañeros. Mantuvo un intenso programa de trabajo, pero siempre se reservaba una hora diaria de ejercicio en las cintas de correr, cuyo efecto parecía mitigar parte de su carga mental. Habían transcurrido tres meses y medio y se acercaba el fin de la misión, cuando tuvo una experiencia inusitada que jamás había tenido anteriormente.

Mientras se hallaba en las cintas de correr, Jerry Linenger intentaba escapar del «dolor» de su situación recordando lugares de la Tierra. Seguía mentalmente los mismos lugares por donde había corrido antes de la misión. Se transportó a California, haciendo *jogging* en la playa, observando las casas de la zona, el hotel Del Coronado, y a la gente, sonriendo, riendo, saludando, y guiñando los ojos a las chicas.

Ya en 1957, este mecanismo fue descrito por Woodburn Heron como una reacción necesaria y comprensible en los individuos sometidos a «entornos de una monotonía inflexible… [Algunas personas] viajaban mentalmente de un lugar familiar hasta otro, intentando imaginar todos y cada uno de los acontecimientos de la jornada».**[136]** Gracias al proceso de visualización, Linenger se veía capaz de aguantar media hora en la cinta de correr, lo cual era importante, pues el ejercicio en el espacio es extremadamente difícil y, cuando corría en ese aparato, siempre le parecía estar cargando con un hombre sobre los hombros. Al astronauta le gustaba esta evasión.

En una ocasión, en que no se hallaba inmerso en sus recuerdos, Linenger sintió súbitamente la presencia de otra persona, en el margen preciso de su campo de visión. Siguió mirando al frente. No necesitaba volverse para comprobarlo. Sabía que ese ser estaba allí, y también sabía que no era uno de los astronautas. La presencia era la de su padre, Don Linenger, que había fallecido hacía siete años. «Sentí intensamente su presencia, quizá porque me hallaba arriba en las alturas, próximo a él. Mantuve una

muda conversación con él y le dije que lo echaba de menos», explicaría el astronauta. [137] Jerry Linenger entendió el mensaje alentador de su padre, que fue tan nítido como si lo hubiera pronunciado en realidad. Le dijo: «Estoy orgulloso de ti. Siempre quisiste ser astronauta y lo conseguiste. Enhorabuena».[138]

La presencia no guardaba relación alguna con los tremendos conflictos con los que se había enfrentado Jerry, pero le supuso un modo de «escapar» de esa situación. La experiencia fue profundamente emotiva para el astronauta. Había tenido a su lado a su padre. Jerry vivió una infancia normal y alegre, y padre e hijo habían mantenido siempre una buena relación. En un momento dado, le preocupó que uno de sus compañeros entrara en el módulo y lo encontrase en ese estado emocional, e intentó desprenderse de la presencia, pero ésta permaneció con él durante veinte minutos. Cuando desapareció la visión de su padre, se sintió infinitamente mejor: «Todo el estrés se desvaneció».

Durante las semanas posteriores, cuando ya finalizaba la misión, se repitió la experiencia. En total, esos vividos encuentros se repitieron en tres ocasiones, y vivió otros siete episodios en los que sintió la presencia de su padre sin que mantuvieran comunicación alguna. Linenger dijo: «No fue una experiencia religiosa y, como físico, la interpreté como un mecanismo psicológico de defensa. Pero no quise ponerla en duda y no la racionalicé».[139]

Estos acontecimientos sugieren una idea radical, según la cual nunca estamos verdaderamente *solos*, y podemos requerir la presencia de alguien —de otro ser—, en ciertas situaciones, por lo común en entornos insólitos y remotos, donde prevalece la monotonía. En cierto modo, puede explicarse el fenómeno del Tercer Hombre como un intento del cerebro de mantener un nivel suficiente de estimulación en un entorno tedioso. No cabe duda de que la patología del aburrimiento constituye un factor subyacente en muchos EUE, y que el Tercer Hombre se alimenta de la monotonía. Pero, como hemos visto, existen muchos otros factores.

Capítulo 6
El principio de las causas múltiples

Otra de las claves para desentrañar el misterio del Tercer Hombre reside en las experiencias recientes de tres exploradores en la Antártida: el británico Robert Swan, el neozelandés Peter Hillary y la estadounidense Ann Bancroft. Todos ellos, en diferentes momentos, sintieron la compañía del Tercer Hombre durante sus respectivos viajes al Polo Sur, mientras atravesaban ese cruel y monótono paisaje que Hillary calificó como «la gran blancura omnipresente». Se enfrentaron a una cadena de horribles obstáculos, como el agotamiento, el dolor y otras penurias similares. Todo ello ligado con frecuencia a factores adicionales —un sistema de causas múltiples—, que pueden acarrear consecuencias dramáticas. Cada uno de los tres exploradores llegó a la misma conclusión: existen seres ocultos que acompañan a los desvalidos. Pero el momento de la aparición del Tercer Hombre resulta revelador, pues se halla directamente relacionado con incidentes específicos sucedidos en los viajes de estos exploradores. Al concluir el suyo, escribe Hillary: «Sí. Ahí siguen. Los veo ir y venir… Aún no sé qué hacer con ellos. ¿No le sucede esto a todo el mundo?».[140]

El 4 de diciembre de 1985, Robert Swan había recorrido 500 kilómetros en una marcha de 70 días hacia el Polo Sur. La intención de la expedición era homenajear al capitán Robert Falcon Scott, el desventurado explorador británico, derrotado en la carrera hacia el Polo Sur por Roald Amundsen, que murió en 1912 con varios miembros de su tripulación en el viaje de regreso. Swan, junto con Roger Mear y Gareth Wood, arrastraban los trineos durante nueve horas al día, siete días por semana, en un entorno desprovisto en gran parte de estímulos sensoriales. El paisaje era de un solo color: el blanco. No se oían sonidos, salvo el aullido del viento, el generado por el trabajo de los hombres, y el chirrido de los trineos al deslizarse sobre el hielo. De no haber estado entumecido por el frío, a Swan le habría parecido hallarse encarcelado en una celda de privaciones sensoriales.

Estaban acercándose al glaciar Beardmore, un amplio río de hielo de más de 50 kilómetros de anchura. Parecía estar diseñado para viajes peligrosos, con su traicionera superficie, que semejaba las aguas turbulentas del nacimiento de un agitado riachuelo de montaña, y que ocultaba temibles grietas. El viaje avanzaba penosamente. Swan anota en su cuaderno: «Es demasiado horrible para contarlo, pero ya casi me resulta imposible arrastrar el trineo… Yo sólo quería hacer este viaje por primera vez en mi vida y, desde luego, esto está afectándome mucho». Eran las últimas tres horas del día, y Swan luchaba para tirar de su trineo. Estaba exhausto y

sintió que no podía continuar ni un kilómetro más, y menos completar los 900 que faltaban para alcanzar el Polo Sur. Fue una sensación terrible, «una patada monumental en el estómago», el pensar que el Polo Sur, que siempre había sido su meta durante quince años, le demostraba estar fuera de su alcance. Swan había planeado la expedición y la capitaneaba. Además, al ser el que más se había preparado, era supuestamente el más fuerte de los tres. Se quedó mirando, impotente, a los otros dos hombres que se alejaban avanzando hacia la meta, hasta que se convirtieron en meros puntos en el horizonte. Para empeorar las cosas, se avecinaba una ventisca. Roger Mear contó que, entonces, «Robert era un distante punto negro, tan diminuto que en un primer momento apenas se le podía distinguir. Se hallaba mucho más atrás de lo que nosotros habíamos estado nunca».[141] «El tiempo continuaba deteriorándose, la luminosidad era muy pobre y nuestras huellas se desdibujaban», pero Mear decidió volver sobre sus pasos y ayudar a Swan, quien en ese instante se hallaba a más de un kilómetro y medio.

A lo largo de esa horrible experiencia, a Swan se le ocurrían ideas extrañas: estaba convencido de que eran tres los hombres que marchaban por delante de él, en vez de dos. En realidad, había experimentado esta sensación en tantas ocasiones que «pasó a ser bastante normal». No obstante, continuaba preguntándose: «¿Soy el último? Se supone que son dos… Yo soy sin la menor duda el tercero en este momento, pero acabo de ver a tres hombres delante de mí. ¿Cómo puede ser?».[142]

Swan llegó a un punto en que no podía dar un paso más, y se sentó en el trineo. Aquello era el final. Pero de pronto sintió, pese a que los demás todavía se hallaban muy lejos de él, que no estaba solo. Advirtió que el Tercer Hombre, el que viera a lo lejos, estaba en ese momento sentado a su lado. Pensó que podía tratarse de Robert Falcon Scott. Cualquiera que fuese, la sensación era tan vivida, tan real, que notó que ese otro ser se estaba… riendo. Y como la risa es contagiosa, Swan empezó a reírse a su vez. Pronto se vio «llorando de risa, por la futilidad de todo aquello y por ese momento tan extraordinariamente extraño». No obstante, comprendió que estaba reaccionando a la presencia de otro: «Esa risa no venía de mí, venía de lo que fuera que se encontrara allí. Y era reconfortante».[143]

Cuando Mear lo alcanzó, quedó muy preocupado por su estado. Mear le dijo que no se preocupara, que él tiraría del trineo. Swan, todavía sonriente, se encogió de hombros y dijo: «La verdad es que todo esto es bastante raro». Mear es un tipo duro, y Swan se preguntó si su compañero pensaba que había perdido la cabeza. Mear instó a Swan a continuar esquiando hasta el siguiente alto, y el primero comenzó a arrastrar el trineo: «No necesité dar más de cuatro o cinco pasos para notar que el trineo que Robert había empujado durante los últimos días era mucho más pesado que al principio del viaje. Era como tirar de un pino enorme a través de arena fina». Inspeccionaron el trineo de Swan y descubrieron que los patines estaban mal montados, lo que incrementaba enormemente la carga. Resultaba extraordinario que hubiera aguantado hasta entonces. Repararon los patines y reanudaron la marcha.

Swan nunca mencionó su encuentro con el Tercer Hombre, aduciendo que se trataba de «algo personal». «Sentí que ese ser me había impedido enloquecer, por lo tanto no quise convertirlo en algo corriente hablando sobre él».[144]

El 11 de enero de 1986, Swan, Mear y Wood alcanzaron el Polo Sur después de recorrer 1421 kilómetros, y lograron el récord por la marcha sin asistencia más larga en la Antártida. Tres años después, el 14 de mayo de 1989, Robert Swan llegó al Polo Norte, y el explorador británico consiguió el último de los grandes premios a las expediciones polares, convirtiéndose en el primer hombre de la historia que había viajado sin asistencia a ambos polos.

Fue un calvario espantoso desde el principio. Peter Hillary, el hijo aventurero del conquistador del Everest sir Edmund —cuyo logro conjunto de alcanzar la cumbre del pico más alto del mundo les convirtió en el primer equipo formado por padre e hijo en completar tal hazaña—, partió desde la base Scott el 4 de noviembre de 1998 hacia el Polo Sur, con una carga de 200 kilos. Hillary, neozelandés, junto con los australianos Jon Muir y Eric Philips, tenían la intención de completar la travesía final de Scott. La aventura consistía en llegar al Polo Sur a pie, primero cruzando la Barrera de Hielo de Ross, y después ascender arrastrando los trineos en dirección al glaciar de Shackleton hasta la meseta polar. En lugar de volver en avión, planearon alcanzar el Polo y regresar a pie, un viaje de ida y vuelta de 2900 kilómetros en total. Pero el frío ya empezaba a minar los dedos de las manos y los pies de los hombres. Las tormentas los confinaron en una pequeña tienda. Los vientos azotaban implacablemente su guarida. Durante la brutal marcha, los exploradores caían poco a poco en la inanición, pues quemaban más calorías de las que eran capaces de reponer al arrastrar aquellos trineos cargados en exceso.

El cargamento era muy pesado, pero también lo era la compañía. En las primeras horas de la caminata, Hillary oyó casualmente a Philips quejándose de él a Muir a través de un teléfono de comunicación por satélite, y sospechó que era un problema para ambos. El lastre de estas sospechas pesó mucho sobre él, y Hillary sintió que empezaban a excluirle del equipo. La reacción de Hillary fue retirarse, permitiendo avanzar a los demás mientras él buscaba la soledad. La invariable naturaleza del paisaje no hacía sino agravar la situación. En una ocasión, describió la vida en la Barrera de Hielo de Ross como una «monocromía de la miseria». «Todo a mi alrededor era blanco, y mi mente no tenía nada que leer: no existía estímulo alguno, porque todo era blanco… sin ningún estímulo externo, creo que todo lo que se vive sale de uno mismo, todo se extrae de uno mismo como la sal es extraída de la tierra por la evaporación del agua dulce». En un entorno semejante, anotó Hillary en su diario, «todo el sustento de uno proviene del pensamiento».[145]

Transcurrido el decimoctavo día de la expedición, el 21 de noviembre, Hillary percibió una presencia a su lado y la reconoció inmediatamente: se trataba de su

madre, que había muerto junto a su hermana en un accidente de aviación cerca de Katmandú en 1975. En su magnífico relato sobre la expedición al Polo Sur, *In the Ghost Country* (escrito con John Eider), Hillary describió el fenómeno, una descripción que iba más allá del simple recuerdo revivido: «Era como si mi madre hubiera acudido allí para ofrecerme compañía. Era como si se hallara realmente allí. Allí mismo. Tan real que casi asustaba. Sin embargo, se me antojaba lo más normal del mundo caminar juntos mientras hablábamos».[146] Hillary me contó que esa expedición fue, en cierto modo, un equivalente del siglo XXI de

> lo que hacían los antiguos monjes. Vivían aislados bajo el saliente de una roca; habían hecho votos para no hablar o relacionarse con las personas. Puede que llegaran a vivir este tipo de experiencias. Creo que ocurre cuando… está uno aislado, y demasiado expuesto a varios niveles de privación sensorial.[147]

La presencia abandonó a Hillary a primera hora de la tarde. Horas después regresó, y permaneció con él durante esa noche. Hillary creyó advertir que los otros dos miembros de la expedición lo habían visto sonreír.

La tensión entre los tres hombres pareció avivarse en los días posteriores. Hillary se dio cuenta de que el motivo del enojo de sus compañeros era que siempre los obligaba a aflojar el paso. Durante días, había tenido serios problemas con una de sus botas, que se estaba deteriorando. En una ocasión, Philips insistió en cargar con una parte del peso que llevaba Hillary, pero éste se negó. Reconoció que era más lento, pero no hasta tal punto. Estaba convencido de que la diferencia de velocidad no afectaría las posibilidades de éxito del grupo. El 24 de noviembre regresó la presencia. No medió conversación alguna, sólo «un largo paseo en un silencio muy reconfortante». Unos días después, en la tienda de campaña, mientras dormitaba, volvió a sentir la presencia, sentada cerca de él.

El 1 de diciembre, se alivió la tensión del grupo. Philips pidió disculpas a Hillary por haberse quejado de él y se dieron un apretón de manos. Muir masculló: «Gracias, compañeros». Hillary escribió en su diario que las cosas mejorarían a partir de ese momento. Pero más adelante concluyó que se habría sentido menos solo si hubiera realizado el viaje en solitario. Transcurridos 36 días de marcha, recibió la visita de otros seres. Las presencias «invadían la tienda» con él en su interior. Le pareció reconocer en esos entes a dos alpinistas amigos suyos ya fallecidos. Durante las últimas horas de la tarde del trigesimonoveno día, mientras se abría camino en medio de una ventisca —con un viento arrasador y las nubes azotándole la cara—, volvió a notar la presencia de su madre. Vio que «las nubes pasaban a través de ella». Hillary describe de este modo la meseta polar: «Una llanura alta, de gélido hielo y furiosos vientos, repleta de espuma de mar, que se desplaza, como la arena, de un lado a otro de la Antártida». Allí no existía el cielo, ni el paisaje. Sólo una masa de nubes y nieve.

La ventisca confinó a los hombres en la tienda de campaña. El humo del hornillo les quemaba los ojos y los víveres se agotaban. Hillary, un hombre fuerte que había superado muchos obstáculos, tanto físicos como psicológicos, a lo largo de su intrépida carrera, se vio mermado por el poder de la naturaleza. Se sentía débil y recordó las palabras de Scott: «Por todos los santos. Este lugar es horrible». Fue en ese momento cuando decidieron no realizar el camino de regreso. Hillary escribe: «Si hubiésemos continuado la marcha el Día del Capitán, habría otra tienda de campaña allí fuera con tres personas [muertas] en el interior». Cuando se acercaban ya al Polo Sur, Hillary recibió la última visita: «Al igual que las manchas borrosas de mis compañeros entraban y salían del campo de visión, así lo hacía la imagen de mi madre, mientras mis pensamientos flaqueaban». Esta vez se despidió de ella. Al poco, avistó las instalaciones de la base en el Polo Sur. Se estaba acercando al fin del mundo, pero allí había personas de carne y hueso. No habría viaje de vuelta por tierra. Había terminado su calvario.

Para la exploradora estadounidense Ann Bancroft todo comenzó muy pronto, en noviembre de 2000, tras sólo tres semanas de un viaje de tres meses en el que intentaría recorrer más de 3200 kilómetros atravesando el continente desde la Tierra de la Reina Maud hasta la base estadounidense de McMurdo en la Antártida. Si la expedición de Bancroft y su compañera alpinista, la noruega Liv Arnesen, se completaba con éxito, se convertirían en las primeras mujeres en lograr la hazaña y, al mismo tiempo, batirían un récord difícil de superar. Pero para Bancroft, la aventura implicó algo completamente inesperado.

El terreno era particularmente problemático. Ambas mujeres arrastraban pesados trineos de 120 kilos (más del doble del peso de Bancroft) cargados de víveres, luchando contra las *sastrugi* —olas de hielo—. Se vieron forzadas a ascender en zigzag por empinadas pendientes con el fin de alcanzar la meseta polar. Nevaba con fuerza. Para salir airosas de su empresa, debían viajar a una velocidad media de 32 kilómetros por día, en unos esquís impulsados por velas. Sin embargo, desde la partida se habían desviado de la ruta planeada y, por consiguiente, sufrieron no sólo arduas penurias físicas sino también una enorme presión psicológica provocada por la posibilidad de fracasar. Tal y como Bancroft escribió más adelante: «La duda iba a convertirse en nuestra nueva compañera de viaje, en la invitada non grata de esta expedición».**[148]** La temperatura se mantenía bastante constante a unos 34 °C bajo cero, y los vientos fuertes, aunque con periodos de calma inusual que amenazaban con dar al traste con sus planes de utilizar las velas y las ventoleras antárticas a su favor. Como si no hubiera obstáculos suficientes, Bancroft sufrió un esguince terriblemente doloroso cuando una fuerte ráfaga de viento dio un violento tirón a su brazo mientras luchaba para desenredar una cuerda de remolque.

Un día, cuando sólo faltaban cuatro horas de marcha, Bancroft tuvo la súbita sensación de hallarse en compañía de otra persona. Arnesen, que era más fuerte que ella, y no sufría ninguna lesión, caminaba al frente, a bastante distancia. Bancroft sintió la presencia detrás de su hombro derecho. De inmediato, la inundó una sensación de bienestar, calidez y fuerza. Explica Bancroft:

> Me sobresaltó, porque la presencia trajo consigo una avalancha de emociones; porque era intensa e inequívoca, y una buena medicina, y también porque era lo que yo necesitaba. Fuera lo que fuese… funcionó. Me acogí al sentimiento y a la sensación de la presencia.[149]

Como Hillary antes que ella, Bancroft creyó que el Tercer Hombre era en realidad una mujer y, de forma insólita, sintió que «no existía duda alguna sobre la identidad de la presencia». El duodécimo día de la expedición, el 25 de noviembre de 2000, anota en su diario:

> La intensa presencia de mi mentora (quien había fallecido no hace mucho) llenó la zona. Era una presencia que me estimulaba y me alentaba. Esta sensación no sólo me proporcionó fuerzas sino también un gran consuelo.[150]

La mentora era su difunta abuela, a la que ella llamaba Rannie. Bancroft estaba sorprendida no sólo por la intensísima sensación de su cercanía, sino también porque no era la abuela cuya aparición habría imaginado de haber podido prever una situación como ésa. La presencia era su abuela paterna, una mujer que había muerto hacía seis años, y con la que Bancroft no estaba tan unida como con su abuela materna.

La sensación de su presencia persistió durante algún tiempo. Recuerda Bancroft: «Se quedó un rato hasta el punto en que —aunque parezca un poco ridículo decirlo— le hablé claro y alto».[151] Como respuesta, Bancroft recibió un mensaje de ánimo, y una garantía de que iba a imponerse a la situación: «Saldrás de ésta, sólo que va a ser condenadamente duro». La primera sensación que tuvo Bancroft de la presencia fue muy intensa. Más adelante remitió y persistió durante el resto del día y de la noche con una intensidad mucho menor. Su situación mejoró al día siguiente. Bancroft perseveró y, junto a Arnesen, al final triunfaron. Esa experiencia proporcionó a Bancroft una ayuda crucial cuando más la necesitó, y constituyó «tanto una inspiración significativa como un mecanismo de resistencia».[152]

En estos tres casos —los de Swan, Hillary y Bancroft— la transformación radical de la naturaleza de la experiencia se produjo cuando al nivel habitual de monotonía y aislamiento se le sumaron otras presiones, o una combinación de presiones. Se han realizado diversos estudios sobre los exploradores polares y el fenómeno del Tercer Hombre, y se han extraído de ellos diversas conclusiones. Para Evan Llewelyn Lloyd, el estrés por frío desempeñaba un papel crucial. Como anestesista del hospital

ortopédico Princess Margaret Rose de Edimburgo, Lloyd estudió relatos sobre presencias percibidas, incluida la de Shackleton y, en 1981, presentó un estudio en Copenhague durante el V Simposio Internacional sobre la Salud en los Polos, en el que defendía lo siguiente: «El estrés por frío, que en ocasiones actúa como única causa, aunque con frecuencia acompañado del agotamiento, es un factor común en todos estos casos».[153] Las alucinaciones provocadas por el estrés por frío no son inusuales una vez la temperatura interna del cuerpo desciende, «y también han sido ocasionalmente mencionadas por individuos que hacen ejercicio a la intemperie».[154] Lloyd sostiene que las alucinaciones que se producen antes de llegar a la hipotermia han llegado a incapacitar a un individuo, que aparentemente se halla en un estado normal. Lloyd arguye que el estrés por frío causa «cambios neuroquímicos», y que las alucinaciones «también pueden presentarse como una forma de autohipnosis en respuesta a una situación de profundo desasosiego».[155] Este tipo de situaciones, en suma, generan «un profundo deseo de contar con otra persona capaz de proporcionar ayuda y compañía».[156]

Fiona Godlee, en un artículo publicado en el *British Medical Journal* en 1993, avanza otra teoría, según la cual las presencias que se aparecieron al equipo de Shackleton al cruzar Georgia del Sur tenían una causa médica, que podría atribuirse a otras expediciones al Polo Sur: «Una concentración de glucosa en la sangre que es casi incompatible con la vida».[157] Godlee basa sus conclusiones en un estudio de los efectos físicos provocados por las terribles penurias a las que se enfrentaron sir Ranulph Fiennes (en una de sus últimas expediciones) y el físico Mike Stroud quienes, durante una marcha sin asistencia a través de la Antártida en 1992-1993, soportaron un duro periodo de inanición debido a que la expedición había quemado más calorías de las que era capaz de reponer. En su ascenso hacia la meseta antártica arrastrando sus pesados trineos, los exploradores quemaban más de 11 000 calorías (46 000 kilojulios) al día, el doble de lo que podían reemplazar a través del alimento diario. Esto venía a representar, según Stroud, «un déficit equivalente a la inanición total que provoca correr un par de maratones al día».[158] Una nutrición inapropiada conlleva un nivel bajo de glucosa en la sangre, y Stroud detectó «niveles de glucosa terriblemente bajos» y radicales pérdidas de peso en esas expediciones a la Antártida: Fiennes adelgazó 25 kilos y Stroud 22, a lo largo de un viaje que duró 95 días.

De forma similar, los investigadores han calculado que Robert Falcon Scott y sus hombres pudieron haber perdido casi el 40 por 100 de su peso en el momento en que murieron, en marzo de 1912. También los hombres de Scott quemaban muchas más calorías de lo que eran capaces de reemplazar y quedaron tremendamente consumidos: «Estos hombres carecen de raciones adecuadas y sufren continuamente de hambre. El fracaso de estos individuos tan experimentados para lograr sobrevivir no constituye un misterio si las provisiones se calculan mediante los parámetros nutricionales modernos».[159] Según mantiene Godlee, existen más síntomas aparte de la pérdida de peso. Durante su marcha con Fiennes, Stroud describe cómo éste «se

desplazaba a menudo a través de una bruma de irrealidad». Godlee escribe: «Este bajo nivel de glucosa podría haber contribuido a la mezcla de realidad e imaginación experimentada por muchos exploradores polares… Shackleton y su equipo eran conscientes de la presencia de un denominado "Tercer Hombre", un ser reconfortante al que algunos de ellos consideraban su guardián».[160]

Peter Suedfeld y Jane Mocellin, en su investigación de 1987 publicada en la revista académica *Environment and Behavior,* convinieron en que era algo más que la monotonía lo que provocaba las apariciones, pues ésta sola no trae consigo necesariamente síntomas de tensión. En cambio, arguyen ellos, el estrés se produce cuando el aburrimiento o el hastío se combinan con la necesidad de mantener un elevado nivel de alerta.[161] No obstante, subrayan, el estrés se manifiesta de otras muchas maneras, y es siempre éste el que transforma la naturaleza de la experiencia. «El estrés —sostienen Suedfeld y Mocellin— desempeña un papel importante en el componente de comunicación o de auxilio de la presencia percibida».[162] Podría ser que el «ambiente frío» fuera un factor relevante del entorno, o podría tratarse de otra condición —hipoxia, sed o inanición, enfermedad o lesión, agotamiento, falta de sueño, miedo putativo— o de una combinación de todo ello.[163] O podría tratarse de los retos sumamente específicos a los que cada uno de ellos tuvo que enfrentarse. En el caso de Bancroft fue una lesión; en el de Hillary, una sensación de hallarse excluido, y en el de Swan, un fallo en el equipo relacionado con su trineo. Para que un explorador experimente la presencia del Tercer Hombre, se requieren al menos varios de estos factores, si no todos. No existe una sola causa, sino un conjunto de presiones. Éste es el principio de las causas múltiples.

Capítulo 7
La presencia percibida (I)

Las principales áreas de investigación del neurólogo Macdonald Critchley se basaban en los dolores de cabeza, los trastornos provocados por una intensa actividad nerviosa y la psicología del desarrollo de la dislexia. Critchley realizó importantes aportaciones a sus campos de estudio. Su libro sobre los lóbulos parietales se considera un clásico; reconoció oficialmente y nombró al tipo de epilepsia «musicogénica» (ataques provocados por la música); y varios trastornos neurológicos recibieron su nombre, incluido uno que conllevaba manoseos y apretones involuntarios. Pero sus contribuciones no terminaron aquí. Su interés por el comportamiento humano se extendía a temas tan ampliamente divergentes como los aspectos médicos del boxeo, la actitud del hombre hacia su nariz, las supuestas propiedades telepáticas de la droga alucinógena ayahuasca, y el síndrome de Miss Havisham —una suerte de vida enclaustrada—, que recibió esta denominación basándose en un personaje de la novela de Charles Dickens *Grandes esperanzas*.

Critchley era un personaje llamativo. Mientras sus compañeros preferían el transporte público, él acudía al hospital en un Rolls Royce negro de época. Era tímido con los extraños, a quienes ofrecía un lánguido apretón de manos, mientras miraba nervioso al suelo y decía «¿qué tal?», con voz apagada. Sin embargo, ofreció demostraciones brillantes de casos neurológicos en los auditorios y, de hecho, alguna vez se planteó estudiar para hacerse actor.[164] Critchley era maniático en el vestir, de maneras impecables, y poseía una erudición fuera de lo común. Con tales atributos no tardó en convertirse en el ídolo de la comunidad neurológica internacional, y fue presidente de la Federación Mundial de Neurología.[165] Como dato insólito, coleccionaba también pertenencias de Oscar Wilde y recipientes de cerámica.

En su calidad de miembro de la Royal Naval Reserve, durante la segunda guerra mundial, se encontró con casos en los que se mencionaba al Tercer Hombre entre los supervivientes de naufragios de buques de guerra. Ello le llevó a estudiar meticulosamente los relatos de las experiencias de exploradores y supervivientes. Leyó las memorias de Shackleton en su obra *South*, entre otras narraciones. Concluyó que el fenómeno del Tercer Hombre no era inusual:

> Me lo han descrito montañeros aislados por el mal tiempo cuando se hallaban a grandes alturas, y también prisioneros cruelmente obligados a desplazarse desde un campo de concentración alemán a otro. Un alpinista que escalaba el monte Everest fue víctima de la misma jugarreta de la imaginación, probablemente más a causa de la anoxia que del agotamiento. Durante su viaje en solitario alrededor del mundo en un pequeño velero, a [Joshua] Slocum le sobrevino en ocasiones la fantasía de que un compañero se hallaba con él. [166]

Critchley fue el primer científico que estudió seriamente los relatos sobre el Tercer Hombre entre la población corriente, y estaba convencido de que sus orígenes no se encontraban fuera del cuerpo, sino en su interior. Esos casos no constituían, según Critchley, pruebas de la existencia de los ángeles de la guarda. En 1955 publicó un ensayo, *Idea of a Presence*, cuyo objetivo era describir lo que él denominó «una experiencia mental bastante insólita». En esa publicación, Critchley presenta la descripción clásica del fenómeno:

> Una sensación, o una impresión —a veces una ilusión— de que una persona, estando sola, siente que no lo está. O incluso esa misma persona puede hallarse con alguien más, y sentir también la presencia. En ambos casos ésta no existe en realidad.[167]

Mientras se han dado casos en los que el Tercer Hombre constituía un «ente claramente percibido y parecía de carne y hueso»,[168] Critchley observa que la presencia es en general escurridiza e intangible, y sólo existe en lo más recóndito de la visión:

> En ocasiones la presencia es vivida y, en otras, sutil y efímera. Su duración puede ser prolongada o fugaz. O también puede aparecer y desaparecer reiteradamente, crecer y menguar. Rara vez se identifica al visitante o «presencia». En general, la sensación simplemente conlleva la creencia de que hay «alguien» cerca. O la impresión podría ser, sin más, una sensación intangible de no hallarse solo.[169]

Critchley detecta casos donde el «alguien» aparece sin ir acompañado de ninguna emoción, y «el visitante, en esas ocasiones, es neutro, incoloro y carece de significado personal». En situación similar se hallan los epilépticos, los narcolépticos, los esquizofrénicos, y las personas con lesiones cerebrales, añade. Critchley expone el caso de una mujer que padecía atrofia biparietal —un síndrome clínico relacionado con la enfermedad de Alzheimer—, y que «a menudo se despertaba en mitad de la noche con la sensación intensa de que alguien estaba con ella en la habitación». Tan real le parecía la sensación que, en ocasiones, se levantaba de la cama y «caminaba de puntillas de una a otra habitación tratando de sorprender al intruso». En alguno de estos casos que implican enfermedades cerebrales orgánicas u otros trastornos similares, «la presencia oculta parece amenazar más que ayudar».

Critchley lamentó el hecho de que «en la literatura neuropsiquiátrica apenas existieran estudios rigurosos sobre este fenómeno». Tan sólo encontró una breve alusión en los trabajos del filósofo y psiquiatra alemán Karl Jaspers. En 1913, mientras trabajaba en la sección psiquiátrica de un hospital de Heidelberg, Jaspers se topó con una curiosa experiencia compartida por seis esquizofrénicos, cada uno de los cuales refirió que había percibido una presencia oculta. Una mujer dijo sentirse como si la estuvieran observando. Un hombre sintió como si «su prometida se hallara de pie tras él, espalda con espalda, imitando sus movimientos». Y otro de los pacientes dijo: «Me parecía que alguien caminaba constantemente junto a mí».[170]

Jaspers sostuvo que esta conciencia de la presencia difiere de la de la persona que entra en una habitación oscura en la que realmente hay alguien más. En este caso, la conciencia se basa en factores como sonidos débiles, movimientos ligeros, o cambios en la presión atmosférica. En los demás casos, la conciencia parece innata. Algo más acompaña la experiencia de una presencia. Jaspers dijo que el sentir la presencia de un ser oculto posee «un carácter de urgencia, certeza y autenticidad». Citó un caso en el que una persona notó que alguien observaba sus movimientos: «El paciente no lo había visto ni oído; tampoco lo había sentido ni lo había tocado. Sin embargo, sintió con una convicción extraordinaria que había alguien allí».[171]

Jaspers dio a este fenómeno el nombre de *leibhaftige bewusstheit* que, traducido más o menos al español, significa «un engaño basado en la conciencia no sensorial/no perceptiva de una presencia cercana». También ha recibido el nombre de «vivida conciencia física». Las observaciones de Jaspers se basaban sólo en los pacientes psiquiátricos, pero aun así proporcionó la primera definición científica de la experiencia:

> Hay pacientes que tienen la sensación certera (en el sentido mental) o la conciencia de que alguien está cerca, detrás de ellos o por encima de ellos, alguien que no pueden percibir de ningún modo con los sentidos, pero sienten su clara/concreta presencia de modo directo/claro. [172]

Casi tres décadas después del trabajo de Jaspers sobre el particular, un físico suizo, Ferdinand Morel, describió también la percepción de una presencia entre enfermos psiquiátricos y la clasificó en el marco de las alucinaciones visuales. Morel otorgó al fenómeno un nombre diferente, refiriéndose al ser oculto como «el acompañante». Describió el caso de una mujer enferma que «sintió más que vio» una misteriosa presencia invisible a unos metros de ella, a veces detrás de ella, que la acompañaba al caminar. «Este ser no apartaba la vista de mí», observó la mujer. Pero como Jaspers, Morel carecía de explicación alguna acerca del fenómeno, y establecía que, «cuando aparece un síntoma como éste, no sabemos todavía cómo detectar con precisión el sistema… que se halla afectado».[173] No obstante, sostuvo Morel, «está bien definido y es relativamente frecuente» en personas que sufren trastornos cerebrales.

El conocimiento que Critchley poseía sobre la materia, conocimiento del que estos investigadores pioneros carecían, no era sólo que las apariciones de presencias podían darse entre «individuos normales expuestos a serios peligros, graves penurias o intenso agotamiento». Asimismo empezó a advertir que, en casos como éstos, la presencia poseía a menudo «una cualidad caritativa». Critchley consideró este fenómeno un tipo de alucinación, aunque no era capaz de distinguir las diferencias obvias entre ésta y las demás alucinaciones convencionales, que conllevan un sentido de irrealidad. Las explicaciones basadas en alucinaciones psicóticas o febriles no parecían pertinentes, y Critchley hizo una observación extraordinaria: el Tercer Hombre se presentaba en ausencia de delirio y, en realidad, cuando la persona

implicada mantenía sus sentidos relativamente intactos: «En ocasiones, la percepción de una presencia puede considerarse un fenómeno opuesto a los estados ilusorios más comunes».[174] Pero Critchley no acabó de elaborar una teoría sobre su origen. No podía estructurar la aparente naturaleza irracional del Tercer Hombre del mismo modo meticuloso con que organizaba su colección de cerámica.

Capítulo 8
El efecto de la pérdida

En julio de 1953, el montañero austriaco Hermann Buhl, de veintinueve años, intentó en solitario la conquista del Nanga Parbat, una cumbre del Himalaya y la novena montaña más alta del mundo. Su nombre significa «monte desnudo», y también es conocido por ser una montaña letal. Allí ha muerto una cantidad desproporcionadamente superior a la de otras cumbres de más de 8000 metros y, hasta la fecha, la tasa de mortalidad en sus laderas triplica la del Everest. El Nanga Parbat arrebató la vida a 31 personas antes de que lo intentara Buhl, entre ellos el escalador británico Alfred Mummery, que desapareció en 1895, y otros diez montañeros que se dejaron la vida en una expedición alemana dirigida por Willy Merkl en 1934.

Buhl, y un segundo alpinista llamado Otto Kempter, se hallaban acampados a 6900 metros de altitud y habían desafiado repetidas órdenes de retirada desde el campamento base debido al empeoramiento de las condiciones meteorológicas. Buhl sabía que el ascenso constituía un tremendo riesgo: «A esa altitud, era la primera vez que se realizaba una ascensión similar en el Himalaya, lo cual suponía un reto que superaba con mucho lo razonable. ¿Pero qué podíamos hacer? Los porteadores se habrían negado a seguir subiendo, pero nosotros debíamos intentarlo». A la una de la madrugada del 3 de julio de 1953, Buhl comenzó a prepararse para la escalada. Kempter estaba embotado y le dijo a Buhl que lo alcanzaría más tarde. Consciente de que no podía perder un minuto para alcanzar la cumbre en un solo día, Buhl emprendió la travesía por su cuenta.

Buhl no contaba ni mucho menos con los medios adecuados: sus provisiones eran insuficientes, no llevaba oxígeno suplementario y, por lo tanto, según sus palabras «libraba una batalla desesperada por esa materia prima esencial: el aire». Además, estaba solo, pues Kempter no llegó a reunirse con él. Buhl ascendió rápidamente, pese a las dificultades extremas de una escalada que requería diecisiete horas de esfuerzos casi sobrehumanos: «Cada paso… una lucha, un ejercicio indescriptible de fuerza de voluntad». Buhl se dio cuenta de que estaba «obedeciendo los dictados de mi subconsciente, que me movía a una sola cosa: subir más (y más) alto; hacía tiempo que mi cuerpo se había rendido. Seguí adelante, impulsado por una suerte de hipnosis autoinducida». Transcurrían las horas y su condición física se deterioraba. Muy pronto no sería capaz de mantenerse en pie: en aquel momento era, según dijo, «una ruina humana». Acabó arrastrándose lentamente a cuatro patas.

De súbito algo cambió: Buhl notó que la pendiente terminaba. Alcanzó la cumbre, pero al hacerlo no le asaltó sensación alguna de exaltación ni de triunfo, únicamente alivio. Totalmente rendido, se desplomó mientras clavaba el piolet en la nieve. A

continuación se recompuso, tomó algunas fotografías y construyó un pequeño hito de piedras junto al piolet. Después de hacer esto, se detuvo y miró a su alrededor. A cada lado, las paredes del Nanga Parbat descendían abruptamente desde la estrecha cúspide: «Sentí como si estuviera flotando por encima de todo, desligado de toda relación con la Tierra, arrancado del mundo y de toda la humanidad». A las 19.10, Buhl emprendió el descenso. Se ocultaba el sol y, repentinamente, llegó un frío intenso.

La decisión que tomó entonces rayaba en el suicidio: vivaquear (dormir al raso) a escasos metros de la cima. Se arriesgaba a morir congelado, pero no tenía otra elección. Cuando ya había descendido unos 130 metros, le envolvió la oscuridad de la noche. A cierta distancia de donde se hallaba, pudo ver el contorno de una gran roca y se encaminó hacia ella. Como era demasiado abrupta para instalarse, se vio obligado a pasar la noche apoyado en ella. Dado que Buhl carecía del equipo necesario para permanecer a la intemperie y de saco de dormir, se puso toda la ropa que no utilizaba, se colocó un pañuelo en la cabeza y se enfundó dos pares de guantes. Con todo, el frío era casi insoportable. La sed y el hambre lo torturaban. Vencido por el agotamiento, apenas podía mantenerse en pie. La cabeza le colgaba hacia delante. Se adormeció, pero de repente se despertó sobresaltado. No estaba completamente seguro de dónde estaba, pero luego se dio cuenta de que seguía hallándose a una altitud considerable, en el Nanga Parbat. Sus botas estaban heladas y tiesas, y sus pies perdían gradualmente la sensibilidad. Sintió como si el tiempo transcurriera más lento, y temió que la noche se hiciera eterna. La luna salió a las dos de la madrugada, pero como Buhl se encontraba fuera del alcance de su luz brillante, tuvo que esperar hasta la mañana para continuar su descenso. Con el alba —él lo llamaba la «luz de la salvación»— su cuerpo entró poco a poco en calor, y se vio capaz de seguir. Fue una labor concienzuda. El menor error de cálculo hubiera resultado mortal. Cada vez que resbalaba, siquiera ligeramente, en la nieve, necesitaba tal esfuerzo para levantarse que tardaba varios minutos en recobrarse hasta poder dar el siguiente paso. El peligro era mayor, pues se había olvidado el piolet en la cumbre cual monumento triunfal.

Pero Buhl había empezado a recibir la ayuda de una fuente completamente inesperada: «Durante esas horas de extrema tensión tuve la extraordinaria sensación de no estar solo. Tenía a mi lado a un compañero, un compañero que me cuidaba, se ocupaba de mí, me sujetaba. Sabía que era fruto de mi imaginación; pero la sensación persistía».[175] No sólo notó que un ser le ayudaba, sino que también se sintió responsable de la seguridad de su compañero oculto, lo que hacía que su cautela fuera agudizándose. Cuando se acercó lentamente a unas rocas fragmentadas, anotó:

> todo lo que tocaba se desprendía. Parecía un riesgo demasiado alto, pues un pequeño resbalón o caída supondrían mi fin y, con toda seguridad, arrastraría conmigo a mi compañero y amigo, aunque fuera inexistente… Debía calcular con extremo cuidado cada paso del descenso.[176]

A mediodía, Buhl se había quitado los dos pares de guantes para asirse a una roca. Pero al ir a ponérselos, faltaba un par. Preguntó a su compañero si los había visto. Oyó claramente la respuesta: «Los has perdido». La voz le resultó familiar, pero no podía identificarla, sólo sabía que era la voz de un amigo. «En repetidas ocasiones me encontré a mí mismo volviéndome para dirigirme a mi compañero», explicó más adelante.[177] Sin embargo, nunca, en lo más mínimo, sintió que su capacidad de razonamiento se viera afectada.

El descenso fue un arduo y prolongado calvario. Le abrasaba la sed, tenía la lengua prácticamente soldada a las encías. Echaba espuma por la boca. Se movía lentamente, respirando veinte veces a cada paso que daba. Finalmente, se paró a descansar y empezó a adormecerse, pero se acercaba de nuevo el crepúsculo, y sabía que no podría sobrevivir a una segunda noche expuesto a la intemperie en la montaña. Esta realidad pareció traerle una nueva ola de energía y, echando mano de sus últimas reservas, continuó el camino:

> En todo ese tiempo mi compañero estuvo conmigo, ese incondicional compañero al que nunca vi, y cuya presencia se hacía más firme en momentos de peligro. Esa sensación me calmó y me llenó de seguridad: sabía que si resbalaba o me caía, ese «otro hombre» me sujetaría con la cuerda. Pero no había cuerda; tampoco había otro hombre.[178]

Finalmente, Buhl divisó el campo del que había partido cuarenta y una horas antes. Podía ver puntos en la distancia que sin duda eran personas: «Entonces supe que estaba a salvo». Buhl se acercó tambaleándose hasta que se desplomó en los brazos de otro miembro del equipo, Hans Ertl, quien había salido corriendo a su encuentro. El aspecto de Buhl era espantoso: «Parecía haber envejecido veinte años. Su rostro, seco y lleno de profundas arrugas traslucía el insoportable sufrimiento que había padecido».[179] Buhl sólo dijo: «Ayer fue el mejor día de mi vida».

Cuando supo del encuentro de Buhl con un compañero oculto, otro alpinista austriaco, Herbert Tichy, opinó sobre el origen de esa experiencia: «Puede haberse tratado de un sexto sentido, de su subconsciente, de su ángel de la guarda, o de amigos muertos que acudieron en su ayuda», escribió Tichy.[180] Buhl tan sólo sintió que «una amable providencia» le había permitido conquistar la gran montaña. Aunque sobrevivió a su escalada triunfal, no dio por terminada su relación con el montañismo. Cuatro años después, Hermann Buhl murió al desplomarse desde una cornisa del Chogolisa, en la región de Karakórum, en Pakistán. Su cuerpo nunca fue recuperado.

El doctor Griffith Pugh, psicólogo de la expedición británica al Everest en 1953 —en la que sir Edmund Hillary y Tenzing Norgay realizaron la primera conquista de la cumbre— y experto en la fisiología del frío y de la altitud, admitió que muchos alpinistas dijeron haberse encontrado con el Tercer Hombre, pero lo atribuyó al

«deterioro de las funciones cerebrales». Pugh sostuvo que «todas esas visiones fantasmales no eran sino alucinaciones provocadas por el frío extremo, el agotamiento y la falta de oxígeno, incluso cuando se utilizaba el equipamiento de respiración».[181] Pugh explicó: «Los hombres exhaustos que enfrentan sus fuerzas a una montaña pueden ver cualquier cosa. El encuentro con familiares o amigos fallecidos es típico».[182]

Sin duda alguna, los alpinistas lo han visto casi todo en las montañas. Edward Whymper, al descender tras conquistar el Matterhorn en 1865, y horas después de que tres de sus compañeros se despeñaran y murieran, vio cruces flotando en el aire. Durante una expedición al Everest, Frank Smythe divisó «teteras oscilantes». Y, según un relato, «se vieron unos caballos danzarines en lugares altos del Aconcagua, en Argentina».[183] En esta categoría de extrañas fantasías clasificó Pugh los encuentros con el Tercer Hombre.

Charles S. Houston, doctor en medicina, alpinista y experto en la fisiología de la altitud, observó a su vez la frecuencia de estos relatos. «La alucinación más común es la de tener al lado un compañero, caminando, hablando y compartiendo la experiencia.»[184] Houston atribuyó el fenómeno a una grave manifestación del mal de altura, el edema cerebral, que ocurre cuando el cuerpo, al luchar para obtener oxígeno suficiente, lo compensa acelerando la circulación de la sangre que, en algunos casos, produce una inflamación del cerebro. Houston escribió: «La mayoría de las personas que sufren edema cerebral oyen voces. Muchas ven objetos raros. Es frecuente la desorientación en el tiempo y en el espacio. En el momento en que estos serios y anómalos síntomas aparecen, la diagnosis es obvia y el tratamiento esencial para salvar la vida».[185]

En su libro, *Man at High Altitude*, Donald Heath y David Reid Williams se mostraron de acuerdo con Houston: «El fenómeno más característico… es el compañero fantasma». Ambos consideraron también que esos encuentros con presencias se producían en altitudes extremas y mantuvieron que «la hipoxia (deficiencia en la cantidad de oxígeno que llega a los tejidos corporales) ejerce un efecto cada vez más grave en las funciones cerebrales superiores». Pero Heath y Williams hicieron una importante observación adicional. Admitieron que ese ser imaginado constituía una ayuda: «El compañero fantasma, en altitudes extremas, sin duda se fabrica en la mente para obtener ayuda psicológica en situaciones en extremo inseguras».[186] Charles Clarke, un neurólogo británico que ha participado en muchas escaladas, reconoció que el amigo adicional es reconfortante y sugirió un número de factores relevantes —incluidos la privación de sueño y la ansiedad—, pero rompió con las pautas al expresar sus dudas sobre el hecho de que «la alteración metabólica como la hipoxia» fuera la responsable.[187]

Pugh no acertó en su respuesta a la pregunta de Macdonald Critchley. Si el Tercer Hombre es consecuencia del «deterioro de las funciones cerebrales», como arguyó Pugh, ¿por qué éste había de ofrecer tal ayuda, y ser tan distinto de las alucinaciones

convencionales, siempre asociadas a la irrealidad? Lo hemos visto en la Antártida, en y bajo los océanos, y observamos el mismo fenómeno en las montañas: las apariciones del Tercer Hombre no son, en ningún modo, características del delirio. Cuando el fracaso —incluso la muerte— parece inevitable, un ser oculto se une a aquellos que se hallan en peligro. ¿Qué es lo que cambia? ¿Qué convierte la casi definitiva certeza de la muerte en el milagro de la supervivencia? La base es la fe, la fe en que un compañero se halla junto a ellos. Y quienes experimentan la presencia del Tercer Hombre nunca se han planteado la posibilidad de que ello sea un síntoma de la pérdida de control.[188] ¡Todo lo contrario! Numerosos escaladores atribuyen al Tercer Hombre poderes que compensan las alteraciones mentales relacionadas con la altitud. El alpinista Greg Child lo describe del siguiente modo: «Aquellos que han experimentado la presencia la distinguen de las alucinaciones, que con frecuencia engañan y desorientan. La presencia parece mucho más real, y ofrece su ayuda a los desvalidos tanto para guiarles como para aliviarles el miedo con su compañía».[189]

Si el origen de la presencia fuera «el deterioro cerebral» provocado por las grandes altitudes, ¿cómo es que, por ejemplo, a Stephanie Schwabe se le apareciera un ser oculto mientras buceaba en las Bahamas? ¿O a Joshua Slocum, cuando cruzaba el Atlántico? De hecho, Critchley señala que estos compañeros amables y serviciales juegan un papel aceptado y perfectamente normal en las vidas de muchos jóvenes. Numerosos niños sanos dicen haber mantenido encuentros con presencias. El imaginario compañero de juegos de la infancia es un ejemplo del ser benevolente e invisible de quien muchas personas han oído hablar y con el que incluso otras tantas han mantenido contactos. Tal como subraya Critchley: «En estados de miedo putativo, o de enfermedad, o de soledad nerviosa, la presencia puede ser particularmente vivida, y un niño puede asociarla fácilmente a un ser o compañero celestial y protector».[190]

Los niños ponen un nombre a ese ente oculto, describen su apariencia, se refieren a él en las conversaciones, y juegan con él. En otras palabras, esta presencia tiene «un aire de realidad para el muchacho, pero no una aparente base objetiva».[191] Los compañeros de juego pueden aparecer bajo cualquier forma imaginable. Pueden ser «ancianos y jóvenes, severos y alegres, complicados y simples». Se aparecen en un 30 por 100 a los niños de entre tres y seis años de edad, y los acompañan durante unos seis meses de media. Algunos investigadores que han estudiado el fenómeno están convencidos de que éste no es una fantasía, sino que está relacionado con alucinaciones reales. Dicen que los niños no fingen, sino que efectivamente ven a sus compañeros de juego, los oyen hablar y, por tanto, conversan con ellos. Buena prueba de ello es que los pequeños adoptan con frecuencia voces extrañas para imitar a sus compañeros de juego. Un estudio entre colegialas estadounidenses evidenció que la mitad de ellas «había tenido este tipo de alucinaciones, y, entre éstas, la mitad recordaba claramente el tono y la calidad de las voces de sus amigos imaginarios».

[192] La intensidad de tales amistades puede asustar a los padres, a pesar de que muchos niños las ocultan, pues parecen intuir que sus tutores no las entenderían.

Antaño, los libros sobre el cuidado de niños aconsejaban no permitirles jugar con compañeros imaginarios, pero desde los años sesenta, éstos son vistos como «positivos, y también como señal de una creativa y buena salud».**[193]** Habitualmente, la presencia de estos compañeros invisibles se asocia a los niños solitarios, o a los que se hallan bajo algún estado de tensión. La primera aparición del amigo invisible, por ejemplo, puede coincidir con el nacimiento de un hermano o hermana, o producirse como resultado de la conmoción sufrida por una pérdida, durante la ausencia prolongada de uno de los padres, por ejemplo, o tras un divorcio o la muerte de un progenitor. Los compañeros imaginarios aparecen, en mucha mayor proporción, entre hijos únicos. Por consiguiente, los psicólogos creen que estos compañeros desempeñan un papel protector en el alivio de la soledad y la tensión. No cabe duda de que así es como los niños lo sienten.

En algunas ocasiones, el compañero de juego sobrevive más allá de los años de preescolar, en cuyo caso «éste crece también con el muchacho y comienza a decirle lo que ha de hacer en momentos de estrés».**[194]** Un estudio reciente ha revelado que el fenómeno se desarrolla también durante la adolescencia, en particular entre los catorce y quince años. Los adolescentes no recurren a compañeros imaginarios sólo por carecer de un amigo íntimo real. Quienes mantienen ese tipo de contactos son, por el contrario, «socialmente competentes y creativos».**[195]** Raras veces, incluso adultos sanos los han mencionado en situaciones cotidianas. Una mujer que de niña tuvo múltiples compañeros imaginarios contaba, cuando estaba estresada, que «todos sus amigos invisibles volvían, y que todos ellos habían crecido como ella».

¿Qué diferencia existe, en realidad, entre los compañeros de juego imaginarios y el Tercer Hombre que intervino para ayudar a Frank Smythe a sobrevivir en el Everest, o a Hermann Buhl en el Nanga Parbat? ¿Dictan las circunstancias de las necesidades de un individuo la forma en que aparece el ángel? ¿Por qué la presencia adopta la forma de otro muchacho con quien jugar o de un sustituto de los padres —en los casos de los niños tristes y solos—, mientras que para los hombres que se encuentran en situaciones críticas en las montañas se manifiesta como una figura de autoridad?**[196]**

Las presiones de una escalada son numerosas y extremas. No es de extrañar, pues, que el Tercer Hombre desempeñe el mismo papel en las escaladas a grandes altitudes que el oxígeno suplementario. No todos los alpinistas han experimentado el fenómeno, pero son pocos los que no han oído hablar de él, o no conocen a nadie que les haya hablado de la presencia. Un estudio realizado entre 33 montañeros españoles en altitudes superiores a los 7500 metros reveló que una tercera parte de ellos sufrió «episodios de alucinaciones», la más común de las cuales era «la sensación de una presencia imaginaria que los acompañaba».**[197]** Ciertamente, el aislamiento, la monotonía y la soledad son factores que deben tenerse en cuenta en las apariciones

del Tercer Hombre. También lo es el frío. Pugh sintió, y ello constituye un saber aceptado entre los alpinistas, que la altitud es el factor causal predominante. Existe asimismo un sinnúmero de condiciones psicológicas y fisiológicas. Pero en el caso de Hermann Buhl, o en los relatos siguientes, había otra fuerza motriz en juego: la conmoción por la pérdida. Este factor se denomina el efecto de la pérdida.

De todas las circunstancias que han provocado la aparición del Tercer Hombre en altitudes extremas, quizá no hubo ninguna tan increíble como la catástrofe que sobrevino a los miembros del Club Alpino de la Universidad de Oxford en 1957, durante el ascenso del Haramosh, que, como el Nanga Parbat, es un pico del Karakórum en la región noroeste de Pakistán. Concibió y organizó la expedición Bernard Jillott, un joven impulsivo pero magnífico escalador, de veintitrés años. A él se sumaron otro británico, el estudiante de medicina John Emery, Rae Culbert, un neozelandés que había estudiado botánica, y el estadounidense Scott Hamilton. Comoquiera que ninguno de los hombres tenía experiencia en grandes altitudes, requirieron la ayuda de Tony Streather, un soldado británico que había servido en el ejército indio antes de la independencia de Pakistán y, posteriormente, se unió al ejército de este nuevo país durante algunos años. Más adelante fue nombrado instructor en la academia militar británica de Sandhurst. Streather comenzó a escalar casi por azar, cuando se alistó como oficial de transporte en el ascenso, en 1950, del monte Tirich Mir, al noroeste de Pakistán. No tardó en aficionarse y, con su pericia y disciplina, demostró ser un miembro indispensable del equipo, Conquistó la cumbre en su primera escalada. En 1953, se distinguió por su aplicación y tesón durante el ascenso de una expedición estadounidense al K2 y, dos años después, alcanzó la cima del Kangchenjunga, por entonces el pico más alto jamás escalado. Por estos mismos logros, Jillott propuso a Streather capitanear la escalada del Haramosh, de 7409 metros de altitud.

La expedición, con la ayuda de los porteadores hunza en el acceso al monte, se proponía tan sólo ser un viaje de reconocimiento, pero la determinación de Jillott era contagiosa, y pronto quedó claro que el equipo quería llegar tan lejos como fuera posible. Tenían que luchar contra la pesada nieve en el ascenso, y establecieron su propio Campo IV en la cresta noreste de lo que era, de hecho, el Haramosh II, una cumbre secundaria de 6684 metros de altitud. En ese momento se dieron cuenta de que la cima principal se hallaba fuera de su alcance. El grupo, excepto Hamilton, quien se había quedado en el Campo III, optó por ascender los últimos trescientos metros hacia una cima que les permitiría una posición de ventaja para emprender el descenso. Lograron su objetivo el 15 de septiembre de 1957. El día era espléndido y diáfano, y los cuatro hombres se vieron recompensados con unas vistas magníficas de la cumbre principal. Jillott pensó que podrían acceder a vistas más hermosas si atravesaban una ladera que se encontraba a cierta distancia, llamada Cardinal’s Hat.

Mientras Streather y Culbert permanecieron detrás, Emery accedió a acompañar a Jillott.

Los dos hombres emprendieron el ascenso de la ladera, pero cuando Jillott se acercaba a la cúspide, oyeron «un estruendo acompañado de un siniestro crujido». La ladera se hundía bajo sus pies. Sus huellas marcaban el lugar donde se había abierto, el punto donde se desató la avalancha. Todo empezó a moverse a una velocidad vertiginosa. Los dos hombres fueron arrastrados ladera abajo. Parecían marionetas, agitándose torpemente, como si fueran manipulados por hilos. Streather y Culbert observaron la escena, horrorizados e impotentes, mientras la avalancha barría a Jillott y Emery por la pendiente hasta que cayeron en una extensa hondonada de nieve.

Mientras se recobraban de la conmoción provocada por lo que acababan de presenciar, y anticipándose a lo peor, Streather y Culbert echaron a andar por la superficie peinada por la avalancha. Streather, sujeto a Culbert por una cuerda, pudo alcanzar el límite de la ladera y echar un vistazo a la hondonada. Seguían subiendo columnas de polvo de nieve pero, a través de ellas, Streather pudo ver una pequeña silueta enfundada en un chaquetón verde. Era Jillott, y se movía. De pronto, dio la impresión de que Jillott apartaba la nieve con las manos. Emergió otra figura. Milagrosamente, Jillott y Emery habían sobrevivido a la caída, pero unas enormes paredes de hielo los separaban de los otros dos hombres. «No sé como los sacaremos de aquí», dijo Streather a Culbert.[198]

Eran las primeras horas de la tarde. Jillott y Emery intentaron encontrar una vía de escape, pero acabaron volviendo a los restos de la avalancha para que los demás pudieran localizarlos. Montaron un campamento provisional. Carecían de comida, de bebida y de refugio, y el frío era cada vez más intenso. No podían hacer sino esperar. Streather y Culbert, entretanto, volvieron al Campo IV para descansar, comer y preparar un hato de ropas y comida para sus compañeros aislados. Más adelante, Streather arrojó el paquete a donde se hallaban Jillott y Emery, pero éste se deslizó y se escurrió por una grieta, lo cual hizo que urgiera un inmediato rescate.

Streather y Culbert comenzaron a descender la abrupta ladera, de 60 grados, hacia la hondonada. Streather, amarrado a Culbert por una cuerda de 30 metros de largo, iba al frente, tallando sus pasos en el hielo. Caminaban lentamente, y la larga noche fue menguando hasta que empezó a aclarar. En lo alto de las paredes de hielo se vieron obligados a desplazarse hacia la derecha. El hielo estaba duro como una roca. Antes de dar un paso, debían marcarlo a hachazos, un extenuante procedimiento que requería todas sus fuerzas. Durante este tortuoso calvario, Culbert perdió un crampón, un conjunto de dientes metálicos adaptados a cada una de las suelas de plástico de las botas de los alpinistas que sirven para mejorar la adherencia de éstas a las superficies heladas o nevadas. Los crampones son vitales para este tipo de escaladas y su pérdida constituyó un nuevo revés de cara a sus posibilidades de éxito. Culbert se vio forzado a despojarse de su cubrebota porque resultaba demasiado resbaladiza para mantener el equilibrio.

Cuando Streather pensó que estaban lo suficientemente cerca para que Jillott y Emery pudieran oírlos, gritó: «¡Empezad a escalar, por más que os cueste! ¡Es cuestión de vida o muerte!». No alcanzó a escuchar su desalentadora respuesta: «No podemos… hemos perdido los piolets».[199] Streather y Culbert continuaron descendiendo, hasta que por fin los cuatro hombres se reencontraron en la hondonada. Apenas intercambiaron unas palabras. Jillott y Emery recibieron un termo de sopa, el único alimento o bebida de que habían disfrutado en las últimas veinticuatro horas.

Para entonces el día tocaba a su fin. Decidieron que su única salvación residía en intentar inmediatamente un ascenso para salir de la hondonada. Comenzaron a escalar con cuerdas. Al frente iba Culbert, seguido por Streather, Jillott y Emery. Habían ascendido unos sesenta metros —y el punto de partida de la travesía ya podía vislumbrarse— cuando Culbert, quien luchaba por mantener el equilibrio sin su crampón, resbaló y cayó hacia atrás, golpeando a Streather. Los cuatro hombres se desplomaron de nuevo en la hondonada como piezas de dominó. Pese a que nadie salió herido, Streather perdió su pico. Volvieron a intentar ascender, en esta ocasión con Streather al frente, utilizando el piolet de Culbert, el último que les quedaba. Cuando se acercaban al mismo punto, Jillott se quedó dormido y el grupo entero fue arrastrado otra vez sesenta metros abajo. En el incidente perdieron el último pico. Exhaustos, los alpinistas encontraron un saliente bajo el que se apiñaron para calentarse. Para entonces, Culbert tenía el pie izquierdo congelado. Pasaron una pésima noche, interrumpida por los gritos de Jillott, que sufría alucinaciones, tal vez provocadas por una conmoción cerebral. Le inyectaron morfina y todos consiguieron dormir un poco.

La última oportunidad de sobrevivir llegó con la luz del día. Era 17 de septiembre, y habían pasado dos días desde la primera caída. Sin abrigo, sin comida y sin bebida, parecía poco probable que todos sobrevivieran una noche más. Ralph Barker, en su desgarrador relato oficial de la expedición, cuenta que, en ese momento, «todos habían perdido la capacidad de razonamiento, y actuaban sólo por instinto».[200] De los cuatro, Streather, gracias a su experiencia y a su disciplina mental, era quizá el más capacitado para la lucha a la que se iban a enfrentar. En esta ocasión no utilizaron cuerdas en la escalada. Cada uno de los hombres ascendía solo. Tras subir noventa metros, descubrieron uno de los piolets perdidos. Streather lo utilizó para marcar mejor los pasos y mejorar las condiciones del ascenso. Alcanzaron la plataforma que había marcado el principio del viaje y acometieron la parte más ardua y peligrosa de la escalada. En cierto modo lo consiguieron.

De pronto, cuando enfilaron la recta final, Jillott gritó: «¡Rae está en apuros!». El pie de Culbert, congelado y tumefacto, le impedía continuar. Culbert pidió a Streather un rapelador (para quedar amarrado por una cuerda) durante los últimos pasos que le faltaban. Streather subió hasta un lugar donde la inclinación disminuía, cerca de la cumbre, un punto seguro. Plantó allí su pico tan firmemente como pudo. Se suponía

que la cuerda serviría para sujetar a Culbert, pero difícilmente podría sostenerlo si se caía, lo cual ocurrió a los pocos pasos. El tirón fue brusco y duro. Streather, que no podía ver ni oír, no advirtió los avisos y perdió el equilibrio. Los dos hombres volvieron a caer bruscamente en la hondonada, siguiendo el recorrido original de la avalancha. La caída fue dura, pero sobrevivieron. Saltaba a la vista la terrible ironía de la situación: Emery y Jillott se hallaban en la ladera superior, y habían logrado escapar, mientras que sus rescatadores, Streather y Culbert, se hallaban atrapados en la hondonada.

Emery y Jillott estaban decididos a alcanzar el Campo IV, donde esperaban comer, descansar y reponer fuerzas antes de regresar a la hondonada. Era de noche, y Emery sugirió sentarse y aguardar a que saliera la luna, pero Jillott insistió y Emery accedió a regañadientes. Jillott caminaba delante, y Emery lo perdió de vista al poco, aunque logró seguir sus huellas en la profunda nieve. Llegado un momento, Emery perdió el equilibrio y cayó en una grieta, aunque quedó interceptado en un lugar donde la brecha se encogía. Estaba ileso, e intentó salir de allí y subir cual deshollinador por la fisura de hielo. Mientras luchaba por escapar de la grieta, tuvo la sensación de que «tenía dos mentes o… de que era dos personas».[201] Una mente se concentraba en el esfuerzo por salir de allí; la otra quedaba totalmente al margen, observando lo que ocurría. «En ocasiones, el observador se imponía y yo no hacía nada en absoluto», referiría Emery posteriormente. Una vez se disipó la sensación, decidió que era demasiado arriesgado continuar y esperó a la mañana siguiente.

Al alba, Emery logró salir de la grieta y reanudó la marcha, alcanzando una cresta que se hallaba encima del Campo IV. A su derecha se encontró con una profunda grieta que llegaba hasta el valle de Stak. Se mantuvo alejado de esa grieta. Detectó las viejas huellas que habían dejado los cuatro hombres en el ascenso, y descubrió los pasos recientes de Jillott. Pero los pasos de Jillott, en vez de seguir las antiguas huellas, las cruzaban en ángulo recto. Debía de haber perdido la pista en la oscuridad. Las marcas de sus pasos continuaban dos metros antes de desaparecer. En ese punto, Emery se dio cuenta de que el suelo terminaba dando paso a un escarpado desnivel de noventa metros en un saliente de hielo o de roca; bajo éste, se abría un precipicio de 800 metros que acababa en el valle. Emery supo entonces que Jillott había muerto. Se hallaba ofuscado. Continuó su camino hacia el Campo IV. Tenía los dedos de las manos y de los pies congelados. No tenía sensibilidad para agarrarse. Tardó una eternidad sólo para encender el hornillo y abrir una lata de zumo. Las capas exteriores de la piel de sus dedos se descamaban como las de un grano de uva, dejando al descubierto como unas garras en carne viva. Se quedó adormilado.

Mientras, en la hondonada, Streather recobró la conciencia al despuntar el día. Culbert estaba allí cerca, desorientado, y sin poder utilizar prácticamente el pie izquierdo. Comenzaron a escalar de inmediato. Casi a medio camino, Streather se volvió y vio que Culbert había caído de nuevo en la hondonada. Gritó en su dirección y Culbert contestó que se encontraba bien y que volvería a intentarlo. Streather logró

llegar al punto donde había comenzado la travesía y vio que Culbert progresaba con firmeza, pero cuando se volvió de nuevo, su compañero estaba otra vez en el fondo de la hondonada. En esa ocasión, Culbert ya no se levantó y permaneció sentado, inmóvil. «¿Qué vamos a hacer?», gritó. Streather le instó a permanecer inmóvil, asegurándole que los otros dos hombres volverían pronto para ayudarles.

Streather decidió continuar la marcha, con el fin de alcanzar el Campo IV y organizar un rescate, en caso de que los demás todavía no lo hubieran hecho. La nieve había ocultado casi los pasos marcados en el hielo el día anterior, y Streather se encontraba cegado por la nieve. No obstante, escaló lentamente, de forma mecánica, clavando con los codos a modo de escalones. Sintió que su situación era «de lo más terrible».[202] Apenas lograba mantenerse consciente, pero le reconfortaba pensar en su mujer, a quien había dejado en Inglaterra, y en su hijito. Le angustiaba el pensar que los decepcionaría si fracasaba.

De repente, notó que «una presencia abstracta»[203] lo ayudaba. Era como si se hallara atrapado en un pozo profundo y hubiera alguien —o, como dijo más adelante, «una suerte de ente»— en la cumbre, animándolo a luchar por salir de allí.[204] Parecía que en ocasiones la presencia no sólo le ofrecía aliento, sino que le ayudaba activamente a sacarlo «como de una fosa oscura». La sensación persistió durante varias horas. Más adelante describió la experiencia a otro alpinista, Wilfrid Noyce, quien escribió: «Con ese algo o alguien, Streather debía cooperar en la parte que le correspondía. Si él escalaba, el ente le ayudaría».[205] La presencia no le abandonó hasta que consiguió salir a salvo de la hondonada.

Continuó caminando hasta el Campo IV y allí se reunió con Emery, quien le dijo que Jillott había muerto. Ello animó a los dos hombres a volver a la hondonada y esforzarse en salvar a Culbert. Se hallaban seriamente afectados por la congelación para poder comer, pero tomaron sopa y Ovaltine.[206] Dormitaron un poco. Sin embargo, al amanecer, Streather se sentía más débil que el día anterior, y prácticamente incapaz de arrastrarse para salir de la tienda; Emery, por su parte, parecía casi un inválido. Al principio, no podía levantarse, pero acabó consiguiéndolo, si bien sólo podía cojear, apoyado en los palos de esquí. Sólo entonces reconocieron que no podían ayudar a Culbert, quien con toda seguridad ya estaría muerto. Tomaron esa decisión por necesidad, pero había de atormentarles, pues Culbert nunca llegaría a salir de la hondonada. La propia supervivencia de Emery y Streather pendía ya de un hilo cuando emprendieron, indecisos, el camino de descenso hacia el Campo III, a través de una escarpada ladera. Pero alcanzaron a Hamilton y, con su ayuda y la de los porteadores, lograron salvarse.

Emery, a quien le amputaron los dedos tras escapar del Haramosh, y que sufrió una dolorosa operación en la que se utilizó la piel de su pecho para reconstruirle las manos, finalizó sus estudios universitarios, y volvió a escalar. Streather retomó sus clases como profesor en la academia militar de Sandhurst, y fue durante una de sus lecciones sobre el trabajo en equipo y el liderazgo cuando habló por primera vez de

su encuentro con la presencia. Un estudiante le preguntó: «¿Qué fue lo que le impulsó a no tirar la toalla? ¿Cómo logró salir de allí?». Streather mencionó la presencia —«para provocar el debate sobre el trabajo en equipo y la supervivencia»—, pero no tenía explicación alguna de qué fue lo que le había ayudado. Noyce afirma: «La sensación que tuvo entonces de estar unos instantes "al otro lado" sigue grabada en él… instalada en su espíritu para siempre, una sensación imposible de olvidar mientras permanezca inexplicada». La cuestión era la siguiente: «Allí había un ente que me ayudó a sobrevivir».[207] Más adelante, Streather me explicó lo sucedido con más detalles, y me dijo: «El encuentro con el "compañero" que ocurrió mientras escalaba para salir de la hondonada fue, con toda seguridad, de naturaleza espiritual». [208]

Reinhold Messner, natural del sur del Tirol italiano, es considerado sin lugar a dudas el mejor escalador de la historia. Fue el primer hombre en conquistar la cumbre del Everest en solitario y sin oxígeno suplementario, y también el primero en alcanzar las cimas de los catorce picos del mundo de más de 8000 metros de altitud. Pero cuando Messner intentó escalar en solitario el Nanga Parbat, abandonando su tienda situada bajo el Merkl Couloir poco después de las dos de la madrugada del 27 de junio de 1970, era sólo un joven desconocido de veinticinco años. Su objetivo era moverse lo más rápido posible para alcanzar la cúspide antes de que se deterioraran las condiciones meteorológicas. La estrategia, que había sido la clave del éxito de Hermann Buhl, fue desarrollada en consulta con otros miembros del equipo, dos de los cuales —su hermano pequeño Günther y Gerhard Baur— permanecieron en el Campo V, mientras Messner emprendía el ascenso al Nanga Parbat por la pared Rupal.

Ascendió directamente el Merkl Couloir, un profundo desfiladero cubierto de hielo. Como no tenía que cargar con el equipamiento adicional, al principio se movió con rapidez, alcanzando una rampa situada entre la hombrera del sur y la cresta del sureste. Cruzó la rampa pero sintió que la marcha iba haciéndose más dura conforme el calor del sol de las últimas horas de la mañana pesaba sobre él. Éste y el aire ligero minaban sus fuerzas. Deteniéndose con frecuencia para descansar, se volvió para recordar la ruta que tendría que seguir en el descenso. Durante una de esas pausas, advirtió que una figura se aproximaba hacia él con rapidez, y vio que se trataba de Günther. Al amanecer, el joven Messner trabajaba con Baur instalando cuerdas fijas para ayudar a Reinhold en su regreso, cuando de forma impulsiva salió disparado tras su hermano. Ése no era el plan, y Reinhold más adelante reconoció que Günther lo había exasperado. Su agresiva escalada requería movimientos rápidos y ligeros. Si hubiera tenido que ascender junto a otro alpinista, sus cálculos se habrían visto inevitablemente desbaratados. Pero esperó a Günther y los hermanos acometieron el ascenso final juntos.

El día transcurría mientras subían el último y afilado pico, y al poco se erguían los dos en la cumbre. A Reinhold le pareció decepcionante. Se hallaba exhausto y pensó que no había mucho que ver. Las vistas guardaban escaso parecido con lo que había soñado con frecuencia. Pero Günther se quitó un guante y los hermanos se dieron un fuerte apretón de manos. El ascenso había ocupado gran parte de la jornada, y no podían permanecer mucho tiempo en la cima, pues había que aprovechar la luz del día. Günther estaba sumamente cansado, y durante el descenso empezó a mostrar síntomas del mal de altura. Pagaba un precio muy alto por haber perseguido a Reinhold. Afirmó que él no podía volver por la ruta que habían tomado para ascender, técnicamente muy exigente; estaba demasiado fatigado. Günther quería bajar por la pared Diamir, e insistía en que resultaría más fácil. Reinhold, viendo que lo más importante era reducir altitud, consintió. La decisión de abandonar la ruta conocida en la pared Rupal, con cuerdas ajustadas, campamentos y compañeros esperando abajo, desató una serie de acontecimientos que había de cobrarse la vida de uno de los hermanos.

Levantaron un campamento provisional en la oscuridad. Los hermanos encontraron un hueco bajo unos peñascos y se dispusieron a pasar la noche. Hacía un frío intenso. Günther y Reinhold se acurrucaron bajo una manta térmica, elaborada con plástico y aluminio —utilizada para devolver el calor corporal a las personas afectadas por la exposición a condiciones meteorológicas extremas o por el agotamiento—, y esperaron al amanecer. Cuando empezó a clarear, continuaron el descenso por la pared Diamir, lo que representaba un riesgo terrible, pues los hermanos sólo conocían el precipicio de hielo de 4000 metros por los mapas y las fotografías. La situación se agravaba por el estado de Günther, que había empeorado. Reinhold marchaba al frente, en ocasiones tan alejado que ambos casi se perdían de vista, mientras el mayor intentaba ahorrarle a Günther el desaliento de seguir pistas falsas. Tan pronto marcaba una ruta, Reinhold hacía señas con las manos y gritaba a Günther que lo siguiera, pero éste obedecía con espantosa lentitud. En el libro *La montaña desnuda*, Reinhold Messner describe lo que ocurrió a continuación:

> De repente, un tercer alpinista se encontraba cerca de mí. Descendía con nosotros, manteniendo una distancia regular unos pasos a mi derecha, lo que hacía que quedara fuera de mi campo de visión. No podía intentar ver esa figura y, al mismo tiempo, mantener la concentración, pero tenía la certeza de que allí había alguien. Podía sentir su presencia, sin necesidad de prueba alguna.[209]

La figura permanecía en silencio. No intercambiaron palabras. No eran necesarias: la figura se movía con Messner, escalando y deteniéndose cuando éste lo hacía, siempre manteniendo cierta distancia. Reinhold no estaba asustado, no tenía la sensación de que lo que le ocurría fuese algo fuera de lo común. «No era que yo estuviera sentado allí y dijera “Esto es rarísimo”», me contó. «La sensación era de total normalidad.»[210] Sin embargo, intentó ahuyentar esa convicción. Allí no podía

haber otro alpinista, sólo había dos, no tres: «La presencia me ayudó de algún modo a serenarme».[211]

La tarde descendió sobre ellos. La lisa pared de hielo estaba repleta de salientes rocosos. La luz se debilitaba, pero no podían arriesgarse a detenerse por temor a que una serie de seracs —enormes bloques de hielo fragmentados pertenecientes a un glaciar, cuya rotura obedece al movimiento del hielo en zonas de grandes pendientes — se derrumbaran y fueran aplastados por una avalancha. Continuaron el descenso bajo la luz de las estrellas. A medianoche construyeron un segundo campamento provisional, y aguardaron en medio de la más profunda oscuridad. Cuando la luna proyectó su pálida luz, reemprendieron el camino.

El descanso y la pérdida de altitud parecían haber devuelto a Günther parte de sus fuerzas. Descendían cómodamente la ladera, eligiendo cada uno el camino que ofreciera menos resistencia. Reinhold seguía esperando a Günther, pidiéndole que se apresurara, pues temía que la avalancha cayese sobre ellos una vez el sol de mediodía hubiera alcanzado la pendiente. Los hermanos discutieron sobre la ruta final que les llevaría a la meta. Se encontraban exhaustos debido al durísimo ascenso, pero Reinhold tenía la convicción de que habían logrado escapar con éxito del Nanga Parbat. No se detuvo a esperar a que Günther lo alcanzara, pues confiaba en que se encontraba bien. Se reunirían en lo alto del valle de Diamir. Pero Günther no aparecía. Reinhold aguardó un rato, bebiendo agua derretida. A continuación, siguió adentrándose en el valle mientras se preguntaba dónde estaría su hermano, pero todavía sin excesiva preocupación.

Messner se sentó junto a un arroyo. Le pareció oír voces, una llamándolo por su nombre y otras pronunciando frases completas, de las que él sólo podía entender fragmentos. Se sintió mareado y cerró los ojos. Continuó sentado. En una de las voces le pareció reconocer la de su madre. De repente, volvió a oír su nombre: «¡Reinhold!». Messner supo que se trataba de la «extraña presencia». «Me puse en pie, desconcertado, y allí estaba él otra vez, el alpinista solitario. Y no, no era Günther».[212] Sólo entonces tuvo en cuenta la posibilidad de que su hermano se hallase en peligro. El día declinaba, y Reinhold había recuperado fuerzas suficientes. Decidió retroceder y buscar a Günther. Al principio volvió sobre sus pasos hacia la base del glaciar Diamir, pero no había señal alguna de su hermano, así que Messner se encaminó hacia la pared de Diamir. Si Günther no hubiera logrado seguir su ruta —y no lo había hecho, porque de otro modo Reinhold ya lo habría visto—, entonces ese era el único camino alternativo posible. Messner se encontró con los restos de una reciente avalancha: enormes bloques de hielo, entremezclados con polvo de nieve. Observó los escombros, súbitamente embargado por la terrible sensación, que se resistía a aceptar, de que su hermano pudiera hallarse bajo esa masa.

Se puso a buscar frenéticamente y, mientras trepaba entre los escombros, se dio cuenta: «Mi Tercer Hombre fantasmal también estaba allí».[213] Messner se pasó la noche vagando por el lugar, dando voces, cayendo en pequeños accesos de sueño, tras

los cuales, despertado por el frío, reemprendía su desesperada búsqueda. Hambriento, débil, con los dedos de los pies helados, sintió que su propia situación era bastante crítica. Se hallaba exhausto y solo. Sin embargo, no estaba tan solo: «En algún lugar de mi subconsciente el tercer alpinista seguía allí». Intentó comprender el significado de todo aquello, preguntándose si el Tercer Hombre no sería, en realidad, él mismo, visto desde «una dimensión distinta de la existencia».

Finalmente, Messner bajó hacia el valle tambaleándose. Estaba medio desnutrido, seriamente congelado y sumido en la desesperación. Sintió que se encontraba «más muerto que vivo».[214] Se topó con varios leñadores que lo llevaron a una aldea. Cuatro jóvenes lo condujeron en camilla hasta una carretera, donde encontraron a un soldado que se ocupó de él. Reinhold Messner sobrevivió, pero se vio obligado a aceptar la muerte de su hermano pequeño. Más adelante escribió que siempre que escalaba sentía como si Günther le acompañara en todo momento. En junio de 1970, en el Nanga Parbat, otro alpinista incorpóreo permaneció junto a él, y ese Tercer Hombre lo ayudó durante la mayor odisea de su vida.[215]

El 3 de junio de 1981, Parash Moni Das, un experimentado escalador del Himalaya y oficial en el Servicio de Policía India, fue víctima de una catástrofe durante el ascenso del Bhagirathi II, a 6150 metros de altitud, uno de los cuatro picos que conforman el macizo de Bhagirathi en la región de Garhwal del Himalaya, en la India. Das, de veintiocho años, se hallaba escalando con otros dos hombres, Pratiman Singh —quien servía como oficial de la policía fronteriza indio-tibetana—, y un cultivador de setas llamado Nirmal Sah, ambos también con experiencia en ascensos a las cimas del Himalaya.

El Bhagirathi II era considerado técnicamente sencillo, excepto por una pendiente de 40 metros de rocas y hielo situada bajo la cumbre. Se amarraron a las cuerdas para acometer el tramo final, con Singh al frente, Sah en el medio y Das atado al final. Singh escalaba con tal confianza que con frecuencia lo hacía con la mano izquierda metida en el bolsillo. Alcanzaron la cima a las seis de la tarde, con los apretones de manos y las fotografías de rigor. Das observó que se acercaba una tormenta por el sur. Inmediatamente emprendieron el descenso. En esta ocasión, Das lideraba el equipo, seguido de Sah y Singh detrás. Los dos primeros se movían con cautela, pero a Das le preocupaba que Singh, demasiado satisfecho consigo mismo por haber liderado el ascenso, se hallara tan distraído: «Todo su ser parecía traslucir sus sentimientos, lo cual era peligroso». Das se detuvo para recordar a los demás que necesitaban concentrarse por entero en cada uno de los pasos del descenso. Más adelante se preguntó si aquello había sido una premonición.

Das continuaba descendiendo, golpeando los talones contra la nieve blanda hasta que alcanzó un gran roca. Se volvió hacia ella y, atado a Sah, alcanzó la base tres metros más abajo. Alzó la mirada y vio que Singh se había reunido con Sah. Singh

había vuelto a meterse la mano en el bolsillo, y uno de sus crampones parecía haber quedado atrapado en las cuerdas. Comenzó a saltar con la pierna derecha y a balancear la izquierda para librarse de ellas. Perdió el equilibrio y cayó, desde el borde, arrastrando a Sah y a continuación a Das. Los tres hombres cayeron unos 400 metros más abajo. Das sólo recordó «estar aguardando el interminable fin de la caída» y haber intentado protegerse la cara con las manos. Cuando cayeron, seguían atados entre sí. Singh y Sah estaban amarrados por la cuerda enredada. Das, que sufría algunas magulladuras pero por lo demás había salido ileso, oyó gemir a Singh. «¿Tenéis algún hueso roto? ¿Os duele algo?», preguntó Das. Singh, en estado de conmoción, balbuceó: «*Aap Kaun Hai*? (¿Quién eres tú?)».[216] Tenía heridas en la cara y se quejaba de que se había roto la pierna izquierda. Das se dirigió a Sah, quien yacía con la cara pegada a la nieve. Le habló sin obtener respuesta, de modo que asió su capucha y le dio la vuelta. El rostro de Sah era irreconocible, y la sangre de las heridas abiertas manchaba la nieve. Se había roto el cuello y el aspecto inusual de la caja torácica indicaba que había sufrido graves lesiones internas. Estaba muerto.

Das intentó liberar a Singh, pero fue incapaz, pues el alpinista permanecía fuertemente atado a la cuerda de Sah. Movió el cuerpo de Sah logrando aligerar la presión de las piernas de Singh. Sin embargo, Das notaba que su compañero se deterioraba por momentos, y era muy poco lo que podía hacer para salvarlo. Se encontraba en una situación precaria, sin piolet, crampones y ropa de recambio. Das se cubrió las manos desnudas con un par de calcetines que le sobraban. Tembloroso, pataleó y gritó para intentar atraer la atención de algún grupo de salvamento.

Se concentró en reanimar el ánimo de su amigo y en su propia supervivencia. Miró la hora: eran sólo las 20.30. Estaba decidido a no dormir. Poco después de medianoche, advirtió que «alguien, un amigo»[217] se hallaba sentado a su derecha:

> Esa presencia estaba junto a mí y, en ocasiones, yo le hablaba, y ese ser me instaba a concentrarme en mi supervivencia, que era lo que yo hacía. No era una aparición fantasmagórica, sino un compañero. Una presencia.[218]

Antes del amanecer, pero con una luz difusa que se filtraba a través del cielo, Das, dirigiéndose a su «amigo» —la presencia— y a Singh, dijo que partía en busca de ayuda. Descendió por una pista dejada por una avalancha y siguió avanzando hasta que se encontró a unos treinta metros de donde otros tres alpinistas habían acampado. Se sentó en la nieve a descansar y comenzó de nuevo a hablar a la presencia, que había descendido con él y que «se encontraba sentada a salvo, fuera del peligro de avalanchas, a [mi] derecha».[219] En ese momento, los demás alpinistas ya lo habían visto y dos de ellos corrieron hacia él. En ese instante, «la Presencia desapareció de la esfera de mi conciencia». A continuación, los rescatadores transportaron a Singh hasta la tienda, pero murió media hora después.

Transcurridas dos décadas desde su encuentro con la presencia en el Bhagirathi II, Das me contó que esa experiencia seguía siendo «intensa, y muy personal».[220] Dijo

que no había dudado de que el ente fuera real. Un mes después de saber de él, el 24 de septiembre de 2005, se mató con otros cuatro alpinistas durante una severa tormenta de nieve mientras intentaba escalar el Chameo Moho en la región de Sikkim.

Greg Child era consciente de que algo extraño estaba ocurriendo en su interior. Junto a Peter Thexton, Child estaba escalando la cima del Broad Peak (inicialmente llamado K3), la decimosegunda montaña más alta del mundo, que se extiende a ambos lados de la frontera entre China y Pakistán. Se encontraban a 7900 metros de altitud, y estaban a punto de alcanzar la cima cuando Child, un experto esquiador australiano, comenzó a sufrir dolores de cabeza que podían ser síntomas de un edema cerebral, una manifestación del mal de altura que provoca una acumulación excesiva de líquido en el cerebro. Notaba una sensación de desorientación, acompañada de momentáneos desvanecimientos. Al poco volvió en sí, pero la realidad se había alterado. Todo era, sintió, «como un sueño». Los síntomas empeoraron. Sufría un agudo dolor de cabeza, y su capacidad de hablar había mermado hasta el punto de que apenas podía hilvanar una serie inteligible de palabras. Se encontraban a tan sólo seis o siete metros de la cima principal, pero Child sabía que tenía que abandonar. Thexton le instaba a continuar, pero Child se mantuvo firme: «He perdido el control… Demasiada altura, demasiado rápido». En menos de tres días, habían ascendido más de tres mil metros. Thexton, que era físico, se vio obligado a aceptar que urgía descender. De pronto, también él empezó a notar síntomas preocupantes. «Me cuesta respirar», susurró Thexton a Child. Podía tratarse de un edema pulmonar, en el que se produce una acumulación de líquido en los pulmones. «¿Tengo los labios azules?», preguntó. Ambos sufrían de falta de oxígeno. Thexton y Child necesitaban retirarse cuanto antes.

Su meta inmediata era la tienda de campaña, que se hallaba 600 metros más abajo. Caía la noche. Entretanto, los síntomas de Child mejoraban, mientras que el estado de Thexton se deterioraba por momentos. Tenía grandes dificultades para respirar, pero se esforzaba en seguir adelante. Cuando llegaron a una extensión de nieve, Child dijo que se adelantaría, abriendo el camino. Animó a Thexton a seguirle lo más rápido que pudiera. Thexton asintió, pero tras recorrer 100 metros, Child se volvió y vio que Thexton prácticamente no se había movido. Se vio obligado a regresar para socorrer a su compañero mientras los últimos rayos de luz se filtraban a través del cielo. En ocasiones, Thexton lograba arrastrarse unos metros. Otras veces, Child tenía que empujarlo o llevarlo a cuestas. Durante todo ese tiempo, Child tuvo la intensa sensación de que alguien lo miraba por encima del hombro, vigilándolo.[221] Thexton empeoraba y Child sintió como si contara con una ayuda: «Alguien dirigía el camino». Más que eso, notó que alguien «debió de ofrecerse a transportar a Pete».[222]

A las diez de la noche, Thexton perdió la vista y, al poco tiempo, ya apenas podía moverse. La situación era terrible. Child tuvo que utilizar una cuerda para bajarlo por la ladera. Ambos hombres se hallaban exhaustos. Llevaban un día sin comer ni beber, y descendían en plena oscuridad. Las condiciones empeoraron cuando los azotó una tormenta de viento. Tal y como Child escribe más adelante, estaban «absolutamente perdidos en la inmensa pared del oeste de la decimosegunda montaña más alta del mundo». Sin embargo, Child continuaba notando que le acompañaba una presencia. Posteriormente, anotó en su cuaderno: «Mi guardián seguía cada uno de mis movimientos y decisiones. Yo me volvía continuamente, esperando ver a alguien». **[223]** Child subraya que «la experiencia de viajar con una tercera presencia es algo poderoso y tranquilizador. Se sentía seguro: "Algo nos conducía a nuestra tienda"».

Tenía razón. A las dos de la madrugada alcanzaron finalmente la tienda, donde recibieron auxilio de otros dos miembros de la expedición. Thexton y Child, que habían escalado durante veintidós horas, tenían por fin la posibilidad de recuperarse. Tras tomar una bebida caliente, pareció que Thexton se iba reanimando, y que recobraba su socarronería. Él y Child se hundieron en un profundo sueño. A la mañana siguiente, Thexton se despertó y pidió agua, pero unos instantes después de que la taza presionara los labios, murió. Sin embargo, Child sobrevivió y, a pesar de tan terrible experiencia, seguiría escalando. Parece ser algo común entre numerosos alpinistas. Child sigue preguntándose sobre su aliado invisible, que había aparecido durante la peor noche de su vida. Según me contó, «no fue una sensación aterradora, no fue la sensación que uno podría esperar al verse enfrentado a algo sobrenatural». **[224]**

Este calvario sucedió en junio de 1983, y Child volvería a encontrarse con la presencia tres años después, durante su exitosa expedición al Gasherbrum IV: «Primero se me apareció en la cueva de nieve, y también anoche, de madrugada. Era la misma sensación de la presencia de un ser familiar, un viejo amigo, que yacía a mi lado, envolviéndome con sus brazos, proporcionándome calor». Child anota en su libro, *Thin Air*, que poseía, a esas alturas, «una explicación para cada una de las sensaciones vividas allá arriba, como un síntoma de falta de oxígeno, de deshidratación, de fatiga, o de desequilibrio cerebral». Pero en lo que respectaba a la compañía del Tercer Hombre carecía de una explicación. Era, explica, una sensación «muy vívida» y mucho «más real» que un simple episodio de alucinaciones provocadas por el deterioro de las funciones cerebrales.

La experiencia de Frank Smythe en el Everest, el pico más alto del mundo, las de Hermann Buhl y Reinhold Messner en el Nanga Parbat, la novena cima más alta, y la de Tony Streather en el Haramosh, se produjeron en situaciones de indudable gravedad. Son cuatro de las escaladas más célebres de la historia. Se realizaron a altitudes extremas, en condiciones adversas y con enormes riesgos. Parash Moni Das

en el Bhagirathi II y Greg Child en el Broad Peak se enfrentaron también a altitudes similares y a otras penurias. Pero existe un factor común entre todos. En cada una de estas escaladas, la conmoción por la pérdida de un compañero desempeñó un papel fundamental. El Tercer Hombre se apareció a los alpinistas tras la muerte de un compañero, o después de que éste sufriera una lesión grave, o tras una separación. En tales situaciones, cuando el individuo se enfrenta desde un principio a la soledad, a terribles desventuras y a tremendos peligros, la pérdida de un compañero provoca un serio trauma. Ello entraña la sorprendente posibilidad de que los adultos respondan al estrés del mismo modo en que lo hacen los niños. Macdonald Critchley fue el primer científico en vincular el estrés con los compañeros de juego imaginarios. En estos casos, el Tercer Hombre aparece también como consecuencia de una conmoción y asume la tarea de llenar el vacío dejado por otra persona. No sólo existen estudios que muestran que los niños sometidos a presión tienen más posibilidades de experimentar la presencia de un amigo invisible. Pueden encontrarse asimismo numerosas investigaciones que proporcionan importantes evidencias de que la conmoción provocada por la pérdida puede suscitar la aparición de presencias entre los adultos, aun en circunstancias más habituales de las que se describen en este libro. Uno de estos estudios se basó en el caso de las viudas de Arizona.

En 1988, investigadores de la Universidad de Arizona, Tucson, interrogaron a unas quinientas viudas mayores de sesenta y cinco años y descubrieron que la mitad de ellas había sentido la presencia de sus difuntos maridos. El resultado sorprendió a los científicos, porque «notar la presencia de personas muertas se considera una conducta aberrante provocada por una disociación de la realidad. Por esta razón, muchas personas se muestran reacias a revelar tales experiencias».[225] Pero no fue ése el único estudio que condujo al mismo resultado. De hecho, según una investigación británica, se trata de «algo frecuente»: «En menor medida, de la sensación que uno tiene de que le están observando; en mayor medida, nos referimos a una verdadera experiencia sensorial».[226]

Un sondeo entre 227 viudas y 66 viudos en Gales produjo un descubrimiento similar. Casi la mitad de estas personas aseguró haber notado la compañía de sus difuntos esposos, y la experiencia se daba tanto entre las mujeres como entre los hombres. Es más, «las alucinaciones duraban a menudo muchos años». Este estudio, realizado por W. Dewi Rees en el *British Medical Journal*, mostró que la mayoría de quienes habían vivido esta experiencia revelaron que recibían este tipo de visitas de forma intermitente a lo largo del día, mientras que el 10 por 100 confesó que «sentía que los cónyuges fallecidos se encontraban siempre junto a ellos». Todos aseguraron percibir la presencia de los difuntos; algunos contaron también que incluso los habían visto u oído. Rees vio que las experiencias no resultaban en absoluto aterradoras para quienes las sentían, y concluyó: «Estas alucinaciones son… normales y saludables acompañantes de la viudez».[227] Una investigación sobre las viudas de hombres muertos en accidentes de tráfico en Japón mostró que estos casos eran todavía más

frecuentes, y también aquí los estudiosos llegaron a la conclusión de que la presencia «era, quizá, una señal positiva que ayudaba a las viudas a asumir la pérdida».[228]

Otro estudio halló que «la función y el significado del compañero imaginario de los ancianos pueden no diferenciarse de los de la infancia». Un viudo canadiense de ochenta y un años cocinaba de forma rutinaria para su difunta esposa, y se ponía muy nervioso cuando no podía encontrarla en casa. En una ocasión, organizó una cena para los miembros de la familia en honor de la que fuera su mujer. Pese a que mantuvo con firmeza la idea de que su fallecida esposa se hallaba junto a ellos en la celebración, el hombre «mostraba su perplejidad con respecto al hecho de que su mujer todavía le visitara después de morir, y admitió que los demás considerasen esta creencia un tanto insólita».[229] En otro caso, una viuda, siendo consciente de que su marido estaba muerto y enterrado, afirmó que «había regresado a vivir con ella unos días después. Por miedo "a que se enfadase", no cuestionó lo inusitado de la situación y siguió con su vida "sin hacer comentarios"». Unos meses después, no obstante, descubrió que su marido había «desaparecido misteriosamente», y ello la afligió sobremanera, pues sospechaba «que se había ido con otra mujer».[230]

Un estudio más amplio en Reino Unido, realizado en 1995 y en el que participaron 1603 personas de todas las edades, reveló que cerca del 35 por 100 «había experimentado la presencia de los muertos». Esta investigación no sólo se centraba en viudos o viudas; incluía también un conjunto diverso de la sociedad, descubriendo que la continuidad de una relación importante después de la muerte no es algo específico de los que han perdido a un cónyuge: incluía, asimismo, la presencia de los padres, o la de otros familiares, como por ejemplo la de un abuelo. Algunas personas incluso han contado haber sentido la presencia de un amigo muerto. En otro caso, una niña, tras la muerte de su padre, «se echó en la cama de él para hacer compañía a su madre. Pasados unos días, se negó a dormir más allí, pues había notado la presencia de su padre: le daba la sensación de que éste se paseaba alrededor de la cama».[231] Por lo común, la presencia de los difuntos es un consuelo, aunque en este caso «la niña tenía el convencimiento de que esa impresión no se correspondía con la realidad, por lo que el incidente le provocó ansiedad». La explicación científica imperante es que «estas experiencias son ilusorias —síntomas de corazones rotos y de mentes caóticas—. Ello puede explicar el hecho de que la mayoría de las personas no revelen la experiencia y, si lo hacen, sólo se la confiesen a amigos íntimos o familiares, por temor a "que se les tome por dementes"».[232] Sin embargo, existe un punto de vista alternativo entre los investigadores, uno "según el cual el fenómeno se considera 'real' y 'natural'".[233]

El notar una presencia es más común durante los primeros meses de duelo; cerca de la mitad de las personas implicadas en un estudio revelaron haberla experimentado durante los tres meses posteriores al fallecimiento de un ser querido.[234] Aunque la intensidad de la experiencia disminuye transcurrido un año, un 42 por 100 reconoció que seguía sintiéndola después. Las experiencias más totales, en las que se habla con

la presencia del difunto, se la oye, se la ve, o se es tocado por ésta, eran significativamente menores, y también decrecían notablemente con el transcurso de los meses. En particular, un estudio en un hospital de Suecia mostró que «al analizar la relación de este tipo de experiencias con las reacciones ante el dolor, las alucinaciones o las ilusiones se producían con mayor frecuencia en los sujetos que sufrían soledad severa, lloraban continuamente, y tenían problemas de memoria un mes después del duelo».[235] En otras palabras, existe una mayor incidencia de estas sensaciones en las personas que atraviesan conmociones muy graves. En situaciones de vida o muerte, como aquellas a las que con frecuencia se enfrentan los alpinistas, la pérdida de un compañero de escalada —o incluso la amenaza de perderlo— tiene un impacto dramático. Este efecto fue vívidamente demostrado durante la conquista, en 1950, del Annapurna, en el Himalaya, por un equipo de alpinistas franceses. En ese caso, el fenómeno se produjo a partir del colapso físico de uno de sus miembros. Cuando regresaba de un reconocimiento del Dhaulagiri, un pico cercano, el líder de la expedición, Maurice Herzog, notó que sus fuerzas le abandonaban. Se dio cuenta de que no podía mantener el ritmo de su compañero, Marcel Ichac, que caminaba delante con paso decidido. Cada diez pasos, Herzog se detenía y se tumbaba en la nieve. Ichac, frustrado por tal actitud, lo maldecía, lo que parecía proporcionar a Herzog el ímpetu necesario para continuar. Cuando alcanzaron por fin el campamento, Ichac explicó que le había sucedido «algo raro». Dijo que mientras él se abría camino entre la nieve, notó que la presencia de otro alpinista marchaba con ellos. Posteriormente, Ichac contó a Herzog:

> Pensé que había oído a alguien detrás de mí… un Tercer Hombre. Nos estaba siguiendo. Quería llamarte para decírtelo. No pude. Eché un vistazo furtivo hacia atrás, para tranquilizar mi mente. Pero, como una obsesión, la sensación de que tenía a alguien detrás me venía de nuevo.[236]

El encuentro de Ichac con la presencia ocurrió al mismo tiempo en que Herzog empezó a sufrir el vahído. Pero al recuperarse, la crisis inmediata pasó y desapareció la presencia.

En el caso de Reinhold Messner, la amenaza de la pérdida, seguida de la muerte de su hermano, le condujo a percibir la presencia. Para muchos otros, el compañero de escalada no es siquiera un amigo íntimo; en ocasiones se trata de un conocido casual. Con todo, cuando uno se enfrenta a situaciones extremas, la ausencia de compañerismo tiene profundas consecuencias. Ello ocurre a grandes altitudes, pero también en entornos habituales, tras la muerte de un ser querido. El Tercer Hombre no se aparece únicamente en el transcurso de angustiosas aventuras, sino que puede tomar la forma de compañeros de juego imaginarios en el caso de los niños, y de la presencia de los difuntos que experimentan sus seres queridos en situaciones cotidianas.

Para Messner, este compañerismo cobró la forma de un Tercer Hombre que le proporcionó, según me contó, «ayuda psicológica para sobrellevar la soledad… El cuerpo inventa maneras de proporcionar compañía».[237] Éste es el efecto de la pérdida. Se trata de la mayor y más hermosa ilustración de por qué somos animales sociales: en los momentos de mayor soledad y necesidad, existe un modo de asegurarnos de que no estamos solos, y nos proporciona un sentimiento de humanidad compartida que marca la diferencia entre la vida y la muerte.

Capítulo 9
La presencia percibida (II)

En 1976, el psicólogo estadounidense Julian Jaynes expuso una teoría según la cual el Tercer Hombre podría considerarse la consecuencia de ciertos procesos cerebrales. Jaynes es un personaje controvertido, debido a su teoría de que la conciencia, tal y como la entendemos, aparece tardíamente en la historia de la evolución del ser humano. Según Jaynes, en tiempos arcaicos, las personas experimentaban las reacciones derivadas de la corteza del hemisferio derecho como acontecimientos externos, como si estuvieran en el mundo real. No fue hasta hace unos tres mil años cuando el cerebro humano se dividió en una parte derecha «divina», que actuaba como un ser omnipotente o una figura autoritaria —dispensando consejos admonitorios y órdenes mediante alucinaciones visuales y auditivas—, y una parte izquierda «humana», que parecía suplicante, presta a escuchar y obediente. «Todas las civilizaciones primitivas que conocemos parecen haber estado gobernadas por tales alucinaciones o dioses»,[238] sostiene Jaynes.

Jaynes escandalizó a los estudiosos de los clásicos al señalar la *Ilíada* de Homero como ejemplo de la persistencia de lo que él denominó la «mente bicameral», arguyendo que en el texto original no existe evidencia alguna de la conciencia real, de pensar, de sentir, o de ser consciente: «Los personajes no se sientan a tomar decisiones. No lo hace ninguno. Nadie es introspectivo. Se trata de un mundo muy diferente». En su lugar, cuando se ha de tomar una decisión, «surge una voz que dicta a las personas lo que deben hacer», como cuando Apolo recomienda a Héctor que evite luchar contra Aquiles. «Estas voces siempre son obedecidas de inmediato. Estas voces se llaman dioses. En mi opinión, éste es el origen de los dioses. Yo los considero alucinaciones auditivas».[239]

La idea de que una separación entre los hemisferios cerebrales puede dar respuesta a las voces que se oyen en la cabeza no es tan radical, a la luz de varias reacciones insólitas del cerebro registradas por varios neurólogos. Por ejemplo, estudios científicos muestran casos del «síndrome del doctor Strangelove (o de la mano extraña)», que consiste en que algunas personas con lesiones orgánicas cerebrales poseen una mano que parece tener vida propia —como le sucede al personaje de Peter Sellers en la película clásica—, y no obedece las órdenes del cerebro. Una mujer tenía una mano que intentaba estrangularla, obligándola a luchar con su otra mano para dominarla. Esta mujer narraba la experiencia del siguiente modo: «Supongo que debe de haber un espíritu diabólico dentro de mi mano». Un estudio publicado en 2000 describía otro caso inusual. En esta ocasión se trataba de un hombre que, tras sufrir un derrame cerebral, se masturbaba involuntariamente con una de las manos. Esto le sucedía tanto en público como en privado, y fue

comprobado en una clínica. Huelga decir que «la esposa del paciente… se hallaba muy afectada».[240] Únicamente le ocurría a su mano izquierda. En estos casos, una parte del cerebro parece actuar contra la voluntad de la persona, es como si la mano errante fuera poseída por una fuerza externa o ajena. En este contexto, la teoría de Jaynes sobre la mente bicameral no parece tan descabellada.

Jaynes, quien impartió clases en la Universidad de Princeton, fue criticado en parte porque en vez de publicar su radical teoría sobre la mente bicameral en revistas arbitradas, optó por publicarla en su libro divulgativo *El origen de la conciencia en la ruptura de la mente bicameral*, de 1976. Mediante la combinación de neurología, antropología, arqueología, teología, y de los clásicos, pisó un terreno que muy pocos eruditos se hubieran atrevido a pisar y, en consecuencia, se vio perseguido por críticos encarnizados en reuniones académicas. Sin embargo, las ideas de Jaynes han perdurado, lo que ha llevado a un crítico a preguntar: «¿Cuántos alumnos de ciencia cognitiva no han leído este libro aunque esté totalmente pasado de moda?».[241]

Jaynes sostuvo que existía una explicación de las alucinaciones sufridas por los humanos preconscientes, y que incluso la «leve presión al tomar una decisión en circunstancias novedosas» podría ser suficiente para suscitarlas. Se echaba mano del dios personal en «cualquier asunto que no pudiera resolverse mediante los recursos habituales».[242] Pese a parecerse y comportarse con frecuencia como los seres humanos actuales, los humanos preconscientes eran, en este sentido, muy distintos, Jaynes atribuyó el final de la mente bicameral y la aparición de una conciencia unificada a varios factores, incluida la alfabetización que, «al transmitir las órdenes de los dioses, debilitó el poder de las alucinaciones auditivas».[243] Sólo entonces los hombres percibieron los procesos de ambos hemisferios como propios, y no procedentes del exterior.

Existen muchas evidencias en la antigüedad que parecen respaldar la teoría de Jaynes, como una antigua escultura del rey de Asiria arrodillándose ante un trono vacío del dios que ocupaba éste, desposeyendo al monarca de la orientación divina. En una placa de ese periodo histórico puede leerse: «Mi dios me ha abandonado y ha desaparecido. Mi diosa me ha reprobado y se mantiene alejada de mí. El buen ángel que caminaba a mi lado me ha dejado». También el Antiguo Testamento proporciona evidencias de que los antiguos oían voces. El profeta hebreo Amos era un pastor, y se encontraba en un lugar solitario guardando su rebaño, cuando escuchó una voz: «Yo no soy un profeta, ni soy hijo de profeta, yo soy vaquero y picador de sicómoros. Pero Yahvé me tomó de detrás del rebaño, y me dijo: “Ve y profetiza a mi pueblo Israel”».[244]

Incluso en la actualidad, Jaynes detectó la existencia del funcionamiento de la mente bicameral, tanto en los imaginarios compañeros de juego de los niños —quienes dijo que deberían denominarse «alucinaciones de compañeros de juego»— como en las voces oídas por los esquizofrénicos, la mayoría de los cuales experimentan «alucinaciones de órdenes» (o «alucinaciones imperativas»), que les

instan a cometer actos concretos. Jaynes hizo referencia a un estudio en el que, mediante un sistema de comunicación con tetrapléjicos hospitalizados que nunca habían podido hablar, se preguntó a éstos si habían escuchado voces. La mayoría de los pacientes «se mostraron asustados pero asentían con gestos excitados. Las voces eran por lo general del mismo sexo que el del paciente, y al parecer sonaban como las de un pariente, aunque identificándolo como Dios. Los enfermos creían que tales voces hablaban desde el exterior».[245] Jaynes dijo asimismo que «las "voces" daban órdenes terminantes a los residentes sobre el modo de comportarse y cuáles de esas órdenes debían obedecer».[246]

Sin embargo, entre los humanos actuales, el límite para que una conmoción provoque una alucinación bicameral suele ser mucho más alto, según Jaynes: «La mayoría de nosotros necesita encontrarse con problemas que nos superen antes de oír voces».[247] Así y todo, añadió, «al contrario de lo que un ferviente psicobiólogo se empeñe en creer, estas experiencias les suceden también a personas corrientes».[248] Varios estudios recientes han respaldado su teoría. Éstos han mostrado que, un significativo porcentaje de la población —entre un 30 y un 40 por 100— ha revelado que experimenta alucinaciones auditivas. Éstas consisten a menudo en oír la llamada del propio nombre, pero también frases pronunciadas desde la parte trasera del coche. Las voces pueden ser, asimismo, de amigos ausentes o parientes fallecidos.[249] Jaynes añadió que es «totalmente cierto que tales voces existen y que se oyen como sonidos reales». Incluso a día de hoy, aunque muchos se resistan a admitirlo, personas completamente normales oyen voces, según Jaynes, «a menudo en momentos de tensión».

Jaynes expuso ejemplos según los cuales numerosos individuos plenamente conscientes han experimentado vestigios de la mente bicameral, en especial «los marineros víctimas de naufragios durante la guerra, que hablaron largo rato con un Dios audible hasta que fueron salvados».[250] En otras palabras, la voz se aparece a personas normales sometidas a agudas tensiones y a la reducción de estímulos en entornos remotos. Un estudio estadounidense sobre los combatientes veteranos con trastornos de estrés postraumático mostró que la mayoría —un 65 por 100— había escuchado voces que consistían, con frecuencia, «en alucinaciones de órdenes a las que los individuos reaccionaban obedeciendo al punto».[251] Durante su extraordinario viaje desde Sydney hasta Los Ángeles, la primera travesía en solitario oeste-este documentada, el marinero letón Fred Rebell oyó «la Voz» en 1932, una autoritaria voz masculina que hablaba en inglés y que le dio consejos en los que acabó confiando.[252] El alpinista británico Joe Simpson, famoso por su libro y por la película *Tocando el vacío*, relató haber oído una voz «fríamente racional» cuando se enfrentó a la muerte en el monte Huascarán, en Perú:

> La voz era nítida, clara y autoritaria. Siempre decía verdades, y yo la escuchaba cuando hablaba, y actuaba según sus directrices. Mi otra mente divagaba entre imágenes, recuerdos y

esperanzas inconexas, que yo veía en un estado de ensueño mientras obedecía las órdenes de la voz.[253]

El hemisferio izquierdo, habitualmente dominante, libera sus garras de la mente con el consiguiente menoscabo del pensamiento lineal y lógico. Al mismo tiempo, el hemisferio derecho, donde reside el pensamiento imaginativo, aprovecha la oportunidad para desempeñar un papel superior: «Los efectos de este fenómeno, que pueden incluir la percepción de un "otro" imaginario, penetran entonces en la conciencia».[254] Varios estudios sobre aquellos individuos que se han visto expuestos a un entorno de extrema restricción de estímulos describen también un cambio en el dominio hemisférico. Pese a que Jaynes se centró en las alucinaciones auditivas, mantuvo que «las visuales pueden darse en el entorno real, como las de figuras que se pasean». Tal vez no sea casual que entre los exploradores que han experimentado la presencia del Tercer Hombre, cuatro con los que he hablado —Jim Sevigny, Ann Bancroft, Reinhold Messner y Parash Moni Das— aseguraron sin duda alguna que ése se hallaba a su derecha.

Uno de los investigadores que estudió la teoría de Jaynes y la aplicó al mundo normal es Peter Suedfeld, un psicólogo de la Universidad de Columbia Británica en Vancouver y uno de los investigadores más destacados del mundo en el análisis de las reacciones psicológicas a los entornos extremos e insólitos. Investiga básicamente cómo los seres humanos se adaptan y sobrellevan las novedades, los retos, las presiones y el peligro. Suedfeld se especializó en esta materia de forma connatural. Superviviente del Holocausto, contaba sólo ocho años cuando los nazis se llevaron a sus padres. Su madre murió en Auschwitz, y su padre sobrevivió al campo de concentración de Mauthausen. Peter se escondió y acabó en un orfanato, donde un empleado le cambió de nombre para ocultar su identidad. Finalizada la guerra, una tía suya dio con él tras una larga búsqueda. «Fue el día más feliz de mi vida»,[255] dijo. Actualmente profesor emérito, Suedfeld ha dedicado mucho tiempo de su carrera a estudiar los efectos del aislamiento. Fue director de la Canadian High Arctic Psychology Research Station, ha trabajado en la Antártida, y ha asesorado a la NASA sobre la psicología en entornos encapsulados espaciales en misiones prolongadas. A Suedfeld le intrigaba la teoría de Jaynes según la cual «la conmoción es la base para la reaparición de la mente bicameral». A finales de los años setenta, mientras escribía un libro sobre la privación sensorial, Suedfeld buscó ejemplos de reducción de estímulos sensoriales y sociales. Centró su atención en las narraciones de exploradores polares, marineros solitarios, alpinistas, y ermitaños religiosos, donde descubrió experiencias de «alucinaciones sobre otras personas o entes sobrehumanos, por lo general amables, compasivos y capaces de salvar al que sufría la alucinación».[256] En ninguna de las narraciones aparecían esquizofrénicos o personas con otros tipos de psicosis. Por el contrario, «todas procedían de individuos mentalmente

normales, físicamente sanos, muchos de ellos intrépidos aventureros y extraordinariamente triunfadores».[257] Estas experiencias proporcionaron a Suedfeld «un ejemplo claro de la mente bicameral».[258]

Existía otro asunto que le interesaba. Descubrió que «la sensación de ayuda o de aliento proporcionada por la presencia fantasmal otorga a la experiencia una gran cercanía psicológica y confiere al fenómeno la importancia de poder descubrir los mecanismos utilizados para sobrellevar ciertas situaciones».[259] Le llamó la atención «la cercanía de la presencia al individuo, tan real, viva, activa, comprendida y poderosa», pero también «la cercanía a la supervivencia, que la presencia hace posible o, como mínimo, facilita».[260] Las presencias no sólo ofrecen compañía, sino también información o consejos útiles y, en otras ocasiones, parecen interceder activamente para posibilitar la supervivencia.[261] Se trata, aseguró Suedfeld, de un fenómeno dramático, y la variedad de circunstancias que pueden provocar su aparición subrayan su significado: «El fenómeno es tan común entre tantos tipos de viajeros —marineros occidentales, cazadores inuit, indios nativos adolescentes— que requiere mucha atención».[262]

Resulta imposible valorar cuán común es esta experiencia, pues la información de que disponemos es escasa, pero es mucho más frecuente de lo que pensamos. Suedfeld avanzó que algunas personas «negarían estos fenómenos» por temor a reconocerse incapaces de superar los obstáculos tanto físicos como psíquicos. Pero Suedfeld, en su importante estudio (en colaboración con Jane Mocellin) acerca del fenómeno, *The «Sensed Presence» in Unusual Environments*, alertó sobre esta actitud: «Las personas que se hallan en las condiciones que suscitan la aparición de la presencia, así como los expertos y los profesionales de la salud mental, deben ser advertidos contra la creencia de que la experiencia constituye un síntoma de una real o inminente crisis».[263] Por el contrario, dijo Suedfeld, «se trata de una reacción adaptativa, una reacción normal a una situación anormal». Y añadió:

> No existe una base fáctica para caracterizarla como un síntoma psiquiátrico, aparte de su similitud superficial con algunas alucinaciones psicóticas… La presencia percibida se debería añadir al reconocido registro de comportamientos desarrollados para enfrentarse a ciertas situaciones insólitas.[264]

Cuando un individuo se ve sometido a tremendas presiones y a entornos monótonos, el dominante hemisferio izquierdo del cerebro pierde su predominio, lo que, según Suedfeld, reduce «la preponderancia del pensamiento lógico, lineal, orientado a la realidad. El hemisferio derecho, que —para simplificar— gobierna la cognición creativa, imaginativa y no lineal, asume un papel superior al habitual; y sus efectos, que pueden incluir la percepción de un "otro" imaginado, penetran en la conciencia».[265] Suedfeld se resistió a la tendencia de buscar todas las respuestas en la anatomía cerebral, e instó en vez de ello a prestar atención a la mente. Recomendó encontrar «una explicación más psicológicamente orientada de la experiencia que una

basada únicamente en los cambios neuroquímicos».[266] Tal y como dijo Suedfeld, «la experiencia consciente no puede dejarse de lado».[267]

Otro investigador que se ha basado en la teoría de Julián Jaynes es Michael Persinger, un psicólogo de la Laurentian University de Sudbury, en Ontario. Persinger y su Behavioral Neuroscience Laboratory se han hecho célebres con la insólita disciplina de la neuroteología (un término acuñado por Aldous Huxley en su novela *La isla*, que se refiere al estudio de la base neural de la espiritualidad) e incluso, en la prensa popular, por haber desarrollado un aparato denominado el «casco de dios». Éste, al parecer, induce experiencias religiosas mediante la estimulación del cerebro utilizando pequeñas dosis de campos magnéticos complejos y de baja intensidad, menos intensas incluso que las generadas por un secador de pelo.

En 1988, Persinger sugiere la existencia de un vínculo entre las alucinaciones y las alteraciones electromagnéticas, tanto provocadas internamente por el cerebro como externamente por otras causas naturales —como las erupciones solares y los movimientos sísmicos—, o por causas artificiales —como las transmisiones de los microondas y otros aparatos eléctricos—. Existen cada vez más indicios, escriben Persinger y sus compañeros en el *International Journal of Neuroscience*, de que «el hemisferio derecho de un cerebro normal puede ser más sensible a los cambios en la actividad geomagnética».[268] Persinger asegura que tales fluctuaciones provocan microataques que, a su vez, producen estados de alteración, en especial aquellos que conllevan la sensación de tener una presencia cercana. Otros estudios han vinculado la actividad geomagnética a determinadas reacciones cerebrales. Uno de ellos reveló una correlación estadísticamente significativa entre el viento solar, con sus correspondientes campos magnéticos, y los relatos históricos sobre alucinaciones. Los puntos culminantes de ambos se producen en marzo y en octubre.[269] Y en su investigación sobre los relatos del ser oculto en la base de Esperanza en la Antártida, Jane Mocellin sugiere que, al parecer, fueron dos factores ambientales los que provocaron la presencia percibida entre los miembros de la misión argentina: por una parte, la presencia siempre se aparecía en el generador de la estación eléctrica, que crea poderosos campos magnéticos, y, por otra, el que la base de Esperanza está situada cerca de una intensísima anomalía magnética local que provocaba fallos en las brújulas de barcos y aviones.

Siguiendo a Jaynes, Persinger sostuvo que la concepción de uno mismo se genera, por lo común, en el hemisferio izquierdo del cerebro, pero cuando «el estado normal de inhibición recíproca entre ambos hemisferios» se altera por factores como las drogas, los traumas psicológicos, o los efectos magnéticos, pueden darse intrusiones transitorias del hemisferio derecho. Éstas son detectadas por el yo del hemisferio izquierdo, que entonces intenta dar sentido a una entidad inexistente. Escribe Persinger:

> Durante los periodos en que la conciencia se encontraba significativamente alterada… las características de la mente bicameral volvieron a emerger de manera parcial. En hombres y mujeres seglares, la fenomenología (intrusiva) del hemisferio derecho podría ser considerada una presencia, entidad o fuerza, mientras que en mujeres y hombres religiosos podría considerarse un espíritu, un ángel, o un dios específico según qué cultura.[270]

El casco de dios era el instrumento que Persinger utilizaba para comprobar sus hipótesis. «Si todas las experiencias las genera la actividad del cerebro, las experiencias de Dios y de los espíritus deberían provocarlas también una estimulación cerebral adecuada», asegura. Durante más de quince años, sus experimentos han demostrado que «la presencia percibida de un "ser sensible" puede ser provocada de forma fiable por pautas temporales muy específicas de estimulación mediante débiles campos magnéticos transcerebrales».[271] En estos experimentos, se pedía a los individuos que se sentaran en una silla cómoda situada en una cámara acústica. Se les tapaban los ojos y se les colocaba un casco de motocicleta modificado, con cuatro conjuntos de solenoides (electroimanes) incrustados a cada lado del casco, exponiendo los lóbulos temporales del sujeto a un débil campo magnético. Los cambios interhemisféricos resultantes «han producido experiencias documentadas de presencias percibidas en cerca del 80 por 100 de los participantes».[272]

La mayoría de los individuos decían que habían tenido una vaga sensación de que alguien los observaba. Persinger escribió que algunos casos de presencias se limitaban a simples afirmaciones como: «Siento que hay alguien en la habitación detrás de mí». Pero, en ocasiones, las experiencias eran más complejas: «Comencé a sentir la presencia de personas, pero no las podía ver; se hallaban a ambos lados de mí. Eran incoloras, como de aspecto grisáceo. Sé que yo estaba en la cámara, pero todo era muy real». Pocos relatos parecen coincidir con las frívolas narraciones aparecidas en la prensa popular sobre el trabajo de Persinger basadas en su novedosa investigación. Por ejemplo, un artículo publicado en la revista *Wired*, informaba acerca de auténticas experiencias religiosas, con figuras sagradas como Elias, Jesús, la Virgen María, Mahoma o el Espíritu Santo.[273] Con todo, en una publicación especializada, Persinger describió a un sujeto a quien se le apareció «un ente religioso» durante un experimento. El propio Persinger escribe que la presencia percibida «puede considerarse la base fenomenológica de muchos relatos sobre la visita de espíritus, dioses y entes extraterrestres».[274]

Algunos de los informes que Persinger ha publicado son notablemente similares a las descripciones del Tercer Hombre narradas por exploradores y otras personas que se hallaban en entornos remotos e insólitos:

> Sentí una presencia tras de mí y, a continuación, a mi lado izquierdo. Al intentar adivinar dónde se hallaba, la presencia se movió. Cada vez que yo intentaba localizarla, se movía a mi alrededor. Cuando se desplazó hacia la derecha, experimenté una profunda sensación de seguridad como nunca la había sentido antes. Me eché a llorar cuando noté que desaparecía.[275]

Entre los escritores y periodistas que han visitado a Persinger en su laboratorio, en Sudbury, y se han puesto el casco de dios, o mejor dicho, el «estimulador magnético transcraneal», se cuenta Richard Dawkins, el archiateo británico y zoólogo de Oxford, quien fue allí en 2003 para participar en el programa científico *Horizon*, de la BBC. Dawkins, más conocido por su libro *El espejismo de Dios*, aceptó probar la técnica para comprobar si podía tener una experiencia religiosa o mística. Pero los campos magnéticos sólo le produjeron extraños hormigueos y tics nerviosos. «Fue una gran decepción», dijo Dawkins:

> Pese a bromear sobre esa posibilidad, nunca imaginé que acabaría creyendo en algo sobrenatural. Pero esperaba compartir algunas de las sensaciones experimentadas por los místicos religiosos cuando contemplaban los misterios de la vida y del cosmos.[276]

Persinger reconoce que existen diferencias entre las reacciones de los individuos ante el fenómeno, y sugiere que los lóbulos temporales de algunas personas son más receptivos a los campos electromagnéticos naturales que los de otras. Persinger justificó el fracaso de Dawkins en esa experiencia arguyendo que, antes del experimento, se le había realizado un test psicológico para medir la sensibilidad del lóbulo temporal y había obtenido un mal resultado.

Tal vez exista otra explicación. En 2005, un grupo de investigadores de Suecia publicó un estudio en el que se sostenía que la capacidad de sugestión, y no la exposición a los débiles y complejos campos magnéticos generados por el casco de Persinger, era la causante de la presencia percibida y las experiencias místicas que él registró. Los estudiosos suecos fueron incapaces de obtener los resultados de Persinger,[277] y éste cuestionó las conclusiones de los europeos, alegando que omitían las referencias a dos importantes estudios que había realizado él, con 148 individuos, en los que se habían añadido condiciones de doble ciego. En un comunicado colgado en su página *web*, Persinger sugirió posteriormente que los suecos no habían seguido de manera exacta los procedimientos de su laboratorio, y habían «aplicado el *software* a través de un ordenador Pentium que habría distorsionado las configuraciones magnéticas mediante los solenoides. Esto, más que producir una pauta bioefectiva, lo que genera es ruido».[278]

Persinger no cedió ante las críticas. Lo conocí brevemente el 10 de marzo de 2006, durante una pausa en un debate abarrotado de gente en la Universidad de Toronto titulado *Belief and the Human Brain: Is God All in Your Head?* («La fe y el cerebro humano: ¿Está Dios en su mente?»), y organizado, oportunamente, por la Alianza Secular de Toronto. Persinger, un hombre delgado y adusto, parecía vestido con excesiva elegancia para la ocasión (lo cual, según otras versiones, sucedía las más de las veces), con un traje con chaleco. Un colega suyo ha admitido «haberlo visto siempre vestido con un traje con chaleco, incluso cuando corta el césped».[279] En su conferencia, Persinger insistió en que la presencia percibida es el prototipo de los seres sobrenaturales, desde los dioses hasta los alienígenas del espacio. «La

Naturaleza lo ha venido haciendo desde siempre. No hacemos nada extravagante. Nos hemos limitado, como en toda ciencia, a utilizar el método científico, a medir lo que la Naturaleza hace, a duplicarlo en el laboratorio y luego a repetirlo en condiciones controladas».

Su conferencia fue bien acogida, y Persinger no dejó entrever ningún tipo de frustración ante los escépticos. Pero en un comentario en su página *web*, Persinger se refirió a la investigación sueca con un tono quejoso: «Por desgracia, éste es otro ejemplo en la historia de la ciencia de cómo la explicación científica de un fenómeno muy importante —en este caso la base mental de la presencia percibida, la base de las experiencias de Dios—, puede ser echada por tierra por determinados factores sociales y de personalidad». La revista *The Economist* intervino sugiriendo que probablemente se requiera la presencia de terceros para otra serie de experimentos con vistas a resolver la disputa: «El origen de la experiencia religiosa es uno de los fenómenos más misteriosos en la ciencia de la mente. Sería bonito dar con una respuesta clara».[280]

De lo que no cabe duda es de que los estudios de Suedfeld y Persinger encajan perfectamente con la teoría de Jaynes, según la cual este tipo de encuentros constituyen experiencias mentales habituales más que evidencias del deterioro de las funciones cerebrales.[281]

Capítulo 10
El factor musa

A finales del siglo VII a. C., Hesíodo, en las primeras líneas de la *Teogonía*, un poema sobre los dioses de la antigua Grecia, describía cómo, mientras apacentaba a su rebaño en las laderas del Helicón, una gran montaña situada en la Grecia central, se le aparecieron las musas. «Infundiéronme voz divina»,[282] escribe Hesíodo. «Comencemos nuestro canto por las musas heliconíadas, que habitan la montaña grande y divina del Helicón».[283] Para Julian Jaynes, la evidencia era clara: «El poeta no estaba loco… Su creatividad estaba quizá más cerca de lo que hemos venido a denominar la mente bicameral… Y la soledad puede provocar alucinaciones». Los relatos de Hesíodo no constituían —según la obra *The Greeks and the Irrational*, del estudioso de los clásicos de la Universidad de Oxford E. R. Dodds y publicada en 1951— «ornamentos poéticos o alegóricos, sino un intento de expresar una experiencia real en términos literarios». En realidad, las musas sí que hablaron a Hesíodo. Dodds identificó otras manifestaciones de presencias ocultas en la religión de la antigua Grecia, como la visión que tuvo Píndaro de la madre de los dioses durante una tormenta en las montañas; o la que tuvo Fidípides de Pan, que él experimentó en «uno de los más agrestes y desolados caminos de Grecia», mientras cruzaba el desfiladero del monte Partenón. Cada uno de estos encuentros tuvo lugar en áreas montañosas e implicaron estados de «cansancio sumado a la soledad frente a la Naturaleza». Tal como escribió Dodds:

> Estas tres experiencias tienen un interesante punto en común: todas ellas suceden en lugares montañosos y solitarios… Posiblemente no sea algo accidental. Exploradores, montañeros y aviadores tienen extrañas experiencias incluso en la actualidad: un célebre ejemplo es la presencia que acompañó a Shackleton y a sus hombres en la Antártida.[284]

La «metáfora de la montaña en la religión» está ampliamente reconocida pero, en la publicación *Medical Hypotheses*, Shahar Arzy y tres coautores, neurólogos de universidades suizas o israelíes, sugirieron que las montañas son más que una simple metáfora. Aseguraron que «las experiencias de revelaciones o fenómenos similares que viven los alpinistas a grandes altitudes» podían ayudar a explicar el vínculo entre las montañas y la religión. Son las cumbres adonde los sabios acuden a buscar la iluminación. Los montes —el Olimpo en Grecia, el Kailash en el Tíbet, el Fuji en Japón y el Taishan en China— representan las poderosas fuerzas tanto de la naturaleza como de lo sagrado. En particular, como anotaron Arzy y sus compañeros: «Las revelaciones que recibieron los fundadores de las tres religiones monoteístas occidentales —Moisés, Jesús y Mahoma— tuvieron lugar en las montañas»:

> En el monte de Sinaí Moisés experimentó su primera revelación, entre las zarzas ardientes, y se encontró con el dios hebreo en otras tres ocasiones. Jesús se transfiguró «en una montaña cercana» —identificada como el monte Tabor o Hermón— y se apareció a Pedro, Juan y Santiago en una nube de gloria. En la tradición islámica, el profeta Mahoma recibió el Corán mientras se hallaba en soledad en el monte Hira mediante una revelación del arcángel Gabriel.[285]

Los neurólogos sugirieron que «las estancias prolongadas a grandes altitudes, especialmente en soledad… podían afectar los mecanismos funcionales y neurales, facilitando la experiencia de la revelación». Cuando Joe Simpson oyó una voz mientras atravesaba una terrible situación en el Huascarán, lo atribuyó de inmediato a causas rutinarias: «Pensé que me había dejado el *walkman* encendido a bajo volumen. Al comprobarlo, me lo encontré apagado y cuidadosamente envuelto en una bufanda en el bolsillo superior de mi mochila. Me quité el pañuelo, exponiendo mis orejas al viento helado, pues pensé que lo que escuchaba era el sonido del roce de la piel con el tejido. Pero las voces seguían allí».[286] En la Antigüedad, la explicación a un fenómeno como éste no podía atribuirse a un *walkman*, sino a un ente divino.

En la investigación publicada en el *Medical Hypotheses* aparece una segunda e importante observación: esas experiencias reveladoras sucedieron también en montañas de baja o mediana altitud. El monte Helicón tiene 1749 metros de altitud; el Sinaí, 2600; el Hermón, 2841; el Hira, 2600; y el Tabor, tan sólo 588. Comparadas con las altas cimas que se escalan en la actualidad, aquéllas eran, en efecto, muy inferiores. En ellas no se experimenta ni frío extremo ni falta de oxígeno. Los factores críticos que identificó Griffith Pugh no aparecen aquí. Entonces, ¿cómo es que algunas personas experimentan, a pesar de todo, la presencia del Tercer Hombre a altitudes muy inferiores, o incluso al nivel del mar? Los neurólogos tienen una respuesta intrigante: en el caso de «los individuos propensos a las experiencias místicas… las altitudes moderadas son suficientes».[287]

La altitud puede provocar la aparición del Tercer Hombre, pero no es necesaria para que los individuos tengan esta experiencia. Los siguientes casos entre alpinistas se contraponen a los de Smythe, Buhl, Streather, Messner y los demás, y contradicen convincentemente la opinión de Pugh de que «el deterioro de las funciones cerebrales» subyace en la experiencia. En algunos casos, el estrés es grave y, en otros, es moderado en comparación, pero la hipoxia no aparece en ninguno de ellos. ¿La explicación de las diferencias estriba, pues, en que algunas personas son propensas a tener experiencias místicas y otras no? La cuestión es discutible, pero es innegable que las condiciones externas no constituyen el único factor que suscita la aparición del Tercer Hombre. Hay algo más en juego, y la evidencia sugiere una variable psicológica interna: un factor musa.

La extrema altitud no fue un factor para el alpinista estadounidense Rob Taylor en la lucha que siguió a su fracasado intento de conquistar la pared Breach del

Kilimanjaro, en enero de 1978. El ascenso de la cumbre, que se alza a 5895 metros sobre las llanuras africanas, no entraña dificultades pese a su altitud. Los turistas sin experiencia en alpinismo pueden subir por sus laderas con ayuda de guías. Pero la pared Breach es distinta, pues su ascenso es técnicamente muy dificultoso. En las primeras semanas de 1978, se presentaba más desafiante de lo normal, debido a los cien metros de hielo podrido localizados cerca de la cúspide. A un metro de profundidad, el hielo tenía la misma consistencia que el azúcar. Taylor tuvo que rascar entre los cristales de hielo antes de fijar los clavos de hielo. Sabía que, en tales condiciones, la posibilidad de una caída era muy alta, y hundió firmemente los clavos de hielo, colocándolos muy cerca unos de otros. Pero Taylor se precipitó en el vacío al romperse el hielo al que se asía, aunque se salvó gracias a las cuerdas a las que estaba atado. Notó enseguida un dolor agudo en el pie izquierdo. Se había roto el tobillo al golpearse contra el hielo tras la súbita caída. El arco del pie estaba tan tremendamente torcido que le tocaba la pantorrilla, y la bota empezó a llenarse de sangre. Luchaba para no perder el control mientras amenazaba con invadirle el aturdimiento de la conmoción. Intentó colocar en su sitio los huesos del pie y de la espinilla. Su compañero de escalada Harley Warner agarró la bota izquierda de Taylor sujetándola con fuerza. Taylor tiró de ella y, tras unos minutos de agonía, el peroné volvió a su lugar. A continuación utilizó el mango del piolet como tablilla. En otras circunstancias, la lesión hubiera sido grave aunque fácil de tratar, pero a 5500 metros de altura y a 120 kilómetros del puesto médico más cercano, el joven, de veintitrés años, se exponía a una seria infección y a una posible gangrena.

Con Warner, Taylor se vio forzado a montar un campamento provisional, y a emprender el arriesgado y laborioso descenso a primera hora del 15 de enero. Al principio, Warner bajó al alpinista lesionado por la pared mediante las cuerdas, pero cuando terminó la pendiente, Taylor perdió toda la movilidad que le quedaba. Warner no podía llevarlo más lejos, de modo que Taylor tuvo que arrastrarse, «sólo unos pocos metros cada vez, con mi pecho». Sin embargo, el descenso de la pared, y el posterior arrastre para bajar desde el borde del glaciar, con el tormento que ello implicaba, no fue lo peor del calvario de Taylor. El 17 de enero, Warner lo dejó al pie del Kilimanjaro, en el lado donde quedaba resguardado del frío por unas rocas grandes. Se metió en su saco de dormir impermeable y aguardó mientras su compañero marchaba en busca de auxilio. Éste le había garantizado que el equipo de salvamento llegaría, a más tardar, a la mañana siguiente, y Taylor no tenía razones para no creerle. Al haber quedado atrás el peligro del descenso, se sintió relajado y, en ocasiones, incluso eufórico. Pero al día siguiente no apareció nadie, y el deteriorado estado de Taylor empeoró cuando se acabó el butano del hornillo y no pudo derretir la nieve para obtener agua.

Poco después, Taylor vio a menos de cincuenta metros de distancia una figura varonil, agachada. Al principio pensó que podía ser un miembro del equipo de salvamento, y empezó a dar voces pidiendo ayuda. Pero no obtuvo respuesta.

«¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¡Contéstame!», gritó. El ver que la figura no le contestaba lo llenó de confusión, que se transformó en ira y frustración. Necesitaba ayuda desesperadamente, una ayuda que no llegaba. Taylor arrojó varias piedras en dirección a ese ser para ver si reaccionaba. Algunas parecían pasar a través de él: «He adivinado claramente su contorno, pero no acierto a distinguir sus rasgos a través de la bruma nevosa. Tan rígidas son las líneas generales de su cuerpo, al parecer desnudo, como las de un bailarín con mallas». Taylor no acababa de comprender la experiencia —«mi mente no sabe qué hacer con ese ser»— pero empezó a aceptar que la figura, serenamente sentada en una roca, se hallaba allí para hacerle compañía. «Hora tras hora, este compañero observador, como yo lo llamo, intenta mirarme a través de la cortina de nieve». En medio de la oscuridad, dirigió la linterna del casco hacia su compañero, que seguía en su posición de silencioso centinela.

Esa noche, Taylor se despertó súbitamente, como si hubiera sonado una alarma. No sólo no le dolía el pie lesionado, sino ninguna parte de su cuerpo. Un insoportable olor a descomposición le llegó al salir del saco de dormir. Trató de quitarse de un tirón la bota del pie herido, pero no pudo. Acto seguido, comenzó a cortarla a tajos con el piolet, logrando quitársela al final. El pie sufría una grave infección y, una vez liberado, salieron disparados chorros de pus amarillo de la herida. El pie se había hinchado dentro de la bota, obstruyendo la circulación de la sangre, lo que hizo que se extendiese la infección. Al restablecerse el riego sanguíneo, recuperó la sensibilidad del tobillo, del pie y de los dedos del pie. Taylor se dispuso a limpiarse la herida. Se dio cuenta de que si no hubiera descubierto la infección hasta la mañana siguiente, habría sido demasiado tarde para salvar el pie. Se preguntó: «¿Qué me ha despertado? ¿Ha sido mi compañero observador? ¿Se me ha enviado como mensajero?… Alguien, algún ser, me guía en esta expedición».[288] Antes de acostarse, Taylor proyectó la luz de su linterna en busca de su amigo. Escudriñó en la oscuridad y lo vio, en esta ocasión mucho más cerca de él.

Transcurrieron dos días y dos noches. Algo le había sucedido a Warner. No regresaba. No habría equipo de rescate. Taylor tenía fiebre; el pensamiento, la realidad y el ser oculto parecieron fundirse en un estado de aturdimiento. Su compañero se acercó a él, pero Taylor seguía sin poder vislumbrar ningún detalle de la figura. Pudo distinguir una ceja, y la forma de la barbilla, pero nada más. Pese a que «todo estaba cubierto de nieve», no se veía un solo copo sobre la figura; además, «ésta ocupaba un espacio físico, como una piedra o cualquier otra cosa», y eso le sorprendía. Poco después, el ente se encontraba «a los pies del saco de dormir». Taylor sintió que ese ser «era muy benévolo y muy positivo… era pacífico e, indudablemente, tranquilizador».[289] Tras permanecer junto a él durante días, la presencia desapareció, y Taylor se quedó solo. Minutos después, oyó voces que gritaban su nombre: era el equipo de rescate. La vida de Taylor, y su pie, estaban salvados. Warner había tomado una ruta diferente al ir en busca de ayuda y se había

perdido, lo que explicaba su larga tardanza. Más adelante, Taylor escribiría sobre su encuentro con la presencia:

> En la actualidad, no hablo con tanta frecuencia sobre mi compañero observador. Es una criatura que aquí se halla fuera de lugar, resulta incomprendida. Tras el episodio en la pared de Breach, cuando hablé de él por primera vez a la gente, ésta reaccionó de un modo bastante previsible:
>
> «¡Qué imaginación!». «Vaya alucinaciones que te provocó la fiebre». Al principio yo me mantenía en mis trece: «Era real, de carne y hueso, o, como mínimo, de una forma concreta que yo podía ver». Luego dejé de hablar de él. Era más fácil que intentar definirlo o defenderlo ante personas que no podían entender la experiencia. Ahora lo sé y puedo decirlo: él estaba allí y era tan real como usted o como yo. Todavía hoy desconozco su propósito, pero sé que fue algo bueno.**[290]**

En mayo de 1981, Jim Wickwire, abogado de Seattle de cuarenta años y experimentado alpinista, quien ya había conquistado la cumbre del K2, emprendió el ascenso de la imponente pared de Wickersham del monte McKinley. Es una de las paredes más altas del mundo, que se alza a 4200 metros sobre el glaciar Peter hasta alcanzar los 6194 de la cima norte. Debido al riesgo de avalanchas, nadie la había escalado desde 1963, pero Wickwire y un alpinista más joven, Chris Kerrebrock, creyeron que el desafío no era insuperable. Llegaron en avión hasta el emplazamiento principal de aterrizaje de la montaña, abriéndose luego camino hacia la remota parte norte. Sortearon algunos peligrosos precipicios de hielo y un *bergschrund* —una enorme grieta al pie del glaciar— y descendieron por el glaciar en dirección a la base de la pared de Wickersham.

La tarde del 8 de mayo, atravesaban lentamente el glaciar, arrastrando un trineo lleno de víveres. Iban atados el uno al otro. Kerrebrock marchaba al frente, cuando una capa de hielo que ocultaba una brecha se rompió y el alpinista se precipitó en ella de cabeza. La fuerza del peso de Kerrebrock en la cuerda arrastró y lanzó por los aires a Wickwire, que no había visto la caída. Wickwire recordó haber pensado «voy a morir», antes de que él y el trineo se precipitaran por la grieta y cayeran encima de Kerrebrock, que estaba vivo, tendido boca abajo entre las paredes de la brecha y enterrado bajo su enorme mochila, cuya amplitud había quedado reducida a la mitad por la fuerza del impacto. Todo cuanto Wickwire podía ver de Kerrebrock eran sus piernas. «¡No me puedo mover, Wick, tienes que sacarme de aquí!», exclamó Kerrebrock. Wickwire se había roto el hombro, pero pudo incorporarse utilizando un martillo con el brazo sano para realizar pequeñas hendiduras en el hielo, donde colocó las puntas delanteras de sus crampones. Poco a poco, logró salir de la grieta. Le llevó una hora ascender 7,5 metros. Se tumbó en la nieve, respirando con dificultad.

Wickwire comenzó a trabajar de inmediato para liberar a Kerrebrock, primero tensando la cuerda y luego, pese a sus heridas, tirando de ella con todas sus fuerzas, sin que su compañero se moviera. Tornó a intentarlo, pero le resultaba imposible sacar a Kerrebrock de allí. Supo que tendría que volver a meterse en la grieta. Ató

una cuerda a una estaca que clavó profundamente en la dura nieve, y descendió por ella. Primero intentó atar la cuerda a las correas cruzadas de la mochila de su compañero, tirando de ellas. Comoquiera que esto tampoco dio resultado, cogió su martillo y trató de cortar el material de la mochila, pensando que sacando de allí algunos objetos aliviaría la presión sobre Kerrebrock.

Nada de lo que hizo tuvo efecto alguno. Tras seis horas de intentos fallidos, acompañados por peticiones de auxilio radiotransmitidas que no obtuvieron respuesta, hubieron de asumir que Wickwire había agotado todas las opciones para sacar a Kerrebrock de la grieta. «No puedes hacer nada más, Wick. Debes salir de aquí», musitó éste. Wickwire no podía creer que Kerrebrock fuera a morir, y que él no pudiera hacer nada para impedirlo. Cuando salió de la grieta, Wickwire estaba físicamente acabado, e invadido al propio tiempo por una sensación de tristeza y de culpa. Tendido al borde del agujero, se metió en un saco de nailon de vivac. Kerrebrock murió esa noche a causa del frío y de las lesiones. Pasó sus últimas horas delirando debido a las heridas y al frío glacial. En algún momento, Wickwire le oyó cantar algo parecido a una canción de colegio. A las dos, le oyó por última vez.

El calvario de Wickwire no había terminado. Aun programando un encuentro con un avión para zonas remotas, éste tardaría dos semanas en llegar. La mayoría de víveres y suministros, incluidos la tienda de campaña, el hornillo y la mayor parte de la comida, permanecían en el fondo de la brecha. Wickwire sólo disponía de doce palos de cecina de vacuno para comer y del saco de vivac para resguardarse del frío hasta que llegara el equipo de rescate. Volvió a entrar en la brecha, y pudo coger más comida del trineo, pero no era suficiente. Sentado bajo altos precipicios de hielo, en un inmenso glaciar, empezó a sufrir síntomas de deshidratación. Tenía una botella y pudo llenarla de agua derritiendo algo de nieve al presionarla contra su cuerpo. A veces ayudaba el calor del sol. El piloto que los había traído prometió sobrevolar la zona para comprobar cómo les iba, y Wickwire estaba pendiente de oír el sonido del avión. En ocasiones oía el ruido de aeronaves ligeras, pero se encontraban muy lejos. Al cabo de siete días, el peligro de avalancha lo obligó a alejarse de allí. En el camino, estuvo a punto de precipitarse en dos brechas distintas.

Wickwire anotó en su cuaderno: «La semana pasada, en algunas ocasiones, estuve a punto de volverme para hablar con alguien. Tenía la sensación de que allí había otra persona».[291] Se preguntaba: «¿Es ese ser una parte disociada de mi personalidad? ¿O se trata del espíritu de Cristo? ¿O sólo es el miedo y la soledad?».[292] Wickwire no se sentía amenazado por esa presencia; en realidad, «era reconfortante, me tranquilizaba… Era un compañero, una sensación de apoyo. También un aviso de que me hallaba en una situación extrema, algo así como una confirmación de ello».[293] Decidió que si quería sobrevivir, tendría que continuar caminando hasta el otro lado de la montaña, que era un punto de reunión de los alpinistas.

Se arrastraba, sondeando la superficie del glaciar con el piolet, para evitar toparse con una grieta. Avanzaba con firmeza y, tras dejar atrás las brechas, calculó que

todavía le quedaba un día entero de marcha para encontrar ayuda. De súbito, se le vino encima una ventisca y tuvo que detenerse. Las temperaturas cayeron y a Wickwire le azotaban vientos de hasta 120 kilómetros por hora mientras la nieve se amontonaba sobre él. Sólo le quedaba un palo de cecina de vacuno. Ansiaba comer, pero no era sólo el hambre lo que le corroía. Atravesaba momentos de insoportable soledad. Sin embargo, durante la tormenta, que duró cuatro días, la presencia regresó, y permaneció a su lado. Wickwire se sintió «consolado por la sensación de no estar solo, de que alguien estaba allí conmigo». Ascendió hasta el glaciar superior, con lo que el peligro de las brechas disminuyó. Al fin pudo establecer contacto radiofónico con el piloto. El avión se acercaba cuando se disponía a coger su mochila y metió un pie en otra brecha. Se abalanzó hacia delante para evitar la caída, pues ya no podía más. Parecía que el glaciar estaba empeñado en no dejarle escapar. Se sentó y rompió a llorar. Al poco, el piloto aterrizó cerca, y Wickwire pudo escapar. Había perdido once kilos desde que Kerrebrock y él iniciaran la aventura, hacía sólo tres semanas.

El monte Fuji, un volcán durmiente que con sus 3776 metros de altitud es el más alto de Japón, no suele estar asociado a ningún tipo de condiciones extremas. Durante la temporada de escalada, en julio y agosto, es una cumbre que las personas sin experiencia en alpinismo pueden alcanzar fácilmente. Muchos lo hacen. La montaña, un símbolo nacional, visible desde Tokio en días despejados y a no más de cien kilómetros de la capital, ha cobrado un significado especial para los japoneses por las deidades que allí residen y por sus poderes espirituales. Con todo, las escaladas fuera de temporada se recomiendan habitualmente a los alpinistas experimentados y, desde octubre hasta mayo, el gobierno japonés alerta del peligro de escalar hasta la cúspide debido a los fuertes vientos, a las severas condiciones meteorológicas, y al riesgo de avalanchas. Walter Welsh, un profesor de geodesia de cuarenta y tres años y natural de Munich, en Alemania, que se hallaba en Japón asistiendo a una conferencia académica, emprendió al ascenso a la montaña el 6 de mayo de 1982. Welsh tenía mucha experiencia como alpinista, y consideró que alcanzar la cima del Fuji sería relativamente fácil incluso en esas fechas. Era su primer día en el país, y emprendió la escalada en solitario. Durante las primeras horas del ascenso, se preocupó por los fuertes vientos que azotaban la montaña. Las cabañas del Fuji, construidas para descanso de los alpinistas, estaban cerradas. Siguió ascendiendo, pese a que arreciaban las ráfagas de viento. No le preocupaba la altitud y la temperatura era suave. Se sentía tranquilo, y no le afectaban ni la ansiedad ni la soledad. Se concentró en la escalada, que resultó cada vez más ardua cuando se introdujo en el tramo nevado. En un momento dado, se detuvo a tomar una lata de zumo de tomate y se sintió mal «al no tener a nadie con quien compartir la bebida». Fue entonces cuando notó que había experimentado la sensación de que alguien se hallaba con él, un «compañero invisible». Calificó la experiencia de «extraña».[294]

Cuando se encontraba a 3400 metros de altitud, la tormenta empeoró. Su equilibrio era precario y tuvo que andarse con mucho cuidado para que el viento no se lo llevara volando. A los 3600 metros se vio obligado a subir a cuatro patas, pero continuó ascendiendo en la nieve, «dura como un hueso». Alcanzó un conjunto de *toriis* (arcos tradicionales japoneses que suelen encontrarse a la entrada de los santuarios sintoístas). Tras recorrer treinta pasos, decidió detenerse debido a las condiciones meteorológicas, antes de reanudar la marcha. Tuvo que avanzar arrastrándose boca abajo. Welsh alcanzó el altiplano del cráter, a 3720 metros de altitud, pero tomó la decisión de descender. Pensó que ya había hecho todo lo posible dado el peligro de la tormenta. El descenso fue difícil. El vendaval soplaba constantemente. Bajaba de cara a la montaña y se movía con cautela entre la densa penumbra. Un centenar de metros más abajo encontró una choza y se acurrucó tras ella para protegerse del viento, temblando y esperando que mejoraran las condiciones meteorológicas. Dormitó un rato y a las nueve de la noche decidió retomar el descenso. De nuevo se vio a sí mismo volviéndose para ofrecer algo de zumo a su compañero invisible. También reveló «haber comprobado que allí no había nadie más». Observó con extrañeza que no se sentía solo, pese a que allí no había nadie: «Siempre me sentí como si estuviera acompañado de mis compañeros habituales de escalada».[295] Cuando mejoró el tiempo, y la nieve se humedeció, Welsh echó en falta al «compañero oculto». Al poco empezó a llover y los vientos se aplacaron. Se hallaba a salvo.

El surafricano Paul Firth tuvo una experiencia similar en el Aconcagua, un pico de 6962 metros de altitud de los Andes argentinos y el más alto del hemisferio occidental. El Aconcagua está situado en la región occidental del país, cerca de la frontera con Chile. A finales de febrero de 1996, Firth, un físico de veintiocho años, intentó alcanzar la cumbre en numerosas ocasiones con otros compañeros. En todas fracasaron. El décimo día de la expedición, Firth se preparó para volver a intentarlo, pero esta vez en solitario. Primero se despojó de los gruesos guantes para desmantelar la tienda de campaña, por temor a que ésta sufriera los embates de los fuertes vientos, pues se había desatado una tormenta. A continuación ascendió rápidamente alcanzando por fin la cúspide al caer la tarde.

Durante el descenso se sintió muy cansado, exhausto por la serie de intentos de llegar a la cumbre. Le preocupaba también lo tarde que se había hecho. Mientras descansaba a 6700 metros de altitud, agotado y solo, se detuvo a fotografiar la puesta de sol y descubrió que tenía cinco dedos ennegrecidos por la congelación. La montaña no tardó en sumirse en la oscuridad. Sabía que si no lograba llegar al campamento, podía morir congelado: «Me hallaba en una situación de extremo peligro».[296] Al poco experimentó súbitamente «una intensa sensación»[297] de que allí había otra persona:

> Estaba allí sentado y, de repente, sentí como si hubiera otra persona detrás de mí. Se me erizó el pelo de la nuca, me puse en pie de un salto, y miré a mi alrededor en busca de ese ser. Pero no había nadie. Pensé «esto es rarísimo», y me senté. Poco después me dije «hay alguien conmigo», volví a ponerme en pie y miré hacia la ladera de la montaña.[298]

Se levantó y miró a su alrededor tres veces, «pero no había nadie a la vista en aquellas laderas azotadas por el viento».[299] Firth continuó su descenso, pero perdió el rumbo sin tener ni idea de adonde se dirigía. Durante ese tiempo, «mi compañero invisible me seguía y me alentaba a continuar». La presencia era la un varón, pero ninguno que Firth conociera, y era cariñoso, animándole y proporcionándole consejos prácticos.[300] Relata Firth: «El hombre me decía "Concéntrate en tu camino, coloca un pie delante del otro, no te dejes llevar por el pánico, limítate a andar". Y yo caminaba, manteniendo esa conversación mental con aquella persona».[301]

Su estado se deterioraba, y Firth empezó a tener la sensación de que su cuerpo había cambiado de forma. Se miró los pies y parecían estar más lejos de lo normal, como si él se encontrara encima de sí mismo, observándolos. La presencia permaneció con él, siempre detrás: «Era como si dos hombres bajaran por el camino, y el uno siguiera al otro. Parecía que estuviera a seis pies detrás de mí». El tiempo mejoraba gradualmente mientras descendía. Encontró su camino, y sintió una oleada de calor y energía: «Cuando llegaba al pie de la montaña me sentí más fuerte, y la presencia que me seguía desapareció tan misteriosamente como había aparecido».

Los factores externos no son las únicas causas de las apariciones del Tercer Hombre. Existe también una variable psicológica que los profesionales denominan «la apertura a la experiencia», pero yo la llamo «el factor musa». La apertura a la experiencia constituye un aspecto de la personalidad, y uno de los cinco factores de la teoría de los cinco grandes que aparece en la literatura psicológica. Los demás son: el nerviosismo (tendencia a experimentar emociones negativas, a estar de malhumor, enfadado o a alterarse fácilmente); la extroversión (la inclinación a ser entusiasta, conversador, enérgico, y a sentirse el centro de la atención); la amabilidad (poseer una visión optimista de la naturaleza humana, ser agradable y generoso), y la responsabilidad (estar dotado de cualidades orientadas al trabajo, ser una persona cumplidora, fiable y disciplinada, que busca el éxito llevando a cabo sus objetivos con determinación). La apertura a la experiencia distingue a los individuos imaginativos e independientes de los conformistas y faltos de imaginación, y se basa en la «disposición para explorar, considerar y tolerar nuevas y desconocidas experiencias, ideas y sensaciones».[302] Cierta indiferencia hacia la comodidad y la necesidad de estímulos derivados de la exploración constituyen el carácter de todas las personas, pero estas características están más sólidamente arraigadas en aquellos individuos más proclives a la apertura a la experiencia.

Las personas de tales características suelen estar llenas de ideas, son rápidas en entender las cosas, poseen valores poco convencionales, sensibilidad estética y necesitan variedad. «La apertura se percibe en la amplitud, la profundidad y la permeabilidad de la conciencia, y en la recurrente necesidad de ampliar y examinar la experiencia».[303] Va asociada a las funciones del córtex prefrontal, una parte del cerebro vinculada a lo que suelen denominarse funciones del «sistema ejecutivo» —el pensamiento abstracto, la estructuración de las acciones y la inhibición de conductas inapropiadas— y a la personalidad.

Otro concepto puede ayudar a explicar por qué algunas personas mantienen encuentros con presencias y otras no: un estado de intensa conciencia llamado «absorción». Dos psicólogos, Gilbert Atkinson y Auke Tellegen, definieron este rasgo y desarrollaron lo que ha llegado a conocerse como la escala de absorción de Tellegen, un método para calibrar la capacidad de absorción de un individuo, que reside en su habilidad para implicarse o sumergirse en los acontecimientos. Tellegen lo definió como «un estado de receptividad». Entre los componentes de la absorción cabe destacar un agudo sentido de la realidad; por ejemplo, un objeto «tanto percibido como imaginado, captado a través de la concentración intencionada del individuo, se experimenta como presente y real».[304] La absorción se ha considerado un indicador fidedigno de la capacidad hipnótica. Podría incluso demostrarse que posee un vínculo con el Tercer Hombre. Curiosamente, varios investigadores descubrieron que las personas expuestas al aislamiento en la breve temporada de verano en la Antártida desarrollaron «incrementos significativos en los grados de absorción».[305] Un estudio explicó el fenómeno como la adaptación a un entorno aislado. Ciertas personas son capaces de desarrollar esta capacidad más que otras.

Así, los individuos que se ven sometidos a situaciones externas extremas, pero que tienen poca apertura, pueden no interpretar sus efectos como la aparición del Tercer Hombre. Por otra parte, quienes poseen una mayor capacidad de apertura pueden experimentar la presencia del Tercer Hombre expuestos a condiciones externas «suficientes» para desencadenar la sensación. De forma similar, los individuos pueden estar obsesionados por la idea de que se halla un ser oculto a su lado en momentos de gran aislamiento y tensión. Aquellos con una alta apertura o absorción son receptivos al factor musa.[306] Como sostuvieron Shahar Arzy y los tres coautores en *Medical Hypotheses*, para «los sujetos que son propensos a las experiencias místicas… las altitudes moderadas son suficientes».[307] La tensión y el sufrimiento que vivieron Taylor y Wickwire no fueron por supuesto menos intensos que los que soportaron otros alpinistas en altitudes extremas, sólo fueron diferentes. Welsh y Firth también sufrieron presiones muy reales, pero menos agudas que las de Messner o Streather. ¿Por qué algunas personas son capaces de acceder a este peculiar instrumento de salvación, mientras que otras tienen que sufrir presiones mucho mayores para alcanzar el mismo resultado? El factor musa representa la

diferencia entre los individuos en EUE que son abandonados a su suerte para luchar por la supervivencia y quienes son capaces de suscitar ayuda y aliento.

Capítulo 11
El poder del salvador

Durante la segunda guerra mundial, un marino de Artillería se pasó doce horas flotando en el mar del Norte. La explosión, que había destruido su buque, lo despojó de toda su ropa, a excepción de los calcetines, el cinturón, el chaleco salvavidas y una manga del abrigo. Corría el mes de abril, y tenía «mucho frío». Otros cuatro supervivientes de la tripulación habían caído también en el agua, y estaban cerca de él. Al caer la noche, el miedo a que murieran todos antes de que llegara un equipo de rescate hizo presa del marinero. De repente, empezó a tener visiones retrospectivas de su vida. Vio a su prometida, al perro de su infancia, escenas de sus días de colegial. Eran episodios que había vivido, pero que había olvidado hacía tiempo. Comenzó a gritar, aterrorizado ante la posibilidad de morir. Uno de sus compañeros le propinó un bofetón, poniendo fin a esa horrible experiencia.

No todos los que necesitan un compañero benevolente lo tendrán a mano. Ciertos supervivientes arrojados a la deriva en balsas de salvamento sufren alucinaciones desconcertantes que no sólo no les ayudan, sino que ponen en peligro sus vidas, o incluso los conducen directamente a la muerte. En un determinado caso, un superviviente dijo ser un perro rabioso e intentó morder a los demás. En otro, «un joven de dieciséis años tuvo que protegerse con un hacha durante tres días contra la agresión delirante del otro ocupante de una pequeña balsa».[308] Estos ejemplos difieren en gran medida de los relatos sobre el Tercer Hombre.

Los supervivientes de naufragios creen ver atractivas islas tropicales o barcos de vapor que acuden en su ayuda. En una ocasión, tras pasar tres días a la deriva en el Atlántico Norte, un grupo de supervivientes «sufrió un delirio de lo más cruel. Algunos pensaban que habían regresado… a sus hogares; otros tendían las manos para alcanzar supuestos verdes campos y sombreadas plantaciones; veían suntuosas viandas desplegadas ante ellos; hacían señales a barcos imaginarios, o gritaban que se encontraban cerca de un magnífico puerto y que se aproximaban a la orilla».[309] En tales situaciones, cuando los individuos se hallan en estados de delirio, con frecuencia mueren ahogados: «Un hombre dijo que acababa de hacer té y fue a buscar una taza; se arrojó al agua por el costado de la embarcación y se ahogó. Otro pensó que había visto una hilera de casas a unos cientos de yardas de distancia; se arrojó también por el costado y no se le volvió a ver».[310] Estos hombres nadan hacia lo que se les antoja su fuente de salvación, ignorando que se trata de un cruel engaño. Para los náufragos, este comportamiento delirante es sumamente peligroso, y el peligro se agrava por la verosimilitud de las visiones: «No se dan alucinaciones liliputienses, visiones detalladas de animales y de rostros, escenas distorsionadas, sensación de alarma, extrañeza, o incomprensión».[311] En su lugar, lo que ven los desesperados

supervivientes son mesas repletas de comida, barcos o tierras cercanas, alucinaciones con frecuencia vividas con una «gran intensidad sensorial» que trocan en una invitación a la muerte.

Salta a la vista que no todos experimentan el fenómeno de la presencia de un compañero benévolo; lo que resulta asombroso es que tantos lo hayan percibido. La experiencia del Tercer Hombre en los mares no se limita a los supervivientes de naufragios —individuos que se hallan perdidos en el océano y para los cuales el calvario involuntario resulta siempre terrorífico—, sino que también se produce en los marinos solitarios o en aquellos que participan en regatas de larga distancia. Los primeros están traumatizados por la situación en que se encuentran, mientras que los segundos están preparados para afrontar el aislamiento en una travesía en la que se han embarcado voluntariamente. En este sentido, las experiencias son muy diferentes, si bien comparten factores comunes: monotonía, soledad, falta de sueño y exposición a condiciones climáticas extremas. También deben tenerse en cuenta los efectos psicológicos del sufrimiento físico y mental acumulado. Y en estos entornos, como es el caso de los alpinistas o exploradores polares, la respuesta humana puede ser extraordinaria. E. C. B. Lee y Kenneth Lee, los autores de *Survival and Safety at Sea*, escribieron: «Existen muchos casos en que los supervivientes han sentido una presencia oculta, ayudándoles y reconfortándoles, incluso indicándoles lo que deben hacer».[312] A diferencia de los delirios, «el Tercer Hombre no aparece para burlarse de ellos o hacer travesuras».[313] Se producen, por consiguiente, dos tipos de visiones en situaciones extremas: la del salvador y la del destructor. Lo que sigue son ejemplos del poder del salvador.

Resulta difícil de imaginar una odisea más terrible que la que atravesó Kenneth Cooke, un marino mercante que se hallaba a bordo del carguero *SS Lulworth Hill*, tras ser éste torpedeado por un submarino alemán el 19 de marzo de 1943 frente a la costa occidental de África, al este de la isla de Ascensión. El barco, que se dirigía al Reino Unido desde Ciudad del Cabo, cargado de explosivos, motores de avión, ron y azúcar, había sido perseguido durante horas por el enemigo, pero su fin fue repentino. Gravemente dañado por las potentes explosiones, el *Lulworth Hill* se hundió en un minuto y medio, y de los 57 hombres que formaban la tripulación sólo catorce de ellos pudieron alcanzar los botes salvavidas. Los que se salvaron fueron arrastrados a la deriva en aguas infestadas de tiburones, a más de 1200 kilómetros de tierra. Lo que siguió fue un cruel calvario lleno de incesantes penurias. Desde el principio, los hombres formaban, según Cooke, «un grupo de aspecto calamitoso», con las caras ennegrecidas por el combustible y la ropa hecha trizas. Desde la posición en que se hallaban, calcularon que habrían de transcurrir no menos de treinta días antes de que alguien acudiera en su rescate. Uno por uno, los supervivientes, quemados por el implacable sol ecuatorial, muertos de hambre, con unas provisiones mínimas —y

algunos de ellos obligados por la sed a beber agua de mar—, fueron abandonando toda esperanza de recibir auxilio. Yacían unos junto a otros, con los cuerpos cubiertos de llagas provocadas por el agua salada y la lengua hinchada, siempre pendientes del horizonte. Por si fuera poco, los tiburones los acechaban implacablemente.

Durante el quinto día, la creciente desesperación alcanzó un estado de agitación extrema: «¡Estamos perdidos! ¡Nunca vendrán a buscarnos, ni tampoco podremos llegar a tierra!». Pero no tardaron en apagarse las voces y, al octavo día, Cooke observó que nadie había abierto la boca en cuarenta y ocho horas. Más adelante, pasadas dos semanas, las voces de los marineros se alzaron de nuevo, pues la situación se había deteriorado tanto que una constante barahúnda invadía la balsa: murmullos de maldiciones y de frases sin sentido, sollozos y gemidos agónicos. El 6 de abril, tras pasar diecinueve días en el bote salvavidas, sobrevino la primera muerte. El oficial de cubierta, Basil Scown, pasó una noche terrible, sin cesar de desvariar. En dos ocasiones, intentó arrojarse al agua, pero se hallaba tan débil que alguien pudo frenarle con una sola mano. A las cuatro de la tarde pareció reanimarse. Abrió los ojos y pidió agua. Cooke le suministró dos onzas, sosteniendo el vaso contra sus labios resecos. El oficial parecía tranquilo y lúcido, y les decía a los demás hombres que eran «una pandilla de hombres buenos». Sonrió débilmente. Minutos después pareció que murmuraba algo y Stewart, el mozo de cabina, pegó la oreja a los labios del oficial para intentar descifrar sus palabras. «De repente, el joven lanzó un chillido y comenzó a golpear a Scown en la cabeza con los puños». Lloraba a lágrima viva mientras sollozaba: «Está muerto, os lo digo yo». Cooke se preguntó quién sería el siguiente. «Nos mirábamos abiertamente los unos a los otros, comparando nuestra propia fuerza y resistencia con la de los demás». Cooke se sentía como si participara en un juego macabro, en el que no habría ganadores a menos que un «día más de martirio» pudiera considerarse un premio. El 9 de abril se produjo la segunda muerte, y un tercer marinero falleció dos días después. Llevaban ya veinticuatro días a la deriva.

Para Cooke, la muerte del John Arnold, un aprendiz que había pasado su decimoctavo cumpleaños en el bote salvavidas, fue la más dura de asimilar. El muchacho, escribió Cooke, «irradiaba bondad y dulzura». Arnold poseía una profunda fe, y conducía a los supervivientes en sus oraciones. Durante algún tiempo antes de la muerte de Arnold, a Cooke le había atormentado el rostro demacrado del joven: «Conocía esa cara, me decía constantemente a mí mismo. La había visto antes». Tiempo después, se dio cuenta de que el rostro de John, en su mente, se había convertido en el de Cristo crucificado, tal y como éste estaba representado en una capilla a la que Cooke acudía de niño. El 12 de abril, cumplidos veinticinco días después del accidente del *Lulworth Hill,* Arnold llamó a Cooke, un hombre diez años mayor que el joven y curtido en el mar como carpintero de barcos. «¿Puedo rezar?», preguntó el muchacho. Oró durante un rato, antes de abrir los ojos y mirar a Cooke con sosiego:

—Voy a morir —dijo—. He hablado con Dios. Algunos de vosotros lograréis salvaros, y creo que tú estarás entre ellos. Querría que transmitieras un mensaje a mi padre y a mi madre. ¿Lo harás?

—Por supuesto, John. ¡Haré cuanto me pidas!

—Diles que he muerto como un buen cristiano.[314]

Cooke lo sujetaba y miraba, impotente, cómo la vida de Arnold se consumía poco a poco.

Otras muertes no tardaron en producirse tras la de Arnold, de modo que Cooke concluyó: «La muerte no era un simple suceso. Era nuestra constante compañera». Los hombres morían, apuntó, «como moscas». Algunos fallecían entre terribles convulsiones y arcadas, provocadas por sus deteriorados estómagos, asfixiándose hasta la muerte, con las lenguas negras e inflamadas, y gritando obscenidades. Otros morían en silencio: sus vidas se escabullían como el agua de lluvia por las cloacas. El 17 de abril, un hombre llamado Bott se levantó de un salto, enloquecido y, dando muestras de una fuerza maníaca, agarró a dos hombres con cada brazo y saltó al mar, arrastrándolos con él. Cooke y los demás intentaron sujetar las manos de las dos víctimas. Consiguieron sacar a uno del agua pero, antes de poder alcanzar al segundo, «un tiburón se dirigió hacia él como un rayo arrancándole la pierna derecha por encima de la rodilla». Bott logró mantener a los tiburones a raya agitándose frenéticamente. Nadie intentó sacarle del mar. No había elección: incluso si hubieran podido alcanzarlo, no habrían sido capaces de dominarlo. Lo abandonaron a los tiburones. Tras unos momentos salpicados de manotazos y chillidos, se calmó el agua alrededor de la balsa.

El 22 de abril murió un marinero llamado Platten. Era un hombre meticuloso, sobrecargo del *Lulworth Hill* y —pensó Cooke— había aguantado firme para pasar treinta días a la deriva. Ni uno más. Cuando terminó ese plazo, simplemente se rindió. Cooke escribió en su diario de navegación, improvisado en un pedazo de lona: «Han fallecido ocho hombres más». Los dos últimos supervivientes, Cooke y el hábil Colin Armitage, pasaron apuros para lanzar el cuerpo de Platten al mar. Cuando lo lograron, éste se deslizó rápidamente bajo el bote. El cadáver permaneció allí durante tres días, «golpeando y chocando contra la balsa de una forma horrible». Finalmente se hundió.

Los dos hombres se alimentaban de raciones cada día más exiguas. Pero había algo más que ayudaba a Cooke a aguantar. El 23 de abril, el trigésimo sexto día a la deriva, vio a John Arnold, y de nuevo oyó sus palabras, que le decían que iba a salvarse. En el cuadragésimo día en el bote, Cooke escribió: «Hoy he visto constantemente el rostro de John Arnold. Su presencia, al igual que el agua, el chocolate y el *pemmican*, me mantiene vivo». Sin embargo, la muerte los requería. Los periodos de coma duraban más que los momentos de conciencia. El cuadragésimo segundo día, Cooke se hallaba contemplando unas gaviotas que volaban en círculos sobre ellos, y masculló: «Si tuviéramos alas…». De pronto, Armitage lanzó un grito de alegría. Cooke pensó que había enloquecido, pero

Armitage lo miró diciendo: «¿No te das cuenta de que éstos son los primeros pájaros que hemos visto desde que saltamos al bote?». Comprendieron que estaban cerca de tierra.

El cuadragésimo tercer día, los dos supervivientes cerraron un pacto de suicidio. Acordaron atarse el uno al otro y tirarse al mar, donde los tiburones acabarían por fin con esa lenta tortura. En ésas, Cooke oyó una voz: «Algunos de vosotros os salvaréis». Las palabras eran tan claras y nítidas, que al principio pensó que era la voz de Armitage. Pero éste se encontraba embotado contemplando el mar y, al poco, perdió el conocimiento. Cooke enseguida supo quién había hablado:

> Tal vez pueda explicarse científicamente, y esa voz era sólo mi subconsciente, que me decía que no hiciera tonterías. No lo sé. Quizá sí, quizá no. Todo cuanto sé es que, en ese momento, estaba convencido de que quien hablaba era el joven John Turney Arnold. Es más, podía sentir su presencia invisible sentada a mi lado, reconfortándome, en aquel pequeño y solitario bote perdido en el inmenso Atlántico.[315]

«Tiene razón», se dijo Cooke. «Tiene razón. Siempre dicen que la esperanza es la última en morir».

La intervención impidió todo intento de suicidio y, ese mismo día, los supervivientes oyeron pasar sobre ellos dos aviones a gran altura. Por fin, el 7 de mayo de 1943 fueron avistados y rescatados por la tripulación de un buque de guerra británico, el *HMS Rapid*. Por desgracia, Armitage murió poco después, con lo que Kenneth Cooke se convirtió en el único superviviente del *SS Lulworth*. Tras esa experiencia, Cooke se fue a vivir muy lejos del mar, trabajando de guardabosques en Yorkshire. En ocasiones, tenía pesadillas en las que regresaba a aquel bote, y se despertaba gritando. Diecisiete años después del fin de aquel calvario, publicó un relato sobre los horrores que había vivido. Sintió que había llegado a comprender a aquellos hombres del bote de un modo que poca gente podía entender. Había admirado su coraje y resistencia, y había visto lo peor de ellos y de sí mismo, «el miedo cobarde, el histérico aferrarse a la vida». Pero Arnold había sido el mejor de ellos. Cooke anotó: «Sé que el ejemplo de John y su presencia me salvaron y me cambiaron la vida».[316]

El 23 de febrero de 1953, dos desertores de la Legión Extranjera francesa abandonaron el barco que se dirigía a Saigón para luchar contra el Vietnam comunista. Se lanzaron al agua en un bote con los suministros necesarios, comida y vino incluidos, para unos cuantos días. Se hallaban en una concurrida ruta de navegación, y contaban con que alguien no tardaría en recogerlos. Sin embargo, quedaron aislados en el bote durante semanas y fueron arrastrados desde el estrecho de Malaca en dirección oeste hasta el interior del océano Índico. En ocasiones, violentas tormentas les bañaban en agua helada y terribles vendavales azotaban la balsa. Durante una tempestad, tuvieron que hacer acopio de todas sus fuerzas para

mantenerse en el bote, pues éste era empujado de una a otra cresta de ola. Otras veces se achicharraban bajo el implacable sol ecuatorial.

Con el tiempo, el hambre y la sed los empujaron a la desesperación. La presión psicológica a la que se veían sometidos por sus desesperadas circunstancias les pasó una terrible factura. Uno de los hombres, un sueco de veintitrés años llamado Fred Ericsson, comenzó a comportarse de modo extraño: «Sostenía una caja de cerillas imaginaria y fingía encenderlas, acercando las llamas a un inexistente cigarrillo que, supuestamente, sujetaba entre los labios». Llegado un momento, se oyó un fuerte chapuzón y Ericsson desapareció. El otro hombre, Ensio Tiira, un joven finlandés de veinticuatro años, gritó: «¡Ericsson, Ericsson! ¿Dónde estás?». En ese mismo instante, el sueco salió a la superficie, junto al bote. Trepó a bordo y espetó a Tiira: «¿Por qué me has empujado al agua?». Tiira le contestó: «¿Empujado, yo? No seas idiota. Estaba sentado en el borde del bote buscando barcos. Ni siquiera te he tocado». Pero Ericsson se mantuvo firme: «Alguien me ha empujado».

El calvario se alargaba de días a semanas. Un día, Ericsson lanzó de repente un grito. Un tiburón había atravesado el suelo de lona del bote. Los hombres se aferraron a los flotadores y lo golpearon con los remos hasta que por fin el animal volvió a sumergirse en las aguas, dejando un agujero lo bastante amplio como para que un hombre cayera por él. Un segundo tiburón abrió otro gran agujero en la lona. Una docena de veces embistieron los tiburones los costados del bote hacia arriba en un ángulo de 45 grados. En ocasiones, hasta tres animales atacaban a la vez. Los embates continuaron durante horas y los dos hombres se defendieron como pudieron. Finalmente, los tiburones claudicaron y volvieron a sumergirse nadando alrededor de la barca. Tiira y Ericsson, exhaustos, cayeron desplomados. Tiira diría más adelante: «Me dolían los ojos y en la boca no me quedaba una gota de saliva. Las sienes y el corazón me latían con fuerza. Era incapaz de moverme. No podía más».

Soportaron periodos de 60 horas sin agua. Luego llovía y acumulaban agua suficiente para beberse diez tragos cada uno. Pero dejó de llover y poco a poco iban acercándose a la muerte. El horror de su situación se acrecentaba, pues pasaron algunos barcos que no vieron sus desesperadas señales. En una ocasión, les despertaron en plena noche las luces de tres buques, que navegaban en dirección oeste. Ninguno de éstos se hallaba a más de cinco kilómetros de su posición. Ericsson tomó la linterna y empezó a hacerles señales con ella en código Morse: SOS, SOS, SOS. Pareció que un barco, a unos 800 metros de distancia, les devolvía las señales. Les invadió una oleada de esperanza y alegría. Ericsson volvió a hacer las señales, SOS, una y otra vez. Pero no obtuvieron más respuesta del barco. No se desvió de su rumbo. Se sentaron en silencio, atónitos y, a continuación, se durmieron.

Durante los primeros días que pasaron a la deriva, intercambiaron historias. Con el tiempo, sus conversaciones se volvían más morbosas. Más adelante dejaron de hablarse por completo; no tenían nada más que decir, nada que mereciera el esfuerzo. Tiira explicaría: «Estábamos muriendo expuestos a unas condiciones climáticas

extremas, calor, sed e inanición». Podían sentir cómo se apagaban sus vidas lentamente. Incluso la barba dejó de crecerles. En el decimosexto día a la deriva, sus cuerpos estaban cubiertos de profundas llagas, provocadas por el agua salada y el implacable sol. Ericsson se hallaba muy débil. Al mediodía siguiente llovió, pero no lo suficiente, y Ericsson se puso a exigir más agua. En un momento dado, pidió a Tiira que lo llevara a un hospital. Al poco, dejó de suplicar agua y ya sólo exhalaba suaves gemidos. El decimoctavo día volvió a llover, aunque por poco tiempo, y Tiira recogió algo de agua en una bolsa de plástico. Intentó despertar a Ericsson pero éste había perdido el conocimiento, y de allí se deslizó plácidamente hacia la muerte. A partir de ese momento, Tiira sintió una insoportable soledad. Conservó el cadáver de Ericsson en el bote, como prometió hacerlo, con el fin de devolverlo a su tierra para ser enterrado. El cuerpo, apretado contra los cordajes, le proporcionaba cierta compañía. No obstante, empezó a secarse bajo el sol ecuatorial, y los tiburones iban a por él. Para salvarse, Tiira no tuvo más remedio que empujar el cadáver al océano. A sólo un metro del bote, se desató una frenética batalla por el alimento.

Tiira había quedado reducido a un esqueleto viviente y tenía la piel llena de úlceras. Sufría una muerte lenta y atroz, incapaz de moverse, soportando lo que él llamó «el horror del bote». Y sin embargo, en su relato sobre el calvario, *Raft of Despair*, escribió que no había estado solo:

> No recé, y no soy habitualmente un hombre religioso, pero durante toda la travesía tuve la extraña sensación de que alguien más estaba conmigo, velando por mí y manteniéndome a salvo de cualquier daño. Lo sentí en la tormenta, cuando casi volcamos, y en otras muchas ocasiones. A veces, parecía que éramos tres en el bote, no dos. Con Ericsson muerto, lo sentí más fuerte que nunca.[317]

Se preguntó si el origen de esa sensación eran las plegarias de su madre, si era posible que «el estrecho vínculo que existía entre nosotros suscitó el rescate de mi mente». Transcurrieron dos semanas y Tiira perdía y recobraba el conocimiento, pero cada vez que se sentía a punto de abandonar, algo le devolvía a la vida: la brisa de una noche fresca o las salpicaduras del agua. Sobre el trigésimo día, anotaría: «Ni un barco. Ni lluvia. Ni nubes. Ni esperanza». Al día siguiente, se enfrentó a la certeza de su muerte:

> Perdí toda sensación de aquella segunda presencia en el bote. El ángel de la guarda que me acompañó tras la muerte de Ericsson abandonó la barca y perdí toda esperanza.[318]

Pero la ayuda llegó. Un carguero británico, el *Alendi Hill*, navegaba a 480 kilómetros de distancia de la isla de Ceilán (en la actualidad Sri Lanka). La linterna de Tiira estaba averiada. No había modo alguno de mandarle señales, salvo golpeando el borde del bote con un remo. Fue después de medianoche cuando dos oficiales oyeron el ruido. Divisaron, a la luz de la luna, una figura humana a bordo de un pequeño bote. Dieron parte al capitán, quien ordenó que el barco acudiera en su busca. Ensio Tiira había recorrido mil kilómetros a la deriva a través del océano

Índico desde el estrecho de Malaca. Pasó treinta y dos días en el bote. Pesaba 25 kilos. Tiira sintió que no habría podido sobrevivir ni un solo día más.

En 1954, William Willis, un veterano marinero, zarpó desde Perú en una barca para demostrar su teoría de que los náufragos podían sobrevivir largos periodos a la deriva con el mínimo material. Embarcó en el Callao, en Perú, y tras viajar a través del océano Pacífico, atracó en Pago Pago, en la Samoa americana. Pese a sus planes, la travesía no estuvo exenta de penurias. Willis sufrió un misterioso dolor que le afectaba el plexo solar, el hueco que se halla bajo el esternón, donde se juntan las costillas. Tan agudo se hizo el dolor que albergaba la esperanza de perder el conocimiento e incluso llegó a pensar en sacárselo del cuerpo con un cuchillo: «Sentí que la muerte llegaba con el viento que sacudía la cabina». El dolor persistió durante treinta horas antes de liberar gradualmente a Willis de sus garras.

Lo azotaron también brutales tormentas y llegó un momento en que tuvo que enfrentarse a la posibilidad de que su bote, que estaba fabricado con troncos de balsa, se hundiera poco a poco debido a la saturación de la madera. El 6 de agosto, cuarenta y cinco días después de que zarpara del Callao, Willis descubrió que el suministro de agua fresca se había ido filtrando en el mar, pues los precintos de los envases eran defectuosos. El agua que pudo salvar, calculó que daba sólo para un vaso al día durante tres meses. Navegaba cerca del Ecuador con un incesante calor. Aparte de esos momentos críticos, Willis sufría de falta de sueño, soledad y se encontraba prácticamente exhausto. Había ido aceptando el hecho de estar solo, pero atravesaba también «momentos de sufrimiento; el vago desasosiego que se produce cuando uno asume que vive al borde del abismo. El hombre necesita hablar con alguien y oír el sonido de voces humanas». Cuando la soledad se hizo insoportable empezó a cantar, y se sorprendió del extraño poder del sonido.

Finalmente, Willis se sumió en una especie de aletargamiento. Prácticamente dejó de pensar, y funcionaba a un nivel muy básico. En ocasiones, sintió como si su propio espíritu «se hubiera desplazado a alguna parte, mirando mi cuerpo desde arriba y observando cómo éste se movía penosamente». En el cuadragésimo quinto día de la travesía, Willis yacía encogido junto al timón. El bote navegaba por su cuenta, ¿o no? Willis anotó:

> En mi subconsciente tuve la impresión de que alguien trabajaba en la cubierta, dirigiendo el bote. Tuve esa sensación con frecuencia. En ocasiones, me parecía que era Teddy [la esposa de Willis], o alguien de mi lejano pasado, mi madre o mi hermana. Mientras empezaba a recobrar el sentido, esa impresión se hizo más firme y me sentí liberado de toda responsabilidad.[319]

Se dio cuenta de que se habían formado nubes oscuras en el cielo, y de que el mar crecía. Sintió como si sus «compañeros ocultos» lo hubieran abandonado, y que se encontraba «solo en el espacio, desunido de la Tierra». El fenómeno se repitió el

septuagésimo primer día. Willis se quedó dormido. Se despertó sobresaltado, pensando que el bote se hallaba entre rocas, y que él se encontraba en peligro de muerte. A continuación recuperó algo de calma: «Alguien estaba al timón, dirigiendo el bote». Horas después, el mar se levantó de repente, casi empujándolo al agua y, con los embates de las olas, «la figura fantasmal de mi madre volvió a aparecer junto al timón».

El 15 de octubre, Willis finalizó su solitario viaje de 115 días a través del océano Pacífico.[320]

Dougal y Lyn Robertson vendieron su pequeña granja de vacas en Inglaterra y, con lo recaudado, compraron una goleta llamada *Lucette*, construida hacía cincuenta años, y de 13 metros de eslora. La pareja embarcó junto a su joven familia con intención de realizar un viaje alrededor del mundo. Dougal había pasado doce años en el mar antes de dedicarse a la ganadería, y poseía el diploma de capitán de altura. Su mujer, Lyn, con la que había navegado antes, era enfermera. Ambos querían ampliar los horizontes de sus hijos y, con los mayores, Douglas y Anne, ya cerca de la edad de abandonar la escuela, y los gemelos, Neil y Sandy, de once años, con suficiente edad como para sacar provecho de semejante viaje, el momento parecía ser el adecuado. La travesía les llevó desde Falmouth hasta Portugal, las islas Canarias y después a las Antillas. En febrero de 1972 acabaron de cruzar el Atlántico. En Nassau, Anne optó por abandonar, pero los demás, junto con Robin Williams —un joven galés de veintidós años que se había unido a ellos en Panamá— continuaron el viaje a través del canal de Panamá hacia el océano Pacífico.

El 13 de junio partieron desde las Galápagos hacia las Marquesas, un recorrido de 5000 kilómetros en dirección oeste. Dos días después, sus planes se vieron inexorablemente alterados por «golpes de viento de una fuerza increíble» que azotaban el casco. Alguien gritó: «¡Ballenas!». Al ruido del impacto siguió una irrupción de agua. El casco se había partido en dos por los embates de las orcas, y Dougal dio la orden de abandonar el barco. Antes de que se hundiera la *Lucette*, arrojaron todo lo que pudieron recoger en una lancha neumática. Lanzaron también al mar un pequeño bote de fibra de vidrio, llamado *Ednamair*, que se sumergió completamente cuando el grupo intentó subirse a él, de modo que nadaron hasta la barca y desde allí ataron una cuerda al bote. No contaban con muchos víveres: una bolsa de cebollas, una caja de galletas, algunas naranjas y limones, y un equipo de supervivencia que contenía pan enriquecido con vitaminas, pastillas de glucosa, ocho litros y medio de agua, ocho bengalas, anzuelos, un cuchillo, un reflector de señales y tres remos. Carecían de brújulas y de cartas de navegación.

Tras la conmoción que sufrieron y, una vez hubieron asumido la situación en que se hallaban, Lyn, que era muy devota y se había criado en la Iglesia Anglicana, les hizo rezar el Padrenuestro. Luego dijo a Dougal en voz baja: «Tenemos que llevar a

los niños a tierra». «Por supuesto que sí, lo conseguiremos», respondió Dougal. La respuesta le salió del corazón, pero más adelante confesaría: «En mi mente había otra historia». Sintió desesperación, porque habían perdido la mayoría de sus pertenencias en la *Lucette*, y también culpa, pues su manera heterodoxa de abordar la paternidad los había conducido a la situación en que se hallaban. Dougal calculó que contaban con suficientes víveres para pasar diez días, pese a que confiaba en poder complementar las dietas del grupo pescando y capturando tortugas marinas. No obstante, se encontraban a 320 kilómetros de las Galápagos en la dirección del viento, y el litoral de Centroamérica se hallaba a más de 1600 en dirección noroeste, al otro lado de la zona de las calmas ecuatoriales —una región conocida por carecer de vientos y tormentas repentinas—. Dougal consideró que la única posibilidad que tenían era navegar en dirección norte hasta dar con alguna ruta de navegación.

La primera noche, todos permanecieron en estado de conmoción. Olas de cinco metros levantaban y dejaban caer la barca. Neil y Robin sufrieron mareos y les dieron unas pastillas para impedir más pérdidas de líquido. A la mañana siguiente, dividieron cuidadosamente algunas de las escasas provisiones: cada uno recibió una galleta, un trozo de cebolla y un trago de agua. Tenían dificultades para mantener la barca hinchada, de modo que reflotaron el *Ednamair* y se apiñaron en el bote, que medía tres metros de eslora. Con sus cuchillos cortaron la barca en pedazos, y los utilizaron para protegerse del sol y de la lluvia. No habían pasado muchos días en el bote cuando renacieron las esperanzas. Douglas gritó: «¡Silencio!». Y, a continuación, dijo: «Motores». Oyeron un golpe sordo de lo que parecía ser una hélice. Dougal envió una serie de bengalas, pero no obtuvo respuesta, y el ruido disminuyó lentamente. Sus esperanzas se vinieron abajo y el grupo se concentró de nuevo en lo más inmediato: la simple supervivencia. Lograron capturar peces voladores y algunas tortugas marinas, grandes. Tenían tanta sed que bebieron sangre de tortuga.

Lo peor llegó el vigésimo tercer día. Durante las primeras horas de la tarde, vieron cómo oscuras nubes se instalaban en el horizonte norte. Sabían por experiencia lo que se les venía encima. Al poco pudieron ver espumosas crestas de olas bajo las nubes, pero lo que no sabían, y no podían prever, era la fuerza brutal de la tormenta. Se hallaban en una situación extremadamente frágil, con sólo unos quince centímetros de francobordo. Los seis estaban apiñados en un bote diseñado para tres, a la deriva en medio del océano Pacífico, sin medios secundarios para mantenerse a flote. Si el bote se inundaba, morirían todos ellos.

Dougal puso en marcha un mecanismo que había creado para conducir el bote utilizando una vela. Necesitaba permanecer en actitud vigilante, pues debía dirigir la proa hacia las olas y, al caer la noche, percibía con poca antelación la llegada de éstas. Los relámpagos le ayudaban a ver pero, en ocasiones, les azotaba una ola inesperada por los costados, a noventa grados de las demás, que inundaba el bote. Tres miembros del grupo, Lyn, Douglas y Robin, extraían el agua frenéticamente para

poder continuar la travesía, la cual empeoraba por las duras lluvias. La situación les superaba. En mitad de la noche, un temporal los golpeó como un martillazo. La tormenta se recrudeció mientras el grupo luchaba para mantenerse a flote bajo un constante torrente. Demasiada agua para que los baldes de que disponían pudieran dar abasto. Dougal tuvo que esforzarse sobremanera para dominar el *Ednamair*. De pronto, Douglas gritó: «¡Cantad!». Y ellos lo hicieron; entonaron varias canciones, desde «Those Were the Days» hasta «God Save the Queen».

Dougal, que había permanecido al timón durante ocho horas, sufría intensos calambres y comenzó a gemir: un lamento largo y débil, seguido de otros gemidos. Lyn, que estaba también helada y exhausta, se esforzó en ayudarlo. Y mientras examinaba el estado de Dougal vio a un Tercer Hombre por encima del hombro izquierdo de su marido, un ser que se les había unido para auxiliarlos en su lucha por la supervivencia. Lyn contó las personas que se hallaban en el *Ednamair*, y eran siete, y volvió a contar de inmediato, sabedora de que allí sólo había seis. Contó siete de nuevo. Esa presencia guiadora le infundió un enorme consuelo. Supo por su fe que se trataba de Jesucristo: la presencia de Jesús significaba que, a pesar de encontrarse en grave peligro, acabarían superándolo. El mensaje era claro: «Todo saldrá bien».[321]

Tras luchar contra la borrasca durante doce horas, ésta amainó convirtiéndose en un ligero chaparrón, y el mar se calmó. Al alba todavía se hallaban amedrentados y cansados, pero habían dejado atrás lo peor de la tormenta. Más adelante, todos ellos cayeron en un sueño irregular. Al despertarse comieron carne de tortuga seca y galletas. Mientras se acurrucaban juntos bajo una sábana, Lyn explicó a los demás que «por la noche, había contado siete personas en el *Ednamair*», y añadió «haber tenido la visión de una presencia, más que de una persona», que les ayudó a combatir el temporal. Dougal escuchó el relato de su mujer con escepticismo. Dijo que era «una tontería» y que no podían confiar su supervivencia a «espectros, fantasmas y cosas por el estilo», pues ellos eran los responsables de su futuro inmediato. «Mi padre lo negaba. Negaba este tipo de visiones, pero el resto de nosotros creíamos a nuestra madre. Estaba muy convencida», recordó Douglas.[322] La presencia salvó a Lyn y, por extensión, salvó a todos los demás. Más adelante, Dougal reconocería: «Si eso la ayudó en medio de aquella terrible tormenta, seguramente contribuyó a nuestra supervivencia. Durante aquella noche, rozamos la muerte en muchas ocasiones y si alguno hubiera fallado en la parte que le tocaba habría supuesto nuestra destrucción».[323]

Tras aquel momento de bajón, la situación comenzó a mejorar. Como se hacían con suficiente comida fresca y disponían de suficiente agua ya no pensaban en ser rescatados de forma tan obsesiva. Se habían adaptado a esa vida humilde en el mar. Dougal notó el cambio: «No sólo sobrevivíamos, sino que mejoraba también nuestra condición física». Treinta y ocho días después de la pérdida de la *Lucette* el harapiento grupo fue avistado por un miembro de la tripulación de un barco pesquero japonés y fueron rescatados.

Aun antes de su solitario viaje alrededor del mundo en su barca, la goleta *Galway Blazer II*, de 12,8 metros de eslora, especialmente construida para una ardua travesía de 45 000 kilómetros, muchos consideraban ya a William «Hill» King el mejor marino británico en vida. Hombre vigoroso con porte de aristócrata cuyo hogar es el castillo de Oranmore, del siglo XV, situado cerca de Galway, Irlanda, King descolla por ser el único capitán de submarino británico que sobrevivió a seis años de combate en la segunda guerra mundial. Más adelante, sumó numerosos trofeos de navegación a sus condecoraciones de guerra. Pero King no podía prever las terribles experiencias que había de soportar tras zarpar de Plymouth. En un momento dado, durante un tremendo huracán, los mástiles de su goleta quedaron destrozados. Tras realizar las reparaciones necesarias, King hubo de enfrentarse a otro incidente, esta vez el ataque de una orca que dañó seriamente el casco de la *Galway Blazer II*, cuando ésta se hallaba a 800 kilómetros de tierra. King se impuso a estas penalidades para luego enfrentarse a los incesantes contratiempos del pasaje Drake, un canal de 480 kilómetros de anchura situado entre el cabo de Hornos, la punta meridional de las Américas, y la Antártida.

King había querido navegar alrededor del cabo de Hornos desde niño. Atravesar el pasaje en barco, dijo, «representaba un reto para el cual me parecía estar particularmente preparado». Conocía los peligros, entre ellos que el canal actuase «a modo de aliviadero de un dique», y se acercó a él (lo acometió) desde el oeste con una mezcla de alegría y pavor. Alentaban a King las condiciones con las que se encontró al atravesar el Pacífico, dos meses antes del intento de cruzar el pasaje, que comenzó en febrero de 1973. Los vientos soplaron con fuerza durante más de 8000 kilómetros, y fue capaz de superarlos, meditando acerca de los misterios de la naturaleza que lo rodeaban. Como lo describiría King más adelante: «No puede recorrerse el Pacífico en solitario y seguir como si nada». Pero mientras se acercaba a Sudamérica, sintió que el júbilo que sentía se iba disipando. Sabía que se acercaba al hielo fracturado del litoral, todavía oculto, pero podía notar el hielo en el aire. Al acercarse al cabo de Hornos, se vio envuelto en aguas oscuras y densas nieblas. Sabía que no podía esperar que las condiciones meteorológicas mejoraran, debido a la extrema variabilidad del tiempo en las aguas antárticas: «Mientras me acercaba a la punta de Sudamérica consideré que era preferible rodearla». De súbito, se desató un temporal desde el noroeste: «Con una visibilidad nula, empezó a preocuparme seriamente alcanzar a ver algo. Esa bruma helada no inspira tranquilidad y menos ese mar tan agitado». King había previsto aguas revueltas y constantes cambios de viento, pero la bruma resultó ser un obstáculo inesperado. Corría el 4 de febrero, y el pasaje de Drake seguía extendiéndose ante él.

King llenó dos termos de café, que lo ayudarían a mantenerse alerta. Su ansiedad crecía al acercarse al «colmillo de basalto del cabo», que lo acechaba cerca de allí.

Los oscuros acantilados alcanzaban 424 metros de altitud, marcando un cementerio de innumerables barcos, un lugar donde en tiempos cadáveres de alabastro de marineros se estrellaron contra las rocas. Refiere King: «Transcurrían las horas, oscuras, gélidas y salvajes. Yo observaba furioso el gris amanecer y ansiaba el momento de atreverme a virar hacia la izquierda». Las nubes tormentosas descendieron hasta que se fundieron con la espuma del tempestuoso mar. Durante dos días y dos noches, King se enfrentó a constantes vendavales, luchando entre una cortina de oscuridad, sin saber dónde se hallaba. Más adelante comenta: «Comencé a asustarme». Pensó en rezar, pero tenía los labios entumecidos por el frío y no podía articular una sola palabra. Era tal la tempestad que lo azotaba, que le invadió la sensación de que ambos océanos compartían un odio mutuo hacia él, y que «golpeaban con sus puños» su pequeño barco. El 5 de febrero, durante la segunda noche, tras pasar veinticuatro horas sin dormir, cuenta King: «Comencé a agarrotarme, tanto mental como físicamente. Empecé a preguntarme si iba a morir de frío y agotamiento».

Desde la cresta de una ola de 15 metros, King acertó a hacer una medición de la altura del sol que le permitiría pasar con seguridad entre dos grupos de pequeñas islas situadas en el cabo de Hornos. Se trasladó a la parte inferior del barco para calcular su posición, pero dudó, y se dijo a sí mismo: «Subiré a la parte más alta por si veo tierra».[324] Entonces recordó: «*Él* está allí arriba».[325] Más adelante, King escribió: «Alguien se me había adelantado y actuaba como un vigía. En esa noche, la más solitaria de mi vida, no tuve la sensación de estar solo».[326] King fue capaz de calcular la posición en la que se encontraba, un paso necesario, pues tenía el convencimiento de que alguien más, un compañero, soportaba la tormenta junto a él:

> una extraña sensación, como si alguien estuviera en el barco conmigo. Cómo puedo explicarlo… No se trataba de una experiencia mística, sólo una tranquila sensación de tener la certeza de que *alguien* estaba allí ayudando y compartiendo las maniobras. Ahora, al mirar atrás, no creo que mi mente se trastornara. Lo que ocurría era que estaba bastante seguro de no encontrarme solo.[327]

Tan tangible y penetrante era la sensación, que King empezó a mostrarse sensible hacia las atenciones de su compañero oculto, el tipo de consideración que muestra uno habitualmente para con un amigo de carne y hueso. Cuando era consciente de que «él» —ese otro ser— podía haber acabado su custodia y estar dormido, se arrastraba sigilosamente bajo cubierta, medio congelado, para realizar sus tareas:

> ¿Quién? Yo no veía nada; sólo sentía el fulgor que irradia un buen compañero. Esa curiosa calidez mental me alentaba, y la fatiga disminuía, así como el angustioso miedo de que, en medio de la oscuridad total con olas del tamaño de los mástiles y vientos rugientes, no pudiésemos dar con una isla.

Cuando la *Galway Blazer II* logró atravesar el pasaje Drake y emprendió rumbo hacia el Atlántico, el barco seguía envuelto en una densa y helada niebla. El viento

arreció como si, sentía King, cada ráfaga le lanzara una airada reprimenda. A lo largo de tales desventuras, «la sensación de esa presencia anónima no me abandonó». King comenzó a hablar de «nosotros» en lugar de «yo». Sentía que la presencia compartía los horrores a los que se enfrentaba, pero también le invadió una creciente sensación de euforia en el momento en que la *Galway Blazer II* se adentró en el Atlántico: «Para entonces estaba cansadísimo pero doblábamos ya el cabo de Hornos. De no ser así, nos habríamos estrellado contra él». Al final, cuando se calmaron los vientos, King se metió en su camarote y durmió doce horas: «Mi compañero me abandonó y no regresó nunca más». Más adelante, King describió su insólito encuentro a Mike Richey, director del Royal Institute of Navigation. «Ah —comentó Richey—, *eso* lo sabemos todos».[328]

Cuando zarpó en un viaje en solitario desde Nueva Escocia hasta Escocia, Angus MacKinnon se había armado de valor para enfrentarse a cualquier eventualidad. Con todo, sabía que aun al más experto marino puede humillarlo el mar y, como pastor presbiteriano que era, le constaba que existía otra fuerza, superior, en juego: «El factor x de la Providencia». MacKinnon zarpó con un tiempo favorable desde el Northern Yacht Club, en la región norte de Sydney, el 23 de junio de 1995, en un pequeño barco de competición llamado *Research II*. Su primer obstáculo no tardaría en presentarse. Una fuerte tormenta lo dejó «casi deshecho», escribe en el relato de su travesía, *Atlantic Challenge*. A continuación, sobrevino un segundo temporal, y las altas olas que le golpearon hicieron que el barco se zarandeara empapándolo en agua helada. Perdió también el contacto por radio. Durante la noche del 12 de julio, el vigésimo segundo día de su travesía, la tormenta amainó, si bien las aguas permanecían agitadas. Se hallaba abajo, en el estrecho camarote, cuando advirtió que no estaba solo. Tenía la sensación de que su mujer, Mary, le acompañaba: «En varias ocasiones, me tuve que levantar y hacerme cargo de que, simplemente, no podía ser ella». No obstante, esa imposible sensación persistía. Pasados tres días, cuando estaba de nuevo echado en el camarote sintió que ella seguía allí. «La situación me parecía natural. Estábamos conversando». En ésas, la oyó decir claramente: «Sal y sube a cubierta». MacKinnon trató de localizarla, pero no vio rastro de ella y se tumbó de nuevo. Su mujer volvió a hablarle: «Sal inmediatamente a cubierta». En ese preciso momento el barco sufrió una tremenda sacudida: el *Research II* dio un giro total y comenzó a navegar en dirección opuesta.

La tempestad se prolongó durante días y el barco se mecía arriba y abajo como un corcho en el océano. En un momento dado, una fortísima ola lo empujó a los armarios hecho un ovillo, mientras el barco era violentamente zarandeado. Ninguno de estos contratiempos fue suficiente para debilitar la fe de MacKinnon en que Dios y el *Research II* le permitirían salir adelante. Y, sin embargo, la falta de sueño y la persistente nostalgia de su familia se sumaron al calvario de una travesía ya tan difícil

de por sí. El 24 de julio, su mujer volvió a visitarlo. MacKinnon estaba dormido. Se despertó al escuchar una voz, una advertencia, en el camarote: «Me costaba mucho pensar que ella no se encontrara allí. Me embargaba la sensación de que Mary estaba allí en espíritu». Lo mismo sucedió al día siguiente. Le parecía que sólo durante la noche hablaba con ella, pero por la mañana se oyó a sí mismo diciendo: «Mary, ¿estás aquí?». «Reinó el silencio. Pero incluso la ausencia de su voz no disipaba su presencia», anotó MacKinnon.

El pastor escribiría posteriormente que le encantaban esas visitas, que le hicieron reflexionar sobre la siguiente cuestión: «¿Qué es una presencia?». ¿Qué constituye una presencia cuando podemos hablar por teléfono con alguien a través de miles de kilómetros, o aun verse a través de distancias similares? Y ahí MacKinnon da una lección de fe: «¿Por qué debería el escepticismo estrechar nuestra cognición excluyendo campos de conocimiento que simplemente no podemos entender por no estar suficientemente preparados para ello? El "ver es creer" como principio infalible a preguntas inductivas es una falacia absoluta para una mente abierta».**[329]**

Gizmo, una embarcación recreativa de nueve metros de eslora, podía alcanzar grandes velocidades, pero no la suficiente para recorrer todo un océano. No obstante, cuando el barco deportivo zarpó de Newport (Rhode Island), en la carrera inaugural de la Legend Cup el 9 de mayo de 1996, la meta de su tripulación no era rodear unas boyas del puerto para acudir unas horas después al salón social del Newport Yacht Club. El grupo se proponía realizar un extenuante viaje de 21 días a través del Atlántico, con el objetivo de ser los primeros en alcanzar el puerto inglés de Plymouth. Derek Hatfield, capitán del *Gizmo*, y los otros dos miembros de la tripulación, Andrew Prossin y Bill Russell navegaron a lo largo de la Corriente del Golfo y la rodearon en dirección norte rumbo a Terranova. Los dos primeros días transcurrieron sin acontecimientos destacables. Las temperaturas eran moderadas gracias a las cálidas aguas de la Corriente del Golfo, y el barco navegaba con rapidez arrastrado por la corriente. Pero en el estrecho de Cabot, entre Terranova y la isla de Cape Breton, el *Gizmo* permaneció inmovilizado durante tres días, sometido al frío y a la humedad. En ese momento, la tripulación comenzó a experimentar el primer contratiempo real de la travesía.

El barco era pequeño, y precisamente por estar diseñado para carreras resultaba dificultoso hallar el modo de mantener el equilibrio. Es más, debido al diseño del barco y al oleaje del mar, los tres hombres se veían obligados a agacharse o incluso a arrastrarse a cuatro patas durante la mayor parte de los 21 días que pasaron en el mar. En el estrecho de Cabot se vieron también expuestos a temperaturas cercanas al punto de congelación y a la humedad. Prossin, un hombre de veintisiete años natural de Cape Breton y experimentado marino, sufrió continuos temblores durante los tres días, incapaz de entrar en calor. Padecía hipotermia y no podía vigilar el barco

durante más de media hora. En tal situación, explicó Prossin, empezó «a experimentar esas sensaciones… Me parecía contar cuatro personas en lugar de tres». [330] La primera vez que lo advirtió le correspondía el turno de cocinar. Preparó cuatro raciones de comida liofilizada en lugar de tres. Colocó sobre la mesa una taza y una cuchara más. «Al principio pensé que me había equivocado pero luego me di cuenta de que lo hacía constantemente», cuenta Prossin. No se equivocaba. En realidad, él contaba las personas que se hallaban en el *Gizmo*, y le salían un total de cuatro. En otras ocasiones, cuando llevaba el timón, esperaba ser relevado no por Hatfield o Russell, sino por el cuarto hombre.

Mientras proseguía la carrera, las condiciones empeoraban. El grupo navegaba hacia el norte de la Corriente del Golfo, buscando dejarse llevar por las borrascas que debían empujarlos a través del Atlántico. Se veían enfrentados a una primavera rigurosa e inusual, y las condiciones meteorológicas eran con frecuencia bastante duras. En ocasiones, las olas alcanzaban hasta 15 metros, superando el mástil de 11,5 del *Gizmo*. El velero fue repetidamente batido por el oleaje, y como su mamparo de popa estaba abierto, las olas lo llenaban de agua. Sin embargo, mientras Prossin manejaba el timón, con los otros dos hombres encerrados debido a la inclemencia del tiempo, nunca tuvo miedo, y nunca se sintió solo, ni aun en la oscuridad total de la noche:

> En los momentos realmente duros a veces pudimos contar con una segunda persona sentada en la cabina de mandos vigilando a popa para advertirnos por dónde se rompían las olas. En este rápido y pequeño barco, lo que había que hacer era intentar alejarse rápidamente de las olas rompientes pues no queríamos que se estrellaran contra el barco, ya que era muy ligero. Y cuando allí no había nadie, yo seguía notando que sí lo había, allí fuera, observando las olas. No veía nada, pero tenía la certeza de que alguien me ayudaba… indicándome hacia dónde debía dirigirme. Y así en muchas ocasiones, el fenómeno se intensificaba, porque yo seguía pendiente de él. A veces, cuando oía un estruendo, miraba hacia atrás en esa dirección y veía que allí había quince pies de espuma, donde se hallaba la gran ola.
>
> Sentía como si en el barco hubiese un piloto instándome a moverme.[331]

A un día de distancia de Plymouth, con otra tempestad que se les vino encima y al abrigo de la costa de Irlanda, Prossin quería detenerse y dejar pasar la tormenta. Sin embargo, Hatfield ordenó navegar lo más rápidamente posible hasta Plymouth. Prossin empezó a preocuparse seriamente, pues creía que se exigían demasiado. «Algo me asustaba», dijo. Tras fracasar en el intento de convencer a Hatfield, Prossin habló en voz alta con el miembro oculto de la tripulación. Al final, el *Gizmo* fue el único de los siete veleros que compitieron por la Legend Cup en completar la ruta. Uno perdió el mástil durante un vendaval y hubo de ser remolcado de vuelta a Newport. Otro sufrió daños estructurales más serios tras chocar supuestamente con una ballena dormida. Y un tercero, un trimarán, perdió también otro mástil en mitad del Atlántico. Según Prossin, el cuarto miembro de la tripulación supuso una compañía constante en la travesía, una existencia igual a la de sí mismo, tan tangible que sintió que ese Tercer Hombre necesitaba también alimentarse. Y sin embargo,

Prossin notó que la presencia constituía algo superior a un simple miembro de la tripulación. Más tarde diría: «Lo vi como una señal de una suerte de fuerza guiadora, o de ángel de la guarda».

¿Por qué algunas personas encuentran un benevolente amigo y ayudante, mientras otras experimentan fantasías destructivas? ¿Por qué algunos ven a su salvador y otros a su destructor? Existen diferentes teorías al respecto. Según una, ciertas personas experimentan un tipo de «efecto intermitente», y son capaces de disociarse de lo peor de su calvario, concentrándose en su supervivencia. Sin duda la fuerza del ego del individuo constituye un factor importante, «siendo el salvador la condición más común entre los sujetos que creen en su rescate final a lo largo de todo el calvario», [332] mientras que el destructor despacha al resto de individuos plácidamente. «No existen fundamentos para dudar de la importancia de esta resolución de resistir».[333] Tal actitud, la fe en la supervivencia final, observada en muchos de los casos que aparecen en este libro, constituye el poder del salvador.

Capítulo 12
La persona en la sombra

La teoría de Jaynes, según la cual el Tercer Hombre era producto de las intrusiones del hemisferio derecho del cerebro en el izquierdo, fue refutada por el neurocientífico suizo Peter Brugger. En un estudio de 1996, Brugger y dos colaboradores analizaron relatos de «presencias unilateralmente experimentadas» entre 31 personas con lesiones cerebrales o trastornos mentales (como migrañas, tumores, esquizofrenia e hipoxia aguda), sin encontrar ninguna asociación relevante entre el fenómeno y la disfunción del hemisferio derecho. En realidad, la mayoría de los casos que analizó surgían del izquierdo. Brugger planteó una teoría alternativa para explicar la «ilusión de estar acompañado de un ser invisible», sugiriendo que la experiencia es el equivalente de cuerpo entero a las sensaciones descritas por los que han sufrido alguna amputación.[334]

Tras la pérdida de un miembro, el cerebro crea la sensación de que sigue formando parte del cuerpo. Los mutilados perciben la extremidad perdida según qué posturas adopten. Saben dónde se encuentra en relación al resto del cuerpo. En ocasiones, llegan a sufrir dolor o experimentan sensaciones diversas en el miembro ya inexistente. Más del 90 por 100 de los lisiados tiene este tipo de experiencias. Donald O. Hebb sostuvo que el miembro fantasma confirma que la percepción del propio cuerpo es, en general, una alucinación para aceptar la realidad. Por su parte, Brugger consideró, de un modo similar, que el Tercer Hombre era un doble fantasmal, o *doppelgänger*, «la extensión de la conciencia corporal de uno mismo en un espacio extracorpóreo».[335] El cerebro externaliza la conciencia del propio cuerpo y detecta una falsa sensación de la presencia cercana de otro ser.

En su teoría, Brugger pensó en los «exhaustos montañeros que con frecuencia superan situaciones desesperadas asistiendo al “otro” que escala junto a ellos»; menciona el ejemplo de Frank Smythe, que compartió su pastel de menta Kendal con la presencia en el Everest. Existen muchos casos similares. El alpinista polaco Jerzy Kukuczka tuvo una experiencia parecida a la de Smythe cuando acometió la escalada en solitario del Malaku, la quinta cumbre más alta del mundo, situada a 22 kilómetros al este del Everest. Kukuczka cavó en la pendiente nevada una plataforma a 8000 metros de altitud y montó una tienda de campaña enfrentándose a un intenso viento. Una vez se introdujo en ella, se preparó un té cuando, de repente, notó que tenía compañía: «Experimenté una sensación casi inexplicable de que no estaba solo, de que estaba preparando té para dos personas. Tan intensa fue la sensación de que allí había alguien que me asaltó una necesidad imperiosa de hablarle».[336] Reinhold Messner, durante su histórica ascensión al Everest por la pared norte, en 1980, tuvo una experiencia similar. No tenía casi fuerzas para comer ni beber y, en vez de ello,

prefirió conservar la energía que le quedaba «para luchar contra el miedo y la incapacidad de moverme». Pero en ésas oyó una voz: «"*Fai la cucina*", dijo alguien que se encontraba cerca de mí, "prepárate algo de comer". Y pensé en hacerlo». Messner tuvo la sensación de hallarse junto a un compañero invisible: «Dividí el trozo de carne seca que llevaba en la mochila en dos raciones iguales. Cuando me volví supe con certeza que no estaba solo».[337]

La teoría de Brugger reside en que, en estos casos, las personas en realidad no cuidan del Tercer Hombre, sino de sí mismos.[338] De un modo similar, cuando parece que el Tercer Hombre ayuda activamente a un ser desvalido, es ese ser quien en realidad atiende a sus necesidades inmediatas. El estadounidense Steve Swenson, durante una escalada al Everest en 1994, se vio forzado a pasar una segunda noche a 8200 metros de altitud. Swenson decidió no dormir, debido al peligro que conllevaba esa altitud: «El sueño podía reducir mi ritmo respiratorio. Tenía miedo de despertarme en un estado de insuficiencia respiratoria y pensé que era mejor quedarme allí sentado, despierto, alerta». Pese a sus esfuerzos, empezó a dormirse. En ese preciso instante, una persona le despertó de súbito diciendo: «No, necesitas permanecer despierto». Swenson miró por encima de su hombro izquierdo y vio la cara de una amable mujer asiática. Era muy dulce y cálida, y le instó a tomarse una taza de té. Swenson sólo pudo ver su cabeza, pero no le sobresaltó la inesperada aparición. Sabía por qué estaba allí: «Su misión era mantenerme despierto cuando me deslizaba en el sueño. Se encontraba detrás de mí, y me decía: "Tómate una taza de té, es importante para permanecer despierto"».[339] La presencia permaneció con él durante toda la noche. Cuenta Swenson: «Todos y cada uno de los consejos que me daba resultaban totalmente necesarios para que yo saliera airoso de esa situación». Otro caso parecido fue el del escalador australiano Michael Groom, quien sufrió un episodio de intensa angustia mientras pasaba la noche a gran altitud en el Kangchenjunga, en 1987. «Sentí la presencia de alguien cerca de mí, en la tienda. Estaba arrodillado a mi derecha, me colocó con firmeza la mano en la espalda y me hizo erguirme. Pude respirar con calma mientras apoyaba mi mareada cabeza entre las rodillas, pero seguía notando la presencia de alguien que velaba por mí».[340]

Brugger advirtió también que algunas personas se referían a una sincronía de movimientos, que el Tercer Hombre puede actuar paralelamente al sujeto, pareciendo imitar cada una de sus acciones. En el Nanga Parbat, Reinhold Messner dijo que el «tercer escalador» que iba junto a él mantenía «una distancia regular un poco a mi derecha y muy cerca de mí». Brugger observó asimismo que, a pesar de que el ser oculto es anónimo, a veces resulta familiar, y Messner se preguntó si en realidad el Tercer Hombre no era él mismo, contemplado desde «una dimensión diferente de la existencia». Brugger aludió al caso citado por Critchley, en el que una anciana que sufría atrofia en ambos córtex del cerebro experimentó una penetrante sensación de que alguien se encontraba en su cuarto, pese a estar sola. Sentía con intensidad que conocía a esa persona, mas no lograba identificarla. No obstante, en otros momentos,

«caía en la cuenta de que ese alguien no era más que ella misma». Sandy Wollaston tuvo una experiencia parecida mientras un sastre le confeccionaba ropa a medida en Londres: «Allí, en el espejo, se encontraba el hombre misterioso al que Sandy siguió a través de la jungla, el *doppelgänger* que le salvara la vida».[341]

Brugger atribuyó estos encuentros a verdaderas alucinaciones «autoscópicas» durante las cuales los individuos se hallan frente a frente consigo mismos. Por ejemplo, al escritor francés Victor Ségalen se le apareció un compañero fantasma durante una expedición topográfica y arqueológica en las fronteras entre China y el Tíbet. En 1909, tras caminar dos meses por el interior de China, Ségalen, quien viajaba con un compañero y con varios guías, alcanzó lo que denominó «el punto extremo» de sus travesías. Se encontraba en las montañas Qinling, una abrupta cordillera que recorre de este a oeste la provincia oriental de Shaanxi. En dirección sur, la expedición cruzó un desfiladero situado a 3000 metros de altitud en medio de intensas nieves, siguiendo después un estrecho camino por el borde del cañón del río Heishui. El 7 de noviembre, Ségalen se hallaba al pie de los últimos contrafuertes de un altiplano, a gran altura. Aquella cima era, escribió el francés, «la más escarpada y adusta de las cumbres de Europa… un paisaje sometido a tremendas corrientes de viento». Estaba exhausto, pues había recorrido, al parecer, «un poco más de lo que me permitían mis fuerzas» cuando, súbitamente, «un intenso deseo de llorar debido al desasosiego que me invadía se transformó en inesperada lucidez». Anota Ségalen: «Ambos nos encontramos allí, en el lugar más remoto del viaje». Fue un momento casi fantástico. Ségalen se vio enfrentado cara a cara a una figura incolora, casi transparente, a través de la cual podía ver el paisaje, «un cúmulo de rocas y torrentes».

«El otro», continuó Ségalen, se interponía «silenciosamente en el camino que se extendía ante mí». Pese a su transparencia, el francés distinguió la figura de un joven, vestido con ropas europeas pasadas de moda. Ségalen había superado numerosos contratiempos para llegar a ese lugar, pero al otro no parecía notar los efectos de la temperatura o de la altitud. Ségalen se oyó a sí mismo diciendo: «Tú no perteneces a este entorno. Ni tu chaleco, ni tus zapatos ni esa palidez de tu rostro se avienen con este lugar. ¿No tienes frío? No pareces acostumbrado a las grandes altitudes». La figura no le contestó: «Estaba de costado, sin mirarme, y quizá sin poder verme. Le hice preguntas sin esperar respuesta, una respuesta que podría haberme dejado más estupefacto que su silencio. Y, efectivamente, la presencia no habló». De pronto, a Ségalen le pareció que la figura había quedado absorbida por el paisaje, pero en el momento de su desaparición, creyó identificarla. El francés, de treinta años, pensó que la extraña presencia era él mismo, un doble fantasma, pero más joven, «un ingenuo recuerdo naíf de su juventud». La experiencia lo dejó estupefacto, y después meditó sobre lo sucedido «en ese lugar, en mi opinión el más remoto del mundo». En esa visión creyó ver un mensaje: decidió que ya había viajado lo suficiente, que su inesperado encuentro le indicaba que había llegado el momento de retirarse.

«Alcanzado el final de mi camino, regresaría… Me concentré en el viaje de vuelta a casa».

Ségalen relató su encuentro con la presencia en *Équipée*, una obra literaria, en parte documental y en parte novela. Con todo, una anotación en los papeles del autor francés da fe de que ésa fue una experiencia vivida.[342] Añade allí que de haberse repetido el fenómeno habría sido insoportable, al convertir al «extraño fantasma en una necesidad, un compañero para toda la vida».[343] Brugger aseguró que estas experiencias de duplicación del cuerpo tan abiertamente narradas constituyen una excepción, pero añadió que «un gran número de casos respaldan la idea de que el "extraño que reside en nosotros" no es sino el propio *doppelgänger* de uno mismo».[344] Brugger puso énfasis en los relatos sobre presencias percibidas, donde «la sensación de familiaridad o de una estrecha afinidad psicológica con el "ente" se menciona con frecuencia». No es raro que la presencia se distinga del yo: en realidad las personas se apartan con frecuencia de sus caminos para asegurarse de que ese ser oculto se halla a una distancia específica de sus propios cuerpos o, en ocasiones, llegan a asignarles una identidad. Para Brugger y sus colaboradores, en estos últimos casos sigue implicado el mecanismo neurológico que proyecta a uno mismo en un espacio extracorpóreo: cuando una persona se encuentra con el Tercer Hombre, está encontrándose consigo misma.

Existe otro contexto en el que se da con frecuencia la sensación de la presencia de un ser oculto: durante los episodios de parálisis del sueño. Los científicos distinguen varias fases del sueño. La etapa del movimiento ocular rápido (más conocida como REM, las siglas en inglés de *Rapid Eye Movement*), durante la cual se producen los sueños, se considera esencial para la salud. Una característica de la fase REM es la inmovilización —una suerte de parálisis natural— del durmiente. Otro tipo de parálisis del sueño sucede cuando la inmovilización persiste aunque el individuo esté despierto, de modo que una persona puede ser plenamente consciente, pero incapaz de moverse. La parálisis del sueño es un fenómeno breve, y los investigadores discrepan sobre el número de personas que lo ha experimentado como mínimo una vez en la vida. Los cálculos oscilan entre el 30 y el 50 por 100 en individuos normales. Estos episodios suelen ir acompañados de la sensación de una presencia oculta. En algunos casos, la presencia se describe como una impresión neutra de que otra persona se halla en la misma habitación, pero sin ninguna evidencia sensorial que lo corrobore. La gente suele decir: «Nunca lo he visto, pero sin duda hay alguien allí».[345] En otros casos, hablan de «presencias imprecisas». Y en casi la mitad de estos fenómenos, las personas cuentan que alguien, o algo, las estaba observando o controlando. Algunas sienten que esa presencia es maligna y que las acecha, provocando en ellas una sensación de miedo.

En su estudio sobre la parálisis del sueño, el investigador J. Allan Cheyne, que trabaja en el Departamento de Psicología en la Universidad de Waterloo, sostiene que este miedo se experimenta como «un pavor atroz hacia un poder desconocido». Cheyne asegura que durante los episodios de parálisis del sueño, numerosos individuos desarrollan un sentido extremadamente defensivo de «hipervigilancia»: «La presencia percibida es el componente experiencial de un mecanismo de detección de amenazas que pone en marcha esfuerzos interpretativos para encontrar, identificar o detectar fuentes de amenaza».[346] El miedo es comprensible, pues durante la parálisis del sueño la persona se encuentra «paralizada, indefensa, echada y en plena oscuridad».

Más adelante, en otro estudio, Cheyne y el coautor Todd A. Girard trabajaron con la idea de que en este tipo de episodios se dispara un «sistema activado de detección de amenazas». «La detección de predadores y los mecanismos de evaluación de riesgo se encuentran entre las estrategias más fundamentales desarrolladas por los organismos», escribieron. «La función de estos mecanismos consiste en adquirir información sobre predadores potenciales, ante la presencia de una amenaza incierta, escondida o parcialmente solapada».[347] Cheyne y Girard mantuvieron que los seres humanos son «extraordinariamente sensibles» a las señales sobre la existencia de algún agente externo, como un predador o un posible agresor humano, incluso a riesgo de caer en falsos positivos. Como ejemplo, los investigadores señalaron el susurro de las hojas en el aire como algo que puede percibirse como una amenaza: «Cualquier repentino e inesperado movimiento sin causas externas obvias puede provocar la sensación de la presencia de otro ser».[348]

El psicólogo Justin L. Barrett llamó a este mecanismo de nuestras mentes HADD (las siglas en inglés del dispositivo hipersensible de detección de agentes extraños). Dijo que cuanto se necesita para que el HADD identifique algo como un agente extraño «es que el elemento se mueva (o actúe) de un modo que sugiera que sus acciones tienen un objetivo».[349] Es una de las razones, sostuvo Barrett, de que las personas crean en «dioses, fantasmas y duendes». Cheyne no sólo vinculó los casos de presencias percibidas durante la parálisis del sueño con el HADD, sino que sugirió también que éste puede aplicarse a aquellos casos que implican «otros estados de alteración de la conciencia». Advirtió que «los mecanismos de detección de agentes se imponen en situaciones de emergencia, en las que los límites habituales de percepción descienden y la predisposición a la detección de agentes aumenta».

Pero Tore Nielsen, del laboratorio Dream and Nightmare del hospital Sacré Coeur de Montreal, ofreció una explicación alternativa, que «el ataque de parálisis permite activar una imaginería social alucinatoria» en la forma de una presencia. Nielsen subrayó que las condiciones en las cuales aparecen estas presencias no se limitan a la privación del sueño, sino que varían en gran medida: «Los nacimientos y las muertes recientes, las situaciones de privación sensorial y los trastornos mentales como los tumores cerebrales o la epilepsia pueden suscitar asimismo las presencias. Éstas

aparecen en una variedad de situaciones extremas, como en los viajes polares y en las escaladas por encima de los 6000 metros de altitud». Además sostuvo: «Cualquier experiencia de la presencia de un ente espiritual como Dios, un ángel o un guía espiritual refleja esta capacidad».[350] En su lista de presencias percibidas, Nielsen también mencionó el fenómeno de los compañeros imaginarios, y un fascinante comportamiento asociado al sueño que afecta al posparto de las mujeres denominado «el bebé en la cama (*baby-in-bed*)», en el cual la madre tiene la intensa sensación de que el bebé está en la cama y lo busca frenéticamente, pese a que el pequeño podría estar durmiendo en una cuna cercana.

El argumento de Nielsen es que «la presencia percibida es una variante de la imaginería normal de la sociedad», y que se produce en otras muchas circunstancias, no sólo durante los episodios de parálisis del sueño. La imaginería social es, en sí misma, una común, «básica, aunque infravalorada, dimensión de la cognición humana». Más adelante apuntó que en algunas de estas situaciones, la presencia es, en ocasiones, «alentadora, reconfortante y esperanzadora». A su juicio, es la «naturaleza extraña» de la parálisis del sueño la que provoca miedo e inquietud, así como «angustia en el caso de que el individuo sea proclive a trastornos de ansiedad». Nielsen sugiere que «los casos en que las presencias percibidas, acompañadas o no de miedo, en multitud de situaciones, más allá de los ataques provocados por la parálisis del sueño, confirman la noción de que constituyen variantes alucinatorias de la imaginería social, y que no están por fuerza vinculadas a la detección activada de amenazas».[351] En cuanto a la presencia en sí misma, Nielsen asegura que puede «constituir el esqueleto espacial de todos los entes imaginarios, una especie de estructura orientativa».[352]

Unos investigadores de Lausana, en Suiza, trataban a un paciente con epilepsia, explorando su mente con electrodos para determinar si sus síntomas podrían reducirse con cirugía. Cuando estimularon la unión parietotemporal izquierda, situada a unos 2,5 centímetros sobre y detrás de la oreja, con una corriente eléctrica suave, la joven de veintidós años, una estudiante, volvió la cabeza a un lado. Cuando lo realizaron de nuevo, volvió a girar la cabeza. «¿Por qué haces esto?», le preguntaron los médicos.[353] La mujer contestó que había experimentado «la extraña sensación de que alguien estaba cerca mientras que allí no había nadie presente». Cuando los investigadores cortaron la corriente, la joven aseguró que la presencia había desaparecido. Se repitió la estimulación eléctrica, y de nuevo «produjo la sensación de la existencia de una presencia en el espacio extrapersonal de la paciente». Con más estímulos, la estudiante comenzó a «describir a esa “persona” como un ser joven y de sexo indeterminado, una “sombra” que no hablaba ni se movía, y cuya posición, tras su espalda, era idéntica a la suya».[354] Sin embargo, más adelante llegó a la conclusión

de que era un hombre, y dijo: «Está detrás de mí, casi rozándome el cuerpo, pero no lo siento».

Durante el siguiente estímulo, la mujer se sentó y rodeó sus rodillas con los brazos. «Notó que el "hombre" también estaba sentado y que la estrechaba entre sus brazos, lo que describió como una sensación desagradable.»[355] Para confirmar la relación entre la posición de la joven y la del cuerpo de la persona ilusoria, los investigadores volvieron a aplicar el estímulo cuando ella se encontraba estirada de lado, tanto sobre el derecho como sobre el izquierdo. En cada caso, la mujer sintió que la «persona» estaba también tendida, «en la misma posición que yo, en el mismo sitio que yo». Cuando ella yacía sobre su lado izquierdo, no obstante, también notaba algo más: «Alguien me toca el muslo derecho». Al preguntarle quién creía que era, contestó: «Probablemente sea la misma persona».[356] Los investigadores le aplicaron más estímulos eléctricos mientras la mujer se hallaba sentada, realizando una prueba de lenguaje. Sostenía una carta en la mano derecha. Volvió a sentir que una presencia se encontraba sentada tras ella, a su derecha, tratando de interferir en su tarea, y dijo: «Quiere coger la carta… No quiere que yo la lea».

Esos médicos, incluidos Shahar Arzy y Olaf Blanke, forman parte de un grupo con base en la Unidad Prequirúrgica de Epilepsia del Departamento de Neurología del Hospital Universitario de Ginebra, y en el Instituto para la Mente y el Cerebro de Lausana, donde se realizan investigaciones pioneras en el campo de la neurociencia cognitiva. En septiembre de 2006, un estudio publicado en la revista *Nature* explicó cómo habían inducido artificialmente «una persona ilusoria e imprecisa» durante ese reconocimiento clínico. Uno de los autores, Blanke, se había encontrado con este fenómeno anteriormente. Años antes, había estudiado el caso de una monja de sesenta y cinco años que fue ingresada en el hospital aquejada de problemas de visión y de habla. Al poco, la paciente empezó a describir las alucinaciones auditivas que sufría, y dijo que «oía a una presencia». En 2003, Blanke y sus compañeros publicaron un estudio sobre ese insólito caso en la revista *Neurocase*. Mientras asistía a un oficio religioso en la capilla del hospital, la monja tuvo la repentina sensación de que dos personas estaban cuchicheando detrás de ella. «Los continuos susurros la irritaban cada vez más. Como la conversación no terminaba, finalmente se dio la vuelta para mandarlos callar. Sin embargo y para su sorpresa, no había nadie sentado detrás de ella». Cuando les dio la espalda, los cuchicheos volvieron y continuaron hasta que abandonó la capilla.

Episodios similares ocurrieron en su habitación del hospital, donde no sólo oyó sino que sintió una presencia. «Con frecuencia, la monja tenía la súbita sensación de que alguien estaba detrás de la silla hablándole». Ese ser se encontraba siempre a su derecha. También describió la presencia de lo que ella denominó «una sombra»: «En ocasiones, veía una sombra humana completa. Describió la figura como tridimensional, no como una imagen, y de un color gris oscuro». La monja sintió que esa persona era una mujer y tenía la sensación de que la seguía y se movía cuando

ella lo hacía. Blanke atribuyó los síntomas de la monja a «los daños en la unión parietotemporal». En otras palabras, se trataba de la misma zona del cerebro que provocó la sensación de una presencia en la estudiante de veintidós años cuando se le aplicaron estímulos eléctricos.

En esta zona, donde se unen los lóbulos temporal y parietal del cerebro, se desarrolla la conciencia de nuestro yo físico, ayudándonos a distinguir entre nosotros y los demás. El lóbulo parietal integra y organiza la información sensorial, al igual que la vista, el sonido y la imagen del cuerpo. Los expertos han descubierto un cambio en la actividad parietal en lo más profundo de las experiencias meditativas, un punto en el que los individuos distinguen «una mayor interconexión entre las cosas», lo que respalda la idea de ciertos investigadores de que la unión parietotemporal es también un nódulo primordial para la experiencia religiosa.[357] Previamente, los científicos revelaron que las lesiones en esta zona pueden provocar la sensación de una presencia oculta, y que la hiperactividad del córtex parietotemporal de las personas con esquizofrenia puede dar lugar a que éstas lleguen a pensar que sus propios cuerpos son los de otros, de ahí que atribuyan sus propias acciones a otros.

Varias investigaciones independientes en pacientes epilépticos han obtenido resultados similares. Es el caso de un joven sueco, quien contó: «Tengo la sensación de que alguien se halla detrás de mí, alguien con un evidente deseo de ayudarme y reconfortarme. Esta persona me seguiría allí donde yo quisiera ir».[358] El joven calificó esa sensación de «agradable». El riego sanguíneo del cerebro del paciente estaba siendo monitorizado y se detectó «un nítido incremento de la actividad local de origen desconocido en el lóbulo frontal izquierdo».

Más evidencias de este fenómeno se pudieron observar en Paul Firth, el alpinista que se encontró con el Tercer Hombre en el Aconcagua en 1996. Su carrera profesional lo colocaba en una posición especial para analizar lo que le ocurrió en aquella ocasión. Firth era profesor auxiliar de anestesia en el Hospital General de Massachusetts en Boston, y realizó un estudio sobre su experiencia en la publicación *High Altitude Medicine and Biology*. Poco después de que se le apareciera la presencia, Firth llegó a la conclusión de que «mi ángel de la guarda… no era más que un cortocircuito neurológico». Su teoría era coherente con un informe reciente de Blanke:

> La zona del cerebro que integra los estímulos sensoriales en una imagen cohesiva es el córtex parietal… La integración de múltiples sensaciones —la vista, el sonido, y la noción de la posición del cuerpo— nos permite mantener una percepción continua de dónde nos encontramos en el espacio… La [d]isfunción de una región muy específica del cerebro puede provocar alteraciones en nuestra percepción de la ubicación del cuerpo. Las interrupciones en el suministro de oxígeno a esta parte del cerebro, como ocurre durante situaciones de vida o muerte o al escalar duras y grandes altitudes, pueden causar la pérdida de esta integración, que determina el sentido de la ubicación. Las alucinaciones en las que ciertas personas creen estar flotando, o detectar presencias fantasmales, pueden surgir de tales situaciones.[359]

En opinión de Firth, «la alucinación sobre una “presencia percibida” constituye un ejemplo de un amplio abanico de disfunciones perceptivas del espacio personal y de la ubicación de uno mismo».[360]

Blanke y sus compañeros reunieron otros seis ejemplos de pacientes con migraña o epilepsia. Esos extraños casos incluían no sólo la sensación de una presencia percibida, sino también varias experiencias extrasensoriales. Blanke anotó que estas sensaciones también están relacionadas con la deficiencia en la capacidad del cerebro para integrar con éxito la información sensorial, a saber, la ubicación de una persona en el espacio, de su sentido del tacto y de sus estímulos visuales. Tal y como escribió en el *British Medical Journal*: «Esto puede conducir a la situación de ver el cuerpo de uno mismo desde el techo cuando en realidad el cuerpo está tendido en la cama».[361] De nuevo, concluyó Blanke, «estas experiencias están relacionadas con una interferencia en la unión parietotemporal del cerebro».

Blanke y sus compañeros de investigación estaban familiarizados con el fenómeno de la presencia percibida entre sus pacientes psiquiátricos y neurológicos. Eran también conscientes de que personas totalmente sanas la habían experimentado. La joven estudiante de veintidós años tenía, aparte de su epilepsia, un historial psiquiátrico normal, y estaba tan sorprendida como los investigadores de que éstos fueran capaces de inducir una «presencia oculta» a través de «un simple interruptor en el cerebro».[362] Los científicos resolvieron que el cerebro de la mujer proyectaba sus propios movimientos en una figura fantasma que su mente había suscitado. «Es bastante sorprendente; ella sin duda se dio cuenta de que la “persona” se colocaba en su misma postura, pero la joven no hizo la conexión», dijo Blanke. En ningún momento la joven reconoció que la presencia era una proyección de sí misma. «A su juicio, la presencia era una persona distinta, un ser ajeno, el fenómeno exacto de lo que encontramos en los esquizofrénicos».[363] El estudio publicado en la revista *Nature* planteó que la estimulación eléctrica de la unión parietotemporal interfería en la integración de la información sensorial, provocando «la ilusión de que el propio cuerpo fuera el de otra persona». Es más, Blanke asegura que procesos similares pueden aplicarse a las experiencias descritas por «montañeros o personas aisladas».[364]

Sin embargo, usar la neuroestimulación en una parte del cerebro para inducir al Tercer Hombre en un entorno clínico es una cosa. Ahora bien, ¿cómo se produce esta experiencia en personas que se encuentran en lugares extremos y remotos? Allí no se colocan electrodos en el cerebro de las personas que se encuentran en las montañas, las que arrastran trineos a través del hielo, o las que se hallan a la deriva en el océano. En un estudio británico publicado en 2002 en la revista *The Lancet*, Dennis Chan y Martin N. Rossor especularon sobre el origen del Tercer Hombre en esos casos: «Las alucinaciones pueden apuntar al intento del cerebro de crear la percepción de una persona a través de estímulos sensoriales parciales durante estados de miedo o paranoia crecientes. La combinación de una intensa conciencia del entorno con la

privación física puede conducir a una explicación del predominio de alucinaciones extracampinas en… supervivientes de naufragios y alpinistas».[365] El cerebro podría intentar dibujar una forma humana completa «con datos sensoriales incompletos». La mente intenta, en ese caso, crear un compañero.

¿Por qué hace esto el cerebro? Aquí es donde juegan otros factores, como la patología del aburrimiento y el principio de las causas múltiples. Y ¿por qué tendría la experiencia que estar revestida de un significado emocional constructivo? El efecto de la pérdida, el factor musa y el poder del salvador ofrecen algunas pistas. Este mecanismo no es un accidente en la estructura del cerebro humano, y no parece un subproducto del deterioro de las funciones cerebrales. Más bien es posible interpretarlo de un modo diferente: el Tercer Hombre aparece sencillamente para ayudar a las personas necesitadas. Podría tratarse incluso de una adaptación evolutiva. Imaginen la ventaja que hubiera supuesto para los hombres primitivos, quizá separados durante una cacería y alejados de su tribu, el poder contar con la mano guiadora de un compañero que les señalara el camino a casa.

Capítulo 13
El interruptor del ángel

Cada uno de los exploradores y supervivientes que aparecen en este libro, en palabras de Shackleton, «atravesaron el barniz de las cosas externas». Participaron en misiones que los empujaron hasta los límites más insólitos, y alcanzaron puntos lo suficientemente extremos como para experimentar la presencia de un inexplicable compañero adicional durante sus viajes.

El Tercer Hombre ha recibido diferentes calificativos: una ilusión o alucinación sensorial causada por los esfuerzos físicos extremos o por la monotonía; una condición médica atribuible a niveles bajos de glucosa en la sangre, a un edema cerebral provocado por grandes altitudes o al estrés por frío; una aparición fantasmal o una experiencia paranormal; la manifestación de un ángel de la guarda, o una psicológica «figura compensatoria» que contiene «los recursos internos a los que la persona en apuros no es capaz de apelar en situaciones normales».[366] Un explorador incluso me confesó en privado que, en ocasiones, se había preguntado si existe «un único Tercer Hombre, un ente individual» que, a lo largo de los tiempos, ha intervenido para auxiliar a los más necesitados. El explorador preguntó: «¿Te has visto en algún caso en que ese ser se encontrara en dos lugares a la vez?». Tuve que responder que no y él asintió con una mirada cómplice.

Como dijo el alpinista Greg Child, resolver el misterio del Tercer Hombre viene a ser como «si un detective acechara a un hombre invisible; no hay huellas ni pruebas sólidas. Las pistas se encuentran en lo más profundo de nuestro interior».[367] Salta a la vista que es allí donde la evidencia nos conduce: hacia nuestro interior, hacia un mecanismo del cerebro que se activa en aquellas personas que traspasan la línea de la tolerancia física o psíquica. Los estudios científicos más recientes son concluyentes. Mediante la estimulación eléctrica de la unión parietotemporal izquierda, una zona del cerebro que se encarga de la organización de la información sensorial, Olaf Blanke y sus compañeros científicos de la Escuela Politécnica de Lausana fueron capaces de suscitar la sensación de una presencia en la joven estudiante de veintidós años que sufría epilepsia. Cada vez que estimulaban esa parte del cerebro, la mujer sentía vívidamente que la presencia regresaba. Cuando los médicos detenían el procedimiento, la persona oculta desaparecía de forma repentina. En el contexto de la investigación de Blanke, este mecanismo se denominó «interruptor».

Para la mayoría de la gente que se mueve entre asuntos cotidianos, la capacidad de acceder a este poder se mantiene oculta y latente. El interruptor permanece apagado. Pero para aquellas personas que rozan los límites de la resistencia, tanto al verse expuestos a algún suceso traumático como al realizar lo aparentemente imposible, el interruptor se enciende, y aparece ante ellos de forma repentina y

tentadora: una conciencia sorprendente de hallarse ante la presencia de algún bien inefable.

Stephen Venables, un célebre alpinista británico, tuvo esa experiencia en 1988 cuando formaba parte de un equipo de cuatro hombres que descubrió una nueva ruta para escalar la pared Kangshung, la más peligrosa del Everest. En la recta final del ascenso, Venables abría el camino. Luchaba para alcanzar la cima, solo, pues los demás lo seguían a bastante distancia. De repente, le invadió la intensa sensación de que una presencia estaba junto a él. Venables sintió que era una persona anciana: «Nunca pude identificarlo, pero ese álter ego me acompañó a ratos durante el resto del día, en ocasiones reconfortándome y dándome consejos, y en otras buscando mi apoyo».[368] Con visibilidad limitada, en el descenso, Venables, jadeando por el esfuerzo, seguía bajando penosamente hacia el puerto de montaña del sur. En esos momentos, su «compañero invisible, el anciano», reapareció. «Avanzábamos juntos, decididos a no morir». Al caer la oscuridad se desorientó, y «el anciano sugirió detenernos donde estábamos, pasar allí la noche y esperar a la luz del día para encontrar el camino correcto». Más adelante, Venables explicaría la experiencia de este modo: «Ese ser parecía actuar como una suerte de ángel de la guarda, un ser más sabio, que instaba a la prudencia y animaba a no caer en el desánimo estimulando el propio instinto».[369]

Durante el verano de 1986, un grupo de veteranos y experimentados escaladores del Himalaya sufrió una catástrofe en el K2. Entre el equipo se encontraba el alpinista austriaco Kurt Diemberger. Una ventisca hostigó a los alpinistas en los primeros momentos del descenso, cuando todavía se hallaban a gran altitud. Los hombres pensaban que la tormenta se alejaría, pero persistió durante cinco días con la fuerza de un huracán. Los alpinistas se sentían cada vez más débiles. Aquello se convirtió en una prolongada lucha por la supervivencia, y los suministros de agua y de comida se agotaban. La virulencia del tiempo hizo que Diemberger y los demás miembros del equipo pasaran a ser impotentes observadores de un drama cruel que, en última instancia, se cobraría las vidas de cinco de los siete alpinistas. Diemberger fue uno de los dos que lograron alcanzar el campamento base. Tiempo después, el escalador austriaco revelaría que durante aquel calvario tuvo «la sensación de que allí había una presencia invisible que cuidaba de mí, una fuerza que me envolvía y penetraba en mi mente, un ser guardián… Permaneció conmigo en la tienda durante los últimos días».[370]

El Tercer Hombre puede actuar como un ángel de la guarda; los alpinistas pueden haberlo descrito como una «suerte de ángel guardián»; pero cuando se les preguntó si en realidad era un ángel, la mayoría contestó que no. Reinhold Messner se mostró categórico al respecto: «No, no, no. A mi juicio, es un fenómeno bastante natural, y creo que todos los seres humanos podrían tener las mismas o similares sensaciones si se expusieran a ese tipo de situaciones extremas. El cuerpo busca modos de que la persona logre sobrevivir».[371] Peter Hillary tuvo una reacción parecida. Creía que la

experiencia era producto del cerebro, un mecanismo para poder sobrellevar la situación: «No me sorprendió ni me asustó. No pensé "¿de dónde sales?", porque tengo el convencimiento de que era una proyección de lo que ocurría en el interior de mi mente. Con toda probabilidad, todo aquello estaba en mi mente».[372] Tal y como dijo Greg Child: «No fue una sensación aterradora, la que cabe esperar al enfrentarse a algo sobrenatural. Sentí que su origen se hallaba dentro de mí, no fuera».[373]

Existe, pues, «un ser benévolo asignado a cada uno de nosotros de forma permanente, quien en ocasiones trabaja como un discreto sirviente, pero que acude a la llamada de las necesidades específicas, tanto en un momento dado (una emergencia física) como en un periodo prolongado (el caso de los compañeros de juego de la infancia)».[374] Salvo que este ser benevolente no existe fuera de nosotros, sino dentro. Es un poder real de supervivencia, una capacidad secreta y asombrosa de la mente, parte de nuestro mecanismo social. Yo lo llamo el interruptor del ángel.

Un aspecto asombroso de estas experiencias es que, en ocasiones, son compartidas. Al parecer existen estados mentales contagiosos. Se ha podido demostrar que, mediante sutiles estímulos personales u otros mecanismos, intensos fenómenos compartidos pueden provocar alteraciones en el cuerpo, como sarpullidos o reacciones alérgicas. Esto resulta especialmente cierto en lo que respecta a ciertos estados mentales como la «epidemia psíquica» de la Edad Media, más conocida como el baile de san Vito.

Dicho baile conllevaba salvajes brincos, descabelladas gesticulaciones y gritos. A quienes lo practicaban se les tachaba de locos. El espectáculo suscitaba una gran concurrencia y, curiosamente, muchas personas que lo observaban no tardaban en sumarse a esa danza maníaca. En una ocasión, un hombre solo tuvo el baile de san Vito día y noche a lo largo de un mes, y contagió a cuatrocientas personas con su extraño y estrambótico comportamiento. Podrían buscarse causas médicas para explicar el proceder de algunos de esos bailarines, pero la epidemia parecía estar provocada por la histeria colectiva. Como en los encuentros compartidos del Tercer Hombre, los afectados por el baile de san Vito aparecieron en Europa en un momento de «especial conmoción y penalidades, cuando los individuos se hallaban sobrecogidos y aterrorizados por los estragos de la Peste Negra, y trastornados por la inestabilidad social».[375]

Existe la posibilidad de que un estado mental benefactor sea también contagioso. Sir Ernest Shackleton, Frank Worsley y Tom Crean experimentaron la presencia en Georgia del Sur. Harry Stoker y sus dos compañeros tuvieron la misma experiencia en Turquía. En su libro *Beyond Risk: Conversations with Climbers*, Nicholas O'Connell relató un caso similar sucedido al alpinista polaco Voytek Kurtyka y a su compañero de escalada Robert Schauer, cuando se enfrentaron a la muerte en el

Gasherbrum IV en 1985. Ambos pasaron dos noches sin poder moverse debido a las duras condiciones meteorológicas. Tal fue el relato que le hizo Kurtyka a O'Connell:

> Posiblemente, lo más increíble fue que Robert y yo tuviésemos [esa sensación] al mismo tiempo. La sensación de que allí había una tercera persona fue tan asombrosa, tan tangible que, en un momento dado, traté de hablar con Robert, pero era incapaz de expresarme, y me limité a decir:
>
> —Robert, me gustaría contarte algo, pero es muy extraño.
>
> —Sé a qué te refieres —contestó—. Tú la sientes, la tercera persona.
>
> —Sí. ¿Tú también?
>
> —Sí.[376]

Finalmente, Lou Whittaker, un célebre y experimentado escalador estadounidense, y su mujer, Ingrid, compartieron lo que él denominó una «experiencia metafísica» cuando se hallaban en el Kangchenjunga en 1989. Ingrid solía caminar por la zona, pero tuvo que pasar tres días en la tienda con un fuerte dolor de cabeza causado por la gran altitud, mientras Lou escalaba la cumbre. Durante su enfermedad, «una mujer nepalí de dos dimensiones apareció en la tienda. Tenía el aspecto de una sombra oscura». La presencia se mostraba servicial y la cuidaba. «Colocó la mano en la frente de Ingrid, de un modo que relajaba, y permaneció con ella en la tienda durante los tres días». Aunque pensaba que sufría alucinaciones, «aquella mujer la reconfortó sobremanera». Meses después, ya de regreso en su hogar, en Estados Unidos, Ingrid contó a Lou lo que le había sucedido. Su marido había tenido la misma experiencia: «Me metía en la tienda por las noches y tenía la sensación de que alguien estaba a mi lado… No fue una sensación nada intimidatoria. Resultó reconfortante».[377]

Así pues, ¿son también contagiosos esos estados benefactores de la mente? Cabe esa posibilidad, pero existe otra: ¿Sintieron Shackleton y sus hombres un tipo de «experiencia metafísica», como ellos mismos declararon? ¿No es posible que sufrieran, de forma individual, un severo estado de conmoción que causó una simultánea respuesta psicológica o neurológica encarnada en el Tercer Hombre?

Existe un momento en cada uno de estos viajes en el que todos están perdidos. En tales circunstancias, ¿cuántas personas albergarían esperanzas? La muerte heroica frente a semejantes obstáculos no conlleva indignidad alguna. Sin embargo, para la mayoría de las personas normales enfrentadas a situaciones insólitas, el deseo de vivir constituye una poderosa fuente de fuerza al igual que ese «factor indefinible, pero de suma importancia: la fuerza moral».[378] Si alguna enseñanza nos aportan las historias de supervivencia de este libro —desde James Sevigny, que descendió al valle de los Cuatro Picos arrastrando los pies tras empujarle una avalancha 600 metros abajo por la pared de una montaña, accidente en el que murió su compañero y a él lo dejó con terribles lesiones; o los avatares contra los que luchó Tony Streather para salir de la hondonada en el Haramosh; o los 32 días que pasó Ensio Tiira a la deriva en el

océano Índico, llegando a pesar tan sólo 25 kilos— es que los seres humanos, en general, son más fuertes y más resistentes de lo que pensamos.

Consideren el calvario tantas veces relatado que soportó en abril de 2003 Aron Ralston, un joven de veintisiete años esbelto y en plena forma. El brazo de Ralston quedó inmovilizado bajo un pedrusco de 360 kilos cuando escalaba en roca en el Cañón Bluejohn, en Utah. De súbito, se enfrentó a la que sería la última prueba de su supervivencia. Intentó hacer fuerza con todo su cuerpo para mover el pedrusco, sin lograrlo. Entonces, improvisó una grúa utilizando las cuerdas y las poleas de sus utensilios de escalada. Probó también machacar la roca utilizando una navaja. Nada surtió efecto. Corría el 26 de abril. Tres días después, casi sin comida ni bebida, Ralston decidió que su única esperanza de sobrevivir era cortarse el brazo. Acondicionó una «mesa quirúrgica». Colocó un cuchillo y un botiquín, y se ató un torniquete en torno al bíceps. El cuchillo era tan romo que no podía atravesar la piel, y advirtió que sería imposible cortar el hueso. No obstante, perseveró en el tétrico procedimiento durante varios días, perforándose la piel y el músculo del antebrazo, utilizando finalmente su peso corporal para romper primero el radio y después el cúbito, el hueso más largo del antebrazo. Ralston envolvió el muñón en una bolsa de plástico, y descendió una pared rocosa de 18 metros con un solo brazo. Bebió agua de un charco y después anduvo diez kilómetros hasta encontrarse con dos excursionistas, que lo ayudaron. Más adelante, Ralson refirió a los periodistas que tuvo conciencia de que varias «presencias» se hallaban con él en el cañón: «Creo que me acompañaba una fuerza superior. Sentí la presencia de algunos de mis amigos y parte de mi familia. Como casi no dormía, las presencias no fueron producto del sueño».[379]

Este fenómeno puede suceder después de un desastre natural, o en tiempos de guerra. Tal es el caso de Airey Neave, un prisionero de guerra británico a quien se le apareció una presencia durante su audaz fuga, en 1942, de la prisión militar más segura del Tercer Reich, el conocido castillo de Colditz. Tras pasar varios días huyendo, Neave y un fugitivo holandés cruzaron campos cubiertos de nieve cerca de la frontera de Suiza, país neutral. De súbito, Neave «sintió que una figura se hallaba a su lado». Se volvió: «Vi a mi antiguo coronel caminando en la nieve con su uniforme y sus botas militares. Le hablé, dirigiéndome a él con respeto».[380] Su compañero holandés se alarmó. «¿Qué demonios te pasa?», dijo, instando a Neave a abandonar esa extraña conversación. Poco después atravesaron corriendo la tierra de nadie y alcanzaron la libertad.

Otra experiencia es la del soldado israelí Avi Ohry. El 6 de octubre de 1973, el ejército egipcio lanzó un ataque masivo contra una línea de fortificaciones que Israel había construido a lo largo del canal de Suez después de ocupar el Sinaí. El ataque marcó el comienzo de la guerra de Yom Kippur. En el puesto de avanzada israelí, en El Firdan, sobrevivieron unos pocos soldados al ataque inicial y a las posteriores ejecuciones perpetradas por los soldados egipcios. Uno de los supervivientes fue Ohry, un joven oficial médico de veinticinco años.

Lo que siguió fue peor que la muerte. Ohry fue sometido a largos periodos de privación de sueño. Soportó palizas y ejecuciones simuladas. Se le obligó a mantenerse en pie, o a sentarse atado durante largos y tediosos periodos de tiempo. Dos semanas después de que comenzara su «lucha por la supervivencia», Ohry se hallaba sentado con los ojos vendados, los brazos atados a la espalda, en una pequeña celda, cuando notó una vivida presencia. Era su mujer, que entonces se encontraba en Ginebra. Ohry habló con ella. Poco después recibió una visita similar, en esta ocasión la de un amigo íntimo de la Facultad de Medicina. En ambos casos, «les rogué que me salvaran y me sacaran de aquella penosa situación».[381] Las presencias resultaban reconfortantes, pero desaparecieron repentinamente cuando se oyeron los pasos de los interrogadores: «No acertaba a entender cómo se las habían ingeniado para entrar sanos y salvos en la cárcel y salir ilesos de ella». Las visitas «me alentaron, y me daba la impresión de que no tardaría en recobrar la libertad».[382] Ohry fue finalmente repatriado a Israel.

Nicholas Tu se hallaba entre los cientos de miles de refugiados, conocidos como "la Gente del Barco", que huyeron de Vietnam en un éxodo provocado por la desesperación económica y por el deseo de escapar de la represión comunista. En marzo de 1987, Tu emprendió la travesía en una pequeña barca junto con otras diez personas. Lo que vino después fue un terrible calvario. Varios piratas tailandeses saquearon el bote y violaron a las mujeres. Al poco, una violenta tormenta azotó la barca. Tu, en su libro *The Purple Storm (One of the Bastards)*, describió cómo le ayudó la presencia de un hermano fallecido, «allí, en las profundas oscuras y púrpuras aguas que me rodeaban… Me pareció que se encontraba cerca de mí, escuchando mi llanto, reconfortándome en el más duro momento de mi vida».

Más recientemente, en Somalia, un sondeo realizado entre antiguos combatientes, viudas de guerra y niños para el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, mostró que la «presencia percibida» fue una de las estrategias utilizadas para enfrentarse y sobrevivir a los horrores de aquella guerra.[383]

Aun en medio de las catástrofes, una abrumadora mayoría de personas es capaz de adaptarse a ellas y sobrellevarlas, ayudarse a sí mismos y a los demás. En situaciones en las que cabe esperar que se desate el pánico, es frecuente que no ocurra. Peter Suedfeld ha definido al *Homo sapiens* como «la especie indomable». Suedfeld escribe: «La mayoría de los supervivientes han demostrado una sorprendente habilidad para soportar, recuperarse, superar, e incluso salir fortalecidos de situaciones que los observadores externos consideran completamente destructivas».[384] Suedfeld concluyó que mientras se presta excesiva atención a las personas sometidas a penurias, existe una tendencia a «minimizar e ignorar la fortaleza de los supervivientes». De forma habitual, se pone gran énfasis en el estrés postraumático, la pérdida de un ser querido, la pena y el dolor, mientras que se presta poco interés a

la capacidad de superarlos. La reacción típica al enfrentarse a un desastre no es derrotista, sino una lucha decidida para sobrevivir, incluso ante la más angustiosa adversidad. En algunos casos, la gente sale fortalecida, dice Suedfeld. «Por lo general, es cierto: las personas que vuelven del espacio o de las bases polares de investigación poseen un mayor sentido de los valores y de lo que es importante, una mayor determinación, un mayor equilibrio en sus vidas. Gran parte de los que sobreviven a terribles traumas, como el Holocausto y otros genocidios, construye vidas nuevas, satisfactorias y equilibradas, aunque continúen experimentando síntomas ocasionales de conmoción». No existe un ejemplo tan elocuente de esta capacidad como el caso del Tercer Hombre. Cuando los métodos habituales de supervivencia —la habilidad, el coraje y la resistencia— se agotan, todavía puede apelarse a un poder misterioso.

Pero cuando se enciende el interruptor del ángel ¿garantiza éste la supervivencia de una persona? No, no la garantiza, tal y como lo demostró el caso de Maurice Wilson, un británico que intentó alcanzar la cima del Everest en 1934. Wilson carecía de experiencia en alpinismo, y en su lucha por llegar a la cumbre dio muestras de una valentía innegable, aunque parecía empañarla la tragedia de lo inevitable. Wilson no pudo emprender su primer ascenso debido a las condiciones meteorológicas. El 12 de mayo de 1934, acompañado de dos porteadores *sherpa*, volvió a intentarlo. En esta ocasión, alcanzó el Campo IV de la expedición británica de 1933, y se mantuvo acurrucado durante días en una tienda en medio de vientos infernales, nieve y frío. Cuando mejoró el tiempo, anunció su intención de continuar, pero los porteadores se negaron a acompañarlo. La situación era peligrosa, pues consideraban que continuar era exponerse a una muerte segura. Les pudieron las ganas de vivir. El 27 de mayo, mientras Wilson se revolvía en su saco de dormir, parcialmente cegado por la nieve y exhausto, le sobrevino la sensación de que no se hallaba solo en la tienda, de que alguien estaba a su lado. «Es extraño —anotó en su diario—, pero siento que hay alguien conmigo constantemente en la tienda».[385]

Wilson tenía que haber tirado la toalla. La situación era muy crítica y parecía resuelto a empeorarla. Al día siguiente hizo un último intento. «Esperad aquí diez días. Si entonces no he vuelto, regresad», dijo a los dos porteadores. Lenta y pausadamente, Wilson inició su ascenso. La última anotación en su diario era del 31 de mayo: «De nuevo en marcha. Un día espléndido». Desde ese momento, su diario enmudeció. Wilson no llegó demasiado lejos, y el horror de su sufrimiento en las horas finales de su vida sólo puede deducirse. Eric Shipton y Charles Warren, miembros de otra expedición británica al Everest encontraron su cuerpo y su cuaderno en 1935, un año después de su muerte, a 6700 metros de altitud. Ambos hombres se sentaron y leyeron el «patético documento», después envolvieron el cuerpo de Wilson con la tela de una tienda de campaña y lo colocaron en una grieta. No se sabe si su compañero invisible lo acompañó durante las últimas horas de su vida. La triste historia de Wilson pone de relieve algo importante: no hay salvación

para aquel que no quiere ser salvado. El Tercer Hombre necesita de un compañero voluntarioso.

La clave para superar contratiempos al parecer insalvables con el ánimo de sobrevivir requiere, así pues, la simple creencia —llamémosla fe— de que la determinación de un individuo puede, de algún modo, superar una situación atroz, de que va a vivir. Con tal premisa afrontan muchos individuos su calvario. En el momento en que esa fe se somete severamente a prueba, y el fracaso —y aun la muerte— parece inevitable, aparece el Tercer Hombre. ¿Qué es lo que cambia? ¿Qué es lo que transforma la creciente certeza de la derrota en el milagro de la supervivencia? Comienza con la convicción de que un compañero se halla junto a esos individuos. ¿No es un fenómeno increíble? Nuestros cerebros poseen una especie de sentido social placebo, que es un detonante de la humanidad. Constituye una nueva función del cerebro, sin duda seleccionada por la evolución, porque resulta extremadamente útil (nuestros ancestros sufrieron con toda seguridad más estados de conmoción y se enfrentaron a muchas más situaciones de vida o muerte). Es un supremo, y muy hermoso, ejemplo de que somos animales sociales, pues en los momentos de más profunda soledad y necesidad, nuestro cerebro o nuestra mente buscan un modo de asegurarnos de que no estamos solos, y la sensación de empatía de la humanidad marca, en última instancia, la diferencia entre la vida y la muerte.

Peter Suedfeld predice que las interacciones con el Tercer Hombre se intensificarán a lo largo de los años con la «creciente exploración y explotación de lugares inaccesibles»: bajo los océanos, en los polos y también como resultado de la popularidad de los deportes de riesgo. Pero donde el Tercer Hombre tiene mayor potencial de prestar asistencia es en el espacio. Superando lo que pueda suceder en la Tierra, los viajes al espacio más allá de la Luna contienen un potencial de intensas tensiones, peligros reales, aislamientos totales y abrumadoras monotonías.

Una expedición a Marte, por ejemplo, no podría compararse con cualquier otra hazaña que los seres humanos hayan realizado hasta ahora. Cuando ambos planetas se hallan más cerca el uno del otro, la distancia entre la Tierra y Marte es de 55 millones de kilómetros. Una misión a Marte podría conllevar periodos de aislamiento sin precedentes. Los astronautas tendrían que permanecer en el espacio hasta tres años. Se hallarían apartados de sus familias y amigos. Incluso la comunicación con el control de la misión podría tardar hasta 44 minutos en establecerse. Vivirían con la conciencia de que si algo fallase, no habría posibilidad alguna de rescate. Existirían episodios de intensa actividad en la nave espacial, y la mayor parte del viaje estaría colmada de rutinas monótonas. El tiempo libre probablemente se desperdiciaría realizando actividades inútiles para llenar el vacío. En este contexto, los seres humanos podrían verse plenamente sometidos a la patología del aburrimiento. Y podemos añadir a ello lo desconocido. Mientras la experiencia de observar la Tierra

desde el espacio ha parecido desembocar en el incremento de las referencias espirituales de muchos astronautas,[386] el impacto psicológico o religioso del «fenómeno de perder de vista la Tierra, que nunca había sido experimentado con anterioridad», resulta desconocido.[387] Todos estos factores podrían tener profundas repercusiones en los astronautas. Cabe imaginar que algunos seres ocultos se unirían a la tripulación de la misión de Marte.

El Tercer Hombre se está multiplicando, y mientras las exploraciones se desplazan al sistema solar y las personas ponen mucho más a prueba sus límites de resistencia, todo induce a creer que en un futuro inmediato cada vez más seres humanos experimentarán el fenómeno del Tercer Hombre. Como dice el astronauta perdido, el incorpóreo David Bowman, en la novela de Arthur C. Clarke *2010: Odisea Dos*, algo está sucediendo: «Algo maravilloso».

En el primer capítulo, mencioné la extraña experiencia de mi infancia, cuando me enfrenté a una serpiente de cascabel. Observé que Wilfrid Noyce, en su libro *They Survived: A Study of the Will to Live*, quedó intrigado por ese fenómeno cuando, hallándose en el Espolón de Ginebra del Everest sin oxígeno, tuvo una experiencia de primera mano de lo que él juzgó una manifestación rudimentaria del Tercer Hombre, una simple «sensación de dualidad» experimentada en grandes altitudes. El escalador británico Doug Scott vivió una experiencia similar en el Everest: «Tuve la curiosa impresión de encontrarme fuera de mi cuerpo; parte de mi mente estaba separada de mi yo exhausto y me proporcionaba consejos protectores».[388] Tales ejemplos parecen respaldar la teoría de que la presencia es producto de la duplicación del cuerpo de uno mismo.

Pero curiosamente muy pocas personas ven al Tercer Hombre como una duplicación de sí mismos. Al contrario, para muchos es otro ser, un amigo que les ayuda. En palabras de Noyce:

> Cuando nos encontramos solos o en alguna dificultad, el Tercer Hombre puede aparecer como una personificación, aunque un tanto borrosa, de lo que necesitamos para escapar del aislamiento o la impotencia. Debido a la asociación humana y a la experiencia del pasado almacenadas en la memoria del subconsciente, ese ente cobra la forma de otra persona. Creo que, en efecto, podría ser otra persona, convocada por lo profundo de nosotros —y desconocido por la mente consciente—, donde se nos unen otros, que nos proporcionan esta asociación y esta experiencia.[389]

Para Noyce, esto sugería la posibilidad de que «las abundantes células de que estamos compuestos mandaran un SOS al interior más profundo de nuestro yo y aun más allá». Sintió que todo apuntaba a la existencia de una capacidad, poco comprendida, de alcanzar, más allá de uno mismo, un subconsciente colectivo: «La situación de supervivencia enciende la chispa que, en muchas personas, permanece

latente o ignorada. A mi entender, esta chispa posee una conexión esencial con otras personas».

¿Qué ocurriría si esta capacidad existiera en cada uno de nosotros? ¿Qué sucedería si hubiera un mecanismo cerebral que nos permitiera, cuando nos encontramos en la soledad más profunda, gozar repentinamente de la compañía de alguien? No tiene por qué ser literalmente otra persona suscitada por el subconsciente colectivo, pero no por ello es menos asombroso y revelador: poseemos la capacidad de hacer aparecer a un compañero cuando más lo necesitamos. El pensarlo resulta conmovedor. Evolucionamos unidos en una red de personas. Incluso nuestros sueños están llenos de ellas. ¡Estamos sólidamente conectados de modo innato a la gente!

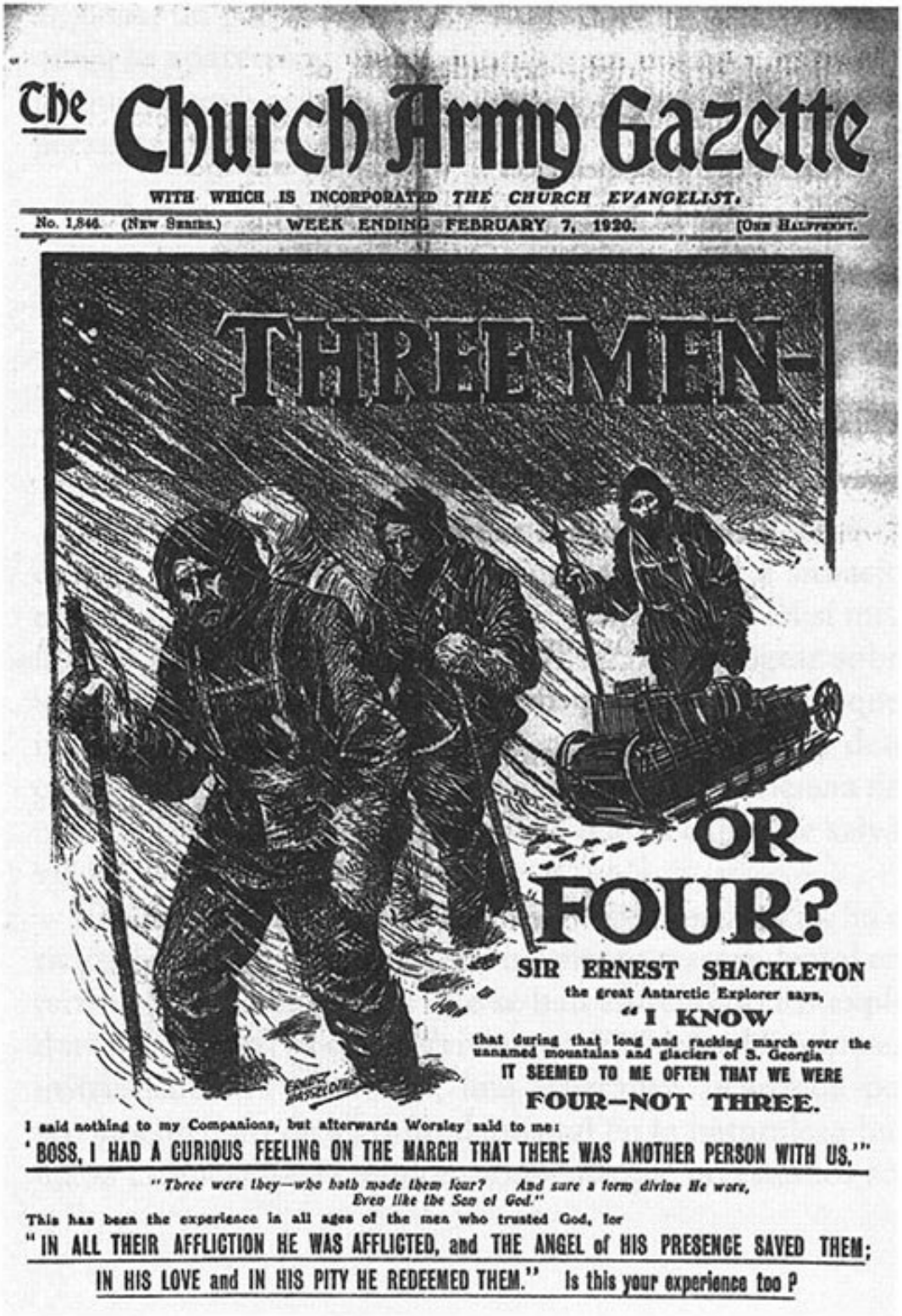
Este asunto suscita otra cuestión fascinante. ¿Puede emplazarse al Tercer Hombre, el compañero guiador solicitado por los exploradores polares, montañeros y demás aventureros, y por aquellos sumidos en la agonía del desastre, a ayudar a las personas que se enfrentan a crisis de naturaleza cotidiana? Basta imaginar el impacto que produciría en nuestras vidas el que pudiésemos acceder a este fenómeno cuando quisiéramos. Con un compañero tan constante no existiría la soledad. No existiría conmoción alguna a la que nos tuviéramos que volver a enfrentar en solitario. ¿Tan desorbitada es esta idea? Los niños solos o los que sufren estados de estrés buscan compañía encarnada en un amigo imaginario. Lo mismo hacen aquellas personas que han perdido a sus parejas. Algunas culturas consideradas más primitivas que la occidental contemporánea también han hecho lo mismo a lo largo de miles de años, así como los místicos. Imagínense que cuando nos hallamos solos o en situaciones de peligro, pudiéramos —como sugiere la información retroactiva de los experimentos neurológicos— aprender a estimular el área del cerebro que produce el Tercer Hombre y, por consiguiente, concedernos este impulso adicional de supervivencia.

Pero ¿está únicamente implicado el cerebro en este fenómeno? El Tercer Hombre introduce en quienes lo experimentan la creencia vivida de que se han encontrado con un ser oculto lleno de compasión y belleza que constituye, para algunos, un poder superior. Paul Firth, el físico y alpinista a quien se apareció el Tercer Hombre en el Aconcagua, sostiene que aunque aceptemos las explicaciones neurológicas imperantes, perdura un misterio:

> Una explicación biológica no excluye un origen metafísico benigno, una explicación del «cómo» no responde a la cuestión del «por qué». Cualesquiera que sean los detalles fisiológicos de estas experiencias… ¿quién puede explicar por qué estos serviciales fantasmas deambulan en la penumbra de los límites de nuestra percepción?[390]

Sí, existe un interruptor del ángel en el cerebro, pero el hecho de que constituya una respuesta cerebral a situaciones extremas e insólitas no excluye a la experiencia en sí misma, la cual sigue siendo una potente fuerza para lograr sobrevivir. Richard Dawkins y otros ateos parecen asegurar que los impulsos místicos o religiosos son, de algún modo, despreciables; sin embargo existe algo con toda la apariencia de ser una experiencia mística o religiosa que es capaz de salvar la vida.

El Tercer Hombre representa algo extraordinario. Su aparición ha marcado siempre un momento trascendental en las terribles situaciones a las que se han enfrentado los exploradores, aventureros o supervivientes. El Tercer Hombre es un instrumento de esperanza, una esperanza alcanzada por el reconocimiento de algo fundamental en la naturaleza humana: la creencia —la comprensión— de que no estamos solos.



The Church Army Gazette

WITH WHICH IS INCORPORATED *THE CHURCH EVANGELIST.*

No. 1,846. (New Series.) WEEK ENDING FEBRUARY 7, 1920. [One Halfpenny.

THREE MEN—

OR FOUR?

SIR ERNEST SHACKLETON

the great Antarctic Explorer says,

"I KNOW

that during that long and racking march over the unnamed mountains and glaciers of S. Georgia

IT SEEMED TO ME OFTEN THAT WE WERE

FOUR—NOT THREE.

I said nothing to my Companions, but afterwards Worsley said to me:

'BOSS, I HAD A CURIOUS FEELING ON THE MARCH THAT THERE WAS ANOTHER PERSON WITH US.'"

"Three were they—who hath made them four? And sure a form divine He wore,
Even like the Son of God."

This has been the experience in all ages of the men who trusted God, for

"IN ALL THEIR AFFLICTION HE WAS AFFLICTED, and THE ANGEL of HIS PRESENCE SAVED THEM;

IN HIS LOVE and IN HIS PITY HE REDEEMED THEM." Is this your experience too?

The Church Army Gazette
7 de Febrero de 1920

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a los siguientes exploradores y supervivientes, que compartieron sus extraordinarias historias conmigo y me permitieron introducir citas de sus relatos publicados o no publicados: Ron DiFrancesco, Jerry Linenger, Peter Hillary, Doug Scott, Rob Taylor, Jim Wickwire, el comandante William King, Tony Streather, Reinhold Messner, Jim Sevigny, Ann Bancroft, Stephanie Schwabe, sir Ranulph Fiennes, Robert Swan, Greg Child, Avi Ohry, Douglas Robertson, el doctor Paul G. Firth, el capitán Brian Shoemaker, Andrew Prossin, Steve Swenson, Walter Welsh, Alan Parker, y el ya desaparecido doctor Parash Moni Das. También estoy agradecido al fallecido Nicholas Wollaston, hijo de Sandy, y a Ralph Barker.

Peter Suedfeld es una autoridad destacada en el ámbito de la presencia percibida en situaciones extremas y ha sido de gran ayuda e inspiración. Gracias también a Jane S. P. Mocellin, Peter Brugger, Allan Cheyne, Tore Nielson, Olaf Blanke y Michael Persinger.

Mi reconocimiento va asimismo para Heather Wilson, de la Toronto Reference Library; a la Gerstein Science Library, de la Universidad de Toronto; al Massey College; a la Robarts Humanities Library, de la Universidad de Toronto; a la biblioteca estatal de New South Wales; a la Alexander Turnbull Library, de la biblioteca nacional de Nueva Zelanda; a la British Library; a la Paul D. Fleck Library and Archives, del Banff Centre; a la National Library of Canada; a T. Butcher, de la National Post Library; a la biblioteca del National Hospital, Queen Square, Londres; a Anne Morton, de los Hudson’s Bay Company Archives, en los Provincial Archives of Manitoba.

Este libro no hubiera sido posible sin el aliento y la comprensión de muchas personas, incluidos mi agente Patrick Walsh, de Conville & Walsh, y Andrea Magyar, de Penguin Books Canada. Asimismo, doy las gracias a Dianna Symonds, Karen Cossar, Susan Folkins, Sam Hiyate, Jonathan Webb y Carl Honoré. Jeff Warren leyó el manuscrito y me proporcionó sabios consejos, como lo hicieron también Kate Fillion y Sean Fine. Gerald Owen me dio una lección de angiología. Leila Hadley Luce me enseñó coraje. Me gustaría dar las gracias a esos otros amigos y personas que me han acompañado en este viaje, con su apoyo y sus consejos: John R. Smythies, Vincent Lam, Margaret Atwood, Gavin Fitch, Andrew Duffy, el doctor Rhodri Hayward, el doctor John Fraser del Massey College, Anna Luengo, el profesor Abraham Rotstein, el doctor Denis St-Onge, Veikko Kammonen, Robert Burton, el padre David Harris, Nicolas Jiménez y Tony Hendrie. También a Peregrine Adventures, hoy Quark Expeditions.

Estoy muy agradecido a Edward Greenspon, jefe de redacción de *The Globe and Mail*, por haber considerado los «estanques idiosincrásicos del conocimiento» como

algo bueno.

Finalmente, quiero dar las gracias a Shirley y Eddie Keen, al doctor K. W. y a Jean Geiger, a Becky Geiger y, en especial, a mis hijos, Álvaro y Sebastian, y a Marina Jiménez, que viajó conmigo durante esta larga travesía y permaneció junto a mí compartiendo los milagros, las sorpresas y las pérdidas.

Fuentes de las citas

Reproduzco a continuación las fuentes originales de las citaciones recogidas en el libro:

—*La tierra baldía*, de T. S. Eliot, Faber and Faber Ftd. / The T. S. Eliot Estate.

—*They Survived: A Study of the Will to Live*, de Wilfrid Noyce. Utilizado con el permiso de Johnson & Alcock Ltd.

—*The Spirit of St. Louis*, de Charles A. Lindbergh. Copyright © 1953 de Charles Scribner's Sons, renovado © 1981 por Anne Morrow Lindbergh. Con permiso de Scribner, una división de Simon & Schuster Adult Publishing Group. Todos los derechos reservados.

—*The Last Blue Mountain*, de Ralph Barker, publicado por Chatto & Windus, en 1959. Utilizado con el amable permiso de Ralph Barker.

—*Adventure In Depth*, de William King, copyright © 1975 por William King. Utilizado con el permiso de G. P. Putman's Sons, una división de Penguin Canada (Estados Unidos) Inc.

—*Raft of Despair*, de Ensio Tiira, publicado por Hutchinson. Con permiso de The Random House Group Ltd.

—*My Father, Sandy*, de Nicholas Wollaston. Utilizado con el permiso de Short Books.

—*Karluk*, de William Laird McKinlay. Con permiso de Weidenfeld & Nicolson, una impresión de The Orion Publishing Group.

—*What Cares the Sea?*, de Kenneth Cooke, publicado por Hutchinson. Con permiso de The Random House Group Ltd.

—*Atlantic Challenge*, de Angus MacKinnon, publicado por Catalone Press. Por cortesía de Mary MacKinnon.

JOHN GRIGSBY GEIGER nació en Ithaca, en el estado de Nueva York, y se graduó en Historia en la Universidad de Alberta.

Es autor de numerosos libros, entre ellos *Atrapados en el hielo*, que ha sido traducido a nueve lenguas. Es director editorial de *The Globe and Mail*, gobernador de la *Royal Canadian Geographical Society*, presidente de su comité de expediciones, miembro del *Explorers Club* de Nueva York y miembro del consejo de *Wings Worldquest*. Ha recibido la *Golden Jubilee Medal* concedida por la Reina de Inglaterra.

Notas

[1] T. S. Eliot, *La tierra baldía*, Cátedra, Madrid, 2009. (*N. de la t.*) <<

[2] Brian Clark, «Above the Impact: A Survivor’s Story», *Nova Online*, http://www.pbs.org/wgbh/nova/wtc/above.html <<

[3] Andrew Duffy, «Last One Out Alive: A 9/11 Survivor's Tale», *National Post*, 4 de junio de 2005. <<

[4] *Ibid*. <<

[5] Dennis Cauchon y Martha T. Moore, «Machinery Saved People in WTC», *USA Today*, 17 de mayo de 2002. <<

[6] Andrew Duffy, «Last One Out Alive». <<

[7] Brian Clark, «Above the Impact». <<

[8] *Ibid*. <<

[9] Andrew Duffy, «Someone Told Me to Get Up», *National Post*, 6 de junio de 2005. <<

[10] Ron DiFrancesco, entrevista con John Geiger, 23 de agosto de 2005. <<

[11] *Ibid*. <<

[12] http://www.freerepublic.com/focus/news/689589/posts <<

[13] Ron DiFrancesco, entrevista con John Geiger, 23 de agosto de 2005. <<

[14] *Ibid*. <<

[15] Andrew Duffy, «Someone Told Me to Get Up». <<

[16] Véase también Dennis Cauchon, «Four Survived by Ignoring Words of Advice», *USA Today*, 18 de diciembre de 2001. <<

[17] James Sevigny, entrevista con John Geiger, 14 de noviembre de 2003. <<

[18] James Sevigny, carta a John Geiger, 22 de diciembre de 2004. <<

[19] James Sevigny, entrevista con John Geiger. <<

[20] Allan Derbyshire, carta a John Geiger, 14 de febrero de 2006. <<

[21] *Calgary Herald*, abril de 1983. <<

[22] Milbry Polk y Mary Tiegreen, *Wornen of Discovery*, Clarkson Potter, Nueva York, 2001. <<

[23] Stephanie Schwabe, carta a John Geiger, 6 de marzo de 2007. <<

[24] La descripción de este incidente apareció primero en John Geiger, «I Was Two People in Two Places», en Jason Schoonover, *Adventurous Lives, Adventurous Dreams*, Rocky Mountain Books, Vancouver, 2007. <<

[25] Wilfrid Noyce, *They Survived: A Study of the Will to Live*, Heinemann, Londres, 1962. <<

[26] Claude A. Piantadosi, *The Biology of Human Survival: Life and Death in Extreme Environments*, Oxford University Press, Nueva York, 2003. <<

[27] Rob Schultheis, *Bone Games*, Breakaway Books, Nueva York, 1996. <<

[28] Reinhold Messner, entrevista con John Geiger, 13 de enero de 2004. <<

[29] Oliver Shepard, «Virginia Fiennes», *The Guardian*, 24 de febrero de 2004. <<

[30] Ranulph Fiennes, *To the Ends of the Earth*, Hodder & Stoughton, Londres, 1983. [Hay trad. cast.: *Hasta los confines de la tierra*, Martínez Roca, Madrid, 1989.] <<

[31] Ranulph Fiennes, entrevista con John Geiger, 10 de febrero de 2006. <<

[32] *Op. cit.* <<

[33] Weston La Barre, *The Ghost Dance: Origins of Religión*, Delta, Nueva York, 1972. <<

[34] G. Daniel Steel, «Polar Moods: Third-Quarter Phenomena in the Antarctic», *Environment and Behavior*, vol. 33, n.º 1, enero de 2001. <<

[35] Lawrence A. Palinkas y Deirdre Browner, «Effects of Prolonged Isolation in Extreme Environments on Stress, Coping, and Depression», *Journal of Applied Social Psycobiology*, 25, 1995. <<

[36] Peter Suedfeld y G. Daniel Steel, «The Environmental Psychology of Capsule Habitats», *Annual Review of Psychology*, 2000. <<

[37] Jane S. P. Mocellin, «A Behavioral Study of Human Responses to the Arctic and Antarctic Environments», tesis doctoral, Universidad de Columbia Británica, Vancouver, 1988. <<

[38] Jane S. P. Mocellin, «Transcriptions of Cases Related to the Third Person Phenomena», informe sin publicar. <<

[39] Peter Suedfeld y Jane S. P. Mocellin, «The “Sensed Presence” in Unusual Environments», *Environment and Behavior*, enero de 1987. <<

[40] Graham Reed, *The Psycbology of Anomalous Experience*, Hutchinson University Library, Londres, 1972. [Hay trad. cast.: *Psicología de la experiencia anómala: un enfoque cognitivo*, Promolibro, Valencia, 1999.] <<

[41] Constanta Parhon-Stefanescu y Thea Procopiu-Constantinescu, «Considérations sur l'impression de présence», *Annales médico-psychologiques*, 125, 1967. <<

[42] Weston La Barre, *The Ghost Dance: Origins of Religión*. <<

[43] Woodburn Heron, «Cognitive and Physiological Effects of Perceptual Isolation», en *Sensory Deprivation: A Symposium Held at Harvard Medical Scbool*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1961. <<

[44] W. De la Mare, *Desert Islands*, Faber, Londres, 1947. <<

[45] Constanta Parhon-Stefanescu y Thea Procopiu-Constantinescu, «Considérations sur l’impression de présence». <<

[46] Leonard Zusne y Warren H. Jones, *Anomalistic Psychology*, Lawrence Erlbaum Assoc., Hillsdale (Nueva Jersey), 1989. <<

[47] Peter Suedfeld, «The Sensed Presence Phenomenon», discurso pronunciado en el Annual Meeting of the Society for Clinical and Experimental Hypnosis, San Antonio (Texas), octubre de 2001. <<

[48] Peter Suedfeld y Jane S. P. Mocellin, «The “Sensed Presence” in Unusual Environments». <<

[49] Leonard Tripp, memorándum para el doctor H. R. Mill, 1 de marzo de 1922; Alexander Turnbull Library, National Library of New Zealand. <<

[50] Duncan Carse, *The Times*, Londres, 16 de marzo de 1956. <<

[51] Harold Begbie, *Shackleton, A Memory*, Mills & Boon Ltd., Londres, 1922. <<

[52] Robert Service, «The Call of the Wild», en *The Spell of the Yukon and Other Verses*, Barse & Co., Nueva York, 1916. <<

[53] Harold Begbie, *Shackleton, A Memory*. <<

[54] Leonard Tripp, memorándum para el doctor H. R. Mill. <<

[55] John Keats, *Endymion: Libro II*, versos 817-818:

Let us entwine hoverringly —O dearth.

Of human words! Roughness of mortal speech! <<

[56] Sir Ernest Shackleton, *South*, Konecky & Konecky, Nueva York, 2001. <<

[57] *Ibid*. <<

[58] Sara Wheeler, *Terra Incógnita*, Random House, Nueva York, 1996. <<

[59] Margery Fisher y James Fisher, *Shackleton*, Barrie, Londres, 1957. <<

[60] A. J. P. Taylor, *The First World War: An Illustrated History*, Hamish Hamilton, Londres, 1969. <<

[61] W. H. Salter, «An Enquiry Concerning “The Angels at Mons”», *Journal of the Society for Psychical Research*, diciembre de 1915. <<

[62] Margery Fisher y James Fisher, *Shackleton*. <<

[63] Harold Begbie, *Shackleton, A Memory*. <<

[64] Margery Fisher y James Fisher, *Shackleton*. <<

[65] Frank W. Boreham, *A Casket of Cameos*, Epworth Press, Londres, 1926. <<

[66] Boreham no fue el único en relacionar la Cuarta Presencia de Shackleton con la «forma del cuarto» en Daniel. La *Church Army News* citó un poema de John Keble, un sacerdote anglicano, profesor de poesía en Oxford y de la Iglesia reformista, cuyos «pensamientos en verso» fueron himnos populares en su tiempo. La versión de Keble decía: «Ellos fueron tres. ¿Quién era el cuarto? Y seguro Él permitió una forma divina, incluso como el hijo de dios». Véase John Keble, *The Christian Year* (1927). <<

[67] Hugh Robert Mill, *The Life of Sir Ernest Shackleton*, William Heinemann Ltd., Londres, 1923. <<

[68] Peter King, *South: The Story of Shackleton's Last Expedition 1914-17*, Pimlico, Londres, 1991. <<

[69] Roland Huntford, *Shackleton*, Carroll & Graf Publishers, Nueva York, 1998. <<

[70] *Daily Telegraph*, Londres, 1 de febrero de 1922. <<

[71] Entre los montañistas el fenómeno es conocido como «Tercer Hombre», el «factor del Tercer Hombre», o el «síndrome del Tercer Hombre». Véase Gavin Daly, «Peak Practice», *Sunday Business Post*, 5 de marzo de 2006. <<

[72] T. S. Eliot alteró el número de miembros del grupo de Shackleton de tres a dos, y en sus «Notes on The Waste Land», el poeta evocó las Sagradas Escrituras, escribiendo que el viaje a Emaús en el evangelio de Lucas sirvió como tema en la parte V del poema, que tituló «What the Thunder said». En Lucas 24:13-15, dos hombres en el camino encuentran una presencia y no la reconocen como la ascensión de Cristo:

Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que dista sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó a ellos y se puso a caminar a su lado. Pero sus ojos estaban como incapacitados para reconocerle.

Cuando Jesús bendijo y repartió pan en la comida, los discípulos finalmente supieron quién era, pero Jesús ya había desaparecido. Eliot relacionó los eventos del camino de Emaús con aquellos de Georgia del Sur. El tono del acontecimiento descrito en el poema de Eliot es notablemente diferente a la referencia publicada por Shackleton de aquella presencia «tan cercana de nuestros corazones», y en lugar de esto enfatiza en la idea de que eran «compañeros de la muerte». En lugar de inspirar una sensación de lo divino, un crítico sostiene que «la visitación en el poema inspira una sensación de terror». <<

[73] Nicholas Roe, «Be Inspired by the View from the Top If You Can See Through Your Tears», *The Times*, 14 de mayo de 2003. <<

[74] Frank Smythe, *Camp Six: An Account of the 1933 Everest Expedition*, Hodder & Stoughton, Londres, 1937. <<

[75] *Ibid*. <<

[76] Frank Smythe, *The Adventures of a Mountaineer*, J. M. Dent & Sons Ltd., Londres, 1949. <<

[77] Hugh Ruttledge, *Everest 1933*, Hodder & Stoughton, Londres, 1934. <<

[78] *Ibid*. <<

[79] Peter Gillman y Leni Gillman, *Everest: Eighty Years of Triumph and Tragedy*, The Mountaineers Books, Seattle, 2001. <<

[80] Eric Shipton, *Upon That Mountain*, Hodder & Stoughton, Londres, 1943. <<

[81] Wilfrid Noyce, *They Survived*, Heinemann, Londres, 1962. <<

[82] Joshua Slocum, *Sailing Alone Around the World*, 1900. [Hay trad. cast.: *Navegando en solitario alrededor del mundo*, Plaza & Janés, Barcelona, 1998.] <<

[83] Joshua Slocum, «Spook on Spray», *Boston Globe*, 14 de octubre de 1895. <<

[84] *Wee* significa «Pequeñito» en castellano. El adjetivo se utiliza en Escocia y en Irlanda. *(N. de la t.)* <<

[85] William Laird McKinlay, *The Last Voyage of the Karluk*, St. Martin's Griffin, Nueva York, 1999. <<

[86] A. L. R. Wollaston, «An Expedition to Dutch New Guinea», *Geographical Journal*, marzo de 1914, vol. 43. <<

[87] Nicholas Wollaston, carta a John Geiger, 11 de junio de 2003. <<

[88] Nicholas Wollaston, *My Father, Sandy*, Short Books, Londres, 2003. <<

[89] *Ibid*. <<

[90] H. G. Stoker, *Straws in the Wind*, Herbert Jenkins Ltd., Londres, 1925. <<

[91] Peter King, «Who Was the Fourth Man?», *Fate*, marzo de 1967. <<

[92] Fred y Elizabeth Brenchley, *Stoker's Submarine*, Harper-Collins, Sydney, 2001. <<

[93] H. G. Stoker, *Straws in the Wind*. <<

[94] Macdonald Critchley, «Idea of a Presence», *Acta Psychiatrica Neurologica*, vol. 30, 1955. Reproducida en Critchley, *The Divine Banquet of the Brain and Other Essays*, Raven Press, Nueva York, 1979. <<

[95] E. Allison Peers, *The Life of Teresa of Jesús*, Image Books/Doubleday, Nueva York, 1991. <<

[96] Peter Suedfeld y Jane S. P. Mocellin, «The “Sensed Presence” en Unusual Environments». <<

[97] Aldous Huxley, «Visionary Experience», en *Moksha*, Park Street Press, Rochester (Vermont) 1999. <<

[98] http://www.kagyu-asia.com/l_mila_lifelOa.html <<

[99] Ruth Fulton Benedict, *The Concept of the Guardian Spirit in North America*, Kraus Reprint Corp., Nueva York, 1964. <<

[100] Weston La Barre, *The Ghost Dance: Origins of Religión*, Delta, Nueva York, 1972. <<

[101] Ruth Fulton Benedict, *The Concept of the Guardian Spirit in North America*. <<

[102] Wilfrid Noyce, *They Survived*. <<

[103] Nathan L. Comer, Leo Madow y James J. Dixon, «Observations of Sensory Deprivation in a Life-Threatening Situation», *American Journal of Psychiatry*, 124:2, agosto de 1967. <<

[104] Moon Ihlwan, «Dream Keeps Seoul Girl Alive for 16 Days», Reuters, 15 de julio de 1995. <<

[105] Dennis Cauchon y Martha T. Moore, «Miracles Emerge from Debris», *USA Today*, 6 de septiembre de 2002. Véase www.usatoday.com <<

[106] Rubén V. Napales, «“I Actually Saw Jesús Coming Toward Me” - 9/11 Survivor», *Inquirer*, 22 de julio de 2006. <<

[107] Lynn Vincent, «Purpose-Driven Life», *World*, 12 de agosto de 2006. http://www.worldmag.com/articles/12122 <<

[108] Papa Juan XXIII, «Meditation for the Feast of the Guardian Angels», 2 de octubre de 1959. www.catholic-forum.com <<

[109] El Libro de Tobit, versión revisada de la Biblia, antiguo testamento apócrifo. <<

[110] Primera parte de *Summa Theologiae*, Question 111, artículo 2. <<

[111] Nancy Gibbs, Sam Allis, Nancy Flarbert y Lisa H. Towle, «Angels Among Us», *Time*, 27 de diciembre de 1993. <<

[112] Michael Murphy, *The Future of the Body*, Jeremy P. Tarcher, Inc., Los Angeles, 1992. <<

[113] James Redfield, Michael Murphy y Sylvia Timbers, *God and the Evolving Universe*, Putnam, Nueva York, 2002. <<

[114] Harold Bloom, *Omens of Millennium*, Riverhead Books, Nueva York, 1996. <<

[115] William James, *The Varieties of Religious Experience*, Longmans, Green & Co., Nueva York, 1916. [Hay trad. cast.: *Las variedades de la experiencia religiosa: estudio de la naturaleza humana*, Península, Barcelona, 2002.] <<

[116] *Ibid*. <<

[117] Peter Suedfeld, «Extreme and Unusual Environments», en D. Stokols, I. Altman (eds.), *Handbook of Environmental Psychology*, Wiley, Nueva York, 1987. <<

[118] Charles A. Lindbergh, *The Spirit of St. Louis*, Charles Scribner’s Sons, Nueva York, 1953. <<

[119] Charles A. Lindbergh, «33 Hours to París», *Saturday Evening Post*, 6 de junio de 1953. <<

[120] Brian Horrigan, «“My Own Mind and Pen”: Charles Lindbergh, Autobiography, and Memory», *Minnesota History*, primavera de 2002. <<

[121] Woodburn Heron, «The Pathology of Boredom», *Scientific American*, enero de 1957. <<

[122] Peter Suedfeld y G. Daniel Steel, «The Environmental Psychology of Capsule Habitats», *Annual Review of Psychology*, vol. 51, febrero de 2000. <<

[123] W. Grey Walter, «The Human Brain in Space Time», en N. W. Pirie, *The Biology of Space Travel*, Institute of Biology, Londres, 1961. <<

[124] Bianca C. Wittmann, Nathaniel D. Daw, Ben Seymour y Raymond J. Dolan, «Striatal Activity Underlies Novelty-Based Choice in Humans», *Neuron*, 58,26 de junio de 2008, pp. 967-973. <<

[125] John A. Sours, «The “Break-Off” Phenomenon», *Archives of General Psychiatry*, 13 de noviembre de 1965. <<

[126] D. O. Hebb, «The American Revolution», *American Psychologist*, 15, 1960. <<

[127] Stuart C. Miller, «Eco-Autonomy in Sensory Deprivation, Isolation, and Stress», *The International Journal of Psychoanalysis*, 43, 1962. <<

[128] Leonard Zusne y Warren H. Jones, *Anomalistic Psychology*, Lawrence Erlbaum Associates, Hillsdale (Nueva Jersey), 1989. <<

[129] Woodburn Heron, «The Pathology of Boredom». <<

[130] D. O. Hebb, *Essay on Mind*, Lawrence Erlbaum Associates, Hillsdale (Nueva Jersey), 1980. <<

[131] Mayme Evans, «I Never Flew Alone…», *Fate*, mayo de 1969. <<

[132] Brian Shoemaker, entrevista con John Geiger, 9 de mayo de 2006. <<

[133] *Ibid*. <<

[134] Brian Shoemaker, correspondencia con John Geiger, 15 de mayo de 2006. <<

[135] Jerry M. Linenger, *Off the Planet*, McGraw-Hill, Nueva York, 2000. <<

[136] Woodburn Heron, «The Pathology of Boredom». <<

[137] Jerry Linenger, *Off the Planet*. <<

[138] Jerry Linenger, entrevista con John Geiger, 19 de julio de 2005. <<

[139] *Ibid*. <<

[140] Peter Hillary y John E. Eider, *In the Ghost Country*, Free Press, Nueva York, 2003. <<

[141] Roger Mear y Robert Swan, *In the Footsteps of Scott*, Jonathan Cape, Londres, 1987. <<

[142] Robert Swan, entrevista con John Geiger, 29 de marzo de 2004. <<

[143] *Ibid*. <<

[144] *Ibid*. <<

[145] Peter Hillary y John E. Eider, *In the Ghost Country*. <<

[146] *Ibid*. <<

[147] Peter Hillary, entrevista con John Geiger, 31 de octubre de 2005. <<

[148] Liv Arnesen, Ann Bancroft y Cheryl Dahle, *No Horizon Is So Far*, Da Capo Press, Cambridge (Massachusetts), 2003. <<

[149] Ann Bancroft, entrevista con John Geiger, 29 de octubre de 2004. <<

[150] Ann Bancroft, 25 de noviembre de 2000, citado en Ann Bancroft, carta a John Geiger, 11 de noviembre de 2004. <<

[151] Ann Bancroft, entrevista con John Geiger, 29 de octubre de 2004. <<

[152] Mera M. Atlis, Gloria R. León, Gro M. Sandal y Michael G. Infante, «Decisión Processes and Interactions During a Two-Women Traverse of Antarctica», *Environment and Behavior*, vol. 36, n.º 3, mayo de 2004. <<

[153] E. Ll. Lloyd, «Hallucinations and Misinterpretations in Hypothermia and Coid Stress», en B. Harvald y H. Hansen (eds.), *Circumpolar 81: Proceedings of the Fifth International Symposium on Circumpolar Health*, Nordic Council for Arctic Medical Research, Oulu, Finlandia, 1982. <<

[154] Richard G. Hoffman, «Human Psychological Performance in Coid Environments», en K. B. Pandolf, R. E. Burr, C. B. Wenger, R. S. Pozos (eds.), *Medical Aspects of Harsh Environments, vol. 1*. En R. Zajtchuk y R. F. Bellamy (eds.), *Textbook of Military Medicine*, Department of the Army, Office of the Surgeon General y Borden Institute, Washington, DC., 2001. <<

[155] E. Llewelyn Lloyd, «Hallucinations in Hypothermia and Coid Stress and Their Neurochemical basis». <<

[156] *Ibid*. <<

[157] Fiona Godlee, «Walking Across Antarctica», *British Medical Journal*, vol. 307, n.º 6919, 18 de diciembre de 1993. <<

[158] Mike Stroud, *Survival of the Fittest: Understanding Health and Peak Physical Performance*, Jonathan Cape, Londres, 1998. <<

[159] Claude A. Piantadosi, *The Biology of Human Survival: Life and Death in Extreme Environments*, Oxford University Press, Nueva York, 2003. <<

[160] Fiona Godlee, «Walking across Antarctica». <<

[161] Peter Suedfeld, «Extreme and Unusual Environments». <<

[162] Peter Suedfeld y Jane S. P. Mocellin, «The “Sensed Presence” in Unusual Environments». <<

[163] Alan Parker, de la División Australiana del Antártico, estaba construyendo un cobertizo de campaña sobre la meseta de la isla Macquarrie cuando fue sorprendido por un fuerte temporal de nieve en marzo de 1968. No sólo fue el frío y la soledad, sino también la desorientación y la impotencia, los que originaron para Parker un Tercer Hombre que le iba diciendo: «No te preocupes, sigue adelante». <<

[164] David Miller, «Macdonald Critchley (1900-97)», *Journal of Medical Biography*, vol. 14, n.º 13. <<

[165] *British Medical Journal*, 316, 7 de febrero de 1998. <<

[166] Macdonald Critchley, «Idea of a Presence», *Acta Psychiatrica Neurologica*, vol. 30, 1955. Reproducida en Critchley, *The Divine Banquet of the Brain and Other Essays*, Raven Press, Nueva York, 1979. <<

[167] *Ibid*. <<

[168] Francis T. McAndrew, *Environmental Psychology*, Brooks/Cole Publishing, Pacific Grove, California, 1993. <<

[169] Macdonald Critchley, «Idea of a Presence». <<

[170] *Ibid*. <<

[171] Karl Jaspers, *General Psychopathology*, University of Chicago Press, Chicago, 1968. <<

[172] Karl Koehler y Heinrich Sauer, «Jaspers' Sense of Presence in the Light of Huber's Basic Symptoms and DSM-III», *Comprehensive Psychiatry*, vol. 25, n.º 2, marzo-abril de 1984. <<

[173] Constanta Parhon-Stefanescu y Thea Procopiu-Constantinescu, «Considérations sur l’impression de présence». <<

[174] Macdonald Critchley, «Idea of a Presence». <<

[175] Hermann Buhl, *Nanga Parbat Pilgrinage: The Lonely Challenger*, Baton Wicks, Londres, 1998. <<

[176] *Ibid*. <<

[177] Karl M. Herrligkoffer, *Nanga Parbat*, Elek Books, Londres, 1954. <<

[178] Hermann Buhl, *Nanga Parbat Pilgrinage: The Lonely Challenge*, Baton Wicks, Londres, 1998. <<

[179] Karl M. Herrligkoffer, *Nanga Parbat*. <<

[180] Herbert Tichy, *Cho Oyu: By Favour of the Gods*, Methuen, Londres, 1957. <<

[181] Michael Hellier, «Mountain Ghosts», *San Francisco Chronicle*, 18 de enero de 1971. Véase también Curtís Fuller, «I See by the Papers», *Fate*, vol. 24, n.º 8, agosto de 1971. <<

[182] Michael Hellier, «Mountain Ghosts». <<

[183] Donald Heath y David Reid Williams, *Man at Fligh Altitude*, Churchill Livingstone, Edimburgo, 1981. <<

[184] Charles S. Houston, *Going High: The Story of Man and Altitude*, The American Alpine Club, Nueva York, 1980. <<

[185] *Ibid*. <<

[186] Donald Heath y David Reid Williams, *Man at High Altitude*. <<

[187] Ruth Seifert y Charles Clarke, «The Third Man», *World Medicine*, n.º 15, 1 de diciembre de 1979. <<

[188] Peter Suedfeld y Jane S. P. Mocellin, «The “Sensed Presence” in Unusual Environments». <<

[189] Greg Child, «The Other Presence», en Greg Child, *Mixed Emotions*, The Mountaineers, Seattle, 1993. <<

[190] Macdonald Critchley, «Idea of a Presence». <<

[191] M. Svendsen, «Children's Imaginary Companions», *Archives of Neurology and Psychiatry*, 32, 1934. <<

[192] Julian Jaynes, «Verbal Hallucinations and Pre-Conscious Mentality», en Manfred Spitzer y Brendan A. Maher (eds.), *Philosophy and Psychopathology*, Springer-Verlag, Nueva York, 1990. <<

[193] D. Pearson, H. Rouse, S. Doswell, C. Ainsworth, O. Dawson, K. Simms, L. Edwards y J. Faulconbridge, «Prevalence of Imaginary Companions in a Normal Child Population», *Child: Care, Health and Development*, 27, 2001. <<

[194] Julián Jaynes, «Consciousness and the Voice of the Mind», *Canadian Psychology*, abril de 1986. <<

[195] Inge Seiffge-Krenke, «Imaginary Companions in Adolescence: Sign of a Deficient or Positive Development», *Journal of Adolescence*, 20, 1997. <<

[196] Hilary Evans, *Visions, Apparitions, Alien Visitors*, Aquarian Press, Wellingborough (Northamptonshire), 1984. <<

[197] Eduardo Garrido, Casimiro Javierre, Josep L. Ventura, Ramón Segura, «Hallucinatory Experiences at High Altitude», *Neuropsychiatry, Neuropsychology, and Behavioral Neurology*, vol. 13, n.º 2, 2000. <<

[198] Ralph Barker, *The Last Blue Mountain*, Chatto & Windus, Londres, 1959. Disponible también en www.rippingyarns.com <<

[199] *Ibid*. <<

[200] *Ibid*. <<

[201] Wilfrid Noyce, *They Survived*. <<

[202] Tony Streather, entrevista con John Geiger, 31 de enero de 2004. <<

[203] *Ibid*. <<

[204] *Ibid*. <<

[205] Wilfrid Noyce, *They Survived*. <<

[206] El Ovaltine es un producto con gusto a leche elaborado con azúcar, extracto de malta y suero de leche, originario de Suiza. Se toma caliente. (*N. de la t.*) <<

[207] Tony Streather, entrevista con John Geiger, 31 de enero de 2004. <<

[208] Tony Streather, correspondencia con John Geiger, 21 de enero de 2005. <<

[209] Reinhold Messner, *The Naked Mountain*, The Mountaineers Books, Seattle, 2003. [Hay trad. cast.: *La montaña desnuda*, Ediciones Desnivel, Madrid, 2006.] <<

[210] Reinhold Messner, entrevista con John Geiger, 13 de enero de 2004. <<

[211] Reinhold Messner, *The Naked Mountain*. <<

[212] *Ibid*. <<

[213] *Ibid*. <<

[214] Reinhold Messner, entrevista con John Geiger, 13 de enero de 2004. <<

[215] *Ibid*. <<

[216] Parash Moni Das, *Storms and Sunsets in the Himalaya: A Compilation of Vignettes from the Experiences of a Mountaineer*, Lotus Publishers, Jalandhar, 2000. <<

[217] *Ibid*. <<

[218] P. M. Das, «Mountains and Mysticism», *Indian Mountaineer*, 1999-2000, http://www.123himachal.com/eco/26.htm <<

[219] P. M. Das, *Storms and Sunsets in the Himalaya*. <<

[220] P. M. Das, correspondencia con John Geiger, 22 de agosto de 2005. <<

[221] Greg Child, *Thin Air*, Peregrine Smith Books, Salk Lake City, 1988. [Hay trad. cast.: *Sin oxígeno: peripecias en los Himalayas*, Ediciones Desnivel, Madrid, 2003.] <<

[222] Greg Child, «On Broad Peak», en Greg Child, *Mixed Emotions*, The Mountaineers, Seattle, 1993. <<

[223] Greg Child, «The Other Presence», en Greg Child, *Mixed Emotions*. <<

[224] Greg Child, correspondencia con John Geiger, 28 de septiembre de 2005. <<

[225] Sherry Simon-Buller, Victor A. Christopherson y Randall A. Jones, «Correlates of Sense the Presence of a Deceased Spouse», *Omega*, vol. 19, n.º 1, 1988-1989. <<

[226] Gillian Bennett y Kate Mary Bennett, «The Presence of the Dead: An Empirical Study», *Mortality*, vol. 5, n.º 2, 2000. <<

[227] W. Dewi Rees, «The Hallucinations of Widowhood», *British Medical Journal*, 2 de octubre de 1971. <<

[228] Joe Yamamoto, Keigo Okonogi, Tetsuya Iwasaki y Saburo Yoshimura, «Mourning in Tapan», *American Journal of Psychiatry*, 125, 12 de junio de 1969. <<

[229] M. O’Mahony, K. Shulman y D. Silver, «Roses in December: Imaginary Companions in the Elderly», «*Canadian Journal of Psychiatry*», 29, marzo de 1984. <<

[230] *Ibid*. <<

[231] Constanta Parhon-Stefanescu y Thea Procopiu-Constantinescu, «Considérations sur l’impression de présence». <<

[232] A. Grimby, «Bereavement among Elderly People: Grief Reactions, Post-Bereavement Hallucinations and Quality of Life», *Acta Psychiatr Scand*, 87, 1993. <<

[233] Gillian Bennett y Kate Mary Bennett, «The Presence of the Dead: An Empirical Study». <<

[234] Marshall McLuhan, gurú de la comunicación, es el muerto más famoso que nos hizo sentir su presencia. Corinne, viuda de McLuhan, dijo, tras la muerte de su esposo, que ella continúa encontrándolo «tan vivo» como siempre en su laberíntica casa de Toronto. «Ella veía a Marshall como un espíritu guardián». (Philip Marchand, correspondencia con Gerald Owen, 3 de julio de 2008.) <<

[235] A. Grimby, «Bereavement among Elderly People». <<

[236] Maurice Herzog, *Annapurna: Conquest of the First 8000-Metre Peak*, Jonathan Cape, Londres, 1952. [Hay trad. cast.: *Annapurna. Primer 8000*, Juventud, Barcelona, 1991.] <<

[237] Reinhold Messner, entrevista con John Geiger, 13 de enero de 2004. <<

[238] Julian Jaynes, «Hearing Voices and the Bicameral Mind», *Behavioral and Brain Sciences*, vol. 9, n.º 3, 1986. <<

[239] Julian Jaynes, «Consciousness and the Voice of the Mind». <<

[240] Benson Hai, G. Ong e Ib Odderson, «Involuntary Masturbation as a Manifestation of Stroke-Related Alien Hand Syndrome», *American Journal of Physical Medicine and Rehabilitation*, vol. 79, n.º 4, 2000. <<

[241] Mike Holderness, «In Two Minds about Consciousness», *New Scientist*, 17 de julio de 1993. <<

[242] Julian Jaynes, *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind*, Houghton Mifflin, Boston, 1982. <<

[243] Julian Jaynes, «Verbal Hallucinations and Pre-Conscious Mentality». <<

[244] Amos 7:14-15. <<

[245] Julian Jaynes, «Hearing Voices and the Bicameral Mind». <<

[246] J. Hamilton, «Auditory Hallucinations in Nonverbal Quadriplegics», *Psychiatry*, 48, noviembre de 1985. <<

[247] Julian Jaynes, *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind*. <<

[248] Julian Jaynes, «Hearing Voices and the Bicameral Mind». <<

[249] Terry R. Barrett y Jane B. Etheridge, «Verbal Hallucinations in Normals, I: People Who Hear “Voices”», *Applied Cognitive Psychology*, vol. 6, n.º 5, 1992. <<

[250] Julian Jaynes, «Verbal Hallucinations and Pre-Conscious Mentality». <<

[251] Douglas S. Holmes y Louis W. Tinnin, «The Problem of Auditory Hallucinations in Combat PTSD», *Traumatology*, vol. 1, n.º 1, 1995. <<

[252] Fred Rebell, *Escape the Sea*, The Travel Book Club, Londres, 1952. <<

[253] Joe Simpson, *Touching the Void*, Jonathan Cape, Londres, 1988. [Hay trad. cast.: *Tocando el vacío*, Ediciones Desnivel, Madrid, 2005.] <<

[254] Peter Suedfeld y John Geiger, «The Sensed Presence as a Coping Resource in Extreme Environments», en J. Harold Ellens (ed.), *Miracles: God, Science, and Psychology in the Paranormal*, vol. III, Praeger, Westport (Connecticut), 2008. <<

[255] *Psychobabble*, n.º 147, marzo de 2001. <<

[256] Peter Suedfeld, «Extreme and Unusual Environments». <<

[257] Peter Suedfeld y John Geiger, «The Sensed Presence as a Coping Resource in Extreme Environments». <<

[258] Peter Suedfeld y Jane S. P. Mocellin, «The “Sensed Presence” in Unusual Environments». <<

[259] *Ibid*. <<

[260] Peter Suedfeld, correspondencia con John Geiger, 28 de mayo de 2007. <<

[261] Peter Suedfeld y John Geiger, «The Sensed Presence as a Coping Resource in Extreme Environments». <<

[262] Peter Suedfeld, «Extreme and Unusual Environments». <<

[263] Peter Suedfeld y Jane S. P. Mocellin, «The “Sensed Presence” in Unusual Environments». <<

[264] *Ibid*. <<

[265] Peter Suedfeld y John Geiger, «The Sensed Presence as a Coping Resource in Extreme Environments». <<

[266] Peter Suedfeld, «Extreme and Unusual Environments». <<

[267] Peter Suedfeld, correspondencia con John Geiger, 29 de mayo de 2007. <<

[268] J. N. Booth, S. A. Koren y M. A. Persinger, «Increased Feelings of the Sensed Presence and Increased Geomagnetic Activity at the Time of the Experience During Exposures to Transcerebral Weak Complex Magnetic Fields», *International Journal of Neuroscience*, 115, 2005. <<

[269] Walter Randall y Steffani Randall, «The Solar Wind and Hallucinations —A Possible Relation Due to Magnetic Disturbances», *Bioelectromagnetics*, 12, 1991. <<

[270] M. A. Persinger y Katherine Makarec, «The Feeling of a Presence and Verbal Meaningfulness in Context of Temporal Lobe Function: Factor Analytic Verification of the Muses?», *Brain and Cognition*, 20, 1992. <<

[271] L. S. St.-Pierre y M. A. Persinger, «Experimental Facilitation of the Sensed Presence Is Predicted by the Specific Patterns of the Applied Magnetic Fields, Not by Suggestibility: Re-Analyses of 19 Experiments», *International Journal of Neuroscience*, 116, 200 <<

[272] J. N. Booth, S. A. Koren y M. A. Persinger, «Increased Feelings of the Sensed Presence…». <<

[273] Jack Hitt, «This Is Your Brain on God», *Wired*, noviembre de 1999. <<

[274] C. M. Cook y M. A. Persinger, «Experimental Induction of the “Sensed Presence” in Normal Subjects and an Exceptional Subject», *Perceptional and Motor Skills*, 85, 1997. <<

[275] L. S. St.-Pierre y M. A. Persinger, «Experimental Facilitation of the Sensed Presence». <<

[276] Raj Persuad, «Holy Visions Elude Scientist», *Daily Telegraph*, 20 de marzo de 2003. <<

[277] Pehr Granqvist, Mats Fredrikson, Patrick Unge, Andrea Hagenfeld, Sven Valind, Dan Larhammar, Marcus Larsson, «Sensed Presence and Mystical Experiences Are Predicted by Suggestibility, Not by the Application of Transcranial Weak Complex Magnetic Fields», *Neuroscience Letters*, 379, 2005. <<

[278] Michael Persinger, «The Granqvist Group and Politics of the Sensed Presence, the Importance of Frequent InterLaboratory Communication», 31 de enero de 2005, www.laurentian.ca. <<

[279] John Horgan, *Rational Mysticism: Dispatches from the Border Between Science and Spirituality*, Houghton Mifflin, Boston, 2003. <<

[280] «God and the Gap», *The Economist*, 16 de diciembre de 2004. <<

[281] Peter Suedfeld y Jane S. P. Mocellin, «The “Sensed Presence” in Unusual Environments». <<

[282] Hesíodo, *Teogonía, Trabajos y días*, RBA Libros, Barcelona, 2008. <<

[283] *Ibid*. <<

[284] E. R. Dodds, *The Greeks and the Irrational*, University of California Press, Berkeley, 1971. [Hay trad. cast.: *Los griegos y lo irracional*, Alianza, Madrid, 2008.] <<

[285] Shahar Arzy, Moshe Idel, Theodor Landis, Olaf Blanke, «Why Revelations Have Occurred on Mountains? Linking Mystical Experiences and Cognitive Neuroscience», *Medical Hypotheses*, 65, 2005. <<

[286] Joe Simpson, *Storms of Silence*, Mountaineers, Seattle, 1996. [Hay trad. cast.: *La llamada del silencio*, Ediciones Desnivel, Madrid, 2004.] <<

[287] Shahar Arzy, Moshe Idel, Theodor Landis, Olaf Blanke, «Why Revelations Have Occurred on Mountains?». <<

[288] Rob Taylor, *The Breach: Kilimanjaro and the Conquest of Self*, McCann & Geoghegan, Nueva York, Coward, 1981. <<

[289] Rob Taylor, entrevista con John Geiger, 16 de septiembre de 2005. <<

[290] Rob Taylor, *The Breach: Kilimanjaro and the Conquest of Self*. <<

[291] Jim Wickwire, entrada del diario, 10.50 a. m., 15 de mayo de 1981. Cortesía de Jim Wickwire. Véase también: Greg Child, «The Other Presence», *Backpacker*, enero de 1989. <<

[292] Jim Wickwire y Dorthy Bullitt, *Addicted to Danger*, Pocket Books, Nueva York, 1998. <<

[293] Jim Wickwire, entrevista con John Geiger, 15 de agosto de 2005. <<

[294] Walter Welsh, «Eine Besteigung des Fuji-san», *Der Bayerländer, Mitteilungen der Sektion Bayerländ des Deutschen Alpenvereins, 71. Heft, S.* 54-56, Munich, 1985. <<

[295] Walter Welsh, correspondencia con John Geiger, 29 de septiembre de 2005. <<

[296] Paul Firth, correspondencia con John Geiger, 28 de noviembre de 2004. <<

[297] Paul G. Firth y Hayrunnisa Bolay, «Transient High Altitude Neurological Dysfunction: An Origin in the Temporoparietal Cortex», *High Altitude Medicine & Biology*, vol. 5, n.º 1, 2004. <<

[298] Paul Firth, entrevista con John Geiger, 24 de noviembre de 2005. <<

[299] Paul Firth, «The Man Who Wasn’t There», *The Guardian*, 29 de mayo de 2003. <<

[300] Paul Firth, correspondencia con John Geiger, 29 de noviembre de 2004. <<

[301] Paul Firth, entrevista con John Geiger, 24 de noviembre de 2005. <<

[302] http://www.sparknotes.com/psychology/abnormal/personality/terms.ttml <<

[303] R. R. McCrae y P. T. Costa, «Conceptions and Correlates of Openness to Experience», en R. Flogan, J. Johnson y S. Briggs (eds.), *Handbook of Personality Psychology*, Academic Press, Boston, 1997. <<

[304] Corina Sas y Gregory O’Hare, «The Presence Equation: An Investigation into Cognitive Factors Underlying Presence», http://astro.temple.edu/~lombard/P2001/Sas.pdf <<

[305] Marianne Barabasz, Arreed F. Barabasz y Charles S. Mullin, «Effects of Brief Antarctic Isolation on Absorption and Hypnotic Susceptibility-Preliminary Results and Recommendations: A Brief Communication», *International Journal of Clinical and Experimental Hypnosis*, vol. XXXI, n.º 4, 1983. <<

[306] M. A. Persinger y Katherine Makarec, «The Feeling of a Presence and Verbal Meaningfulness in Context of Temporal Lobe Function: Factor Analytic Verification of the Muses?», *Brain and Cognition*, 20, 1992. <<

[307] Shahar Arzy, Moshe Idel, Theodor Landis, Olaf Blanke, «Why Revelations Have Occurred on Mountains?». <<

[308] Macdonald Critchley, *Shipwreck-Survivors: A Medical Study*, J & A Churchill, Londres, 1943. <<

[309] E. C. B. Lee y Keneth Lee, *Safety and Survival at Sea*, W. W. Norton, Nueva York, 1980. <<

[310] Macdonald Critchley, *Shipwreck-Survivors*. <<

[311] *Ibid*. <<

[312] E. C. B. Lee y Kenneth Lee, *Safety and Survival at Sea*. <<

[313] Ruth Seifert y Charles Clarke, «The Third Man». <<

[314] Kenneth Cooke, *What Cares the Sea?*, Hutchinson, Londres, 1960. <<

[315] *Ibid*. <<

[316] *Ibid*. <<

[317] Ensio Tiira, *Raft of Despair*, Hutchinson, Londres, 1954. <<

[318] *Ibid*. <<

[319] William Willis, *The Epic Voyage of the «Seven Little Sisters»*, Hutchinson, Londres, 1956. <<

[320] Willis es una de tantas personas que se había planteado el problema de la supervivencia en el océano. Dos años más tarde, Hannes Lindemann, un médico alemán, realizó en solitario el viaje transatlántico desde Las Palmas, en las islas Canarias, en un barco de cinco metros. Lindemann creyó que el autocontrol, producido por la oración y la concentración, sería la clave para la supervivencia en el océano. En lugar de esto, un mes después de iniciar su travesía, se encontraba hablando con un compañero desconocido que había adoptado la forma de un joven negro. Véase Hannes Lindemann, *Alone at Sea*, Random House, Nueva York, 1958. Otro caso, es el del doctor David Lewis, quien en 1969 vio en la *Single-Handed Transatlantic Sailing Race*, competición de cinco mil kilómetros desde Plymouth a Nueva York, una oportunidad para la investigación médica. Cuando Lewis, en la balandra de 7,6 metros *Cardinal Vertue*, se aproximó a los Grandes Bancos, al sureste de Terranova, bajo una niebla impenetrable, sintió la experiencia «de no sentirse solo». Ya había tenido previamente una experiencia al sentir, en otra ocasión, que había «otra persona en el timón». Véase David Lewis, *The Ship Would Not Travel Due West*, Temple Press, Londres, 1961. <<

[321] Douglas Robertson, entrevista con John Geiger, 28 de enero de 2004. <<

[322] *Ibid*. <<

[323] Dougal Robertson, *Survive the Savage Sea*, Elek, Londres, 1973. Véase también Douglas Robertson, *The Last Voyage of the Lucette*, Seafarer Books, Rendlesham (Suffolk), 2005. <<

[324] William King, carta a John Geiger, 28 de octubre de 2004. <<

[325] William King, carta a John Geiger, 4 de octubre de 2004. <<

[326] William King, *Adventure in Depth*, G. P. Putman’s Sons, Nueva York, 1975. <<

[327] *Ibid*. <<

[328] William King, carta a John Geiger, 4 de octubre de 2004. <<

[329] Angus Matheson MacKinnon, *Atlantic Challenge*, Catalone Press, Sydney (Nueva Escocia, Canadá), 1995. <<

[330] Andrew Prossin, entrevista con John Geiger, 4 de mayo de 2006. <<

[331] *Ibid*. <<

[332] L. Lusne y W. Jones, *Anomalistic Psychology: A Study of Thirdordinary Phenomena of Behavior and Experience*, Lawrench Erlbaum Associates, Nueva Jersey, 1982. <<

[333] Macdonald Critchley, *Shipwreck-Survivors*. <<

[334] Peter Brugger, Marianne Regard y Theodor Landis, «Unilaterally Felt "Presences": The Neuropsychiatry of One's Invisible Doppelgänger», *Neuropsychiatry, Neuropsychology, and Behavioral Neurology*, vol. 9, n.º 2. <<

[335] Peter Brugger, «Phantomology: The Science of the Body in the Brain», www.artbrain.org/phantomlimb/brugger.html <<

[336] Jerzy Kukuczka, *My Vertical World*, The Mountaineers, Seattle, 1992. <<

[337] Reinhold Messner, *The Crystal Horizon*, The Crowood Press, Marlborough, 1989. <<

[338] Peter Brugger, «Phantomology…». <<

[339] Steve Swenson, entrevista con John Geiger, 10 de octubre de 2005. <<

[340] Michael Groom, *Sheer Will*, Random House, Sydney, 1997. <<

[341] Nicholas Wollaston, *My Father, Sandy*. <<

[342] Henry Bouiller, *Víctor Ségalen*, Mercure de France, París, 1986. <<

[343] Henry Bouiller (ed.), *Víctor Ségalen: Oeuvres Completes, vol. 2 (Equipée)*, Editions Robert Laffont, 1995. <<

[344] Peter Brugger, Marianne Regard y Theodor Landis, «Unilaterally Felt “Presences”». <<

[345] J. A. Cheyne, «The Ominous Numinous: Sensed Presence and "Other" Hallucinations», *Journal of Consciousness Studies*, vol. 8, n.º 5-7, 2001. <<

[346] *Ibid*. <<

[347] J. Allan Cheyne y Todd A. Girard, «Paranoid Delusions and Threatening Hallucinations: A Prospective Study of Sleep Paralysis Experiences», *Consciousness and Cognition*, vol. 16, 2007. <<

[348] J. Allan Cheyne y Todd A. Girard, «The Nature and Varieties of Felt Presence Experiences: A Reply to Nielsen», *Consciousness and Cognition*, vol. 16, 2007. <<

[349] Justin L. Barrett, *Why Would Anyone Believe in God?*, Altamira Press, Winter Creek (California), 2004. <<

[350] Tore Nielsen, «Felt Presence: Paranoid Delusion or Hallucinatory Social Imagery?», *Consciousness and Cognition*, vol. 16, 2007. <<

[351] *Ibid*. <<

[352] *Ibid*. <<

[353] Sandra Blakeslee, «Out-of-Body Experience? Your Brain Is to Blame», *The New York Times*, 3 de octubre de 2006. <<

[354] Shahar Arzy, Margitta Seek, Stephanie Ortigue, Laurent Spinelli, Olaf Blanke, «Induction of an Illusory Shadow Person», *Nature*, 443, 21 de septiembre de 2006. <<

[355] *Ibid*. <<

[356] *Ibid*. Información suplementaria en www.nature.com <<

[357] Anón., «A Mystical Union: Spiritual Neurology», *The Economist*, *6* de marzo de 2004. <<

[358] Anne-Marie Landtblom, «The “Sensed Presence”: An Epileptic Aura with Religious Overtones», *Epilepsy & Behavior*, 9, 2006. <<

[359] Paul Firth, «The Man Who Wasn’t There». <<

[360] Paul G. Firth y Hayrunnisa Bolay, «Transient Fligh Altitude Neurological Dysfunction: An Origin in the Temporoparietal Cortex», *High Altitude Medicine & Biology*, vol. 5, n.º 1, 2004. <<

[361] Olaf Blanke, «Out of Body Experiences and Their Neural Basis», *British Medical Journal*, 329, 18 de diciembre de 2004. <<

[362] Michael Hopkin, «Brain Electrodes Conjure Up Ghostly Visions», news@nature.com, 20 de septiembre de 2006. <<

[363] *Ibid*. <<

[364] Olaf Blanke, correspondencia con John Geiger, 7 de febrero de 2007. <<

[365] Dennis Chan y Martin N. Rossor, «—But Who Is That on the Other Side of You? Extracampine Hallucinations Revisited», *The Lancet*, 21 de diciembre de 2002. <<

[366] Michael Murphy y Rhea A. White, *The Psychic Side of Sports*, Addison-Wesley, Reading (Massachusetts), 1978. <<

[367] Greg Child, «The Other Presence», en Greg Child, *Mixed Emotions*, The Mountaineers, Seattle, 1993. <<

[368] Stephen Venables, *Everest: Kangshung Face*, Hodder & Stoughton, Londres, 1989. <<

[369] Stephen Venables, correspondencia con John Geiger, 22 de diciembre de 2005. <<

[370] Kurt Diemberger, *The Endless Knot: K2, Mountain of Dreams and Destinity*, Grafton Books, Londres, 1991. [Hay trad. cast.: *K2 el nudo infinito: sueño y destino*, Ediciones Desnivel, Madrid, 1994.] <<

[371] Reinhold Messner, entrevista con John Geiger, 13 de enero de 2004. <<

[372] Peter Hillary, entrevista con John Geiger, 31 de octubre de 2005. <<

[373] Greg Child, correspondencia con John Geiger, 28 de septiembre de 2005. <<

[374] Hilary Evans, *Visions, Apparitions, Alien Visitors*. «The Aquarian Press», Wellingborough, Northamptonshire, 1984. <<

[375] E. W. Anderson, «Abnormal Mental States in Survivors, with Special Reference to Collective Hallucinations», *Journal of the Royal Navy Medical Service*, n.º 28, 1942. <<

[376] Nicholas O’Connell, *Beyond Risk: Conversations with Climbers*, The Mountaineers, Seattle, 1993. <<

[377] Lou Whittaker y Andrea Gabbard, *Lou Whittaker: Memoirs of a Mountain Guide*, The Mountaineers, Seattle, 1996. <<

[378] Macdonald Critchley, *Shipwreck-Survivors*. <<

[379] Nancy Lofholm, «Hiker Who Amputated His Own Arm Relives Ordeal», *Denver Post*, *9* de mayo de 2003. Véase también Aron Ralston, *Between a Rock and a Hard Place*, Atria Books, Nueva York, 2004. <<

[380] Airey Neave, *They Have Their Exits*, Hodder & Stoughton, Londres, 1953. <<

[381] Avi Ohry, «The Idea of Presence, Etc.», artículo sin publicar. Véase también: A. Ohry, «Extracampine hallucinations», *The Lancet*, vol. 361, n.º 9367, 2003. <<

[382] Avi Ohry, correspondencia con John Geiger, 2 de enero de 2004. <<

[383] Jane Mocellin, correspondencia con John Geiger, 21 de julio de 2008. Véase también: Jane S. P. Mocellin, «Reintegrating Demobilized Militia and Former Combatants into Society: Lessons Learned from Somalia», en Mari Fitsduff y C. Stout, eds., *The Psychology of Resolving Global Conflicts: From War to Peace*, vol. 3, Intervenciones, Praeger Security International, West Port, 2006. <<

[384] Peter Suedfeld, «Homo Invictus: The Indomitable Species», *Canadian Psychology*, vol. 35, n.º 3, 1997. <<

[385] Dennis Roberts, *Til Climb Mount Everest Alone: The Story of Maurice Wilson*, Robert Hale, Londres, 1957. <<

[386] Peter Suedfeld y Tara Weiszbeck, «The Impact of Outer Space on Inner Space», *Aviation, Space, and Environmental Medicine*, 75, julio de 2004. <<

[387] Nick Kanas y Jennifer Ritsher, «Psychosocial Issues During a Mars Mission», 1st Space Exploration Conference; Continuing the Voyage of Discovery, 30 de enero-1 de febrero de 2005, Orlando, Florida. <<

[388] Christine Gee, Garry Weare y Margaret Gee (eds.), *Everest: Reflections from the Top*, Rider, Londres, 2003. Durante el ascenso al Everest en 1975 del equipo británico liderado por sir Chris Bonington, Charles Clarke, médico oficial de la expedición, reportó que después de vivaquear en una elevación dos miembros del equipo, Doug Scott y Dougal Haston, «relataron la curiosa sensación de que una tercera persona había estado compartiendo el agujero de nieve durante la noche». (Charles Clarke, «On Surviving a Bivouac at High Altitude», *British Medical Journal*, 10 de enero de 1976. Véase también Ruth Seifert y Charles Clarke, «The Third Man», *World Medicine*, 1 de diciembre de 1979.) Durante el descenso desde la cumbre, Scott dijo que él «también había sentido su presencia, una especie de cosa. Entonces me pareció bastante racional… ahora me parece un poco raro». (C. J. Williamson, «The Everest Message», *Journal of the Society of Physical Research*, n.º 48, septiembre de 1976.) Scott me contó que su experiencia con el Tercer Hombre «había sido útil y me dio confianza y tranquilidad… y en su momento no me pareció fuera de lugar». (Doug Scott, entrevista con John Geiger, 9 de marzo de 2004.) Otro miembro de la expedición, Nick Estcourt, tuvo la percepción de alguna especie de presencia, reportó a Bonington que había sido «seguido por algo con apariencia humana». Dijo que «definitivamente se trataba de una figura humana, con piernas y brazos». C. Bonington, *Everest the Hand Way*, Random House, Nueva York, 1976. <<

[389] Wilfrid Noyce, *They Survived*. <<

[390] Paul Firth, «The Man Who Wasn’t There». <<